



*Come
la primera vez*

Historia con mi amor de juventud

Jalisco Pons

D.J.57

Como la primera vez
Historia con mi amor de juventud

Julieta Bono

Titulo: Como la primera vez.
Copyright © 2019 Julieta Bono

Registro de la Propiedad Intelectual

Cubierta: Shutterstock.com

Primera edición: Octubre 2019.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta que, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

Índice

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDÓS

VEINTITRÉS

VEINTICUATRO

VEINTICINCO

VEINTISÉIS.

VEINTISIETE

VEINTIOCHO

VEINTINUEVE

TREINTA

TREINTA Y UNO

TREINTA Y DOS

TREINTA Y TRES

TREINTA Y CUATRO

TREINTA Y CINCO

EPÍLOGO

UNO

Madeleine

Él fue mi primer hombre.

Había dejado nuestro pequeño pueblo atrás. Y ahora, diez años más tarde, estaba en el porche de su mansión, buscando la llave para entrar en una maceta que estaba al costado de la puerta principal.

¿Cómo diablos llegué aquí?

Bueno, es complicado.

¿Respuesta simple? Era mi reunión del instituto.

¿Respuesta complicada? Había perdido el trabajo que amaba, y Hope's Hollow, mi pueblo natal, era la mejor oportunidad que tenía para recuperar todo aquello que había perdido.

—Vamos —murmuré y moví la tierra a un lado. Después de revolverlo todo, mis dedos se hicieron paso por la tierra y se cerraron alrededor de un objeto puntiagudo y brillante. —¡Ajá! —Saqué la llave y la levanté en la oscuridad, sintiéndome toda una triunfadora.

Ante los ojos de un extraño, parecería que estaba a punto de cometer una venganza en contra de mi ex. Excepto que él no era mi ex, y ya ni siquiera vivía en la mansión Hamilton. Esta era la casa de su abuela.

La abuela había contratado a mi mamá como enfermera hacía ya algunos años y desde entonces nos había dejado usar una pequeña casa en la esquina de la propiedad. Pero las cañerías estaban completamente arruinadas, y yo necesitaba una ducha.

Cinco horas de conducir en carretera le causaban eso a cualquier persona.

Quité los restos de tierra de la llave, la inserté en la cerradura y la giré. Chasqueó un poco, y la puerta se movió hacia dentro, las bisagras crujían con el movimiento.

—Esto parece una mierda sacada de Harry Potter —Atravesé la puerta de entrada. Las luces de la casa estaban apagadas, por supuesto. Aparte de la limpieza ocasional que hacía una criada y del jardinero que usaba la cocina de abajo, el lugar estaba intacto.

Al parecer, a él, Lionel, el ladrón de virginidades, no le importaba lo suficiente su mansión ancestral como para revisarla él mismo.

Y ahora, yo me había reducido a ser la Barbie amargada, aparentemente.

De pronto, eran los recuerdos de este lugar los que me comenzaron a afectar. Luego de cerrar la puerta principal permanecí ahí en silencio por un instante. El olor era el mismo. Un ligero toque de lavanda. La emoción se me hinchó en el pecho cuando me di cuenta de cuánto extrañaba a la abuela Hamilton. Echaba de menos su sonrisa y lo cálida que había sido conmigo y con mamá.

—Ducha —dije.

No estaba aquí para perderme en recuerdos. Me apresuré a subir las escaleras, la luz de la luna que se colaba a través de las ventanas del vestíbulo guiaba mis pasos. Me fui adentrando, dejé correr mi mano a lo largo de la barandilla de madera pulida, y caminé por el pasillo hasta el baño. Encendí la luz y mis ojos parpadearon algunas veces ante el repentino brillo.

—Ouch —Me froté los ojos y fruncí el ceño ligeramente cuando me di cuenta de que algo andaba mal. El vestíbulo era el mismo que cuando me había ido hace ocho o nueve años, alfombrado, una gran lámpara colgando desde el techo, y la vista a la entrada era abierta. —¿Qué es eso?

Escuché un ruido que venía desde del baño. —¿Agua cayendo? Demonios, ¿hubo un problema de plomería aquí también?

Abrí la puerta del baño y entré. Las luces ya estaban encendidas. El espejo del baño estaba empañado y el vapor del agua se elevaba por la parte superior de las puertas de la ducha. El agua se había deslizado por algunos segmentos del cristal, despejando a la vista lo que había en su interior.

Un hombre. Era de gran estatura y tenía una mandíbula bien definida. El agua goteaba sobre su cuerpo y se escurría por sus abdominales bien definidos, hacia la forma de V que conducía más abajo. Siguiendo el recorrido de las gotas, mi mirada se inclinó hacia abajo, y tuve que apretar mis labios para contenerme y no jadear.

El vello púbico oscuro rodeaba su pene, y este era, francamente, el más grueso que había visto.

Sin embargo, no estaba duro.

¿Qué estoy haciendo? ¿En qué me he metido?

El calor me envolvió, y honestamente no tuvo nada que ver con la humedad que la ducha provocaba en la habitación, la condensación del agua

era tal que goteaba de los azulejos. Alejé mi mirada del pene del tipo y la dirigí finalmente hacia su cara.

Me miró fijamente a través del cristal.

Mi corazón se saltó dos latidos, mi mandíbula cayó un poco, y dejé escapar un chillido de entre mis labios.

Miré sus ojos de chocolate oscuro. Su cabello estaba húmedo, y era de color negro intenso y su piel bronceada. La barba se extendía a lo largo de su mandíbula. Enseguida noté un lunar en su mejilla izquierda, y los mismos labios que ya había besado antes.

Demonios, no puede ser.

Era él. Mi no-ex.

—Hola —dijo Lionel y enseguida cerró el agua. El grifo crujió, y el goteo de la grifería rompió el silencio. —Deberías haber grabado un video. Así te duraría más tiempo. Ya sabes, para esas largas y solitarias noches.

Y ahí estaba él. Sr. Dick, en muchos sentidos. —Veo que aún no has perdido tu encanto.

—Ah, sí. Eso —Contestó mientras abría la puerta de la ducha y salía de ella, sin vergüenza, desnudo y sonriéndome.

Me negué a mirarlo, pero un rubor invadió mi rostro y encendió mis mejillas. —Veo que has adquirido un nuevo hábito. ¿Allanamiento de morada?

—Tengo una llave —dije. —Quiero decir, sabía dónde estaba la llave, ¡y oye! Mi madre vive en esta propiedad. No estoy entrando sin autorización — Me tragué mis palabras enseguida y odié hacer eso. Odiaba ponerme tan fácilmente a la defensiva. De niños éramos amigos, los mejores amigos, solíamos jugar juntos en el jardín bajo la vigilancia de su abuela, y ahora éramos....

Lionel agarró una toalla que colgaba de la barandilla, se la envolvió alrededor de la cintura y luego caminó hacia mí. El agua que goteaba parecía ser una bendición en su piel. Puso una mano en mi mejilla, y la acarició suavemente. —Es bueno verte de nuevo, Maddy.

Era su apodo especial para mí. Extrañaba oírlo. —¿Qué estás haciendo aquí? —Le pregunté. —¿Dónde está Raquel?

Raquel era otra de nuestras mejores amigas. Ella había terminado comprometida con él años después de nuestra cita. Yo había enterrado la herida por eso hacía ya mucho tiempo. . Una vez más, había cosas más

importantes de las que preocuparse en este momento.

—No lo sabes —dijo. —¿De qué hablas? —Respondí.

—Raquel y yo rompimos, Maddy. Pensé que ella te lo había dicho.

—¿Rompieron?

—Sí —contestó Lionel, separando con los dedos su oscura cabellera. La humedad de la habitación todavía era visible sobre los azulejos.

Era tan malditamente guapo. ¿Por qué no le había crecido una verruga en la nariz o algo así durante el tiempo que estuvimos separados? Diez años. Diez años, recuérdalo. Lo que pasó ya no tiene poder sobre ti.

—Lo siento —dije, pero en realidad no era cierto. El hecho de que ya no fuera mi enemigo número uno no significaba que tenía por qué gustarme ni interesarme lo que había hecho o no.

Lionel se encogió de hombros pero el resto de su cuerpo no se movió. Su mirada de color marrón intenso estaba fijada en la mía. —Te ves bien. ¿Estás bien?

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Sólo mira dónde estás. Estás en Hope's Hollow. La felicidad nunca ha estado garantizada cuando estás aquí.

—¿Lo dices por mí, o...?

—La gente en general —Volvió a sonreír, y al hacerlo mi corazón brincó como si fuera un estúpido delfín de espectáculo. Impresionante, pero un poco enfermizo también. ¿Podría mi corazón estar en cautiverio?

—Puede que no te hayas enterado todavía, ya sabes, por eso de que estás ocupado con tus amigos en el círculo social de Bill Gates, pero hay una reunión este fin de semana que viene. Es sobre nuestro instituto.

—Ah, coincidencia. Yo también estoy aquí por la reunión.

—Tú. Para la reunión —le dije.

—¿Por qué es tan increíble?

Lo único increíble eran esos abdominales y la línea de su mandíbula. Todavía me hacía retorcerme por dentro como si estuviéramos en la escuela, echando miradas furtivas el uno al otro sobre nuestros cuadernos. —Porque eres tú —le dije. —Nunca te importó la escuela o el pueblo, o esta casa, si al caso vamos.

—Eso no es cierto. He mantenido el contrato con tu madre, ¿no? Y también lo he hecho con el resto del personal.

Odiaba que mi madre aún fuera su empleada. —Como sea. Perdón por

interrumpir tu ducha. Me voy a ir ahora —Me di la vuelta, lamentando mentalmente que no podría asearme hasta el día siguiente, y que muchos de mis pensamientos estaban innecesariamente sucios, a pesar de que se suponía que odiaba a este tipo.

—Quédate.

Me enfurecí. —¿Perdón? Tal vez me confundiste con otra persona para hablarme de esa manera. ¿Acaso acabas de ordenarme que me quede?

—No fue una orden —Sus labios temblaron un poco, al borde de otra de esas hermosas sonrisas. —Fue algo más como una invitación. Me encantaría creer que viniste a observarme mientras me duchaba, pero ambos sabemos que eso no es verdad. Querías ducharte. Así que me apartaré de tu camino.

—¿Escuché bien? Porque parece ser cortesía, ¿viniendo de ti?

—Oh, vamos, Maddy. Siempre he sido cortés.

Él había sido muchas cosas. Muchas cosas en las que no quería pensar en este instante. —Está bien, de acuerdo. Gracias.

—No hay problema. Hay una toalla allí, está limpia, estaré al final del pasillo en mi antigua habitación, si me necesitas.

¿Si lo necesito? ¿Qué se supone que significa eso? Mi corazón se endureció. —Gracias.

El momento se puso incómodo por la manera en la que me miraba fijamente. Rastreó mi cuerpo con sus ojos. Era la misma mirada que me había empujado a sus brazos en primer lugar. Eso y el control, la sensualidad, y la insinuación de que había más por descubrir. Y ciertamente lo hubo, pero mucho de eso no fue más que dolor emocional.

Lionel se inclinó hacia adelante y luego me sujetó brevemente con sus brazos y besó mi mejilla. Era cálido, suave y ligeramente húmedo, y mis piernas se volvieron gelatinosas en el acto. —Es bueno verte de nuevo, Maddy. Espero que nos encontremos en la reunión. O incluso antes de eso.

Me salí de su agarre, forzándome a concentrarme en mí misma en vez de en él o en el pasado. —Buenas noches —dije.

Apenas podía tragar las palabras que se sentían como vidrios en la parte de atrás de mi lengua: esta era su casa, y él estaba a cargo. Y el pasado era el pasado.

Lionel salió del baño y cerró la puerta una vez que estuvo afuera.

Me apoyé en la encimera y me desentendí del tema. Lo había visto todo. Cada delicioso y bronceado centímetro de su piel. Mi cuerpo estaba inquieto

y tuve que tratar de convencerme de que el cambio de temperatura que había sentido había sido culpa del vapor en la habitación.

Qué gran mentira.

El hombre había sido mi mejor amigo mucho tiempo atrás, al igual que Raquel. Pero los tres nos habíamos distanciado mucho el uno del otro ahora.

—Contrólate —susurré.

Me acerqué a la puerta del baño y me aseguré de pasar bien la llave. No necesitaba que él entrara aquí mientras yo estaba desnuda. Me quité la ropa, me metí en la ducha y dejé el agua correr. Las gotas calientes caían sobre mi piel, y yo comencé a enjabonarme luchando para no imaginarme a Lionel en mi lugar.

Madeleine, se acabó. No estás en Hope's Hollow por nadie más que no sea por ti misma.

Se suponía que este iba a ser un momento para ordenar mis cosas. Para lograr recuperar mi hotel de la compañía que me lo había arrebatado. Pero, ¿realmente fue “arrebatado” cuando Edgar obviamente se lo había entregado en bandeja de plata?

Saqué todos los pensamientos negativos y me concentré en tener una buena ducha. Después, me iría de esta mansión y nunca volvería. Juro que me ducharía en la piscina local si fuera necesario.

Lionel Hamilton estaba oficialmente fuera de los límites, y eso era todo.

O al menos eso pensaba.

DOS

Lionel

No podía sacar a la mujer de mi mente.

En su momento ella lo había sido todo para mí, pero yo la había cagado. Así que solo lo dejé pasar y le di la espalda al pasado.

Ahora, ella estaba aquí. ¿De verdad esperaba que me mantuviera alejado?

Caminé por el extenso césped frente a la mierda gigante de la mansión de mi abuela, ahora era mía, pero todavía la veía como de Nana, y me dirigí a la casa que había al final a la izquierda. Una vez, en los viejos y malos tiempos, esto había sido el sector de los sirvientes. Ahora, era la casa de la enfermera de mi abuela.

Una madre soltera, Lora Griffin, se había mudado y se había convertido en la cuidadora de mi abuela. Había traído a Maddy con ella.

El exterior de esa casa estaba encalado, liso, pero las mujeres Griffin apenas pudieron pusieron manos a la obra y armaron una cerca y luego llenaron el pequeño jardín interno con flores que no podía identificar. No era mi mierda de todas formas.

Maddy estaba ahí dentro. Y no tenía idea de lo que le esperaba ahora que estaba en Hope's Hollow. Mierda, lo último que esperaba era que ella viniera a la casa. El resto, incluyendo su estancia aquí, había sido planeado.

La culpa se apoderó de mí, pero era la única forma de mantenerla a salvo. Por última vez, habías hecho una promesa. No dejes que tu pene se interponga en el camino. Finalmente, me acerqué a la puerta.

Maddy estaba en el pequeño patio, justo debajo de la ventana. Llevaba un par de guantes puestos y se estaba inclinando con el culo en el aire, tirando frenéticamente de un pequeño árbol.

—Hijo de puta —siseó ella. —Saca tus raíces de la tierra ahora mismo o... mierda, tú..

Me reí un poco. Las curvas de su culo se marcaban en los pantalones de yoga que abrazaban sus nalgas ajustadas, y se sumergían hacia un triángulo perfecto y un hueco que distrajo mi atención.

Mi pene se revolcaba en mis vaqueros, palpitaba, insistente.

Anoche, me la imaginé cogiéndomela unas mil veces por minuto. El tono perfecto que coloreaba su piel... me había hecho retroceder en el tiempo. ¿Cómo habría sido si la hubiera volteado contra el mostrador del baño y me la hubiera follado en ese mismo instante?

Desastre. Así es como habría sido. Idiota, no estás aquí para esto.

Maddy dio un último tirón y arrancó la planta de la tierra. El impulso la tiró hacia un lado pero se veía en su cara que se sentía triunfante. Se limpió la frente con su sucio guante rayado, empujando hacia atrás algunos mechones rubios.

Era el mismo pelo en el que había enganchado los dedos, y luego tirado de él. Solía oler a coco en ese entonces. ¿Seguirá usando el mismo producto? ¿Qué mierda me pasa?

—Deberías haber sabido que no debías meterte conmigo, hijo de puta — dijo ella y apuntó con su mano enguantada a la planta.

—No creo que eso sea hierba —Le comenté, sorprendiéndola.

Madeleine gritó de tal manera que habría despertado a los muertos, si fuera posible. Puso sus manos sobre su cabeza para cubrirla, y uno de los guantes voló por el aire girando en círculos y cayó sobre su cabeza. La suciedad del guante salpicó por todo su cabello y su frente.

—Whoops —dije.

Me miró con ira, sus ojos azules se veían más calientes que el mismo centro de una llama. —Whoops? —Se quitó el guante de la cabeza, luego se arrancó el otro y se sacudió el pelo, una ola de hebras doradas flotaba mientras lo hacía. Maddy se puso de pie y cruzó sus brazos. —¿Qué quieres, Lionel?

—Vine a asustarte —respondí. —Te he estado acechando durante la última media hora.

Puso los ojos en blanco, pero sus labios temblaron un poco queriendo sonreír. Esa definitivamente había sido una buena señal. Recuerda, no tienes que gustarle.

Mantente al margen de esto, Lionel.

Pero no podía evitarlo. La echaba de menos. Echaba de menos conocerla, hablar con ella, salir con ella.

Tocarla.

—Quería hablar contigo. No esperaba verte anoche —dije y mostré mi

encantadora sonrisa. —estoy seguro de que tú tampoco esperabas verme, tanto. A menos que... espera, ¿eres tú la que está acechando?

—Hablo en serio, Lionel. ¿Qué es lo que quieres? —Ella no desplegó sus brazos, estaban presionados sólidos contra sus pechos, empujándolos hacia arriba contra la parte delantera de su camiseta.

—Vine para hablar.

—¿Sobre qué? No tenemos nada de qué hablar.

—Valientes palabras de una mujer que irrumpe en una propiedad ajena. Podría hacer que te arrestaran —La ofensiva de mi encanto debía desgastar su actitud en algún momento. Maddy era dura por fuera, pero tenía un corazón dulce y suave, y definitivamente se estaba derritiendo para mí.

Levantó una ceja y la mantuvo allí.

—Quiero hablar de todo —le dije. —Éramos amigos, ¿recuerdas?

—Éramos. Esa es la palabra clave —dijo, encogiéndose de hombros y mirando hacia la casa. —Estoy ocupada en este momento. Ya sabes, la jardinería. Mi madre no ha tenido descanso en el trabajo y necesita ayuda por aquí.

Usé su comentario como transición. —¿Y qué hay de ti? —Le pregunté. —¿Estás emocionada por la reunión?

—En realidad no. Es algo que estoy haciendo únicamente porque estoy de vuelta en casa por un tiempo.

—Vas a ver a los viejos amigos, ¿verdad? —Lógicamente, yo estaba incluido en eso.

—¿De eso se trata todo esto? ¿Quieres que hable con Raquel por ti o algo? Porque no me siento cómoda con eso. No soy ninguna intermediaria entre tú y ella. No tengo ni idea de lo que pasó entre ustedes, así que..

Cerré los puños, pero los solté enseguida. Respira, Lionel. No dejes que la ira se manifieste. —No tengo interés en hablar con Raquel. Estoy interesado en ti, Maddy. ¿Qué te parece si vamos a almorzar juntos hoy? Pongámonos al día. Podemos ir a ese viejo restaurante y ordenamos el especial como en los viejos tiempos.

—No —Agitó la cabeza, pero también se mordió el labio inferior. Percibí el momento de duda. —Esa no sería una buena idea. Escucha, sabes por qué no quiero hablar contigo. Tú estuviste ahí. Sabes lo que pasó, así que, mejor olvidémonos de esto.

—Fue hace diez años.

—Entonces, qué, ¿debería dejarlo pasar porque el tiempo ha pasado? No lo entiendo —Era preciosa cuando era luchadora, pero también exasperante.

—Es hora de que hablemos de ello, cara a cara.

—No, realmente no tenemos que hacerlo —Ella suspiró y se limpió la frente, manchándola de nuevo con tierra. —No estaré en Hope's Hollow por mucho tiempo. Estoy aquí para, uh, reunir mis fuerzas o lo que sea, y luego me iré de nuevo. Y supongo que como eres un gran hombre de negocios, si los chismes de la ciudad son ciertos, tú también te habrás ido en poco tiempo. Sería inútil que pasáramos tiempo juntos.

—Parece que te convences a ti misma antes que a mí.

—No, no lo hago. ¿Pero quieres escuchar una razón aún mejor para que no salgamos? —preguntó Maddy, inclinando la cabeza hacia un lado. —No es que necesitemos una, pero aquí la tienes: Raquel lo odiaría completamente. Y aunque nos hayamos distanciado, ella sigue siendo mi amiga.

Un músculo se movió apretando mi mandíbula. Si supiera lo que le pasó a Raquel. Si tan sólo... no hablaría de eso ahora. Mi propósito era concentrarme en Maddy y mantenerla a salvo. Eso era todo lo que importaba.

Lo dejé pasar. No le interesaba ahora. —Está bien —dije. —En otro momento, tal vez.

Madeleine se mojó los labios y abrió la boca, pero no dejó salir ninguna palabra. Sus mejillas estaban un poco ruborizadas. —Nos vemos, Maddy.

—Deja de llamarme así.

—¿Por qué?

—Porque me recuerda a mí, me recuerda a mí. ¿OK?

—mí también —Levanté una mano y luego me di la vuelta y volví a la parte delantera de la mansión de mi abuela, con las manos metidas en los bolsillos de mis jeans. Yo tampoco quería un recordatorio de lo que había pasado entre nosotros.

No podía volver a enamorarme de Madeleine.

Cuando me fui, la puerta principal de la casa de su madre hizo un sonido fuerte y seco cuando se cerró. Por un instante, me sentí como si tuviera otra vez diez años, cuando jugaba en el área acordonada con Maddy, y me reía a carcajadas de sus chistes de pedos.

Me reí, pero la alegría murió en mis labios. Ella me odiaba ahora. Y me despreciaría aún más después de que se diera cuenta de lo que había hecho. Sé que nunca entendería que lo había hecho por ella.

Mi BMW estaba estacionado a pocos metros de la entrada y brillaba bajo la luz del sol, me dirigí hacia él cuando el sonido que salía de mi bolsillo me interrumpió.

—Habla Hamilton —respondí.

—Ha llegado a la ciudad —Era mi investigador, Zael. El hombre tenía una terrible tos de fumador y hablaba con una voz muy áspera. Era un cenicero andante, pero también era un tipo increíble. Entraba a lugares donde nadie más podía hacerlo, y yo le pagaba generosamente por ello.

—¿Estás seguro de eso?

—Cien por ciento, jefe —dijo Zael. —Se registró en el Dairy Oaks Inn hace media hora. ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que lo vigiles y me digas si lo ves reunido con alguien más. Con cualquier otra persona, no importa quién sea. Toma fotos y envíalas a mi teléfono, ¿de acuerdo? Si se mueve, sólo síguelo, pero que sea discreto.

Zael resopló ante la instrucción. Discreto era algo que venía implícito cuando se trataba de un trabajo hecho por él. —Estoy en ello.

—¿Está armado? ¿Viste algo que pudiera parecer sospechoso?

—No desde donde yo estaba, pero podría llevar un arma oculta. Te mantendré al tanto.

—Gracias, Zael. Buen trabajo.

—seguro, jefe —Y luego colgó.

Volví a colocar el teléfono en mi bolsillo, luego abrí el seguro del auto y entré en él. Me senté en el interior del coche, hirviendo por lo que había sucedido. Lo último que quería era volver a esta ciudad de mierda. La reunión no significaba nada para mí.

Mis puños apretaron el volante y miré hacia la casa de mi abuela a través del parabrisas. —Por ti —dije, luego encendí el auto y salí de la entrada.

Pasé por la casa de la madre de Maddy. El jardín estaba vacío ahora, los guantes aún seguían donde los había dejado caer, y la puerta principal cerrada.

TRES

Madeline

—¡Oh oh! —Mi madre dejó caer la cortina otra vez en su sitio. La cocina era una habitación acogedora, y el aroma de las galletas llenaba la habitación. Ella había horneado algunas con chispas de chocolate mientras yo me ocupaba del jardín.

—¿Qué? —Le pregunté, negándome a mirarla a los ojos. Agarré el guante de cocina y abrí la puerta del horno, inhalando el aroma de esas galletas, y casi chamuscándome los pelos de la nariz en el proceso.

—Lionel acaba de pasar. ¿O aluciné? —Mi madre era sólo veinte años mayor que yo. Era mi mejor amiga, mi heroína, y estaba pendiente de mi mierda la mayor parte del tiempo. —Cariño, ¿me escuchaste?

—Estas galletas huelen muy bien —dije, con demasiada alegría, y volví a cerrar la puerta del horno, girando hacia ella. La luz del sol entraba por las ventanas de la cocina que no estaban cubiertas por cortinas de encaje, y se extendía por el suelo de madera. —Eres la mejor pastelera del mundo.

—Dulces palabras, nena, pero no nací ayer. ¿Qué hace Lionel Hamilton en Hope's Hollow?

—¿No tenías que arreglar las cañerías de nuestra casa? —Le pregunté.

—Buen intento evitando el tema —Mi mamá me sacó del camino, con sus ojos azules brillantes persiguiéndome. Me quitó el guante y luego llevó las galletas del horno a la encimera.

Quise tomar una, pero ella me golpeó el dorso de la mano en respuesta.

—Ay —dije y me llevé la mano al pecho, haciendo una cara de tristeza fingida. —¿No hay galletas?

—Están buenas —contestó mamá, —no podrás comer ninguna hasta que respondas la pregunta que te hice sobre Lionel.

—¿Qué pregunta? —Dije, fingiendo no haberla escuchado antes.

—Bueno, tengo varias —Se quitó el guante y apagó el horno. —En primer lugar, ¿sabías que había vuelto?

—Sí —Me encogí de hombros, caminando hacia la pequeña mesa de la

cocina y tomando asiento. Este lugar era tan hogareño que las emociones brotaban con facilidad. Especialmente ahora que había regresado sin ninguna perspectiva. Había visto como me arrebatában mi negocio justo en mis narices.

—¿Cómo lo supiste?

—Me lo encontré anoche.

Mamá frunció el ceño e hizo los cálculos mentales. —¿Anoche? ¡Oh! ¿Cuándo te duchaste?

—Sí —dije. —Lo cual es en parte culpa tuya, ya que nadie se ha ocupado de las cañerías.

Mamá sacó los platos del armario y los colocó sobre las encimeras de granito. —Oh, por el amor de Dios, el fontanero viene hoy. No tendrás que usar su ducha de nuevo —Se detuvo. —Entonces, ¿cómo fue?

—Fue como nada —le dije, encogiéndome de hombros. —Fue lo que fue y ya. Él estaba allí, y dijo que podía ducharme, y eso fue todo.

Mamá chasqueó su lengua hacia mí. Éramos cercanas, pero no hablábamos de sexo. Habíamos hablado de novios y besos y nos reíamos juntas, pero yo había sobrepasado la línea con respecto al sexo después de que cometí el error de darle un pequeño indicio de lo que había sucedido con Lionel, en aquel entonces. —Así que... —dijo ella.

—¿Qué? —Intenté comer una galleta de nuevo, y ella me dio otra reprimenda en la mano. —Eso es abuso infantil.

—Tienes 28 años, Madeline. El barco del abuso infantil ha zarpado.

—Bien, entonces es abuso-abuso —dije y fingí que era un lloriqueo. —Danos una galleta, entonces, preciosa.

—Esa es una pésima imitación de Gollum —Mamá sirvió una galleta a cada una en su respectivo plato, haciendo un gesto de sensibilidad al calor y luego soplando en sus dedos. —no te escapas de mis preguntas.

—Bien, ugh. Lo vi. Se veía bien. Fue confuso, pero me recordó lo que tengo que hacer. Concentrarme en mí, en el trabajo y en volver a encarrilar mi vida. Eso es todo lo que tengo que hacer, mamá.

—Bueno, sé que ya no se llevan bien..

—Sí, eso es lo que pasa cuando un hombre toma tu virginidad y luego se va a compartir atardeceres con tu mejor amiga.

—Según recuerdo, no fue nada de eso —contestó ella, sin dejar de lado ni por un segundo su galleta.

—Bien, no fue nada de eso, pero aún así. Es... es complicado.

—Fue sincero contigo después de lo que pasó.

—Por adelantado o no, me rompió el corazón, mamá. ¿Por qué estamos hablando de esto? No le veo la importancia.

—Me importa, Madeline.

—¿Por qué? ¿Por qué importa tanto? ¿Qué importa si Lionel y yo estamos en buenos términos o no?

—Nana Hamilton estaba ahí para nosotros cuando nadie más estaba — dijo mamá, señalando hacia la acogedora cocina. —Ella me dejó esta casa. Me dio un lugar para quedarme cuando eras pequeña, cuando no tenía a nadie más.

—Lo sé, mamá. Amaba a Nana tanto como tú —Me asfixió un poco el pensamiento de que se había ido. —Pero esto no tiene nada que ver con ella.

—Lionel es tu amigo. Y estoy bastante segura de que ustedes dos pueden resolver esto si lo intentan. No creo que sea un mal hombre, cariño. Lo conozco desde hace mucho tiempo. Los vi crecer juntos.

—Lo sé —Fue molesto tener que repetirlo. Era molesto tener que pensar en Lionel así. —Lo sé. ¿DE ACUERDO? Lo sé, pero algunas cosas es mejor dejarlas en el pasado. Por mi bien y por el suyo. Sólo ha vuelto para la reunión. O quizás para ver cómo está la mansión, no lo sé. No es como si fuera a volver a verlo una vez que esto haya terminado.

—¿Por qué? —Mamá me preguntó y me premió con una galleta en el plato. —¿Porque vas a salir corriendo otra vez? ¿Vas a empezar tu vida de nuevo en Nueva York?

Le puse una cara. —No creo que pueda volver a Nueva York sin pensar en lo que pasó.

—Edgar —Y esta vez, la disposición jovial de mi madre se esfumó. Ella despreciaba a mi ex novio más que yo. —Pedazo de mierda.

—¡Mamá!

—Gigante saco de mierda parlante. Nunca supe lo que viste en ese hombre. Tan lleno de sí mismo.

—¿Y Lionel es qué, un ángel?

—No es el tipo de hombre que arruinará tu negocio por capricho — contestó mamá.

—Eso es porque nunca tendrá la oportunidad —Levanté mi galleta y mamá la chocó con la suya en señal de brindis. Las dos nos dedicamos a

comerlas, y la dulzura se extendió por mi lengua. —Oh, el paraíso del chocolate.

—¿Te gusta? —Mamá masticaba con entusiasmo. —Eres un ángel, mamá.

—Entonces, ¿planes para el día? —preguntó ella. —Ahora que has terminado de diezmar mi jardín....

—Oye, te ayudé. Me deshice de las hierbas malas.

—Cariño, sacaste mi arbusto de hortensias.

—¿Lo hice? —Terminé mi galleta y sacudí las migas en mis dedos sobre el plato.

—Sí, lo hiciste. Pero no te preocupes por eso. Puedes comprar otra en la tienda de Hope's Hollow.

Hice una mueca. —¿Quieres que vaya a la ciudad?

—Puedes apostar que sí —dijo mamá, exagerando un acento a propósito. Caminó hacia el refrigerador y sacó una nota adhesiva de la parte delantera y luego regresó. —Sólo necesito unos pocos elementos esenciales ya que el coche está disponible, y tú pareces tan interesada en ayudarme con el jardín.

—¿En serio? ¿Es por las hortensias?

—No, es porque tienes que salir de la casa, y si escucho una cosa más sobre las cañerías me voy a arrancar el pelo. Y no te quiero cerca del fontanero cuando llegue, porque estarás parada a su lado, respirando lava y azufre.

—¡No haría eso! —De igual forma, ya me había convencido. Estaba tan aburrida últimamente por estar tan acostumbrada a dirigir el hotel que empecé a disfrutar realizar las actividades simples del día a día un poco más de lo que esperaba.

—Ve y tráeme el sustento —dijo mamá, señalando desde la cocina. —¿Cuál será mi recompensa por esto?

Mamá cogió una galleta y me la dio. —No quiero migas en la cocina ni en el coche. Cómétela afuera.

—Sí, sí, sí, sí —Salí de la cocina y metí la nota en mi bolso que estaba en la mesa de entrada del pasillo. Lo levanté y lo colgué sobre mi hombro, saliendo a encontrarme con la luz del sol de la mañana.

Definitivamente no había señales de Lionel. Se había marchado, por supuesto, pero aún así, no pude evitar mirar afuera.

Tienes que parar con esa mierda. Él no te quiere, y aunque lo hiciera...

nunca podría pasar. Me sentía como si me hubiera arrastrado el corazón sobre hojas de afeitar y jeringas rotas. No necesitaba volver a pasar por eso con él.

Especialmente porque sabía que siempre tenía el potencial de joderme más.

Abrí el Volvo de mi mamá, entré y me abroché el cinturón de seguridad. Encendí el motor, saqué la lista y la escaneé mientras esperaba que el carro se calentara. —Bien, ¿azúcar, remolacha y flores? ¿Para qué diablos necesita flores? —Significa parar en la floristería y ver a Soledad.

Ella era la más extraordinaria chismosa de la ciudad, y no me entusiasmaba que me preguntara por qué había vuelto, cómo me iba, y luego difundir esa información por la ciudad como si fuera herpes.

Salí del pequeño camino de entrada de la casa de mi mamá y tomé la ruta larga que conducía hacia la puerta principal de la mansión. Usé el control remoto para abrirla y luego me dirigí a la ciudad. Diez minutos después, estaba estacionada frente a la casa de Soledad.

La mujer que recordaba, de pelo gris, voluble y libre alrededor de sus hombros, me miró por el escaparate y me saludó con la mano. Se notaba que no podía esperar para clavarme sus garras.

La saludé con la mano de vuelta, mis tripas se retorcieron.

La gente de Hope's Hollow no necesitaba oír mi vergonzosa historia.

Salí del coche y entré en la tienda, con la campana sonando sobre mi cabeza al empujar la puerta de entrada.

—¡Ahí estás! —Soledad respiró y llevó las manos a su pecho. —Me preguntaba cuándo vendrías a verme. Han pasado años. Siglos, incluso —Se acercó al mostrador y se abalanzó sobre mí con los brazos extendidos.

Soledad, que era como una cabeza más baja que yo y un poco más redonda, me arrastró a sus brazos y me apretó. Me dio una palmadita en la espalda. —Oh, querida, has crecido.

—Me fui cuando tenía 18 años, Soledad.

—Lo sé, pero aún así, has crecido. Has madurado, a eso me refiero —Ella me agarró de la parte superior de los brazos y me sostuvo, escudriñándome con ojo experto. —Dios mío, una joven tan encantadora. Tan adorable.

Me había ido cuando tenía dieciocho años, pero no era como si me hubiera alejado. Siempre estaba en la ciudad para el Día de Acción de Gracias y Navidad, y había visto a algunos de los habitantes de la ciudad de forma intermitente. Todo eso de “has crecido” fue un poco exagerado.

Sonreí. —¿Cómo has estado? —Tal vez si me concentrara en ella, se olvidaría de interrogarme.

—Oh, he estado bien, por así decirlo —Se frotó el pecho y volvió a caminar alrededor del mostrador para ocupar su lugar. —Mira, tengo angina, pero el médico dice que estaré bien.

—Lamento oír eso —Me detuve. —¿Qué más hay de nuevo? ¿Cómo está Chocolate Chip?

Chocolate Chip era su precioso gato. Me gustaban los gatos, aunque nunca tuve uno. Mi madre era alérgica, y Edgar también lo era. Imbécil. El imbécil que me impidió tener un gato y luego me vendió.

—Oh, está de maravilla. ¡Maravilloso! Debería estar por aquí en alguna parte. ¡Choccy! —Soledad aulló el nombre. —Choccy, cariño, ¿dónde estás? Ven a ver a nuestra visitante. Nunca adivinarás quién es.

El timbre de la puerta sonó y entró otro cliente. Giré la cabeza, y mi estómago cayó tan fuerte que perforó el suelo y viajó hasta llegar a China.

Edgar.

Edgar estaba aquí.

Su cabello rubio estaba liso hacia atrás, y sus ojos verdes me miraban fijamente. Llevaba un traje. Por supuesto que llevaba un traje.

—¡Choccy! —Soledad gritó. —¿Dónde está ese gato? —Ella me dio una sonrisa. —Estoy segura de que llegará pronto, oh, hola. ¿En qué puedo ayudarle?

Edgar no dijo una palabra. Me miró fijamente. —Hola.

—Casi nunca hay gente de fuera de la ciudad en mi tienda. ¿Desea algo en particular? —preguntó Soledad, inconsciente. —Tengo unas preciosas margaritas y lirios de arum. Oh, y las rosas son preciosas, mi proveedor acaba de..

—¿Qué estás haciendo aquí? —Le pregunté. —Vine a buscarte —contestó Edgar. —¿Me seguiste?

Los ojos de Soledad se abrieron de par en par.

—Ya he estado aquí antes, Madeline —contestó Edgar, en ese tono de sermón que despreciaba. Ese tono que denota que él es el mejor en todo siempre. Eso... Dios, joder, ¿por qué estaba aquí?

—¿Qué es lo que quieres? —Le pregunté.

—Quiero hablar. Tenemos que hablar de lo que pasó.

—¿Por qué? Dejaste muy clara tu posición. Varias veces. Ya no tenemos

nada en común. Hiciste tu cama, Edgar, varias veces. Y ya sabes lo que dicen crea tu fama... —continuó, —acuéstate a dormir.

Soledad jadeó.

Me apreté los ojos y los cerré. —Sólo vete —le dije. —No te quiero aquí. Este no es tu pueblo, no es tu lugar. Si te quedas..

—No entiendes lo que pasó. Hay cosas que están fuera de mi control. Quiero...te necesito, Madeline. Te necesito en mi vida. Eres mi roca.

—Tu muleta, querrás decir —dije y levanté la mano. —Lo siento, pero ya no me interesa ser eso. Eso no es lo que soy.

—Madeline —Se acercó a mí.

Soledad tocó la campana alegre en su recepción. Sus mejillas estaban enrojecidas. —Joven —dijo ella. —Ya has oído a la dama. Quiere que la dejen en paz. Le sugiero que se vaya antes de que llame a la policía. Tengo un botón de pánico debajo de mi escritorio y lo presionaré.

—No, Soledad, está bien. Ya me estaba yendo —Pasé por delante de Edgar y me dirigí a la calle, rechinando los dientes. Mi peor pesadilla era que sucediera algo así frente a Soledad. La mujer era un encanto en el fondo. Tenía buenas intenciones, pero esta noticia se propagaría rápidamente.

Caminé por la calle, hacia la Tienda General.

—¡Madeline, espera! —Los pasos de Edgar golpearon el concreto detrás de mí. —Espera. Tenemos que hablar de esto. Adecuadamente. Nunca me diste una oportunidad.

—Nunca te di una oportunidad —dije, irónicamente. —Te di más de 50 oportunidades.

—Para explicar, quiero decir. Tengo que explicártelo —Su mano se apretó contra mi brazo. —Ven conmigo.

—¡No! Suéltame.

—Estás siendo ridícula. Sólo tomará un segundo —El agarre de Edgar se hizo más fuerte, sus dedos mordían mi carne, y su peso me arrastró hacia atrás un par de pasos. Busqué ayuda en la calle, pero estaba vacía.

CUATRO

Lionel

—si me preguntas, el precio de los huevos ha subido por las nubes. Es ridículo, en realidad. Recuerdo que en aquellos tiempos, costaba la mitad de lo que cuesta ahora por una docena —dijo Gerald, el dueño de la Tienda General. —Sabes, por supuesto, que una docena son doce huevos.

—Sí —dije y puse mi docena sobre el mostrador. —Así es, de hecho — Había sido una prueba tener que pasar la semana comprando en la tienda de comestibles. Él siempre tenía un comentario sobre cada cosa, y aunque a mí no me iba mal al momento de mantener una conversación, Gerald era un conocedor. El hombre podía hablar por horas literalmente del precio de los huevos.

—Ahora, yo estaría de acuerdo —dijo Gerald, —si los huevos fueran más grandes, ya sabes. Pero no lo son. Estos huevos son diminutos en comparación con los que tenían en mi época. En mis tiempos, tenías esa docena, y podías alimentar a una familia con ella durante dos semanas. Un huevo por cada dos personas, déjame decirte.

Parecía ser una historia digna para cubrir todo un día de pesca, si es que alguna vez había oído una de esas. Pero no iba a debatir la base empírica de su hecho del huevo. Sin embargo cuanto más tiempo pasaba fuera de la mansión, más me preocupaba por ella.

Gerald pasó los dedos por encima de su paté Calvo y luego me señaló. — Estoy seguro de que a un pez gordo como tú no le importa pagar por huevos más de lo que deberían, pero el resto de nosotros...

Un grito resonó desde el final de la calle y, afortunadamente, lo interrumpió.

La frente de Gerald se arrugó. —Oh, ¿qué...? —Caminó hacia la ventana del frente y miró por la calle. —Oh no.

—¿Qué pasa?

—Hay una pareja discutiendo ahí afuera, parece ser... Dios mío, esa es Maddy. ¿Qué hace ella aquí?

No esperé el resto de la pregunta. Salí de la tienda en un abrir y cerrar de ojos.

Estaba a mitad de la calle, en la acera, con el brazo atrapado en el puño de un tipo que tenía la cabeza y los hombros más bajos que yo, pero era fornido. Lo suficientemente fuerte como para dominarla a ella, tal vez, pero yo le rompería el cráneo sin dificultad.

Lo reconocí. Apreté los dientes. —Suéltame, Edgar. Suéltame.

—Vamos, Madeline. Esto es una tontería. Sólo quiero hablar. Tenemos que resolver esto. No podemos dejar que lo que pasó se interponga entre..

—¡Oye! —Ladré.

Dejaron de pelear y miraron hacia arriba. La cara de Maddy se transformó. Pasó de enojo a alivio, y luego a enojo de nuevo en cuestión de un instante. Se arrancó el brazo de Edgar y se echó para atrás, frotándolo.

—¿Qué carajo crees que estás haciendo? —Le dije furioso a Edgar. —¿Quién te crees que eres? —replicó.

Lo agarré por las solapas de su traje y lo levanté de la acera. Se agarró de mis antebrazos. —Soy el tipo que va a acabar contigo, imbécil. Eso es lo que soy.

Las puertas y las ventanas que daban hacia la calle se iban abriendo, y la gente aparecía, en diferentes estados de conmoción y chisme.

El día acababa de empezar, y algunas personas todavía agarraban tazas de café en sus manos. —Suéltame —gruñó Edgar. —Bájame.

Lo sacudí en el aire. —Te pondré en el contenedor de basura donde perteneces.

—Basta —dijo Maddy. —Los dos, deténganse. Ahora mismo —Su mano cayó sobre mi bíceps.

Me apretó con sus pequeños dedos. —Bájalo, Lionel.

—¿Estás segura de eso? —Le pregunté. —Hay un contenedor a la vuelta de la esquina. Le quedaría muy bien a la basura esta.

—Bájalo.

El tipo fornido golpeó mis manos, rasgando mis nudillos y mis dedos, tratando de despegarlos. No tenía ninguna posibilidad. Si quisiera lanzarlo al callejón, podría. Yo era mucho más grande, y cada centímetro de mí anhelaba golpearlo y darle una lección.

Este era el tipo. Esta fue la razón. Aquí mismo. Lo tenía en mis manos. —Bájalo —repitió Maddy.

Bajé al maldito de vuelta a la tierra y lo liberé.

Edgar se echó hacia atrás, me miró con los ojos entrecerrados, luego a ella y luego de nuevo a mí. —¿Crees que me vas a asustar? —preguntó. —¿Eso es todo? Crees que...

—Lárgate de aquí —Di un paso adelante.

Eso fue todo lo que tuve que hacer para que Edgar se diera vuelta y huyera por la calle. Lo vi marcharse con satisfacción. Era definitivamente el primer punto para mí. Y Maddy estaba a salvo. Por ahora.

—Qué demonios, Lionel —Su voz atravesó mi orgullo. —¿Qué demonios hiciste?

—¿Eh?

—¡Oh, hola! —Me hizo un gesto con la mano, la luz del sol iluminaba sus ojos color miel. —¿Me recuerdas? Sí, yo también estoy aquí. ¿O lo perdiste de vista en tu momento neandertal?

—¿De qué coño estás hablando?

—Estoy hablando de ti levantando a mi ex-novio de la acera y colgándolo como un juguete frente a toda la ciudad —Hice un gesto a la gente que se había reunido fuera de sus puertas.

—Muy bien —les dije. —Eso es todo amigos. No hay nada más que ver aquí.

Algunos de ellos se sacudieron en el acto, y otros se encogieron de hombros, pero todos volvieron a sus tiendas, uno por uno. —Listo —dije, sonriéndole a Maddy. —Todo arreglado.

—¿En qué estabas pensando? —siseó y me señaló. —¿En qué diablos estabas pensando?

—Estaba pensando que, no sé, tal vez estabas a punto de ser raptada por un tipo, y que si ese tipo te llevaba, algo malo pasaría, y entonces dejé de pensar y decidí romperle la maldita cabeza —Ese fue casi el proceso, con unos pocos bits cruciales de información eliminados.

Es decir, que yo sabía quién era el hombre. Que me preocupaba que esto pudiera pasar. Que esa era la razón por la que estaba constantemente en alerta máxima. Esta maldita promesa me matará. Estar cerca de ella lo hará.

—No necesitaba que hicieras eso —dijo Maddy, levantando la barbilla. —Estaba bien.

—Claramente no estabas bien.

—¿Y sabes la diferencia? ¿Conocías el contexto de lo que estaba

pasando?

—No necesitaba el contexto —le dije. —Había pánico en toda tu cara.

—Olvidé que podías leerme tan fácilmente. Recuérdame otra vez por qué dejamos de ser amigos —Se golpeó la barbilla. —Algo que ver con...

—Detente —ordené.

Me levantó una ceja.

—Intenté ayudarte, Madeline. Si no puedes aceptar que..

—Puedo aceptar ayuda —dijo ella, —pero no cuando viene de....

Pero no terminó la frase. —¿No cuando viene de mí? ¿Eso es todo? ¿No quieres mi ayuda?

—No, no cuando viene de un lugar desacertado. No sé por qué hiciste eso, Lionel.

—Jesucristo, creo que hasta las paredes de ladrillo entienden por qué hice eso, en ese momento sólo eras una mujer en apuros. ¿Se supone que debo quedarme mirando mientras un tipo te maltrata?

Ella apretó los labios y cerró los ojos, exhalando. —No necesito un caballero de armadura blanca. No necesito que vengas y me salves. Estoy bien por mi cuenta. Siempre lo he estado.

—Sí, eso lo has dejado muy claro.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que estás tan ocupada siendo fuerte, que no puedes ver lo que tienes justo delante de ti —Dios, tuve que retroceder antes de que esto fuera demasiado lejos. Yo no la quería. Mentiroso. No la necesitaba. Pinocho. Como sea, tenía un trabajo que hacer.

—¿Justo enfrente de mí? —Ella exhaló. —¿Qué significa eso? No quiero saberlo. Quiero que me dejes en paz, ¿de acuerdo? Lionel, ya no somos amigos. Hace años que no lo somos. Incluso tú tienes que darte cuenta de eso.

—¿Incluso yo?

—Hablo en serio —Madeline se mordió el labio inferior, y la imagen de la otra noche, de pie cerca del lavabo del baño, volvió a mí. Me había investigado a fondo. Sus pezones habían estado duros, presionando contra su camisa. —Supongo que aprecio que estuvieras tratando de ayudar —dijo ella.

—Esa es una forma estúpida de decir gracias.

—Pero, —continuó ella, levantando un dedo, —puedo arreglármelas sola. Así que, en el futuro, no te metas y déjame hacer lo que tengo que hacer. Ya no somos niños. No necesito que me cuides.

—Maddy.

—Deja de llamarme así. Basta ya. Eso.... eso fue algo bueno, pero ya no lo es. Así que para —Puso una mano sobre su frente, ajustó el agarre de su bolso. —Mira, tengo que irme. Tengo que irme —Y luego se fue, de vuelta a la calle. Desapareció dentro de la floristería, y la puerta se cerró de golpe.

Consideré seguirla, pero no ayudaría. Ella quería distancia. Mierda, sabía que esta mierda no sería fácil, pero esto era.... otra cosa. Me di la vuelta y volví a la Tienda General, agitando la cabeza.

Ella estaba equivocada sobre esto. No había ninguna posibilidad de que me quedara quieto y viera cómo su ex la acosaba. Ese nunca sería yo. Habría sido indiferente para mí si cualquier otra mujer hubiera estado en problemas, pero con ella, sí, era diferente. Estaba involucrado.

Gerald esperó detrás del mostrador en la Tienda General. Había empaquetado mis comestibles mientras yo estaba ahí fuera. —¿Estás bien, hijo? —preguntó.

—Estoy bien —le dije y le sonreí. —Nada que una taza de café fuerte no pueda arreglar.

—Bueno, escogiste los mejores granos que esta tienda tiene para ofrecer —Gerald sonrió.

Pagué por los comestibles, devolviendo la sonrisa pero sin sentirla realmente. Mierda, ¿por qué me hizo esto? ¿Por qué tuve este tipo de reacción hacia ella, cuando en realidad estaba condenado a fracasar desde el principio? Siempre lo había estado. Arruiné nuestra amistad llevando las cosas más lejos. La había perdido.

—Escucha, hijo —dijo Gerald, mientras me entregaba el cambio, —hiciste algo bueno allá afuera. No sé quién era ese extraño, pero Madeline necesita toda la ayuda posible. He oído por ahí que ahora está sin trabajo. Me alegro de que la hayas ayudado.

La mierda se extendía rápidamente en un pueblo como Hope's Hollow. La gente parecía poder absorber la información a través del aire, o a través de la ósmosis. —Que tengas un buen día, Gerald.

—Tú también, hijo.

Salí de la tienda y volví al BMW, mis pensamientos se centraron en Maddy, en mantenerla a salvo, en cumplir mi promesa. Por última vez. Eso era todo. Por última vez.

CINCO

Madeline

Entré en Misty's Coffee Shop treinta minutos pasadas las nueve de la mañana, con el hambre pellizcándome en el centro del abdomen y mi paciencia tan delgada como un trozo de papel. Mis ojos ardían de cansancio, aunque era temprano, y había dormido lo suficiente anoche.

Fue por lo de Edgar. Y lo de Lionel. Y lo de —no tengo nada.

Me uní a la larga fila para tomar un café, sofocando un bostezo con mi puño, escaneando los especiales en la pizarra detrás del mostrador. ¿Qué es un macho-frappiato de avellana?

—¿Mads? —Una voz de mujer. Uno que reconocí de los viejos tiempos.
—Mads, ¿eres tú?

Me di la vuelta y vi a Raquel sentada en una de las cabinas cerca del frente de la tienda. Su larga cabellera oscura caía más allá de sus hombros, brillante como siempre, pero su cara era más madura, ahora, casi dibujada, sus ojos color avellana lucían apagados en comparación con lo que habían sido antes.

En los viejos tiempos. ¿Ha pasado tanto tiempo?

—Guau —dije y me salí de la fila. Caminé hacia ella, sonriendo. —Han pasado años. He querido llamarte, pero acabo de volver a la ciudad.

—Totalmente —Raquel se levantó de un salto y me abrazó. Me bañó en un perfume de aroma tan florido que estaba a punto de caer en lo empalagoso. —¡Oh, Dios mío, es tan bueno verte, Mads! ¿Cómo has estado?

—Esa es una pregunta difícil —respondí, mientras nos separábamos. — ¿Qué hay de ti?

—Ídem —Ella rebuznaba de alegría, y algunos de los clientes de la tienda nos miraban. —¿Estás ocupada? ¿Quieres sentarte conmigo y ponerte al día? ¡Podría ser divertido!.

—Claro, eso sería genial —Raquel y yo nos habíamos distanciado después de la universidad. Empezó a salir con Lionel, y yo odiaba eso. Había tratado de no hacerlo, pero lo había hecho, y finalmente se había formado una

grieta, en parte debido a él, y por otro lado debido a que habíamos vivido tan lejos la una de la otra.

Me senté frente a ella en la cabina, con mis pantalones de yoga deslizándose en el cómodo asiento de vinilo color rosa. —Hola —dije y sonreí. —Te ves genial.

—No lo sé —contestó Raquel, poniendo los ojos en blanco. —En absoluto. He pasado por un infierno. Seguramente, ya lo has oído. Esta ciudad es demasiado pequeña para que no lo hayas hecho.

—¿Escuchar qué? —Le pregunté.

Hubo una serie de cosas que podrían haber sucedido, aunque yo tenía mis sospechas sobre cuál era la noticia en este caso.

Raquel suspiró, presionando sus dedos contra el puente de su nariz. —Lionel y yo... rompimos. El compromiso —Levantó su dedo anular, ahora vacío.

—Oh cielos —dije y aclaré mi garganta. —Lo siento mucho. Eso es terrible —Y yo lo sentía. Ella había sido mi amiga, y aunque despreciaba el hecho de que estuvieran juntos, no quería que se sintiera mal. Todavía me importaba. Nos habíamos distanciado, pero ahora, sentada frente a ella, recordando todos los buenos momentos que habíamos pasado, era como si la distancia nunca hubiera existido.

Volvimos a la normalidad, otra vez. Sólo comentábamos un chisme entre dos amigas que compartían un café. Si tan solo ya tuviera una taza en mi mano.

En el momento justo, un camarero pareció leer mi mente y se acercó para atender mi orden. —Hola, bienvenidas a Misty's, ¿en qué puedo ayudarlas?

—Sólo un capuchino, por favor. Oh, y una pila de gofres para el desayuno si todavía los hacen.

—Sí —dijo, sonriendo. Tenía el pelo rubio y los ojos bonitos. Los puso en dirección a Raquel. —¿Y usted, señorita? ¿Algo más?

—Quisiera rellenar esta —contestó ella y golpeó el borde de su taza, que se había vaciado muy rápido. —En realidad, al diablo con eso, ¿por qué no me traes un montón de gofres también?

—¡Enseguida! —El camarero se alejó hacia el frente para entregar nuestras órdenes.

Raquel suspiró, se tomó el último sorbo de café y lo dejó a un lado. —De todos modos, ¿dónde estábamos? Oh sí, te estaba contando sobre mi

desastrosa vida amorosa.

—yo estaba siendo comprensiva.

—Dios mío, te extrañé —Ella agarró mi mano sobre la mesa y luego la apretó. —¿Por qué nos distanciamos?

—No tengo ni idea —mentí. —Sólo distancia, supongo —¿Qué más podía decir? Raquel no tenía ni idea de que Lionel me había quitado la virginidad, que habíamos tenido una noche juntos antes de que todo se hubiera ido a la mierda y que habíamos terminado con todo, incluida nuestra amistad.

Al menos, había esperado unos años antes de acostarse con Raquel. Por lo menos. No podía culparlo por esa parte. Sobre las otras cosas... también me culpaba un poco a mí misma. Tengo que dejar de pensar tonterías. Obviamente tomé la decisión junto con él, quiera o no aceptarlo, así había sido. Sentía mucho miedo.

—Bueno, me alegro de que estés aquí, ahora. Me alegro de que todos podamos asistir a la reunión y llevarnos bien. Supongo que sí... ¿Puedo hacerte una pregunta? —Raquel titubeó jugando con sus manos. —Otra, quiero decir.

—Claro, adelante.

—¿Lo has visto? —preguntó ella.

Oh, Dios. ¿Lo he visto? ¿Te refieres a cuánto de él? —¿A quién? —Era más fácil jugar a los tontos en esta situación.

—Tú sabes, Lionel. Quería saber si había regresado a la ciudad para la reunión. Sé que rompimos hace seis meses, pero soy un desastre, Mads. Necesito hablar con él de nuevo, preguntarle por qué no me da una segunda oportunidad.

Mi corazón se retorció. Esto era pura mierda.

Dios, ¿por qué la vida era tan complicada? Yo quería a Lionel. Yo había sido más cercana a él que ella, y lo había tirado todo por la borda. No te gusta, ¿recuerdas? No es tu amigo. Ni siquiera es un amigo. No es nada para ti.

Pero era mentira tras mentira. Verlo anoche lo trajo todo de vuelta. No había distancia que me separara del dolor ahora.

—No tienes que hablar con él por mí ni nada —dijo Raquel. —Sólo quiero saber si regresó.

—Sí, él regresó —Salió a regañadientes. ¿Qué había hecho Lionel para

romperle el corazón? ¿Le habrá dicho a ella las mismas cosas que me había dicho a mí en su momento?

—Regresó —repitió Raquel, suspirando. —Oh Dios, eso significa que probablemente estará en la reunión. Tendré que volver a verlo.

—Tal vez. Realmente no sé cuáles son sus planes. No me importa mucho averiguarlo, si sabes a lo que me refiero.

Raquel agitó la cabeza. —No lo sé. Realmente nunca entendí por qué empezaron a pelearse en primer lugar. Sé que fue tu amigo primero, antes de yo hacerme amiga de él, quizá por eso nunca lo entendí. Al final repentino de la amistad, me refiero. Definitivamente eso hizo las cosas mucho más difíciles para mí.

—Sí.

El camarero regresó con nuestras bebidas, y lo usé como excusa para evitar el tema. Esperaba que me pusiera al día, tal vez que saliera a relucir alguna mención a Lionel, ¿pero esto? Estaba en primera fila como espectadora del show de Raquel, y mientras ella estaba sufriendo y yo definitivamente comprendía su situación, era bastante incómodo.

—De todos modos —dije y dejé mi taza en la mesa. —¿Cómo has estado aparte de...?

—¿El final de mi compromiso? —preguntó Raquel, haciendo énfasis. —Oh, he estado de maravilla.

—Lo siento —contesté enseguida.

—No, está bien —Me hizo un gesto con la mano. —Estoy siendo una perra. No he dormido mucho últimamente, debe ser por eso. Supongo que siempre es así después de una ruptura.

¿Incluso seis meses después? Se abrió un pozo dentro de mí. Ella se preocupaba por él. Por supuesto que lo hacía. Por algo estaban comprometidos. Y eso significaba que ahora era más que mi enemigo número uno. Tenía que evitarlo como si fuera una peste o herpes, o incluso una combinación de ambos.

—Sí —dije, después de un rato. —Siento oír que las cosas no están saliendo como planeaste, ¿sabes? Siempre tuviste todo en orden. La cerca blanca era parte de eso.

—Lo sé. De todos modos, eso ya se acabó —Volvimos a caer en un incómodo silencio y ambas sorbimos nuestros cafés. No me preguntó cómo estaba y la dejé revolcarse en su dolor. Eso era lo que necesitaba ahora.

Raquel siempre había sido la más emocional de los tres. Mientras que Lionel siempre había sido un poco alejado y a veces hasta frío, Raquel siempre había sido un poco exagerada en sus emociones, estilo reina del drama.

Las montañas de gofres llegaron y me salvaron de mencionar alguna otra cosa. Comimos, y Raquel sonrió, incluso hizo una broma y habló de otra cosa que no fuera Lionel. Después, me despedí, anoté su nuevo número y le prometí llamar pronto.

Quince minutos después, estaba de vuelta en la casa. La puerta principal estaba cerrada con llave, y una nota estaba pegada al frente. ‘Me fui a pescar. La llave está debajo de la puerta. (Sólo bromeaba, me estoy arreglando el pelo. La fontanería ya está arreglada). Con amor, mami’.

—Mami —dije y sonreí. Arranqué la nota de la puerta, la doblé y la metí en mi bolsillo para siempre. Me encantaban estas cosas. Cosas sentimentales por las que podía recordar a la gente. Saqué la llave, entré a la casa y llevé todas las cosas a la cocina.

Desempaqué apresuradamente, aunque no había razón para ello, luego me dirigí a la puerta principal y la sostuve abierta, mirando a la mansión de la abuela de Lionel. No, su mansión. Era su mansión, ahora.

Su BMW no estaba aparcado en la entrada.

Se me ocurrió una idea que despertó una pequeña chispa de emoción en mi pecho. Cerré la casa con llave, metí la llave en mi bolsillo y luego me dirigí hacia la mansión.

Di vueltas a su alrededor, serpenteando entre los arbustos, los rosales cuidadosamente curados, pasando la fuente, y hacia el laberinto de setos que Nana Hamilton había escogido y que ahora se había levantado. Entré en el pequeño laberinto y me perdí entre los setos, sonriendo.

Este había sido mi lugar favorito cuando era niña. Lionel y yo habíamos jugado a Marco Polo aquí, y cuando terminamos jugando Hide and Seek, este había sido mi lugar para esconderme. Lo hacía enfurecer, buscándome aquí, porque yo había explorado el laberinto tantas veces antes que ya era como mi segundo hogar. Nunca fue capaz de encontrarme aquí.

Llegué al centro y me senté en el viejo banco de listones de madera. Los recuerdos me inundaron, y mi sonrisa se desvaneció.

Por supuesto.

Este había sido el lugar.

Nuestro primer beso. No el último, que había llegado antes de que nos

cayéramos de los brazos del otro. Pero este era el lugar que lo había iniciado todo. El beso en los setos, su mano tocando mi mejilla, mi nombre en sus labios.

—Idiota —murmuré, moviendo la cabeza.

Esto no debería haberme importado. Había ocurrido hace ya diez años. Diez años enteros, y lo había superado. Ambos habíamos tenido otras relaciones desde entonces. Nuestros caminos se habían desviado. ¿Entonces por qué quieres odiarlo tanto?

Porque si no lo hiciera...

Los pasos se aplastaron entre los setos, y me puse rígida. Se acercaron más. ¿Qué demonios...? —Hola —Lionel apareció. —Me pareció ver a alguien corriendo en esta dirección.

—Apenas corriendo —le dije.

—Pero aquí estás —continuó. —¿Allanamiento de morada?

—Estoy al aire libre. Esto apenas califica.

—Allanamiento entonces.

—Puedo irme —Hice una finta de levantarme, pero él me extendió una mano para detener mi movimiento. —Por favor, no lo hagas.

Me quedé donde estaba. Era perfecto, como siempre. Los vaqueros y la camisa blanca le iban bien. Su piel estaba bronceada, y sus brazos eran más fuertes de lo que recordaba, tatuados ahora también. Me mastiqué la parte interior de la mejilla. —¿Qué estás haciendo aquí? —Le pregunté.

—Podría hacerte la misma pregunta.

—No vine por... ya sabes, esa noche. Recordé el laberinto y a tu abuela, y lo mucho que le gustaba estar aquí.

La expresión severa de Lionel irrumpió en una de sus sonrisas arrogantes. —Sí, lo recuerdo. Estaba tan seguro de que ella planeó este lugar contigo. Eras tan buena escondiéndote aquí.

—Estaba pensando en eso —Me reí. No pude evitarlo. Era demasiado fácil hablar con él y difícil odiarlo.

Lionel se acercó y se sentó en el banco a mi lado. Años que parecían siglos nos separaban de lo que había sucedido aquí, pero por un instante se sintió tan cerca, tan real. Su muslo presionaba contra el mío, su brazo cubrió la parte de atrás del banco. Colgó la cabeza hacia atrás y miró hacia arriba a las nubes blancas que corrían por el cielo.

Su mandíbula era fuerte, su nuez de Adán prominente.

—Ha pasado mucho tiempo desde que hablamos —dijo, después de un minuto. —Hablamos esta mañana —le contesté.

—¿A eso le llamas hablar? Eso fue una discusión.

—Supongo que tienes razón.

—Solíamos hablar todo el tiempo. ¿Recuerdas? —Se encontró con mi mirada, y me perdí por un minuto entero.

Me las arreglé para no cerrar los ojos y avergonzarme de ruborizarme. — Lo recuerdo —El aliento se me acumulaba en el pecho. Esto es una tontería. Vamos, es Lionel. Es sólo que...

—Maddy —dijo y apretó una mano contra mi nuca. Se me puso la piel de gallina, desde los dedos de los pies hasta la coronilla.

Su voz era profunda. —No te quiero como mi enemiga. Estoy cansado de pelear. Entiendo por qué te sientes así, pero...

—Me dijiste que no podíamos ser amigos —le dije. —Ni siquiera dijiste que no podíamos estar en una relación o que no podíamos volver a estar juntos físicamente, pero a cambio dijiste que ni siquiera podíamos ser amigos. ¿Cómo no ves por qué me enfado por eso? —La emoción me atravesó el pecho. —Éramos amigos. Éramos más que amigos. Crecimos... crecimos juntos. ¿Y luego una noche y todo termina? ¿Cómo es que no lo ves?

—Sí, puedo entenderlo.

—¿Entonces cómo puedes decir que estás cansado de pelear? —Me volví hacia él. —No hemos hablado en mucho tiempo por tu culpa. Fuiste tú el que quiso todo esto.

—Yo no quería esto —contestó Lionel, y todavía no me había quitado la mano de la nuca. La piel de gallina no se había calmado. —Pensé que sabía lo que quería, pero fui un idiota. Tenía dieciocho años y no era más que un idiota. No quería perderte como amiga, pero pensé que si íbamos más lejos, pasaría de todos modos así que era mejor cortar los lazos en el acto.

—¿Por qué?

—Tenía miedo. Yo era un niño y te tenía miedo.

—Me tenías miedo —le dije. —Me cuesta creerlo.

—Eres intimidante, te guste o no. Fuerte, inteligente, hermosa, y no creí que yo estuviera a la altura de eso, o que estarías satisfecha conmigo. En mi manera de pensar de adolescente, o como sea —Lionel me liberó, y la tensión entre nosotros se rompió.

Podía respirar de nuevo.

—Entonces, ¿qué ha cambiado? ¿Ahora sí quieres que seamos amigos?
—Le pregunté. Lionel me estudió. —¿Qué es lo que quieres?

Las palabras rodaban por mi cabeza. Ninguna sonaba apropiada. Estaban concentradas en lo que había visto anoche, cómo me había sentido hace años.
—No lo sé —dije. —Me encontré con Raquel hoy.

—Oh.

—Sí, no le va muy bien.

Se encogió de hombros. Ahí estaba ese lado frío otra vez. Lionel podía encender y apagar el encanto en un abrir y cerrar de ojos. Confiaba en él, pero todavía luchaba por reconciliar el pasado con el presente.

El silencio se interpuso entre nosotros. Lionel apoyó sus brazos en los muslos y levantó su barbilla, mirando el seto de enfrente. —Cena conmigo esta noche.

—¿Qué?

—Cena conmigo esta noche. Todavía te gusta la pizza, ¿verdad?

—todos les gusta la pizza.

—Sí, pero te gusta la pizza de pepperoni con alcaparras en la salsa.
¿Verdad?

¿Todavía recuerda eso? Era un detalle tan estúpido. Parpadeé. —Sí. Es mi favorita.

—Bien. Ven a las ocho de la noche. Comeremos, hablaremos, seremos amigables.

—Amistosos —dije.

Lionel se levantó del banco y metió las manos en los bolsillos delanteros de sus jeans. —La elección es tuya. La cena estará servida a las ocho —
Regresó por el camino que había seguido a través del laberinto, y ahí estaba yo, sola, inhalando su colonia y lamentando los últimos diez años sin él.

SEIS

Lionel

Eran cinco minutos después de la hora que había acordado para la cena. La pizza estaba aún en el horno. Tomé una copa de vino para servirle a ella, una cerveza para mí y mi irritado estómago lleno de amargura.

Invitarla aquí había ido en contra de todo lo que había planeado. Me había jurado que no permitiría que ninguna mujer se me acercara de nuevo. Era como si el espíritu de mi abuela se hubiera asentado en la mansión y hubiera decidido dirigirlo todo, desde Maddy estrellándose sin control contra mí en el baño hasta lo que había sucedido hoy en Hope's Hollow.

El timbre sonó y mis músculos se tensaron de inmediato.

Ella estaba aquí. Mierda, ella sí vino. Cualquier esperanza de que me retirara ya había desaparecido.

Dios, estaba tan emocionado. Era como ver a otro imbécil manejando mi cuerpo. Caminé hacia la pesada puerta principal de roble y la abrí.

Maddy estaba de pie en la alfombra de bienvenida, con el pelo suelto alrededor de los hombros, peinado en rizos. Llevaba un vestido veraniego, floral, apretado contra su preciosa piel pálida. Mínimo maquillaje, sus labios brillantes y húmedos.

—Hola —dijo ella. —No debí haber venido.

—Por supuesto que debías —mentí.

Esto está muy bien. Estuvo bien que la invitaras. Es por la promesa.

Hice un gesto. —Adelante, entra. Cuéntame qué se siente ser invitado en vez de entrar a hurtadillas en la oscuridad de la noche.

Madeline entró dando pasos cortos y se detuvo, se lamió un dedo y lo levantó. —Hmm, es refrescante. Hay un ligero viento frío, sin embargo.

—Ven a la cocina. El horno mantiene caliente la habitación —Me miró fijamente. —¿Qué?

—Pizza, ¿recuerdas?

—¿Lo lograste? ¿La hiciste desde el principio?

—Claro que sí —le contesté y cerré la puerta. —Pensé que la pizzería de

la ciudad tendría un aneurisma colectivo si pedía pepperoni de piña con alcaparras en la salsa. Considéralo como un servicio público, cocinar para ti.

—Hope's Hollow te lo agradece.

Tomé su bolso y lo colgué en el perchero y luego le sonreí. —Entonces, ¿vas a entrar o te vas a quedar ahí parada toda la noche? —Imbécil. No intentes ligar con ella.

—Claro. ¿Por qué no?

La llevé por el pasillo hasta la cocina de abajo. Era una habitación que Nana había diseñado, con encimeras de granito, una isla en el centro de la cocina y mucho espacio. Quemadores de araña, por supuesto, y una nevera gigantesca, con un congelador separado que estaba del otro lado de la despensa. Ambos estaban vergonzosamente subabastecidos.

—Dios mío, huele increíble aquí —dijo Maddy.

—Siéntate —Señalé hacia uno de los taburetes frente a la isla.

Se sentó y le di la copa de vino. Nuestros dedos se rozaron levemente. Intenté ignorar la electricidad, pero el deseo también apareció en sus ojos. Se enterró en su copa de vino.

—Salud —dije, levantando mi botella de cerveza.

Maddy se ahogó con el sorbo, y un poco se derramó sobre su labio, enrojeciéndolo. —Mierda, lo siento.

Chocamos nuestras bebidas para brindar, y ella agarró una servilleta y se limpió el labio. —No tenías que hacer esto, Lionel. No esperaba que cocinaras nada para mí. Esto es.... demasiado.

—No lo es —le contesté. —Me gusta cocinar.

—¿En serio? ¿Desde cuándo?

—Desde que me hice adulto —Me reí. —Hay algunas cosas que no sabes de mí, Maddy —Se mordió el labio inferior y me volvió a seducir. Joder, era tan guapa, y no estaba preparado para esto.

—Bueno, gracias —dijo ella. —Si hubiera sabido que cocinarías, te habría ayudado o traído algo. Mi mamá hizo galletas. Podría volver corriendo y conseguir un poco ahora —Se levantó, pero le hice un gesto con la mano.

—No, está bien. Compré un postre.

—¡Oh! ¿Qué conseguiste?

—Pastel de chocolate ganache de la panadería y helado de vainilla.

—Oh, Dios mío, divino. Esta noche nos llenamos de carbohidratos —Se mojó los labios. —Honestamente, ha pasado tanto tiempo desde que no he

comido este tipo de comida reconfortante. La comida casera de mi mamá es increíble, pero le gusta mantener los carbohidratos bajos. Y me mantengo fuera de la cocina en su casa, es algo como una norma que tiene.

—¿Ah, sí?

—Sí, es muy protectora con su espacio. Creo que se lo ha tomado peor que yo, todo eso de perder el trabajo.

Me detuve. Mi pulso subió un poco. Esta podría ser la oportunidad perfecta para hablar con ella sobre eso. Para ofrecerle el trabajo que había estado considerando para ella, pero no. Era demasiado pronto, incluso si eso la mantendría a salvo.

—Perdiste tu trabajo —dije y me acerqué al horno. Lo abrí y saqué la primera pizza, la puse sobre el mostrador. Agarré la siguiente y la inserté enseguida, asegurándome de que cerrara bien.

—Sí. ¿Necesitas ayuda con algo?

No. ¿Y tú? —No, estoy bien. Entonces, ¿qué trabajo tenías? —Es mejor que se lo pongas fácil, incluso si eso significaba unas cuantas mentiras blancas aquí o allá. Se volvería loca si le muestro que sé demasiado. O todo, mejor dicho.

Maddy sorbió un poco de vino y luego colocó la copa en la encimera, al lado del plato vacío que le había preparado. —Era gerente de un hotel. Bueno, en realidad, la dueña de un hotel. Tenía una franquicia, pero la junta decidió venderlo.

—¿Venderlo?

—Sí. A otra compañía importante. Maddan Enterprises. Imbéciles. En fin, la oportunidad de mi vida ha desaparecido por la ventana.

—Un hotel, ¿eh? No te imaginé haciendo eso.

—Bueno, empecé con el sueño de tener una posada. Algo más pequeño, ¿sabes?, pero cuando me mudé a Nueva York, no había mucho espacio para eso. Entonces terminé trabajando en este hotel y luego se lo compré al dueño anterior pero bajo la supervisión de la junta. Siempre me ha interesado la hospitalidad.

—Como mi abuela —A mi abuela le encantaba ayudar a la gente. Había tenido algunos hoteles en el extranjero y los había administrado ella misma.

—Sí, más o menos. Me encanta la idea de esto de ayudar a la gente, aunque parezca patético. Me encantaba soñar con tener una posada acogedora donde la gente viniera a quedarse. Eso, y tener mi propio gato.

—¿Un gato?

—Sí —Dio una de esas risas suaves y despreciativas y se levantó la muñeca. En ella había un brazalete con un amuleto colgando. El amuleto tenía la forma de la huella de una pata de gato. —Siempre quise uno, pero mi mamá es alérgica y Edgar también.

—El ex.

—Sí —Se inclinó y miró la pizza. —Eso se ve genial.

—Edgar el imbécil ex.

—No hablemos de él.

Tenía ganas de hablar de él, para asegurarme de que ella entendiera que era un pedazo de mierda bueno para nada.

Que ella debería mantenerse alejada de él y protegerse. —No me gusta ese tipo.

—Sí, bueno, a mí tampoco. Pero me gusta la pizza.

Dejé que ella controlara esta parte de la conversación. Siempre fue así con ella, un toma y dame. Estaba acostumbrado a dominar cada situación, cada conversación de negocios. Este fue un buen cambio de ritmo. Agarré la pizza y un cortador y luego regresé a la isla.

—Dios mío, estoy babeando ahora mismo —dijo ella.

Lo corté en rodajas y luego le entregué algunos trozos a ella y tomé algunos para mí. Me senté frente a ella, y nos atrincheramos. La combinación de ingredientes era una locura, pero el sabor me gustó. Me gustaba todo de Madeline, y por eso este trato era tan peligroso.

—Esto es tan bueno —dijo, entre mordiscos. —No he tenido esto en mucho tiempo. En serio. Muchas gracias por hacerlo.

—No es gran cosa —Le hice un gesto agitando la mano y me excusé para retirar la otra pizza del horno. Me senté después y la corté – usé diferentes aderezos, para mantener la variedad - y luego empecé a comer de nuevo. Comimos en silencio, enfocados en nuestros platos, con miradas que ocasionalmente se encontraban la una sobre la otra. Se veía bien comiendo, aunque fuera tan solo una pizza, se frotaba los labios de vez en cuando y enrollaba la servilleta entre las yemas de sus dedos para recoger el exceso de grasa. —Tan bueno —dijo ella.

—Me alegro de que te satisfaga —La palabra —satisfacer —era territorio peligroso. Sus ojos se detuvieron después de que lo dijera.

Terminamos con las pizzas y saqué las rebanadas de pastel de la nevera.

Serví un poco de helado y luego puse el postre justo delante de ella.

—Oh, Dios mío, ¿crees que puedo comer esto también?

—Maddy, sé que tienes un segundo estómago para el postre.

Se metió la cabeza entre los hombros y me dio la razón, prácticamente lamiendo el plato después. Mierda, fue bueno que no lo hiciera. La vista de su lengua, o cualquier cosa parecida, me encendería por completo.

Limpié los platos y las bandejas de pizza vacías, luego terminé mi cerveza y puse el vaso en el fregadero también. —¿Te traigo más vino?

—No, estoy bien. Una copa es suficiente para mí. Necesité toda la pizza para absorberla. Hace siglos que no bebo. La vida de negocios, ya sabes.

—Claro —Me senté de nuevo. —¿Café entonces?

—Vale, sí, un café estaría bien.

Me levanté y lo preparé, escuchándola detrás de mí, suspirando ocasionalmente o aclarando su garganta. El desplazamiento de ella en la silla. Dios, su presencia era suficiente para enloquecerme. Mi pene se movió con intención de levantarse. Abajo, chico.

—Gracias por esta noche. La pasé muy bien.

—Apenas hablamos —dije. —Cuéntame más sobre las cosas, sobre cómo has estado.

—He estado bien —contestó ella, rígidamente.

Me di vuelta y presioné la base de mis palmas contra la encimera, apoyándome fácilmente en ella. —Vamos, Maddy, soy yo. Puedes hablar conmigo.

—¿Puedo?

—Sí.

Ella arrastró la punta de su lengua rosa sobre su labio superior. —Vale. Bueno, el último mes ha sido una completa mierda. Perdí todo lo que me importaba, y antes de eso, bueno, descubrí algunas cosas que me abrieron los ojos.

—¿Como qué?

—Como que todos los hombres son unos imbéciles.

—¿Eso te abrió los ojos?

Maddy resopló a pesar de la situación. —Sí. Y no. No lo sé. No lo sé. Confié en Edgar, y me jodió de muchas maneras. Financieramente, emocionalmente, mentalmente. Se metió con otras mujeres, jugó con mi mente y me hizo creer que era alguien que no era. Excepto que yo no soy esa

clase de persona. Soy yo, y no tengo tolerancia para cuando se trata de cosas así. Así que, sí —Parpadeó. —Lo siento. No estoy segura de dónde vino eso.

—No, eso es bueno —dije. —Habla todo lo que quieras.

—Todo lo que quiera, ¿eh? No sé si haya mucho más que decir. Hice el ridículo. Y cuando estaba a punto de recuperarme, perdí mi hotel. Y todo fue culpa suya —Se detuvo. —Estaba escrito en mi destino, al parecer. Así fue como lo conocí. Y después de que todo se vino abajo, decidió terminar de arruinarme por completo.

Eso era una novedad para mí. No podía cambiar nada, pero aún así el shock me atravesó, afilado como una puta tachuela raspando el interior de mis venas.

—Mierda, eso apesta, Maddy.

—Sí, que se joda. Recuperaré el hotel. Lo compraré de nuevo, si es necesario. Encontraré... una manera —Se mojó los labios.

La cafetera había dejado de gotear, así que me di la vuelta y la agarré para verter el contenido en las tazas. Las acerqué a la mesa. —¿Azúcar? ¿Crema?

—Negro está bien —dijo y aceptó la taza. Una vez más, nuestros dedos se rozaron. —Así que, esa es mi triste historia. Siento haberme desahogado así. Estuvo mal de mi parte.

—De ninguna manera. Quería oírlo —Bebimos de nuestras tazas.

—¿Y? ¿Qué hay de ti? —preguntó. —¿Cuál es tu historia?

—¿Con respecto a qué?

—Raquel —dijo ella. —¿Qué pasó allí?

—¿De eso es de lo que quieres hablar? ¿Raquel? —Odiaba hablar de ello. Había sido una debilidad permitirme sentirlo por ella o por cualquiera, en realidad. —Estoy seguro de que hay mejores temas.

—Oh, vamos, Lionel. Te hablé sobre mi ex. ¿Por qué no sobre la tuya?

—Porque ella también es tu amiga. ¿No lo es?

—Perdimos contacto —dijo Maddy. —Pero sí, se podría decir que sí. Me encontré con ella hoy.

—Lo mencionaste esta tarde —¿Por qué otra vez? ¿Qué quería oír? ¿Volverme a juntar con Raquel? Si tan sólo lo supiera. Pero yo no se lo diría. No arruinaría su amistad con Raquel, aunque me molestaba que hablaran. Raquel no era buena.

—Sí, bueno, sucedió. Preguntó por ti —Maddy sorbió su café, sus ojos brillaban en su rostro. —parecía disgustada. Creo que quiere hablar contigo.

En realidad, sé que eso quiere.

—No tengo ningún interés en hablar con ella en lo absoluto.

—Oh. OK.

—Sí —Terminé mi café. La charla sobre Raquel había amargado mi actitud.

Nos quedamos en silencio, y Maddy se movió. Tenía su mirada fijada en mí, y yo en ella. La tensión entre nosotros floreció y ella se chupó un poco el labio. —Así que, sí. Probablemente debería irme —Levantó el brazo y miró la delicada esfera del reloj que llevaba junto al brazalete. —Se está haciendo tarde, y probablemente debería volver.

—¿Tienes que ir a algún sitio mañana? —Le pregunté.

—No, pero aún así. Mi mamá necesita mi ayuda en la casa. Cree que no es así, pero lo hace.

—Ya veo. Así que ella apreció que le arrancaras sus hortensias? —Le sonreí.

—¿Cómo...? ¿Qué, ahora también eres jardinero? —Me reí. —Es una planta común de jardín.

—Podrías haberme avisado.

—Era un poco tarde para cuando empezamos a hablar, y de todas formas no parecías estar dispuesta a hablarme mucho al respecto.

Maddy se rió, pero la alegría se desvaneció pronto de sus labios. Se levantó de la silla y me uní a ella. Caminamos juntos hasta la puerta principal, y ella agarró su bolso. —Gracias, otra vez —dijo ella, mientras yo abría la puerta.

—Voy contigo —le dije. —¿Qué?

—Voy a acompañarte a tu casa —Le ofrecí un brazo, y ella lo miró como si fuera una víbora venenosa a punto de atacar. —Vamos.

—¿Ahora eres un caballero?

—Bueno, pensé en tomarme un descanso y perseguirte por el jardín y tirarte barro.

—Buenos tiempos —contestó ella y aceptó mi brazo.

La escolté por la escalera principal y hacia la puerta de su casa. Las luces del lugar estaban apagadas, aparte de la del escalón delantero, que sin duda se había quedado encendida.

Llegamos a la valla, y ella deslizó su mano sobre mi brazo. Se volvió para mirarme. Me encantó eso. Me encantaba que fuera pequeña, que pudiera

levantarla en mis brazos si quería, girarla. Protégela, abrázala.

Detente.

—Gracias de nuevo —dijo ella, lentamente. —Disfruté esta noche. Estoy tan llena que creo que mañana me voy a despertar cuatro kilos más pesada.

—Fue un placer —Se mojó los labios.

La observé, el deseo se elevaba en mí. Como si fuera una marea, asfixiándome. Tócala. Bésala. Hazlo.

—Bueno, supongo que será mejor que entre —Pero no se movió. Ella me miraba, sus ojos reflejaban la luz de las estrellas, el deseo apenas se escondía detrás de ellos.

—Claro.

—Te invitaría a tomar un café, pero ya está hecho. Y mi madre probablemente esté durmiendo. No sería bueno despertarla.

—Sí.

Aún así, no se movió. Su bolso se deslizó por el brazo y lo agarró por las correas. —Whoops. Torpe.

—Hermosa.

—¿Qué? —Su cabeza se levantó.

—Dije que eres hermosa. Siempre lo fuiste, pero maldición, ahora eres jodidamente bella —Ella recogió tanto aire como pudo en un suspiro, sus ojos se abrieron de par en par. —Lionel.

Busqué su mejilla con una de mis manos y acerqué mis labios a ella. —Di la palabra —dije, en voz baja. —Dilo, y te besaré. Depende de ti.

SIETE

Madeline

—Sí —Eso fue todo lo que se necesitó.

Los dedos de Lionel se engancharon en mi pelo, y me llevó a su pecho. Sus labios presionaron los míos, y me reclamó. Me reclamó como si fuera suya. Apenas podía pensar, funcionar. Era él. Su lengua se apretó contra la mía, y yo respondí, gimiendo suavemente.

Era demasiado bueno, demasiado caliente. Perfecto, exactamente igual que hace años. Igual de intenso.

Sus manos viajaron sobre mi piel, por mi espalda. Se colocaron en mi cintura y la apretaron. Empujó su peso contra mí, y el deseo se extendió, rápido y caliente. Estaba duro. Su pene presionaba mi abdomen, y mis párpados revoloteaban.

¿Cómo sería hacerlo de nuevo? Me imaginé tocándolo. Imágenes de él en la ducha se elevaron en mi mente, rápidas y duras.

Lo besé más rápido, y él respondió apretando su agarre, bajando la mano y poniéndola sobre mi trasero. —Oh, Dios —no me pude contener. —Oh Dios, Lionel. Es bueno. Es bueno. Es demasiado bueno.

—Ven aquí —El beso se intensificó.

No quería que se detuviera. Coloqué mis brazos alrededor de su cuello, presioné mis senos contra su pecho. Tenía un sabor increíble, como a café caliente y helado de vainilla dulce, y mis ojos se volvieron a poner en blanco. Los mareos se apoderaron de mí, mis piernas temblaban.

¿Qué estás haciendo? ¿Qué demonios estás haciendo? Es Lionel. El ex de Raquel. Me empujé contra él y me tropecé, choqué contra la valla. Lionel cogió mi brazo y me sostuvo. —Oye, cuidado.

—Eso estuvo mal.

—¿Fue malo? —Me miró de frente, directo.

Mis pezones estaban completamente expuestos a través del algodón de mi vestido. —No, estuvo bien, pero no estuvo bien. Es... Lionel, ¿qué hay de Raquel? —¿Qué pasa con ella?

—¿Qué hay de todo? —Me acerqué y abrí la puerta. Empujé el bolso con el pie —lo había dejado caer en el calor del momento— y luego me alejé de él, fuera de su control. —Esto es... tengo que irme.

—Maddy.

—No, tengo que irme. Gracias —Me toqué los labios. —Por todo —Me puse en marcha y atravesé el patio delantero, pasando por los malditos parterres vacíos. Saqué las llaves de mi bolso y entré, la sensación de que me miraba se sentía en la nuca, calentándome. Quería volver y terminar ese beso.

Pero eso no habría sido correcto. Fue un milagro que recobrarla la cordura en ese instante. Cerré la puerta principal y me apoyé en ella en la oscuridad, respirando fuerte. Oh, Dios mío. Dios mío, eso estuvo bien. Había sido demasiado bueno.

Incluso mejor que la noche en que nos acostamos. A lo largo de los años, había logrado convencerme de que lo que teníamos era mentira, o que mi memoria había hecho que pareciera más caliente de lo que había sido. Pero eso había sido una mierda total, aparentemente.

Hizo que los besos y toques de Edgar se disolvieran en el aire. —Tranquila —susurré y me acerqué a la luz del vestíbulo de entrada. El choque del vidrio estallando me interrumpió. Me puse rígida. —¿Qué demonios?

Escuché con atención. No más fracturas, no más crujidos de pasos, sino el pulso de la sangre en mis oídos. —¿Mamá? ¿Mamá estás bien?

—¿Eh? —Mi madre apareció por el pasillo, con su pijama y aturdida. —¿Qué fue ese ruido?

—¿No fuiste tú? —Le pregunté.

—¿Cómo pude haber sido yo? Estaba durmiendo.

—No sé, ¿tal vez te diste la vuelta y tiraste un vaso de tu mesita de noche?

—Sí, porque estoy agitándome mientras duermo —dijo mi mamá y movió los brazos hacia adelante y hacia atrás. —Totalmente mi estilo.

—Mamá. Concéntrate. Si no fuiste tú, y no fui yo, entonces...

—Oh, Dios mío —Mi madre corrió por el pasillo hacia mí. Esperaba que me agarrara y me sacara por la puerta principal. En vez de eso, sacó un paraguas de la cesta y lo empuñó como una espada. —Hay otro ahí si lo quieres.

—Voy a pasar —dije y metí la mano en mi bolso. Siempre llevaba conmigo mi spray de pimienta. —Ooh, eso es aún mejor. Vamos a cambiar.

Yo tomaré la delantera.

—Mamá, no estamos en combate activo. No tiene sentido.

—¿A qué te refieres?

—No importa —le dije. —Sólo sígueme.

—Entendido —susurró ella.

Apenas pude evitar poner los ojos en blanco. Nos arrastramos por el pasillo en silencio y revisamos cada habitación. No me llevó mucho tiempo. Estaba la sala de estar, la cocina, la habitación de mi madre, el baño y la habitación mía.

—Este está despejado —dijo mamá, saliendo del baño. —No hay fantasmas a la vista.

—Te estás divirtiendo demasiado ahora mismo.

—Vamos —dijo ella. —Somos rubias. Se nos permite divertirnos, incluso en situaciones hostiles.

—Ese sonido viene de mi habitación —Mi corazón saltó hasta mi garganta, latiendo salvajemente. Puse mi mano sobre él. —Tú enciende la luz, yo haré el recorrido.

—¿Y si es un mapache? —preguntó.

—Entonces tú enciende la luz y yo haré los gritos.

—Roger th....

—Mamá.

—De acuerdo, quiero decir.

Sheesh

, parece que alguien lleva un paraguas en el culo.

—la cuenta de tres —dije y levanté los dedos. Los marqué con un tictac y luego abrí la puerta de par en par.

Mi mamá hizo clic en la luz. Mi dedo presionó la boquilla del spray de pimienta, a mitad de camino. Pero no había nada. No había nadie en la habitación. Mi ventana había sido rota por un ladrillo áspero. Había vidrio esparcido por el suelo del dormitorio alfombrado, y atado al ladrillo había una nota.

—¿Qué es esto, los sesenta? —Susurré. —¿Hacían eso en los años sesenta?

—No lo sé. Quería decirte algo —Coloqué el spray de pimienta en la parte superior de mi cómoda y luego me acerqué al ladrillo y me incliné hacia

abajo.

—¡Espera! No lo toques. ¿Qué hay de la evidencia forense?

—Dudo mucho que vayan a tomar las huellas dactilares del ladrillo, mamá. Es... un caso de vandalismo —¿Lo era? No tenía enemigos en la ciudad, a menos que añadiera a Edgar a la lista, e incluso él no era lo suficientemente imbécil como para lanzar un ladrillo a través de la ventana de mi habitación.

¿Sería tan estúpido como para lanzarlo en vez de lanzar unas cuantas piedras para despertarme? Probablemente no, pero fue bueno considerarlo.

Arranqué la nota del ladrillo y la escaneé.

Dile que pagará.

Le di la vuelta. No había nada en la parte de atrás. —¿Qué demonios?

—Lenguaje —dijo mi mamá.

—¿Qué carajo?

—Así está mejor. Dámelo —Ella extendió la mano y yo se la entregué. Mi madre escaneó la nota, frunciendo el ceño. —¿Qué significa eso? ¿Dile que pagará?

—No tengo ni idea. Ninguna. No tiene sentido para mí —No tenía a nadie que me dijera nada parecido. ¿Pagar por qué? —Tal vez el vándalo se equivocó de casa.

—Quiero decir, esta es una casa bastante obvia, Madeline. Está justo al lado de una mansión.

—Todavía está aquí —Me quité las manos de encima y me enderecé, estudiando los daños. Había vidrio por todas partes. Caminé hacia la ventana y me asomé. La cerca perimetral del terreno estaba cerca de nuestra casa, los árboles de la reserva adyacente se tocaban contra ella. Se veía movimiento bajo ellos, con formas borrosas.

—¡Hey! —grité. —¡Oye, tú!

La silueta de lo que podría haber sido un hombre con gabardina se escabulló entre los árboles y se fue corriendo.

—¡Hey!

Mi madre estaba a mi lado. —¿Qué era?

—Una persona. No podía ver con claridad, pero definitivamente era una persona. Salió corriendo en el momento en que grité —Mi corazón se detuvo saltándose unos veinte latidos esta vez. —Creo que deberíamos llamar a la policía.

—Estoy en ello —dijo mamá.

OCHO

Lionel

—¿Segura que estás bien? —pregunté, amontonado en la sala de estar a su lado. —Estoy bien. No hacía falta que vinieras hasta acá.

—Estás bromeando, ¿verdad? —En cuanto oí a Madeline gritar desde el costado de la casa, volví corriendo hacia ella. El sonido había viajado a través de la parte delantera de la mansión, justo cuando yo estaba a punto de entrar.

Madeline me sonrió, pero estaba tensa. Eso, o simplemente estaba estresada o preocupada por el hecho de que nos hubiéramos besado. Quería hacerlo de nuevo. Pero su casa estaba llena de gente hasta el borde.

La policía había venido. Estaban en el dormitorio ahora, revisando los daños, la nota, el ladrillo, y hacían todo bajo la supervisión de la madre de Maddy. El resto del lugar estaba lleno de residentes bien intencionados de Hope's Hollow.

La noticia se había difundido previsiblemente rápido. La gente había empezado a aparecer en cantidades, algunos de ellos parados afuera de la casa en sus rulos y pijamas, hablando unos con otros.

Si no hubiera dejado entrar a la policía por la puerta, entonces ninguno de los otros habría entrado tampoco, pero éramos víctimas de vivir en un pequeño pueblo entrometido. A todos aquí les valía realmente una mierda, ya sea que se trate sobre Madeline y Lora, o sobre otra porción de chismes cremosos que añadir al jugoso helado de noticias de la mañana siguiente.

Flotaban por la habitación, con los ojos abiertos de par en par por la conmoción. Una de ellas, Soledad, de la floristería, se detuvo frente a nosotros.

Tuve la necesidad de poner mi brazo alrededor del hombro de Maddy, mantenerla bajo mi ala y protegerla. La ira se apoderó de mí al recordar que Zael me había dicho que tenía los ojos puestos en el blanco. Entonces, si no fue él quien hizo esto, ¿quién lo hizo?

—Madeline, cariño, ¿estás bien? —Soledad agarró los codos de Maddy. —Me enteré de las noticias. Estaba tan preocupada por ti.

—Estoy bien, Soledad. No te preocupes —Maddy también le sonrió. — Sólo es una ventana rota y un ladrillo.

—Sí, pero esa horrible nota también.

—¿Quién te habló de...? —Pero Madeline cortó y suspiró, renunciando a dar más de qué hablar. —Gracias por venir, pero no tenías que hacerlo. Las dos estamos bien. Lionel vino inmediatamente, todo está bajo control.

—Lo hice —dije.

—Oh bien —contestó Soledad y se volvió hacia mí. —Estoy tan contenta de que estés en casa. Sabes, siempre me ha preocupado que Lora viva aquí sola, y esto sólo prueba que no es seguro. Necesita otra cerca. Una más alta. Y, oh, un sistema de alarma.

—Eso se puede arreglar —le dije. —¿Hablas en serio?

—Por supuesto. Si hubiera sabido que se sentía insegura, lo habría hecho instalar hace años. Mi abuela estaba a cargo de esta casa, siempre tuvo en mente dársela a tu madre.

—Bueno, gracias, Lionel —Su boca se movió como si tuviera algo más que decir, pero no pudo sacarlo. —No hay necesidad de agradecerme.

Gerald apareció y se acercó, usando un par de zapatillas de conejito - de todas las cosas que podría estar usando, escogió eso —Madeline —refunfuñó y la abrazó brevemente. —Estaba tan preocupado cuando me enteré.

—¿Van a venir todos aquí? —preguntó Maddy, resoplando.

—Por supuesto. Queremos apoyarte —dijo Soledad. —Creo que Jemima traerá una cazuela.

—Pero... era una ventana rota. No pasó nada más. No es un velatorio —tartamudeó Maddy. —Un velatorio por una ventana —Murmuré.

—Es una cazuela —dijo Soledad. —Nadie rechaza una cazuela. No es así como lo hacemos en Hope's Hollow.

—No quiero que todo el mundo haga un escándalo por esto. No es gran cosa —Las mejillas de Maddy estaban sonrojadas.

—¿Necesitas un poco de aire? —Le pregunté, en voz baja.

—No. No, estoy bien. Creo que voy a ver qué tiene que decir la policía — Se me escapó y salió corriendo de la sala de estar, pasando apretada entre la gente que había aparecido para apoyarla, o no.

La habían asustado. Ella no estaba acostumbrada a que la gente se preocupara tanto, y no la culpaba por eso. Habían pasado diez años desde que

cualquiera de nosotros había experimentado la marca especial de cuidado y hospitalidad de Hope's Hollow.

—Tengo razón —dijo Soledad, girando hacia Gerald. —Nadie rechaza un guiso de Hope's Hollow. Especialmente no uno de Jemima Greenwald.

—Oh, ya lo recuerdo. Me hizo uno después de que perdí a mi Mitzy. Fantástico. Delicioso. Realmente ayudó a aliviar el dolor.

No estaba seguro si Mitzy era un gato, un perro o un humano, y no estaba dispuesto a preguntar. Me disculpé y salí de la casa, caminando por el jardín..

Saqué mi teléfono de inmediato, y marqué el número de Zael. —Jefe — dijo.

—Dijiste que lo tenías vigilado —gruñí. —Explícame cómo se rompió la ventana de la habitación de Madeline.

—¿Qué?

—Explícamelo ahora.

—Jefe, lo juro por Dios, tengo los ojos puestos en él, ahora mismo. Está en la habitación del motel. No se ha movido desde esta noche.

—¿Qué hizo hoy? —Le pregunté. —¿Adónde estuvo?

—Fue a la ferretería. Entró unos minutos y salió solo, sin bolsas ni nada —Apreté los dientes. —¿Y luego?

—Recogió la cena, habló por su celular, se retiró al cuarto. Sus cortinas están un poco abiertas aún. Puedo ver dentro de la habitación, jefe. Está ahí dentro ahora mismo. Está durmiendo en la cama.

—Mierda —Me pasé los dedos por el pelo.

—¿Qué debo hacer?

—Quiero que lo vigiles, e intentes escuchar con quién está hablando, también. Está trabajando con alguien.

—Seguro, jefe. Te llamaré si tengo alguna novedad.

—Hazlo —Colgué y sostuve el teléfono en mi mano, girándolo en un círculo lento mientras estudiaba la mansión, la brecha entre ella y la casa cerca de la pared del perímetro. La valla, los árboles más allá de ella. Apreté los dientes. Maldita sea, si fallara esto, todo habría terminado.

No fallarás.

Me puse en camino de regreso hacia la casa, cuando la puerta principal se abrió y dos oficiales de policía salieron con Maddy y Lora caminando detrás de ellos. Se dirigieron a la patrulla estacionada frente a la casa y me uní a ellos.

—Nada de qué preocuparse. Sin embargo, si tienes algún problema, ya sabes a quién llamar —dijo el policía, sonriendo a Madeline. El tipo era joven, probablemente recién salido de una academia de policía. Los celos temblaban en mi pecho por la agudeza con la que le hablaba.

—Gracias, oficiales —dijo Lora. —Que estén bien.

—usted, señora —Se subieron a la patrulla, pero no antes de que Sparky mirara por última vez a Maddy con lujuria.

Ella frunció el ceño y se volvió hacia mí. —Bueno, eso fue memorable.

—¿Qué dijeron? —Le pregunté.

—Dicen que fueron unos niños vándalos, o adolescentes aburridos, porque el mensaje no tenía sentido para mí. Piensan que tal vez tienen mucho tiempo libre ahora que son las vacaciones de verano.

—Es la mierda más tonta que he oído en mi vida —le dije.

—Oye, eso es lo que dije —Lora sonrió. —Me alegro de verte de nuevo, Lionel. Gracias por venir.

—Yo también me alegro de verte —le contesté sonriéndole. —Maddy me dijo que no tienes un sistema de alarma en la casa. Estaré encantado de remediar esa situación.

—¿Lo harías? —Lora se iluminó.

—Mamá.

—No, eso es genial.

Maddy exhaló fuertemente y luego se giró sobre su talón y se dirigió de nuevo a la muchedumbre de gente en el camino de entrada, todos estaban asomados, ahora.

—No creo que tu hija quiera que me involucre.

Lora frunció los labios. —Sí, bueno, ella puede ser un poco obstinada. No tengo idea de dónde lo casó. Gracias, Lionel, por estar aquí. Lo aprecio, y sé que Maddy también, aunque no quiera mostrarlo ahora mismo.

—Es un placer.

—Ven algún día y haré unas galletas como en los viejos tiempos.

—Gracias, Sra. Griffin.

La multitud comenzó a dispersarse desde el interior de la casa y se extendió por el césped. Una vez afuera, caminaron en dirección hacia donde estábamos Lora y yo. La gente se despedía con la mano o se detenía para compartir unas amables palabras de aliento para Lora sobre el allanamiento. Finalmente, se habían ido, y Lora soltó un largo suspiro.

—Mejor me voy a la cama. Tengo trabajo por la mañana.

—Por supuesto. Que duermas bien, Sra. Griffin.

—Tú también, Lionel —Caminó hacia la valla de estacas y luego se detuvo. —No te tomes a pecho la actitud de Maddy. Sé que está contenta de que hayas vuelto. Y son buenos el uno para el otro. No lo olvides.

No tenía una respuesta para eso, pero no necesitaba una: la madre de Maddy estaba cruzando la puerta de la cerca y bajando por el camino hacia la puerta principal que se encontraba abierta.

Odiaba esto. Odiaba pensar en ellas aquí afuera, solas, con la ventana rota. ¿Y si quienquiera que hubiera tirado ese maldito ladrillo regresaba? ¿Entonces qué? Estarían sin un sistema de alarma, sin ningún tipo de ayuda en la casa.

—Al carajo con esto —murmuré y caminé hasta la puerta principal, ahora cerrada. Golpeé bruscamente. El cerrojo sonó un momento después, y Lora reapareció. —¿Lionel?

—Sí, Sra. Griffin, me gustaría que usted y su hija durmieran en la casa principal esta noche. Tenemos una sección entera de habitaciones de huéspedes y una alarma. Me sentiría mucho más cómodo si ustedes dos se quedaran allí hasta que el sistema de alarma esté instalado aquí. Los llamaré mañana, para acelerar el proceso.

—¿Estás seguro? —preguntó Lora. —Odiaría ser una molestia.

—Cien por ciento seguro —dije. —¿Dónde está Maddy?

—Maddy —llamó su madre. —Empaca tus cosas. Vamos a dormir en la casa principal.

—¿Qué? —El grito de alarma vino del final del pasillo. Madeline apareció, empuñando una pala y un cepillo, el shock había transformado su rostro. —¿Mamá?

Lora dio un paso atrás, y la mirada de Maddy se dirigió hacia mí. —Lionel nos ofreció un lugar para pasar la noche. Uno que sea seguro y no tenga un gran agujero en la ventana.

—Absolutamente no —dijo Maddy. —Mamá, eso es una locura. No podemos abusar de él de esa manera.

—No es una imposición —le contesté. —Por favor. Quiero que estén a salvo.

Maddy me miró fijamente como si me hubiera crecido una cabeza extra de un lado de la cara. —¿Hablas en serio?

—Por supuesto que hablo en serio. Tengo una sección de invitados en la mansión. Ustedes dos estarán aisladas de mí, si eso es lo que les preocupa.

Maddy puso la lengua sobre los labios y los apretó, me miró fijamente. —
Madeline —dijo su madre. —Estás siendo grosera.

—Bien —dijo ella, al fin. —Sí, gracias. Eso es... genial —Y luego se dio vuelta y desapareció en su habitación de nuevo.

—Danos un segundo para empacar una maleta de viaje —dijo Lora. —No hay problema. Esperaré aquí afuera.

—Puedes esperar en la sala de estar, Lionel —dijo Lora e hizo un gesto. —No somos animales , a pesar de la impresión que los modales de mi hija pueden haber dejado en ti.

Me reí y me dirigí a la sala de estar. Mierda, esto es malo. ¿Cómo voy a pasar la noche? Los pensamientos de tocar su cuerpo volvieron a mí, pero los aplasté, apresuradamente. No habría nada de eso esta noche. Sin besos, sin lujuria, sin follar. Sería una pijamada limpia, y eso era definitivo.

NUEVE

Madeline

—No puedo creer que estemos haciendo esto —siseé a mi madre. —No puedo creerlo. ¿Cómo puedes aceptarlo? —Estábamos en su habitación, uno de los cuartos para invitados de la mansión. Se había puesto la bata y estaba acostada sobre los cojines de la cama gigante, sonriendo.

—¿De qué demonios estás hablando, Madeline? Nuestro vecino se ofreció a ayudarnos, y yo acepté. ¿Cuál es el problema con eso?

—¿Cuál es el problema? El problema es que es Lionel —respondí.

—Tienes que superar tu disputa con él, cariño. Es un buen hombre, era un buen chico.

No fue la parte de la disputa lo que me molestó. Era que yo lo había besado, o él me había besado a mí, y lo deseaba demasiado esta noche. —Mamá —murmuré. —Mamá, es complicado, ¿de acuerdo? Sólo prométeme que arreglaremos la ventana lo antes posible. No me gusta estar aquí o abusar de la confianza de nadie.

—Confías en mí.

—Eso es diferente. Eres mi madre.

—Cariño, estoy exhausta, y tú también. Ha sido una noche infernal. Ahora, ve a la habitación de al lado y duerme, por el amor de Dios —Se movió y se metió bajo las sábanas, arrastrándolas hasta la barbilla. —¿Ves? Hora de dormir.

—Bien —Me acerqué a ella y la besé en la mejilla. —Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, cariño. No dejes que los chinches te muerdan.

No eran los —chinches —lo que me preocupaba. Salí de la habitación de mi madre y luego entré en la mía. Estaba bien arreglada como la de mi madre. La cama gigante estaba cubierta con almohadas y un edredón de plumón, y flores frescas descansaban en el escritorio de la esquina, en un jarrón de cristal.

El baño estaba al final del pasillo. Afortunadamente, no era el mismo

baño que había usado la última vez que estuve aquí, así que la posibilidad de encontrarme con Lionel era mínima. Estaría bien aquí. Me olvidaría del beso y disfrutaría de un buen sueño durante la noche, y mañana, la casa se arreglaría y esto habría acabado. Para siempre.

Exhalé, lentamente. —Bien —murmuré y me abracé por la cintura. —Muy bien —Levanté mi bolso de viaje del suelo, lo llevé al escritorio y lo abrí. Saqué mi ropa interior y mi pijama.

Estuvo ahí para ti. Y se veía tan malditamente guapo. Precioso. Su cabello y ojos oscuros, ese lunar en su mejilla, esos labios que estaban tan listos para besarme.

Mis pensamientos volvieron al beso. Su lengua contra la mía. Sus manos viajando sobre mi cuerpo. Tragué, el calor me inundó de pies a cabeza.

—Dios, tienes que parar. Tienes que parar con esto —susurré, y me cambié apresuradamente el vestido que había usado para la cena aquí y me puse la bata que había traído conmigo – que combinaba con la de mi madre porque las habíamos comprado en un día de oferta especial en la tienda en Hope's Hollow - y la até firmemente a mi cintura. Con suerte, eso cortaría la circulación hacía mi vagina y detendría todas las tonterías.

—Deja que eso te enseñe una lección —murmuré, ante la señorita, apuntándole con mi dedo.

Llamaron a la puerta y salté en el acto. Caminé hacia ella, mi corazón casi sale fuera de mi pecho. Probablemente sea mamá, eso es todo. Mamá buscando algo. Seguramente algo que empaqué por error en mi bolso.

Abrí la puerta y recuperé el aliento. Lionel. Por supuesto que era Lionel.

—Hola —dijo, apoyando el brazo contra el marco de la puerta. —¿Interrumpo algo?

—¡No! ¿Por qué estarías interrumpiendo algo? ¿Qué significa eso? No lo entiendo.

—Whoa, alguien está a la defensiva. Te oí hablando con alguien. Pensé que estabas al teléfono.

—Oh, no, estaba... —¿hablando con mi vagina? —Estoy desempacando. De todos modos, ¿qué pasa? ¿Qué necesitas? —No digas mi cuerpo, porque te lo daré.

—Quería hablar contigo —dijo, pero no pidió que lo invitaran. Eso estuvo bien. Si lo hiciera, las cosas progresarían de una manera, y eso habría sido todo para mí.

—Claro, ¿qué pasa?

La mirada de Lionel vagaba sobre mi cuerpo, y yo estaba consciente de que estaba desnuda bajo la capa de la túnica, con los pechos al descubierto, mi coño aún rehusado a cooperar conmigo y palpitando como si estuviera pidiendo auxilio.

—Necesito hablar contigo.

—Supongo que por eso estás aquí, ¿no?

Se rió. —Quiero decir, en serio. Durante el almuerzo. Mañana.

—Lionel, no creo que sea una buena idea, quiero decir que esta noche fue... genial, pero sólo nos llevó a una dirección, y no está bien. Eres el ex-prometido de mi amiga. Es... no estaría bien.

—Tranquila, Maddy, esto no tiene nada que ver con nosotros. Estaba pensando en una charla más profesional.

—¿Profesional? —Me metí las manos en los bolsillos de la bata, inclinando la cabeza hacia un lado. Me dominó la intriga. —¿Qué tipo de charla profesional?

—Bueno, puede que no lo sepas, pero una parte de la compañía que manejo está dirigida hacia los grandes negocios y la hospitalidad. Tal vez pueda arreglar algo, ¿sabes qué? Como dije, es mejor dejarlo para el almuerzo. Quería saber si podrías estar disponible para hablar al respecto.

Me mastiqué la parte interior de la mejilla. ¿Era una trampa? Una táctica para desarmarme y... ¿qué estaba pensando? ¿Por qué sería una trampa? Lionel no necesitaba nada de mí. El hombre podía tener cualquier mujer que quisiera, y por lo que me había dicho mi madre, tenía un éxito increíble, había incursionado en múltiples industrias y estaba en el consejo de administración de múltiples compañías.

Un multimillonario que se había diversificado. Y yo era la dueña de un hotel que apenas podía mantener sus manos en su propio negocio.

—¿Qué dices? —preguntó, frotando los dedos de su mano izquierda.

—Claro, está bien. Sí. Almuerzo. ¿Dónde?

—Vamos a la taberna —dijo. —Hacen un buen filete.

—Muy bien. Seguro.

—la una.

—Sí, no hay problema —Me aferré a la puerta, usándola como ancla. Estuve muy cerca de lanzarme sobre él otra vez. Besarle con fuerza, quitarle la ropa, arrastrarlo a mi habitación y rogar por él.

Mi coño me dio un apretón que me recorrió el cuerpo ante la perspectiva.
—El beso —dije.

—¿Eh? —Había estado girando para irse, pero se detuvo.

—Deberíamos hablar de lo que pasó esta noche. El beso. Ya sabes, probablemente no fue una buena idea. Por Raquel, ¿sabes?

—No me importa Raquel —contestó. —Ese es mi pasado.

—Está bien, pero yo soy...

—No, Madeline —gruñó. Me puso el brazo alrededor de la cintura y me tiró hacia él. —No. No voy a arrepentirme de haberte tocado. No me arrepentiré de haberte besado, no a causa del pasado. Soy un hombre que sabe lo que quiere, y lo consigue.

—¿Y crees que soy algo que puedes conseguir? —pregunté, erizada, presionando mis manos contra su pecho, mi cuerpo tenso respondió a su divino agarre. —¿Hmm? ¿Es eso lo que piensas?

—Creo que disfrutaste de ese beso tanto como yo —dijo, en un suave ronroneo que me provocó escalofríos que recorrieron toda mi piel. —Creo que te mojaste cuando me sentiste. Que fantaseaste con que llegaría más lejos y que te estás preparando para mí ahora mismo —Su mirada se movió hacia la abertura de mi túnica, lo que le permitió ver mi escote por debajo.

—Lionel —Pensé. —Si vamos a discutir algo serio mañana, esta es una mala idea.

—Me dan igual las malas ideas. ¿Cómo se supone que voy a pensar contigo cerca?

—Oh, no sé, ¿usando tu cerebro? —Levanté la mano y le di un golpecito en la sien. —El que está aquí arriba —Tocarle fue una mala idea. Automáticamente, mis dedos se hicieron paso por su cara, se arrastraron sobre su barba, y luego se movieron hacia sus labios perfectos. Los toqué.

—Lo estoy intentando —dijo.

—Ambos lo estamos haciendo más difícil.

—Sí, es cierto —Estábamos a punto de besarnos, como menos. Si podía tener uno más, uno más, sólo uno más, eso era todo. Nunca lo volveríamos a hacer después de eso. Sólo un beso y entonces podría irme a la cama satisfecha.

Te estás mintiendo a ti misma.

—Madeline —susurró, y puso su nariz sobre mi mejilla. —Hueles increíble. Luces como una diosa, ¿lo sabías? Podría dedicarme a adorar tu

cuerpo.

Mis pestañas se agitaron y recuperé el aliento. ¿Cómo diablos iba a responder a eso? —Las cosas que te haré —dijo, en mi oído. —¿Recuerdas la primera noche?

No podía confiar en mí misma para hablar.

—Apenas sabíamos lo que hacíamos entonces. Ahora, preciosa, te trataré mucho mejor. Te haré cosas que arruinarán tus historias con otros hombres. Complaceré tu cuerpo tan profundamente, que no sabrás qué hacer contigo misma. Me querrás dentro de ti las veinticuatro horas del día.

Presioné mis labios, me tragué el gemido que había subido por la parte de atrás de mi garganta. Me incliné hacia él, presionando mis senos contra su pecho. Le puse un brazo sobre el hombro, y ahora mis dedos jugaban en su nuca.—¿Qué quieres que te haga? —preguntó.

¿Esperaba que hablara ahora mismo? Estaba demasiado débil para formar palabras.

—Te desnudaré lentamente —susurró y besó mi mejilla. —Te acostaré en la cama, me deslizaré entre tus piernas y te comeré el coño hasta escucharte gritar. Te voy a joder con la lengua. Te chuparé el clítoris. Haré todo lo que necesites para sacarte de aquí.

—Oh, —susurré. Fue un reflejo, un gemido, lo único que pude sacar en respuesta.

—cuando termine con eso, cuando te hayas venido tantas veces que estés demasiado mareada, demasiado temblorosa para moverte, te follaré despacio. Te tendré entre mis brazos, te besaré, me hundiré tan profundo en ti que lo sentirás en lo profundo de tu ser. Nunca lo olvidarás. Nos cambiaré a los dos.

—Lionel —exhalé.

Una puerta se abrió al final del pasillo, y la voz de mi madre gritó. —¿Maddy?

Lionel y yo nos separamos tan rápido que fue casi como si hubiéramos atravesado físicamente el pasillo con botas antigravedad. Arrastró su suéter por encima de su obvia erección, volví a apretar las tiras de mi bata.

Mi madre se paró en la puerta de su habitación. —Oh —dijo ella. —Lo siento. Oí gente hablando. Me preocupé por Madeline.

—No. Todo está cool, mamá —¿Todo cool? ¿Había dicho cool? —Todo cool —estuvo de acuerdo Lionel, sus labios retorciéndose hacia arriba en las esquinas. Imbécil.

—Estábamos, hmm, hablando de tener un almuerzo de negocios mañana, eso es todo —Volví a la habitación. —Buenas noches, Lionel. Buenas noches, mamá —Cerré la puerta y luego cerré los ojos y me hundí apoyándome sobre las tablas de madera, la mortificación me atravesó.

¿Por qué no podía olvidar a Lionel? ¿Por qué lo quería tanto?

Me caí hacia atrás y me golpeé la cabeza contra el suelo, me quejé y me agarré a ella.

Necesitaba ayuda para superarlo.

El destino no tenía una respuesta para mí. Estaba sola, y había quedado en verlo de nuevo, mañana.

DIEZ

Madeline

En la última semana, había dudado de mi cordura en múltiples ocasiones. Primero, estaba lo de entrar a la mansión usando la llave en la maceta, y luego la cosa de besar a Lionel al despedirnos, ahora esto.

Me quedé fuera de la taberna, entrecerrando los ojos ante el letrero, intentando y no logrando convencerme de que no me reuniera con Lionel. Ya eran la 1:05 p.m., y estaba llegando tarde. Despreciaba llegar tarde a las citas, pero esto era diferente. Necesitaba un poco de previsión.

Las palabras que me susurró al oído anoche resonaron en mi mente repitiéndose una y otra vez.

—Te desnudaré lentamente. Te acostaré en la cama, me deslizaré entre tus piernas y te comeré el coño hasta escucharte gritar. Te voy a joder con la lengua. Te chuparé el clítoris. Haré todo lo que necesites para sacarte de aquí.

—Estoy tan jodida —susurré. —Metafóricamente jodida.

El exterior de la taberna era pintoresco, con paredes de ladrillo y ventanas que dan a la calle y adornado con lámparas de hierro forjado. El letrero de arriba estaba hecho con luces que se mantenían encendidas todo el año, y cada vez que una de ellas se apagaba, el dueño, Fern, hacía un gran escándalo al reemplazarlas. Siempre le tomaba tiempo conseguir los bombillos correctos, por eso la mayoría de la gente llamaba la Taberna, el “berna”. Hubo una temporada memorable de seis meses cuando se apagaron las luces de la “T” y la “A”.

Presioné mis labios, puse mis hombros rectos y caminé hacia la puerta principal. Entré en la acogedora cabaña de troncos, con un fuego que crujía detrás de una rejilla en el extremo más alejado de la habitación.

La gente estaba sentada en las mesas así como a lo largo de las cabinas que se extendían por las paredes, rebosantes de las comidas que habían hecho famoso a este lugar. Escaneaba el lugar cuando un camarero se acercó con un menú bajo el brazo.

—¿Puedo ayudarle? —Era un adolescente, probablemente un graduado

de Hope's Hollow High, o un niño con un trabajo de verano.

—No, gracias —dije. —Voy a encontrarme con alguien —Volví a mirar las mesas y lo identifiqué sentado en el fondo del lugar, cerca del fuego. Tenía la cabeza inclinada, la mirada fija en el teléfono y el ceño fruncido en la frente.

Dios, ¿por qué era tan guapo? Incluso frunciendo el ceño, su cara bañada por la luz azul de la pantalla, era demasiado para mí. Su nariz y su mandíbula hacían juego perfectamente.

—¿Señora? —Preguntó el camarero. —¿Necesita ayuda para encontrar a alguien?

—No —dije. —No, gracias. Lo encontré —Una vez crucé la taberna y llegué a la mesa donde él estaba golpeé los nudillos contra la mesa.

Lionel se puso de pie, pero yo le hice señas para que se quedara donde estaba y ocupé mi lugar en la cabina frente a él. Cuanto menos caballeroso fuera, mejor. De hecho, quería terminar este almuerzo sin desmayarme.

Miré el fuego - era eléctrico, una sabia elección, aunque no tanto para el verano - e intenté distraerme con él.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Lionel.

—Uh-huh, escucha —Me arreglé en la silla, colocando mi bolso sobre mi regazo mientras hablaba. —Vine a hablar sobre negocios y nada más, ¿de acuerdo? Así que, olvidemos lo que pasó anoche y enfoquémonos en eso. Ambos sabemos que ninguno de nosotros necesita más complicaciones.

—Claro —Ahí estaba esa sonrisa de nuevo, esa sonrisa engreída de te voy a hacer mía que era demasiado real para mí. —Hablemos de negocios.

—Prométemelo.

—Yo...

—¿Están listos para ordenar? —El camarero llegó a nuestra mesa, sonriendo ampliamente.

—Sí —dijo Lionel. —Sólo un café para empezar.

—Lo mismo para mí.

El camarero sonrió y se fue al otro lado del restaurante. La interrupción me había dado la oportunidad de respirar. —Así que —dije.

—Así que —repitió Lionel. —Hace tiempo que quiero hablarte de algo.

—¿Como qué? —Le pregunté.

El camarero regresó y se detuvo junto a nuestra mesa, sin hablar. Fruncí el ceño y lo miré, excepto que no era un hombre. Era ella, y no era nuestro

camarero.

—Raquel —Esto estaba mal. Esto era realmente malo. Estaba destrozada por Lionel cuando hablamos ayer, y ahora...

—Madeline —Me miró fijamente, luego a Lionel. —Fraternizar con el enemigo, ya veo.

—¿El enemigo? —Le pregunté. —Raquel, tengo una reunión con Lionel.

—Una reunión, ¿eh? Claro, una reunión. Lo que sea. Si quieres ser su amiga, como sea, no me lo esperaba de ti.

Lionel aclaró su garganta y se levantó de la mesa, levantando su teléfono y revisándolo de nuevo. —No tengo tiempo para esto. Señoritas, disfruten de una comida aquí juntas. Tengo asuntos que atender.

—Lionel —empecé, pero no hubo seguimiento. ¿Qué se supone que debía hacer, rogarle que se quedara? Raquel había hecho la situación incómoda, y él no estaba interesado en estar cerca de ella.

—Nos vemos luego, Madeline —Puso unos cuantos billetes sobre la mesa y luego caminó hacia la salida del restaurante.

Lo vi marcharse, una mezcla de arrepentimiento e irritación. Mordía el interior de mi mejilla mientras Raquel ocupaba su lugar en la mesa. Puso sus brazos sobre la mesa, los dobló y luego me miró fijamente.

El camarero, esta vez de verdad, regresó con los dos cafés, pero se detuvo al ver que había desaparecido Lionel y Raquel estaba sentada en su lugar. Sin embargo, aún así dejó los cafés, y le di las gracias y le pedí que nos diera un poco de tiempo antes de ordenar.

Me ocupé poniendo un poco de azúcar en mi café para disfrutar de una tarde con mucha energía.

—¿Eso es todo? —preguntó Raquel. —¿Vas a sentarte ahí y beber tu café sin siquiera disculparte conmigo?

—¿Disculparme contigo? —le dije en un tono agudo. —¿Disculparme por qué, exactamente?

—Por hablar con Lionel, por pasar tiempo con él. Quiero decir, entiendo que eran amigos, pero sabes que rompimos y sabes cómo me siento por él. ¿Por qué estaban juntos aquí? —Los labios de Raquel temblaban como si estuviera al borde de las lágrimas.

Una oleada de culpabilidad quería aplastarme. No podía evitarlo. No era como si fuéramos las mejores amigas, y ella no sabía lo que había pasado entre Lionel y yo, pero aún así. Lionel y yo nos habíamos besado anoche, y él

había susurrado... cosas no muy dulces, sino muy calientes en mi oído.

—Estábamos comprometidos —susurró Raquel. —Comprometidos.

—Lo sé —dije. —Lionel y yo nos reunimos hoy por negocios.

—Eso es todo. ¿Sólo negocios? —preguntó Raquel. —¿Estás segura?

—Sí. ¿Por qué estás tan... molesta por esto? Éramos amigos antes de que tú y yo nos conociéramos. Incluso, fui yo quien te presentó a Lionel. Y en cuanto a nosotras, Raquel, tú y yo apenas nos hemos mantenido en contacto —Fue una excusa cruda, entregada con dureza.

—Lo sé —dijo Raquel. —Pero ayer cuando charlamos, bueno, eso me hizo sentir bien de nuevo. Encontrarme con una vieja amiga, me hizo sentir tan emocionada. La posibilidad de que salgamos otra vez, charlemos, tengamos nuestro tiempo de chicas, ¿sabes?

—Claro —dije. —Lo entiendo.

—Bien. Quiero que seamos amigas de nuevo. Amigas íntimas. Extraño la manera en la que solíamos reír.

—Yo también —Eso era cierto. Raquel había sido una gran amiga mía cuando estábamos en el instituto. Salíamos todos los días, teníamos fiestas de pijamas, nos pintábamos las uñas. —Era divertido, pero no voy a dejar de ser amiga de Lionel por eso. Ya no estamos en el instituto, Raquel, y aunque entiendo que estás sufriendo, no creo que sea saludable fijarse demasiado en tu ex.

Raquel levantó el café que era para Lionel. —Claro —dijo ella. — Seguro. Es que me daba miedo de que pasara algo entre ustedes dos.

—¿Qué?

—Lionel, no sé, tal vez esto te suene tonto, pero siempre tuve la sensación de que Lionel estaba enamorado de ti. Cuando no pasó nada y ustedes dos dejaron de ser amigos, me olvidé de ello, pero ahora... no sé, sólo prométeme que no harás nada con él.

—¿Qué?

—Sabes a lo que me refiero —dijo Raquel. —Que no te meterás con él ni terminarán casados o algo así. Quiero intentar recuperar a Lionel. Quiero mostrarle que estamos hechos el uno para el otro, y no puedo hacerlo si tú estás en la foto.

Desde que nos volvimos a ver, Raquel y yo no hemos hecho más que hablar de ella y de Lionel. Ni siquiera me había preguntado cómo estaba, las dos veces que había aparecido.

—Raquel, esto es ridículo —dije, sin rodeos. No podía hacer una promesa que había roto.

—Es importante para mí —se quejaba. —Éramos tan perfectos juntos. Quiero decir, teníamos nuestros problemas, pero yo lo amaba y él me amaba, y ahora todo está arruinado. Vamos, por favor. ¿Me lo prometes?

—No voy a hacer ninguna promesa porque, francamente, es ridículo. No puedes ser tan insegura. Si están destinados a estar juntos, lo estarán. Si no, no lo harán y eso es todo —Bebí mi café, tratando de restregar el asqueroso sabor que quedaba en mi lengua. —Ahora, ¿podemos por favor dejar este asunto a un lado y hablar de otra cosa?

Raquel apretó los labios, colgó la cabeza y me miró con toda la intención de manipularme. No cedí a sus extrañas tácticas. Ella no había mostrado este lado de sí misma en la secundaria. Nunca había sido tan manipuladora. Chismosa, claro, pero no manipuladora.

—Lionel —empezó ella.

Levanté mi mano y la interrumpí. —No quiero ser una imbécil aquí —le dije, —pero he terminado de hablar de Lionel. Creo que eso debería ser una regla entre nosotras. No hables más de Lionel. Tú no preguntas, y yo no tengo que responder. Es la única manera en la que podremos realmente relajarnos y pasar tiempo juntas. Nunca voy a ser imparcial cuando se trate de ustedes dos, así que hablarme de ello es... incómodo —Y ella nunca sabría cuánto.

El hecho de que mencionara que Lionel estaba enamorado de mí lo empeoró. Ella tenía la idea de que yo le gustaba a él, y me le había insinuado. No es que pueda culparla por eso. ¿Puedo?

Raquel suspiró. —Está bien. Está bien, trato hecho —Pero no fue convincente. —Así que, en fin, ¿estás emocionada por la reunión este fin de semana? Podemos volver a ver a todo el mundo. Averiguaremos cómo les ha ido. Sabremos quién está acabado y quién lo ha logrado.

Fue algo bastante grosero de su parte, pero lo dejé pasar. —Sí, supongo. Tengo mis propias cosas en marcha, así que sí.

—Oh, claro. Todos lo hacemos. Pero estoy pensando que deberíamos ir a comprar vestidos juntas, ¿sabes? Apoyar a las tiendas de ropa locales y encontrar algo impresionante para usar en el gran evento del baile.

—Hay un gran evento del baile —le dije.

—Sí, por supuesto. ¿No leíste la invitación?

—Sí, lo leí, pero me preocupaba más otra cosa —le dije.

—Bueno, preocúpate por esto, cariño, porque va a ser fantástico. Vamos a ser las perras más sexys en ese baile. ¿Estás dentro?

—¿Dentro? —Terminé mi café. Mi incomodidad había alcanzado un máximo histórico. Cuanto más tiempo pasaba con Raquel, más me daba cuenta de que no era la persona que recordaba.

—Claro, para ir a comprar vestidos. Sheesh, ¿estás prestando atención?

—Raquel bebió el resto su café. —¿Qué dices?

—Claro, sí. Eso sería genial.

—Impresionante. ¡Te llamaré! —luego se levantó y se fue. No se molestó en dejar dinero sobre la mesa, ni siquiera se despidió.

El evento del baile me dejó una enfermiza sensación de retorcimiento en mis entrañas. Tenía el resto del día para mí sola, para pasar en Hope's Hollow, probablemente siendo interrogada por los habitantes, o para regresar a la casa de Lionel y pasar el tiempo estresada por estar de regreso en su casa y por la tensión entre nosotros.

Ni siquiera se trataba sobre Raquel ahora mismo, bueno, no completamente. Lo que sucedía era que me había lastimado, y yo no necesitaba que eso volviera a pasar.

Me mantendría concentrada. Definitivamente lo de Lionel se había acabado.

ONCE

Lionel

Revisé la comida china , inhalando cada olor, se me hacía agua la boca. No era para mí. Sin embargo, había llegado a mi puerta hace unos momentos, y ya la había pagado y le había dado la propina al repartidor.

Era la comida de Madeline.

Su madre tenía un turno de noche en el hospital - lo había mencionado al salir - y el tipo que había dicho que vendría hoy a hacer la instalación de la alarma no había aparecido. Las mujeres tuvieron que quedarse en la mansión, otra noche.

Otra noche dolorosa de fantasear con Maddy. Desearía poder desnudarla y probarla de nuevo. Chupar sus pechos perfectos, pellizcar su piel, meter mi pene dentro de ella y darle tanto placer que pudiera sentir como se quebraba debajo de mí.

—Ya, recoge las cosas —murmuré y cerré la puerta. Tecleé el código de alarma, el plan era subir las escaleras y dirigirme a las habitaciones de huéspedes. Entregarle la comida, desearle una buena comida y una buena noche de sueño, y luego regresar a mi habitación para descansar.

Me pediría una pizza si fuera necesario. Me distraería de pensar en ella con algo de comida y cerveza. Probablemente miraría algo en mi TV de pantalla plana. Que no tenía el maldito Netflix activo.

Me detuve frente a la puerta de Madeline, con el pene tieso al pensar en ella ahí dentro. La distracción, por supuesto, debo mantenerme distraído. Quería darle la gran noticia hoy durante el almuerzo, pero Raquel me había interrumpido, y yo había usado eso como excusa para salir de ahí.

Llamé a su puerta, mi otra mano sostenía las bolsas de entrega. Como no hubo respuesta insistí y toqué de nuevo. —Un segundo —dijo Maddy. Hubo un golpe y luego escuché la palabra maldición silenciada. La puerta se abrió, y ahí estaba ella.

Ella estaba en su pijama, un par de pantalones cortos y una camiseta de algodón suelta que me permitía ver sus pezones debajo de ella. Sus mechones

dorados estaban sueltos alrededor de sus hombros, yo anhelaba pasar mis dedos por su cabello.

—Lionel —dijo ella.

Mierda, mi nombre en sus labios no ayudó. —Hola —le contesté. —Tu comida está aquí.

—¡Oh! Dijeron que tardaría media hora —dijo ella. —Lo siento, la habría conseguido yo misma si lo hubiera sabido.

—No te preocupes.

—¿Le pagaste al tipo?

—No, tuve que noquearlo, se resistió un poco, pero logré robarle la comida.

Maddy puso los ojos en blanco. —Espera un segundo. Déjame buscar mi bolso.

—Está bien, Madeline. No tienes que devolvérmelo.

—Sé que no tengo que hacerlo, Sr. Millonario, pero quiero hacerlo. Así soy, ¿de acuerdo? Espera aquí —Maddy se apresuró de regreso a la habitación y reapareció con dinero en efectivo. —Aquí. Tómallo.

—Maddy —dije.

El deseo se despertó en sus ojos. —¿Sí?

La escaneé, incapaz de mantener la necesidad a raya. Mi pene estaba duro como una roca al ver a su piel, sus piernas bien formadas, las curvas que se dibujaban debajo de su camisa. Apreté la mandíbula y me obligué a sostener las bolsas de comida china. —Aquí tienes.

Madeline apretó los labios y luego los soltó para hacer una mueca. Se acercó con su mano extendida. —Gracias. Toma el dinero.

—No necesito el dinero —dije.

Sus dedos estaban a centímetros de mi mano, su cuerpo tan cerca que podía sentir su calor. —Pero necesito que lo agarres —susurró ella. —El dinero, quiero decir. Te quiero a ti. Quiero decir, yo no..

Sus respiraciones se acertaron. Sus dedos tocaron el dorso de mi mano.

Sólo eso y sólo eso fue suficiente.

Dejé caer las bolsas de comida y la agarré por la cintura, la llevé entre mis brazos.

Maddy dejó caer el dinero, me envolvió los brazos alrededor de mi cuello, y se empujó hacia arriba, buscándome con sus labios.

Chocamos nuestros cuerpos, y toda la tensión y el deseo que había estado

reteniendo se había llevado por delante mi fuerza de voluntad. La llevé de espaldas al dormitorio, besándola tan rápido, tan desesperadamente, que ninguno de los dos tenía oportunidad de respirar.

—Oh, Dios mío —se quejó Maddy. —Oh, Dios. Oh, Dios.

—Ven aquí —Nos estrellamos contra la cama. Mis dedos estaban en su camisa en cuestión de segundos. La subí por completo, exponiendo sus senos. Tardé un milisegundo en admirarlos, tan llenos, pálidos, con los pezones perfectos rosados y arrugados para mí, fui directo a succionar una de ellas en mi boca y la masajeeé con mis manos.

—Lionel —susurró ella. —Lionel, por favor.

—Lo que tú quieras.

—ti.

—Por supuesto —dije y le quité los pantalones. Ella llevaba bragas de algodón liso debajo, rosadas, y yo también las arranqué, dejando al descubierto un coño perfectamente liso. Le abrí las piernas y pasé mis dedos entre ellas, trabajando con sus fluidos sobre su clítoris.

Ella gritó. —Por favor —Agarró la parte delantera de mi camiseta y tiró. —Quítatela. Quiero que te la quites.

Me agarré la camisa con una mano y me detuve un instante para quitármela. —Los pantalones también. Te quiero desnudo.

Me arranqué los vaqueros enseguida, mi pene duro quedó a su vista.

Los labios de Maddy temblaban, como si no pudiera soportar verlo. —Ahora. Cógeme. Por favor. Por favor.

—Voy a hacer que te vengas en mi boca primero —le contesté, luego le abrí las piernas y me bajé entre ellas. Chupé su clítoris, la besé, y luego puse más presión e inserté mis dedos dentro de ella. Los moví de un lado a otro, haciendo coincidir ese ritmo con los patrones que dibujaba sobre su pequeña perla sensible.

Mía. Es toda mía otra vez.

Quería esto desde que ella había aparecido de nuevo en mi vida. Desde que me enteré de que necesitaba mi ayuda. Que tenía una promesa que cumplir.

—Mía —dije, entre lamidas.

—¿Qué has dicho? —Las piernas de Maddy temblaban a cada lado de mi cabeza. Ella jadeaba y se movía, pero yo presioné mi brazo sobre ella y la sostuve en su lugar. —¿Qué has dicho?

—Que eres mía —dije, puntuando cada palabra con una intensa lamida.

Ella emitió un ruido agudo y se puso tensa debajo de mí. Su voz se quebró a través de su orgasmo y se sacudió por completo, aferrándose a sus pechos, apretando sus manos por todas partes. —Sí —siseó ella. —Sí, sí, sí, sí.

—Ahora puedes tenerme —dije y me levanté de entre sus piernas. Agarré mis jeans, saqué mi billetera del bolsillo trasero y luego saqué un condón. Era uno viejo que nunca me había molestado en reemplazar - ¿quién usaba el condón de su maldita billetera? - pero eso tendría que ser suficiente.

Abrí el paquete, lo extendí alrededor de mi pene y luego me abalancé sobre ella.

Cara a cara, mis brazos alrededor de su pequeña figura, sus senos rozando mi pecho. Así es como había querido. Nuestras miradas se encontraron, su cuerpo sudaba bajo el mío.

—Date prisa —dijo Maddy. —No puedo esperar más.

—Estoy aquí —gruñí y entré en ella, separando sus pliegues, enterrándome en su calor, en su suavidad. Me estremecí ante la sensación, mantuve mis ojos fijos en los de ella. —Mierda, qué bien se siente. No me jodas, es increíble.

Ella me abrazó, y nos besamos de nuevo, desesperados por más de cada uno mientras yo me hundía dentro de ella, presionándonos a ambos a llegar al orgasmo. Sus pupilas se dilataron, y ella se aferró a mí y susurró mi nombre, y eso hizo que nuestros cuerpos explotaran hasta llegar al climax juntos.

Felicidad. Madeline.

Eran sinónimos. La tenía ahora, aunque no debí haberlo hecho. Pero lo hice. Ella era mía.

DOCE

Madeline

Mi cuerpo se iba aclimatando poco a poco junto al suyo. Nuestro sudor se secaba al contacto con el aire de la habitación. Uno de sus brazos estaba debajo de mí, con su mano libre trazaba círculos sobre mi abdomen, que me daban escalofríos por todas partes.

¿Iba a permitir que esto pasara?

¿Podría confiar en él? ¿Podría confiar en mí misma justo después de que mi última relación me había llevado a ser duramente jodida por mi pareja? No solo en los negocios sino también en mi vida personal.

—Eso fue sensacional —dijo Lionel y besó mi piel. —Carajo, ahora sueño como uno de esos tipos en una telenovela.

—¿Eh? —Giré la cabeza y fruncí el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Oh, ya sabes, cuando la imagen se desvanece en negro después de todos los besos y toda esa mierda.

—Todavía no te sigo —dije, pero el humor se hacía un poco evidente.

—Oh, ya sabes. Cuando el chico y la chica terminan de follar, la imagen se vuelve más amplia y están acostados en una cama de rosas, con el pecho desnudo y peludo y respirando con dificultad. Entonces él la mira, exhala y dice eso fue increíble.

—¡Ja! —Le pellizqué el costado. —Recuerdo eso. Nana solía ver telenovelas todo el tiempo, ¿verdad?

—Sí, recuerdo las telenovelas. Nunca entendía ni una palabra, pero le encantaba el drama.

—La extraño —dije y suspiré. —Era una buena persona.

—Yo también la extraño —Lionel estaba sombrío al respecto.

Nos quedamos en silencio, y me acurruqué junto a él, presionando mi cara contra su cuello, inhalando la frescura de su colonia cítrica. Sorprendentemente, había muy poco temor o arrepentimiento sobre lo que acababa de suceder. Ni siquiera culpa, aunque Raquel estuviera obsesionada con él. Siempre fue mío. Desde un principio fue mío.

Jesús, ¿no era un pensamiento tóxico?

Pero era verdad. Raquel había dicho que sabía que Lionel me quería a mí, pero siguió adelante de todos modos. Entonces, ¿qué se supone que tenía que hacer? ¿Simplemente renunciar a él?

Relájate. Ni siquiera sabes lo que quieres todavía.

Me senté, y Lionel también se movió. —¿Qué? —preguntó.

—Deberíamos hablar de lo que pasó.

—Claro —Se sentó derecho, sonriendo. —¿Qué parte te gustó más? ¿El come-mujeres? ¿El sexo?

—No es lo que quise decir —dije, exhalando una pequeña carcajada. — Pero, uh, la, uh, verte comiéndome fue muy bueno. Quiero decir, todo fue bueno, pero esa parte en particular me alteró la mente.

—Es bueno saberlo. Acuéstate para que pueda hacerlo de nuevo.

—Lionel. Lo digo en serio. Deberíamos hablar sobre esto —dije.

—¿Por qué? ¿Por qué complicarlo? Es lo que es.

—Sí, eso es genial y todo eso, pero aún así no es de mucha ayuda. Podemos decir lo que sea, pero ¿qué es todo esto?—Ah, el enigma eterno. ¿Qué es la vida?

—Te voy a pegar —le dije.

—Inténtalo, maldición —contestó Lionel y levantó las palmas de sus manos.

—No pongas a prueba mi paciencia, mortal —Le puse una voz grave y lo miré. Sin embargo, tiré de una almohada para colocarla sobre mi regazo y jugué un poco con ella. Me sentía cómoda a su alrededor, incluso estando desnuda, pero necesitaba algo para ocupar mis manos si quería que esto acabara pronto. —Estamos jodidos.

—Hmm, habla por ti misma. La única clase de jodido que estoy es jodido contigo. Como si fueras una droga —Se inclinó y besó mi cuello, chupando la carne entre sus labios.

—Oye —dije y le di una paliza. —En serio, quiero hablar.

—Está bien —Lionel se recostó de nuevo de medio lado, torciendo un codo y apoyando la cabeza en la palma de su mano. Estaba tan duro como una roca de nuevo y su pene palpitaba. —Podemos hablar, mientras pueda volver a comerte después. Me encantó.

Me mojé los labios y lo miré fijamente, la humedad se acumulaba entre mis piernas otra vez.

—Ya sabes, tu sabor —Giró su dedo en el aire. —La parte que más disfruté fue cuando llegaste en mi cara. Eso fue jodidamente perfecto. Si pudieras venirte con el movimiento de mis labios y mi lengua una vez al día, sería un hombre feliz, absolutamente feliz.

—Eres malvado —Le tiré la almohada a la cara y no se molestó en bloquearla. Se estrelló contra su intolerable sonrisa de comemierda, cayó en la cama y reveló que la sonrisa seguía en su lugar.

—Seré malvado, pero te encanta. Vamos, Maddy, ¿en verdad tenemos que hablar? ¿No deberíamos aprovechar esta oportunidad? —Hizo un gesto señalando a su pene. Se balanceaba hacia arriba y hacia abajo de nuevo. Movié las cejas.

Agarré la almohada. —Está bien, escucha —dije, —podemos volver a follar al cien por cien esta noche, e incluso me sentaré en tu... —No pude evitar la interrupción. El pensamiento era demasiado intenso.

—Mi cara —terminó.

—Sí —Respondí. —Eso. Lo haré, pero primero tenemos que hablar.

—Trato hecho. Mi pene también está de acuerdo, ¿ves? Está asintiendo.

Me abstuve de mirarlo, porque el impulso de chuparlo me ahogaba cada vez que lo veía. —Muy bien, de acuerdo. Así que..

—Así que —dijo y pasó la punta de sus dedos por encima de mi muslo desnudo, dándome escalofríos de nuevo de punta a punta. —Así que, mira. Ejem. Mira. OK.

—Cualquier día de estos.

—¿Podrías parar? Apenas puedo concentrarme. Sólo quería mencionar que acabas de salir de una relación, y yo también, y no estoy preparada para volver a meter la pata de esa manera.

—Igual yo.

—Entonces, ¿dónde nos deja eso? Nos acostamos antes, ¿recuerdas? Terminó con nuestra amistad.

—Sí, pero eso fue porque yo era un imbécil —dijo Lionel. —Quiero decir, ¿me odiaste por, cuánto, diez años, y ahora...? Somos amigos de nuevo —Se acercó más, moviéndose para poder agarrarme con firmeza el culo. —Yo digo que disfrutemos esta noche por lo que es, y que nos preocupemos por el resto mañana. Porque nos guste o no, esto es demasiado bueno. Te quiero a ti. Mierda, no, esa ni siquiera es la palabra. Te necesito, Madeline. Cada vez que te veo, es lo único en lo que puedo pensar.

—¿En serio?

—Sí. Pero creo que son cosas que te harían sonrojar.

—¿Como qué? —Le pregunté.

—Como mi cabeza enterrada profunda entre tus piernas, o tus labios envueltos alrededor de mi pene, o tú viniéndote y gritando mi nombre.

Entonces, era principalmente sexual. Habíamos sido amigos antes, luego amantes, luego enemigos y ahora esto. Era sólo físico, y si era físico, podía lidiar con eso. No tendría que preocuparme demasiado por lo que significara todo esto. Podría relajarme esta noche y creer que todo estará bien. No tiene por qué haber complicaciones.

—Vale, tengo una idea —dije. —Lo haremos esta noche, tanto como sea posible, hasta que estemos acabados.

—Creo me gusta adónde quieres llegar con esto.

—Lo sacaremos de nuestros sistemas —continué. —una vez que esta noche termine, volveremos a ser... ¿amigos? ¿Enemigos? Lo que sea que fuéramos antes.

—mí me parece bien. Excepto por la parte de ser enemigos. Me gusta tenerte en mi vida, pero no voy a involucrarme emocionalmente, especialmente contigo.

—Wow, creo que me sequé allá abajo con esa declaración.

—No seas ridícula —me dijo y me arrastró sobre su cuerpo, me puso las manos firmemente sobre las nalgas y me apretó. —Quiero decir que eres importante, Maddy. Nunca querría que te hirieran, y menos por mí.

—Eso es algo dulce de tu parte —Lo besé de nuevo, disolviéndome en su tacto, sus labios y el delicioso pensamiento de que esta noche podríamos estar juntos.

—Probablemente deberíamos cerrar la puerta —dijo Lionel, rompiendo el beso. —trae la comida china. Y tu dinero. Está ahí fuera.

—Al carajo con eso —respondí.

—Eso es lo que me gusta oír.

Lo besé de nuevo, disfrutando estar arriba. Era liberador estar en esta posición, la sensación de control, de poder frotarme contra él, extendiendo mis jugos a lo largo de su centro. —¿Puedo chupártela ahora?

—Joder, sí.

Me deslicé hacia abajo por su cuerpo y me metí su verga en la boca, estirándola para acomodar su circunferencia. Era enorme, pero era

exactamente lo que necesitaba. Lamí su pre-cum, saboreándolo por completo, lo limpié completamente con mi lengua, y luego tomé todo lo que pude de él, hasta lo profundo de mi boca.

—Jesús, se siente tan bien. Mierda, mujer.

Me atraganté su verga, arrastré mi boca hacia él y lo envolví con mi lengua, tratando de abrirme más, con la mandíbula adolorida. Me balanceaba hacia adentro y hacia afuera una y otra vez, usando la humedad de mi saliva para lubricar su pene, mi coño se mojaba cada vez más con cada movimiento, cada bocado de su jugosa verga.

—No puedo más. Joder, es demasiado bueno, me voy a venir. Tienes que parar —dijo.

Me detuve ante su orden, con un poco de saliva en mi barbilla. —Pero quiero que te vengas. Quiero probar tu sabor.

—Jesús. No. De ninguna manera. Quiero estar dentro de ti otra vez —Se sentó, me agarró y me sostuvo muy cerca de su pene.

Me limpié la cara con la parte de atrás de mis brazos mirándolo fijamente. —¿Supongo que no tienes un segundo condón?

—Me quedé sin nada —dijo, y la emoción en su cara se opacó. —Mierda. No pensé en eso. ¿Qué diablos haces para ponerme así, Maddy? Me vuelves tan loco que me olvido de las cosas más importantes.

—Estoy tomando la píldora. Y estoy limpia —dije. —Me hice la prueba tres meses después de mi última relación.

—Yo también.

—Hagámoslo.

—Joder, eres una tentadora.

Me agaché, le agarré el pene sin pensarlo dos veces y lo coloqué de modo que, si él lo quisiera, pudiera deslizarme sobre ella, con facilidad. Sus ojos se abrieron de par en par, y me perdí en la expresión de su rostro, en su pelo oscuro contra las almohadas blancas. El contraste del bronceado entre su piel y la mía era tan marcado que me dio placer. Dejó claro que esto era real, que estaba sucediendo, que podía tenerlo ahora, esta noche, durante todo el tiempo que quisiera, todas las veces que quisiera.

—Así de fácil —le insinué. —¿Por favor?

—Cualquier cosa por ti —gruñó y me presionó hacia abajo.

Su pene se me clavó como una lanza, alcanzando una profundidad que antes no podía, y me hizo gritar, eché la cabeza hacia atrás y me agarré los

senos. Los masajeeé para su disfrute y el mío, meciéndome arriba y abajo, arriba y abajo.

—Eso es, preciosa. Quiero verte venir.

Estaba mucho mejor sin el condón. Sus crestas, venas, la curva de la punta de su cabeza, todos se sentían tan perfectos dentro de mí. Me dejé llevar hacia mi orgasmo, sobre todo cuando Lionel presionó un dedo contra mi clítoris y lo masajeeó.

—Eso es todo. Vente para mí, preciosa. Vente rico y con fuerza.

—Me vengo —me quejé, llegando a mi límite. Me sacudí a su alrededor, cerrada y apretada, impulsada hasta ese punto de éxtasis por su grosor y la plenitud de su longitud dentro de mí. —Me vengo, Lionel. Soy toda para ti.

—Que me jodan. Mierda. Maddy —Él me interrumpió agarrando mis caderas y cambiando el ritmo, igualando exactamente lo que necesitaba. Me penetró una y otra vez, hasta que su pene se volvió imposiblemente duro y palpitante. Una y otra vez, gimió, sus oscuros ojos solo se desviaban de mi vista cuando se volteaban hacia atrás. Él me llenó, viniéndose dentro de mí.

Me desplomé encima de él, recorriendo su garganta con suaves besos, tan ligeros como las alas de una mariposa. —Tan jodidamente bueno —dijo, con una sonrisa entre dientes. —Tan jodidamente bueno.

—¿Cuánto falta para el tercer asalto? —Si fuéramos a hacer esto toda la noche, lo aprovecharía al máximo, para no volver a necesitarlo de esta manera.

—Vamos a comer algo de esa comida para llevar. Dale diez minutos, luego te lo haré frente al espejo.

—Amo esa idea —Y si no tengo cuidado, también a ti te amaré.

TRECE

Lionel

—Estamos maravillados con la planificación para comenzar el proceso de contratación para el Royal Rutherford de Nueva York —Chase era uno de los miembros de la junta de Maddan Enterprises, y un completo imbécil. Sabía que yo no estaba a cargo del proceso de contratación, yo sólo había decidido acelerar el proceso.

—Ya sabes cuáles son mis planes —dije y toqué con los dedos el volante de mi BMW. Estaba estacionado afuera de la taberna, listo para ir a comer algo con Zael. No me preocupaba demasiado que me vieran con él. El hombre era bastante discreto, y probablemente nuestro objetivo ni siquiera sabía que él existía en ese momento.

—Sí, sé cuáles son sus planes, pero aún no se han concretado, lo que es confuso para el resto de los miembros de la junta, aunque sea innecesario mencionarlo. Estamos perdiendo dinero en el trato porque el hotel no está en funcionamiento aún.

—Soy consciente de ello, Chase. Pero que he empezado y construido esta compañía desde cero.

—No cuestiono tu posición, Lionel...

—Oh, estoy tan aliviado —respondí. —Odiaría que perdieras tu trabajo por hacer algo tan estúpido como eso.

Chase se quedó en silencio. —Si te he insultado, me disculpo.

—Si me llamas de nuevo, me habrás insultado. Te llamaré cuando todo esté listo y el Royal Rutherford esté preparado para su apertura —Colgué antes de que pudiera decir algo más. La burocracia podía besarme el culo tanto como quisiera.

Puse el teléfono en uno de los bolsillos de mis jeans, luego me bajé del auto y me dirigí a la entrada del restaurante. Estaba adolorido por la divina cogida de anoche, los brazos adoloridos, los abdominales adoloridos, todo adolorido por llenar a Maddy, y había valido la pena.

Había sido una noche que realmente necesitaba, y sí, en retrospectiva,

probablemente había sido una gran cagada de mi parte, pero aún así había valido la pena, tener eso con ella. Aunque fuera sólo por una vez.

No podía volver a ocurrir. Ella rechazaría la ayuda que yo tenía para ofrecerle si esta situación se hacía recurrente, y ese no podía ser el caso. Necesitaba cuidarla por encima de todo. Una promesa era una promesa.

Entré en la Taberna y me dirigí a Zael, que estaba en la mesa de la esquina en la parte de atrás. Era un tipo normal, tan normal, que pasaba desapercibido. Pelo castaño, relativamente fuerte, pero no demasiado musculoso. Llevaba un par de vaqueros y una camisa, lisa, sin dibujos, y una chaqueta encima.

Estaba muy lejos del estereotipo de gabardina y sombrero de los investigadores privados.

Me senté frente a él, de espaldas a la entrada, y tomé un menú. —¿Cómo estás? —Le pregunté. —Bien, jefe. Estoy bien.

—No esperaba una reunión en un lugar tan público —respondí, escaneando el menú, aunque este lugar no había cambiado en años y sabía exactamente lo que iba a pedir. Era una distracción, algo que me impedía pensar en Maddy, en preocuparme por ella.

—Esa es la cosa, jefe. Es mucho más sospechoso encontrarse en un lugar alejado y vacío, porque lo más probable es que, si alguien está observando, nos vea y quiera averiguar lo que dijimos, pero reunirse en un lugar público..

—¿Como esconderse a plena vista? —Le pregunté.

—Correcto —Zael chasqueó los dedos y los dirigió a mí. —Pero esa no es la única razón por la que pedí reunirme aquí hoy, jefe.

—¿Sí? ¿Cuál es la otra razón?

Nos separamos para hacer nuestros pedidos de bebidas y comida, y mi mente estaba ansiosa por saber las respuestas. Si había pedido esta reunión, tenía que ser algo importante. Había encontrado algo seguramente, pero Zael estaba demasiado relajado para mi gusto.

Esperé a que el camarero estuviera a una distancia segura y luego me incliné sobre la mesa. —¿Qué tienes para mí?

Zael echó un poco de azúcar en su café. —Tengo información sobre una reunión que se celebra hoy aquí. Una reunión que creo que te interesará mucho —Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un sobre. Lo deslizó por la mesa hacia mí. —Mira esto mientras esperamos. Este es el tipo.

Acepté el sobre marrón y lo abrí, rasgué con mis dedos el papel áspero.

Había varias fotos. Eran del mismo sujeto, un tipo con nariz ganchuda y una boca delgada, tenía ojos oscuros y una mirada que no parecía nada vaga. En todas las fotos llevaba vaqueros, una gorra unicolor y una camisa. Sin chaqueta. Las camisas eran sencillas. Se vestía similar a Zael.

—¿Esta es la pista? —Le pregunté.

—Rufus Steele —dijo en voz baja. —Ese es su nombre. El hermano mayor lo envió a él en su lugar.

—Así que no estamos siguiendo a Jonesy —respondí.

—No, jefe. Creo que sospechaban que estaban siendo vigilados desde antes de enviar a Rufus a Hope's Hollow —Zael se mojó los labios, se dio con el pulgar en la punta de la nariz. —Este tipo, este ¿Rufus? Es toda una maquina de trabajo, por lo que he podido encontrar. Estuvo en prisión por asesinato en primer grado, pero salió libre. Cómo, no lo sé, pero lo hizo.

—Cristo —¿Éste era el tipo? Apreté la mandíbula, la ira viajaba a través de mis entrañas. —¿Qué más puedes decirme?

—Que es el ejecutor con el que sueña toda familia del crimen. Siempre hace el trabajo, sin falta. Cien por ciento de éxito.

—Nada de esto me tranquiliza —respondí.

—Lo sé, jefe, pero tengo que decirle todo lo que sé.

—Por supuesto. No me tengas piedad —Yo lidiaría con la frustración. Teníamos que tener un plan de acción. —¿Qué hay de la entrada forzada? ¿Qué averiguaste sobre eso?

—Nada, jefe. No lo comprendo. No debió haber pasado nunca. ¿Quizás no está conectado?

—Tiene que estarlo. Es demasiada coincidencia.

—No fue Rufus. Lo he estado vigilando desde que llegó. Pero estuvo atendiendo una llamada esa noche. Puede haber estado en contacto con alguien más. Es posible que tenga a alguien que haga el trabajo sucio por él.

—Tal vez —Pero aún así no me gustaba la situación. Las variables externas, la posibilidad de que cualquiera ahí fuera, ¿la atrapara sin ser detectado? No, eso no era posible. Maddy no se había hecho ningún enemigo. Su ex era el problema.

—Aquí vienen —dijo Zael.

—¿Quién? —Giré la cabeza y mordí el final de la pregunta.

Edgar, el ex-novio en cuestión, entró en el restaurante, con nada menos que este tipo, Rufus Steele. No, de hecho era todo lo contrario. Rufus estaba

obviamente a cargo. Fue él quien señaló una mesa en el centro de la habitación. Fue él quien le ahorró una sonrisa a la camarera que la hizo sentir incómoda. ¿Y Edgar? El imbécil estaba cubierto en sudor.

Se sentó en la mesa central, pálido, sus dedos buscaban el menú.

Rufus presionó una mano sobre la mesa y se inclinó para hablar en voz baja, aún sonriendo.

No entendía lo que se decían, pero Zael tenía una cámara. Era diminuta, pero logró conseguir un par de fotos. La escondió de nuevo y luego se sentó tranquilo, observando el comportamiento del par. Levantó una mano y un camarero se apresuró a responder el llamado. —¿Cómo puedo ayudar? —La sonrisa del camarero era amplia y gritaba Por favor, dame una propina.

—La música está muy alta —dijo Zael. —¿Podrías bajarle el volumen? Estoy luchando por pensar aquí.

—Sí, no hay problema. Le hablaré al encargado al respecto —El camarero se fue de vuelta, moviéndose urgentemente entre las mesas.

Un momento después, la música había bajado significativamente, y me acerqué un poco más al borde de mi asiento. La cabina en la que estábamos me protegía de ser visto. Aunque Edgar mirara en nuestra dirección, sólo vería a Zael, y Zael era un desconocido. Tenía que inclinarme hacia delante y mirar hacia atrás para ver a Edgar y a ese tal Rufus.

Pero ahora, con la música sonando bajo, sus voces vagaban por el restaurante semivacío, aunque eran apenas audibles.

—Te lo dije, —murmuró Edgar. —No deberías estar aquí.

—tú tampoco deberías —dijo Rufus, con su acento de Brooklyn. —Pero aquí estamos —No me molesté en observarlos, pero mantuve la espalda firme contra la cabina, lo que afectaba la apariencia de actitud casual.

—Conseguiré el dinero —dijo Edgar. —Le dije a tu hermano que lo conseguiría. No tenías que venir hasta acá.

—Oh, pero lo hice. Esta es la tercera vez que le dices a mi hermano que tendrás el dinero —Rufus murmuró algo más, aclaró su garganta. —No estoy de acuerdo con él en eso, pero cuando mi hermano me pide que haga algo, lo hago.

—No puedes —siseó Edgar. —No puedes hacer eso. Tienes que darme tiempo.

—Ya has tenido suficiente tiempo. Se te acabó. Empieza hoy.

—No, por favor.

—empeorará hasta que hagas lo que se supone que debes hacer —dijo Rufus. —Desafortunadamente, mi hermano cree que vales más para nosotros muerto que vivo. Otra cosa en la que no estamos de acuerdo, pero, ya sabes, creo que si terminas muerto, él no será tan infeliz después de todo. Así que mejor asegúrate de no hacerme enojar.

—Por favor. Rufus.

—No me llames así, carajo —dijo Rufus, en un tono más alto.

En el restaurante se oyeron algunos gritos ahogados. No me cambié para ver la reacción de los otros comensales. —Soy el Sr. Steele para ti, hijo de puta.

—Disculpe, señor —Vi a la camarera que había escoltado a los dos hasta su mesa, que se dirigía hacia ellos desde las puertas de la cocina. —Disculpe, ¿podría bajar la voz un poco, por favor? Está alterando a los otros clientes.

—Que se jodan los otros clientes.

Otro grito ahogado de la gente tratando de disfrutar de sus comidas.

Zael se fijó en el par. Pasando desapercibido ahora, porque mirar hacia otro lado sería más sospechoso que observar el espectáculo que se desarrollaba ante nosotros.

—Sr. Steele —dijo Edgar, y lo hizo en ese tono de besar culos que era lo que más le convenía. —Por favor.

—No me gustan los cabrones que mendigan —Una silla raspó el suelo con fuerza. —Gracias por el almuerzo, imbécil de porquería. Estaré en contacto. Puedes contar con ello —Siguieron los pasos, la puerta se cerró de golpe. Hubo silencio por un momento, y luego otra silla raspó hacia atrás también se escucharon más pasos y por último el golpe de la puerta del restaurante cuando cerró.

—Se han ido —dijo Zael.

Me incliné hacia adelante y vi a los otros comensales, los camareros, todos mirándose unos a otros comentando sobre los hombres que se habían ido. —Así que, ¿ves? El hombre es fácil de seguir. Hace una escena así dondequiera que va. No es exactamente discreto.

—No del tipo que en silencio tira un ladrillo por la ventana y huye.

—No —dijo Zael y agarró un palito de pan de la canasta que estaba sobre la mesa. Quebró un extremo y señaló con él. —Pero es del tipo que podría ordenar a alguien más que lo haga. Un ladrillo a través de la ventana se ajusta a su perfil de personalidad, jefe.

—Cierto. Así que eso es todo. Edgar les debe dinero, ¿sí?

—Sí. Menos mal que tenías los ojos puestos en esa amiga tuya, Madeline. Tengo la sensación de que las cosas están a punto de irse al diablo.

No lo harían conmigo estando pendiente. Volvería para protegerla, y eso sería todo. Sería una tarea más fácil ahora que ella y su madre estaban bajo mi techo en la mansión. Lora también podría ser un objetivo.

El camarero llegó con nuestras comidas y se disculpó profusamente por la interrupción de los hombres groseros de la mesa central. Le hice un gesto con la mano para que se olvidara de la disculpa, sonriendo. Esa interrupción en particular ha sido más una ayuda que un inconveniente.

Si pudiéramos entrar en la mente de este tipo, Rufus, podríamos saber qué planeaba, anticiparnos a los hechos, y salvar a Maddy antes de que estuviera en verdadero peligro.

No podía permitir que la hirieran. Esa era la promesa. En eso se resumía todo. Pero no importaba mi convicción de que la cumpliría. Ya la había vuelto a tener a ella, y quería más de eso. No sólo físicamente, más que eso.

Debí retroceder antes de que fuera demasiado tarde.

Pero ya lo era.

CATORCE

Madeline

Me senté en el cómodo sofá de la sala de estar de la mansión de Lionel viendo repeticiones de Supernatural y comiendo palomitas de maíz. Mi mamá estaba afuera con unos amigos y yo estaba atrapada dentro de la casa sin el auto.

Apenas podía concentrarme en la pantalla y en los movimientos de Dean y Sam. Mis pensamientos estaban estancados en la noche anterior, en el sexo asombroso, en los sentimientos que habían comenzado a desarrollarse, y que había estado intentado aplastar, sin éxito.

—Lo tienes —murmuré, y empujé otra bocanada de palomitas de maíz, masticando ruidosamente. —Lo tienes totalmente claro.

Pero no era cierto. Estaba frustrada, atrapada en la mansión en lugar de poder volver a mi casa, donde seguramente esto habría sido mucho más fácil de manejar. El sistema de alarma no estaba instalado todavía, y tanto mi madre como Lionel pensaron que sería mejor esperar a que eso estuviera hecho para poder regresar.

Eso me dejaba con un serio deseo de tener lo único que simplemente estaba fuera de los límites. Lionel.

¿Y qué había pasado con todo eso de odiarlo? Eso se había ido a la alcantarilla en el momento en que se sacó el pene. No me importaba que eso también implicara traicionar a mi amiga.

Dejé a un lado el tazón de palomitas de maíz medio vacío y tomé una servilleta de la pila que había colocado en la mesa auxiliar. Me limpié los dedos y dibujé una mueca de dolor en mi rostro.

¿Por qué todo tenía que ser tan complejo?

Todo había terminado entre Lionel y yo, ya era cosa del pasado. Hecho, está hecho. Todo está bien. Tenía que mantener mis manos quietas, ese era el siguiente desafío. Tenía que encontrar una distracción.

Mi teléfono tenía la batería totalmente cargada y estaba puesto en la mesa a mi lado, sonó y lo alcancé enseguida, agradecida por cualquier oportunidad

de descartar los pensamientos desagradables y traviosos. Respondí sin verificar la identificación.

—¿Hola? —Esperé.

Nada, sólo una ligera exhalación al otro lado de la línea. —Hola, ¿quién está ahí?

Quienquiera que fuera colgó, se me resbaló el teléfono de la oreja y miré la pantalla. Era un número privado, y eso me molestaba aún más. Ya me habían hecho algunas bromas antes, pero aún así, al menos di algo. Qué desperdicio de...

Mi teléfono sonó de nuevo, y esta vez, el número que parpadeaba en la pantalla era el de Raquel. Un sentimiento de temor me amenazó, pero lo descarté y respondí.

—¿Hola?

—¡Hey! —Raquel cantaba. —Adivina quién soy.

—Uh, ¿Frosty el Hombre de Nieve?

—Es Raquel, tonta. Te di mi número, ¿verdad?

—Sí —dije, luego me detuve. —Una pregunta, ¿me llamaste hace unos minutos?

—¿Eh? No. Levanté el teléfono hace dos segundos. ¿Por qué?

—Nada, sólo una llamada perdida al azar. Así que, sí, oye, ¿qué pasa? — Me levanté del sofá y caminé por el pasillo de entrada, jugando con el par de pantalones de yoga que me había puesto esta mañana.

—Escucha, he estado pensando que deberíamos volver a encontrarnos para tomar un café, ya sabes, antes de ir de compras —Raquel era demasiado optimista, pero se sentía forzada. —Disfruté mucho de estar contigo el otro día, y quiero compensarte por lo del tema de Lionel.

—No tienes que hacer eso —dije, pero una pequeña parte de mí se sintió aliviada. Al menos, ella sabía que su enloquecimiento había sido injustificado. Bueno, en ese momento, lo había sido. Ahora, su acto habría sido , porque había dormido con él.

Había sido mío desde el principio. Tenía que dejar de pensar así. No era verdad, y era una excusa. Lo mejor que podía hacer ahora era decirle a Raquel la verdad.

Pero no, eso sonaba patético. Seguramente, eso sólo terminaría hiriendo sus sentimientos. Lionel no estaba interesado en estar con nadie a largo plazo, y eso me incluía a mí, así que lo que había sucedido había sido nuestro único

error. No volvería a pasar, y no había razón para que Raquel se volviera loca con esas imágenes dando vueltas en su cabeza.

—¿Hola? ¿Estás ahí? ¿Escuchaste una palabra de lo que dije o...?

—Oh, mierda, lo siento —dije. —Estaba perdida en mis pensamientos.

—¿Sobre qué? —Raquel se mostró indecisa con la pregunta.

—Uh, vestidos. Me preguntaba qué tipo de vestidos deberíamos usar.

—¡Oh! Oh, está bien. No me importa si la moda te quita el sueño, pero no tienes que preocuparte. Tengo esa mierda bajo control. Quiero decir, soy la reina de la moda, ¿recuerdas?

Ella había sido muy popular en la secundaria. Siempre estaba bien vestida, y sus padres eran ricos. En ese entonces, me preocupaba que la única razón por la que se hubiera hecho mi amiga fuera Lionel. Porque Lionel en definitiva había aumentado mi puntuación de popularidad.

—Claro, por supuesto que sí.

—Reina del baile, nena —dijo Raquel. —Oh, Dios mío, eso me recuerda... Lionel fue el rey del baile también —Su voz se hundió en un registro más bajo. —Recuerdo esa noche. Recuerdo que pensé que era una pena que no me viera como su reina, y ahora..

—Raquel —dije. —Vamos, ánimo. Todo va a salir bien —Ni siquiera pude forzar las palabras para que salieran genuinas. Eran nada más y nada menos que un patético intento de tratar de complacerla con alguna frase al azar y era un asco. Apeataba que ya no pudiera relacionarme con ella, no como lo hice una vez.

Cada palabra que había salido de su boca hasta ahora había sido sobre ella o sobre Lionel. Me habría conformado con una charla sobre el tiempo presente al menos.—Sí, está bien. Así que, ¿qué dices? —continuó Raquel. —¿Deberíamos tomar un café antes de ir de compras? ¿Y cuándo quieres ir a comprar vestidos? ¿Mañana?

—Claro —dije y caminé hacia la escalera, apoyé mis codos en la barandilla y exhalé lentamente. Pasaría más tiempo con ella hablando de cosas que ya habían pasado.

—Muy bien, como a las nueve, te recogeré para..

Un choque sonó en la sala de estar, y me puse rígida, escuchando atentamente. ¿Qué demonios...? Tropezando con los pasos que resonaban en la habitación. Mi corazón saltó en mi garganta.

—¿Hola? Lo estás haciendo de nuevo. ¿Por qué me ignoras? —Siseó

Raquel.

—Raquel, espera un segundo. Creo que tengo un problema. Voy a tener que devolverte la llamada después.

—¿Qué? De ninguna manera, estamos en medio de una conversación. Vamos a organizar esta mierda, porque tengo cosas que hacer hoy también, ya sabes.

Le colgué, agarré el teléfono con la mano y me quedé atascada en la entrada de la sala de estar. La alarma estaba apagada, pero había un botón de pánico en el tablero. Si llegara a tiempo, llamaría a la policía, ¿no?

Los golpes continuaron, y luego hubo otro ruido. ¿Una humedad, la salpicadura de un fluido?

Mi frente se arrugó. Di un paso en dirección hacia donde venía el ruido. Detente. No seas idiota. ¡Presiona la alarma!

Hubo otro ruido, un rasguño, y me lancé a la acción, corriendo hacia el tablero de la pared al lado de la puerta. Presioné el botón, y la alarma gritó sobre mi cabeza, llenando la casa con su sonido tormentoso.

Y de pronto el ruido fue acompañado por el olor del humo. Me di la vuelta sin moverme del lugar y vi el parpadeo de un fuego en la sala de estar.

—¿Qué carajo? —Dije, las palabras perdidas en la neblina de la confusión y el ruido de la alarma.

Empezaron un incendio.

El humo negro salía de la sala de estar, engrosándose rápidamente y saliendo al pasillo. No tenía idea de dónde Lionel o su abuela habían guardado el extintor en esta casa. El peligro era demasiado grande de todos modos.

Corrí hacia la puerta principal, la abrí y salí corriendo al porche con un ataque de tos. El humo se había extendido rápidamente. Di un resbalón por los escalones delanteros de la acera de la entrada, me levanté y me di vuelta hacia la mansión. El fuego cubrió rápidamente las ventanas de la sala de estar, ennegreciendo la madera, y las lágrimas saltaron de mis ojos, impulsadas por la confusión y la ira.

¿Por qué? ¿Quién había hecho esto?

El sonido de las sirenas se escuchaba a lo lejos. Retrocedí unos pasos y me senté en el borde de la fuente de enfrente para ver ardiendo la memoria de mi infancia.

QUINCE

Lionel

Doce años antes...

Me senté en uno de los taburetes de bar en Misty's Coffee Shop y sorbí de mi refresco, escaneando el libro de texto de álgebra mientras lo hacía. Era una mierda inútil. De ninguna manera absorbería nada sin práctica, pero maldita sea, sería el colmo que no intentara entender un poco más para el examen de esta mañana.

—¿Te traigo algo más, cariño? —La camarera se paró detrás del mostrador, sonriéndome. Todos en Hope's Hollow conocían a todos los demás, y todos me trataban como si el sol brillara directamente desde mi trasero. Era por mi abuela, no por ser rico.

Esa mierda no importaba mucho por aquí. Yo era un Hamilton. Eso era lo que tenía peso. Me gustaba eso un poco pero odiaba todo lo que envolvía.

—No, estoy bien, Vera. Gracias.

—Está bien —Se encogió de hombros y se movió por el mostrador, deteniéndose ante el siguiente cliente a unos cuantos bancos de mi lado.

Doblé mi cabeza sobre el libro de texto otra vez. Nada de esto había entrado en mi cerebro. Horas de práctica la noche anterior tampoco habían ayudado. Era una estupidez. ¿Por qué tenía que hacer esto en primer lugar? No planeaba ser un maldito matemático o un científico.

Sería un hombre de negocios. O un motociclista. Sí, a la mierda, un motociclista. Cerré el libro y lo guardé en mi mochila y me concentré en el plato de papas fritas que había pedido. Agarré la salsa de tomate, puse un poco en el plato, le pasé una papa frita y me la comí.

Revisé mi reloj, la impaciencia se hacía mayor.

Maddy llegó tarde. Me dijo que se reuniría conmigo aquí a las 7:20 a.m. Aparentemente, tenía un gran plan para meterme las matemáticas en la cabeza por la fuerza, y yo había accedido. Porque era un idiota. Mierda, ella sabía que yo odiaba estas cosas, pero si había alguien que podía hacerme estudiar, era ella.

Madeline era una inspiración de muchas maneras.

Basta ya. No necesitas pensar así ahora. Ahora no.

Me concentré en las papas fritas.

Un chorro de perfume fuerte asaltó mis fosas nasales, y levanté la vista para encontrar a la chica más popular de la escuela que se sentaba a mi lado. La chica más popular de nuestro grado, de todos modos. Una animadora, delgada, de pelo oscuro, con una minifalda y un top ajustado. Me sonrió, se colgó un dedo en el pelo y lo hizo girar. —Hola —dijo Raquel. —Qué casualidad encontrarte aquí.

—¿Qué tal? —dije.

Nunca me había gustado. Era insustancial, el tipo de chica que andaba por ahí esperando que la gente se enamorara de ella.

—Estoy bien. ¿Cómo estás? —Hizo un gesto con los labios y luego extrajo el brillo labial rosa de su bolso - porque era práctico para la escuela, ¿verdad? - —Es bueno verte por aquí, Lionel.

—¿Qué quieres decir? —Pregunté y me comí otra papa frita.

—Que nunca paso tiempo contigo. Solos, ¿sabes? Quiero decir, eso es lo que se supone que hacen las animadoras y los jugadores de fútbol. Pasar tiempo juntos.

—Mierda, debo haberme perdido ese memorándum.

Se rió como si hubiera contado el chiste más gracioso del mundo y luego lo cortó, rápido.

Todo respecto a ella era demasiado falso, falso, falso, falso.

—No, en serio —dijo ella, sonriéndome. —¿Por qué no hablamos más? Te veo todo el tiempo, pero nunca con la gente que espero.

Me encogí de hombros, sintiéndome menos interesado en esta conversación con cada segundo que pasaba. —¿No quieres saber lo que quiero decir? —Raquel me mostró otra sonrisa.

Me comí una papa frita sin responder, lo que le dio mi característica mirada mortecina.

—Estoy hablando de esa chica, ya sabes, la que estudia mucho. ¿Cuál es su nombre?

—Madeline —dije. —¿Qué pasa con ella?

—¿Ella es, como, tu novia? —preguntó Raquel.

—No, no lo es.

—Oh. —Raquel dio otra risa que me puso tenso hasta las puntas. —

Bueno, esas son buenas noticias. Son buenas noticias, en realidad.

—¿Por qué es eso?

—Bueno, ya sabes. ¿Es una especie de idiota?

—No hables así de ella —dije, con rigidez. —Es una persona increíble y una gran amiga.

—Pero sólo una amiga.

—Sí, ¿y qué?

—Así que, quiero decir, nada, supongo. No lo entiendo. No lo entiendo. Eres rico y popular y le gustas a todo el mundo en Hope's Hollow, y Madeline es.... bueno, ya sabes. Nada.

—Piérdete —dije y volví a mis papas fritas.

—¿Qu-qué? ¿Qué acabas de decirme?

—Te dije que te perdieras —respondí. —Si no tienes nada bueno que decir sobre Madeline, puedes perderte.

—Bueno, vaya. Quiero decir, no quise molestarte o lo que sea. Estaba diciendo que puedes hacerlo mucho mejor.

La miré con frialdad. —¿Tartamudeé?

Raquel se mordió el labio inferior y se encogió de hombros. —Vale, claro, lo que sea —Se dejó resbalar del taburete cuando se abrió la puerta principal de la cafetería y Maddy entró. Me vio y me saludó con la mano. Le devolví una cálida sonrisa.

Se acercó trotando, llevando sus libros en brazos, la correa de su mochila colgaba sobre su hombro. Dejó sus libros junto a los míos. —Bien, he preparado una prueba de revisión muy breve que te ayudará a cubrir las preguntas más importantes que creo que te harán. Quiero decir, si puedes con esto, deberías estar bien. Son conceptos básicos que se combinan.

—Increíble —dije y volteé los ojos.

La porrista todavía no había salido corriendo a unirse a su equipo de cabezas huecas, que se había sentado en una de las mesas al otro lado de la tienda y estaban sorbiendo batidos y cafés. Se puso de pie, sus brazos estaban cruzados sobre la parte superior de su pecho, forzando una extraña sonrisa.

—Oh vamos, todo estará bien —dijo Maddy y se sentó en el taburete que seguía al mío, el que Raquel había dejado libre. Me robó una de mis papas fritas y se la comió. —Tú puedes con esto. Ambos podemos con esto.

—Claro, porque tú eres la que necesita ayuda.

—Lionel, yo también tengo problemas con las tareas escolares.

—Nombra un tema con el que tengas problemas y te invitaré un batido de fresa.

Maddy apretó los labios y luego los fue soltando, lentamente. Se veía adorable cuando lo hacía. Tan besable. —Uh..

—No. No hay batido para ti.

Raquel se aclaró la garganta, apretando el puño contra la boca.

Maddy se sacudió en el acto, como si no se hubiera dado cuenta de que la otra chica estaba allí. Se dio la vuelta y sonrió. —Oh, hola. Lo siento, no te vi allí.

—Hola —dijo Raquel, brillantemente, su mirada cambiando de mí a Maddy. —Soy Raquel.

—Oh sí, lo sé. Tenemos como tres clases juntas. Literatura inglesa, y....

—Claro, sí. Estaba hablando con Lionel y me di cuenta de que ni siquiera te conozco. Deberíamos salir alguna vez.

—¿Qué? —Los ojos de Maddy se iluminaron.

—¿Qué? —Le preguntó, de nuevo, en un tono más halagador que un panqueque, otra de las comidas favoritas de Maddy.

—Sí, totalmente. Voy a tener una fiesta de pijamas este fin de semana en mi casa. ¿Quieres venir? —Raquel preguntó. —Podría ser divertido. Saldremos, comeremos toneladas de pizza, veremos algunas películas de miedo. ¿Qué dices?

—Bueno, vaya. No estoy segura —se rió Maddy. —Claro, sí, eso sería genial.

—Impresionante. Nos vemos el sábado —Raquel mostró una sonrisa ganadora y luego trotó hacia la esquina, su cabello oscuro no dejaba de rebotar.

Entrecerré los ojos. —¿De dónde coño salió eso? No vas a salir con ella, ¿verdad?

—Oh, no sé, podría ser divertido —dijo Maddy, encogiéndose de hombros.

—¿Divertido? Es una animadora.

—¿Y tu punto es? —preguntó Maddy. —Uh.... ¿exactamente lo que acabo de decir?

—Vamos, Danny, no me juzgues.

Sabía que odiaba que me llamara así. Me hacía sonar como un engrasador

de los años sesenta. —Escucha, ella está en el camino rápido para convertirse en la reina del baile y la animadora principal. ¿Estás bromeando? Tú eres..

—¿Una simple nerd? —La barbilla de Maddy sobresalió. —¿Es eso lo que estás diciendo, que no soy lo suficientemente genial para salir con ella?

—No es lo que estoy diciendo. Todo lo contrario, en realidad. No es lo suficientemente buena para salir contigo —le contesté.

Maddy parpadeó. —Lo que sea, amigo. No puedes juzgarla. Algún día serás capitán de fútbol y yo aguanto tus extrañas bromas de pedos.

—Oye, los chistes de pedos son clásicos —le contesté y le di un golpe en el antebrazo.

Me devolvió el golpe, y estallamos en una pelea de golpecitos. Al final, le agarré las muñecas para detenerla, sentía su piel suave bajo de las yemas de los dedos. Mi pecho se apretó, y llamé su atención. Nos miramos en silencio, con la boca seca.

Me aclaré la garganta y la solté, volví a mis papas fritas. —Lo que sea. No me gusta la mentalidad de grupo que tienen esas chicas. Es como si fueran una manada. Y no quieres ser el más débil de la manada.

—Eso es insultante —contestó ella. —Digo que no eres una vaca.

Madeline se echó a reír. —Wow, eres bueno en esto.

—¿En qué?

—Esta cosa de los consejos —dijo ella, poniendo los ojos en blanco. — Ahora, ¿podemos olvidarnos de Raquel y las animadoras y concentrarnos en nuestra prueba? Quiero decir, nos estamos quedando sin tiempo.

—Con mucho gusto.

Abrió el libro de texto, cogió un bolígrafo y empezó a hacer gestos con él, pero yo no podía concentrarme en lo que ella explicaba. Todo lo que podía hacer era mirar fijamente a Maddy, su pelo rubio que caía en una cola de caballo alta y que adornaba el costado de su cara.

DIECISÉIS

Lionel

En la actualidad...

Grité al ver el frente de la mansión en llamas, mis llantas escupían la grava y mis entrañas se habían hecho gelatina.

Madeline.

¿Dónde estaba ella? La había dejado aquí. La había dejado por esa estúpida reunión con Zael, y ahora esto había pasado. Era mi culpa. Si le hubiera pasado algo...

Salté del BMW, dejé el motor encendido, la puerta abierta y corrí hacia la fila de espectadores. Todos en la ciudad estaban aquí de nuevo, las personas le daban vuelta al frente de la casa limitados por una línea policial. Los bomberos se habían parado al otro lado con una manguera agarrada entre varios de ellos, rociando agua principalmente en la ventana de la sala de estar.

La vista de la casa en llamas debería haber sido dolorosa, pero nada comparado con el miedo que se había desplegado en mi pecho.

Agarré al policía más cercano a la barrera y lo arrastré hacia adelante. Soltó un grito y otros policías vinieron corriendo.

—¿Dónde está ella? —Grité la pregunta. —¿Dónde está Madeline?

—Oye, suéltame —El oficial me miró con ira. Lo dejé caer como un pedazo de mierda y lo hice correr hacia la casa, me dolía tener su nombre en mis labios, pero de pronto una mano cayó sobre mi antebrazo, un toque suave que se me hacía tan familiar que parecía como si siempre hubiera existido en mi vida.

—Madeline —dije.

—Ahora, ¿qué demonios está pasando aquí? —El jefe, el capitán de la policía, Grayson, se ajustó el cinturón que llevaba debajo de una barriga que había visto una buena cantidad de donas. —¿Estás causando problemas otra vez, Lionel? No se puede enseñar trucos nuevos a un perro viejo.

—Me estaba buscando —dijo Madeline, su mano permanecía en mi

antebrazo, el calor se extendía desde ese toque hacia arriba. —Eso es todo.

—Bueno, no te acerques a la barricada —dijo Grayson, moviendo un dedo gordito hacia mí. —Uno de mis oficiales estará contigo en un segundo para discutir este lío. Hey, Charlie. Charlie, trae tu trasero aquí. El dueño ha llegado.

—¿Hablar conmigo? —Murmuré.

—Alguien hizo esto —dijo Madeline y me guió de regreso entre la multitud de residentes de Hope's Hollow. Caminamos alrededor de la fuente central, la salpicadura de agua era una extraña yuxtaposición al fuego que estaba ardiendo en la mansión. El hogar de mi infancia.

El miedo que me había consumido se había evaporado ahora que ella estaba frente a mí. Me enfurecí, mis manos se volvieron puños. —¿Estás bien? —Le pregunté.

—Estoy bien. Salí a tiempo, activé la alarma.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Alguien entró y prendió el fuego. No sé quién, pero tuve suerte de estar fuera de la sala de estar cuando ocurrió o... bueno, no sé qué habría pasado.

Hijos de puta. Ellos habían hecho esto. Mientras yo estaba preocupándome, ellos entraban y jodían con mi casa, mi mujer. Whoa, alto allí, amigo.

—¿Estás bien? —Le pregunté y agarré sus brazos, acariciando su piel con mis pulgares.

—Estoy bien, Lionel —Maddy se alejó. —Fue raro, ¿sabes? Escuchar a alguien entrar y luego ver eso. Justo ahí, frente a mí.

—¿Viste quién era?

—No. Sólo los oí, y luego corrí hacia el botón de pánico. No quise arriesgarme.

—Eso es pensar inteligentemente —dije.

—¿Qué esperabas? —Ella me ofreció una sonrisa aguda, y yo se la devolví, aunque no podía ignorar mi enojo. Debería haber estado aquí, y no había sido así. Ella me había necesitado. La idea de perderla me puso los pelos de punta.

—Tendremos que hablar con la policía sobre esto. Es la segunda vez que esto sucede esta semana —dijo Maddy. —Algo está pasando.

—Correcto —Pero no podía decirle lo que era. La asustaría, la alejaría, y si corría lejos, no podría protegerla de lo que pudiera pasar después.

—¿Qué demonios está pasando? —La madre de Maddy corrió hacia nosotros, su auto quedó estacionado en la entrada detrás de las patrullas de la policía. —¡Maddy! Maddy, ¿estás bien?

—Estoy bien —dijo Madeline y se dirigió hacia su madre. —Un poco asustada.

—¿Qué demonios? —Lora abrazó a su hija y ella le regresó el abrazo. Un segundo más tarde, Madeline rompió el momento separándose, mientras su madre sacudía la cabeza y ponía una mano sobre su boca en shock. —No puedo creerlo.

Uno de los oficiales se acercó, un tipo que reconocía vagamente, y se detuvo frente a nosotros. —Hola, amigos —dijo, —¿les importaría retirarse a un lado conmigo y charlar?

—Por supuesto, Charlie —contestó Lora.

Lo seguimos lejos de la multitud entrometida y de los bomberos, que habían controlado el incendio.

—Tengo que ofrecerle mis condolencias, Sr. Hamilton —dijo Charlie y extendió su mano. La estreché. —¿Qué tiene para nosotros, oficial?

—Bueno, por la declaración que nos dio la Srta. Griffin, sabemos con seguridad que esto fue un juego sucio, pero el capitán todavía quiere que un investigador compruebe la causa del incendio —dijo Charlie. —Sólo para asegurarnos de que todas las casillas estén marcadas. Ahora, los bomberos han contenido los daños en la sala de estar y la cocina. Afortunadamente, el pensamiento rápido de la Srta. Griffin hizo venir a los servicios de emergencia lo suficientemente temprano como para aplacar el fuego antes de que se extendiera demasiado.

—Son buenas noticias, dadas las circunstancias —dije.

—Si hay juego sucio, que parece que lo hay, vamos a tener que hacer un trabajo forense en la casa, comprobar si podemos encontrar algo que apunte hacia el culpable, pero eso llevará algún tiempo, ¿de acuerdo? No tenemos muchos recursos en Hope's Hollow para este tipo de cosas. El último incendio que tuvimos fue el incendio del Bingo Blaze del 94.

—Lo recuerdo —dijo Lora. —Una anciana se durmió con su cigarrillo en la boca.

—Correcto —continuó Charlie. Era joven y relativamente guapo, se había conservado en buena forma la mayor parte de su vida.

Enfócate en Madeline. Estaba claro que él la admiraba, y también estaba

claro que eso me encabronaba. —Ahora, vamos a tener que cerrar la casa por un tiempo hasta que lo hagamos. ¿Tienen un lugar para quedarse mientras tanto?

—Sí —dijo Lora. —Tenemos nuestra casa, allí. No será parte de la investigación, ¿verdad?

—¿Qué es eso? —Charlie olfateó y miró la casa de huéspedes en la propiedad. —¿Ese es el lugar que fue atacado?

—Sí, pero hemos cambiado la ventana y limpiado todo, así que probablemente no quedará ninguna prueba.

—Siempre podemos quedarnos en el hotel, mamá —dijo Maddy. Mi corazón se saltó varios latidos. —No.

Tanto las mujeres como el oficial de policía se concentraron en mí.

—Estarán más seguras en su casa. La compañía de alarmas viene hoy —Había aplazado la llamada, pero los tendría aquí en un abrir y cerrar de ojos si fuera necesario. El dinero hablaba, y yo también.

—Oh, entonces eso es genial —dijo Lora. —Nos quedaremos en la casa.

—Eso debería estar bien —contestó Charlie, pasando las manos por encima de su uniforme. —Llámenos a la estación si tiene algún problema, ¿de acuerdo? Saldremos en un segundo. En un segundo.

—Gracias, oficial —dije, bruscamente, como un despido. ¿Era un imbécil por estar celoso? Probablemente, pero no podía evitarlo. Después de todo lo que había pasado, ¿cómo podría no querer lo mejor para Maddy?

Charlie se alejó, regresó hacia el frente de la mansión y se unió a la multitud.

—Esto es una locura —dijo Lora. —Absolutamente loco. Tengo miedo de quedarme en casa esta noche, con alarma o sin ella.

—Lo sé —contestó Maddy y pasó su brazo por el de su madre. —Esto es demasiado raro. No sé qué pensar en este momento. Cuando oí el ruido en el salón, me quedé helada.

—Tengo una idea, y esto está un poco fuera de lugar —dijo Lora, —pero Lionel podría quedarse con nosotras esta noche. ¿No podrías, Lionel?

—Mamá, estoy segura de que preferiría dormir en una habitación de hotel cómoda que en nuestro sofá —dijo Maddy.

—Oh, por favor, ¿has visto el hotel en Hope's Hollow? —Su madre puso los ojos en blanco, me agarró el brazo y la sujeté de regreso. —Por favor, Lionel, nos sentiríamos mucho más seguras si te quedaras esta noche. Es la

venganza por cuidarnos cuando ocurrió el robo en nuestra casa.

—Mamá.

—Hablo en serio —continuó Lora. —Será grandioso. Como una gran fiesta de pijamas, como cuando ustedes dos eran niños y se quedaban despiertos hasta tarde, viendo películas juntos. Podríamos tener una noche de cine. Podríamos ver El resplandor.

—El resplandor —dije. —Un clásico.

—¡Ja! ¿Ves? Tiene un gran gusto para las películas.

—Stephen King odiaba la versión de Kubrick de El resplandor —dijo Maddy. —Tiendo a estar de acuerdo con él.

—Saca esa zanahoria de tu trasero, chica.

—¡Mamá!

—Me sentiría honrado de calentar su sofá —le dije, cortando las bromas de madre e hija antes de que se transformara en una disputa total. Era algo dulce, honestamente, y me gustaba mucho más viniendo de Maddy.

—¡Sí! Impresionante. De acuerdo, bueno, déjame ir a abrir —Lora se separó de su hija y corrió hacia la puerta principal de la casa, dejándonos a Maddy y a mí solos, relativamente hablando. Todavía había muchos residentes de Hope's Hollow merodeando, chismorreando, echando miradas de preocupación en nuestra dirección.

—No tienes que hacer esto, Lionel.

—Quiero —dije, resistiéndome a la necesidad de acercarme a ella. Habíamos acordado una noche. Para los dos. —Estaré ahí por si me necesitas.

—¿Pero qué pasa si no te necesito? ¿Entonces qué? —Madeline levantó su barbilla, desafiante, una réplica perfecta de todas las otras veces que había hecho ese gesto. Y como había sucedido todas las otras veces, me provocó besarla. Derretir sus frustraciones y hacerla mía, otra vez. Pero eso no iba a suceder.

—Entonces me iré.

—No te necesito ahora.

—Lo haces. Necesitas mi protección. Necesitas que la compañía de alarmas venga a ayudar a tu madre.

—¿Qué, así que vas a manipular tu manera de dormir bajo nuestro techo? —preguntó Maddy. —Madeline, no voy a saltar sobre ti. Acordamos una noche, y ambos somos lo suficientemente adultos para aferrarnos a eso. Creo que estaremos bien.

—Tú crees —Madeline se mordió en la comisura del labio. —Supongo que tienes razón. Si. OK. Vale, claro, dormirás en el sofá, y seguiremos siendo... amigos.

—Amigos —Extendí mi mano.

La tomó y la intentó apretar bruscamente. Nuestros ojos se encontraron. Nos sacudimos rápidamente y luego nos soltamos.

Ahora, todo lo que me quedaba era ofrecerle el trabajo. Ofrecerle el trabajo y protegerla de Rufus Steele. Entonces la promesa que había hecho se cumpliría, y podría darle la espalda a esta situación y volver a concentrarme en los negocios.

En lugar de pasarme el día pensando en el brillo de su cabello bajo el sol de la tarde, en la blancura lechosa de su piel, en la mueca de sus labios, en sus gemidos. En vez de recordar todo lo que habíamos pasado juntos de principio a fin una y otra vez.

DIECISIETE

Madeline

—Mamá, ¿estás bromeando con esto? —Siseé, de pie dentro de su habitación. —Lo invitaste a quedarse.

—Sí, lo hice —contestó mamá y se ajustó el cinturón en su esponjoso vestido rosa. —Ha sido muy dulce con nosotros, Maddy, y somos buena gente, así como él es buena gente. Tiene sentido que la gente buena se mantenga unida.

—Pero..

—ustedes tienen que superar su historia. Esta disputa entre ustedes dos se ha vuelto muy vieja, muy agotadora. Así que, ánimo y disfruta de la noche. Eso es todo lo que hay que hacer.

Gruñí. No podía discutir más con ella sobre esto. Había intentado ponerme cómoda con el hecho de que él estaba bajo nuestro techo ahora mismo, pero no podía hacerlo. De hecho, cada vez que estaba en una habitación con él, mi mente se volvía loca. Estaba por todas partes, deseándolo, soñando con tocarlo.

Contrólate un poco.

—Contrólate —dijo mi madre, se acercó y me dio una palmadita en el brazo. —No es como si fuera a morderte. Además, creo que..

—¿Qué?

—Creo que le gustas.

—Mamá. Ya no estamos en el instituto —Era la misma charla que había tenido con mi mamá una y otra vez cuando estaba en la escuela secundaria. Mi madre tratando de convencerme de que Lionel era genial y yo resistiéndome por mi deseo de preservar nuestra amistad. Y, por supuesto, estaba el terrible miedo de que sólo acabaría haciendo el ridículo.

—Hablo en serio, cariño —dijo mamá. —Hay tensión entre ustedes dos.

—Sé que somos las mejores amigas, mamá, pero no voy a hablarte de Lionel de entre todas las personas del mundo.

—Bien —dijo mamá. —Según lo veo, o somos nosotras discutiendo

sobre esto, o somos nosotras saliendo, comiendo pizza, y viendo películas con Lionel.

—Yo elijo las películas. Son menos mortificantes —le contesté.

—Por cierto, puedo ver a través de tu camiseta de pijama.

—Dios —murmuré y me cubrí el pecho. Me alejé del dormitorio de mi madre, adornado con flores rosadas, su amor por ese color casi se le había salido de las manos. Me puse la bata y la até fuertemente, mirando mi reflejo en el espejo de pie que tenía en la esquina.

Me veía bien, normal, pero por dentro, estaba ardiendo. Estaba aquí. Estaba aquí. Estaba aquí.

No podía dejar de repetirlo. Lionel estaba bajo mi techo, sentado, esperando, tan guapo como siempre. —Contrólate —susurré.

Incluso si tuviéramos la oportunidad de hacer lo que habíamos hecho en la mansión, sería una muerte emocional para mí. Porque era demasiado fácil enamorarse de este tipo, y sería aún más fácil para él aplastarme el corazón. Edgar había ablandado la carne.

Tenía que mantener mis paredes levantadas.

—Puedes con esto —dije, entrecerrando los ojos. —Eres una perra mala. La perra más mala. Has dirigido un hotel entero. ¿Recuerdas al tipo que cagó la cama y manchó las paredes? Sí, tú te encargaste de esa mierda.

—¿Quién cagó dónde? —La voz de Lionel llegó a mi habitación desde la puerta abierta.

Salté en el acto y solté un pequeño chillido. Me di vuelta hacia él. —Tienes que dejar de hacer eso.

—¿Qué?

—Acercarte sigilosamente a mí. O la gente. En general. Es algo aterrador.

—¿Sabes lo que da miedo? Alguien manchando las paredes de mierda. ¿Cuándo fue eso? —preguntó Lionel, sus labios se movieron hacia arriba en las esquinas.

—En el hotel —le dije. —Dejamos entrar a un tipo que era bastante joven, guapo, probablemente de treinta y tantos años. Así que se registró... —Eran los nervios los que hablaban, pero me ayudó a desviarme de la humillación de haberme pillado hablando conmigo misma. Y sobre él también.

—¿Sí?

—Y, pues, tuvimos algunas quejas de las habitaciones adyacentes a la

suya de que se escuchaban ruidos extraños de su habitación.

—¿Qué clase de ruidos? —Lionel preguntó, entrando en mi habitación, escaneándola, y yendo a la deriva hacia los carteles que tenía colgados. Enseguida, una sonrisa se desbordó por completo de su cara. Habíamos estudiado aquí muchas veces cuando éramos adolescentes.

—Flatulentos. Y ruidos de gemidos. Incluso sexuales.

—Carajo, eso es asqueroso.

—Así que enviamos a alguien a llamar a la puerta, pero cuando llegaron allí todo estaba tranquilo. Lo descartamos como un caso grave de gripe o de dolor de estómago. A la mañana siguiente, después de saludarnos, una de las mucamas subió a limpiar —Una risa burbujeante se apoderó de mi vientre. —Volvió pálida como una sábana. Había mierda por todas partes. Las paredes, las sábanas, las ventanas. Todo el maldito lugar —le dije, —el único lugar donde no había nada de mierda era en el baño.

—Eso es jodidamente asqueroso —Pero Lionel también se partió de risa. —Jesús.

—Sí, pero a pesar del asqueroso momento, me aseguré de que mi equipo de limpieza fuera compensado extra por tener que lidiar con eso, pero en retrospectiva, supongo es gracioso.

—Me gusta eso de ti —dijo Lionel. —Sabes cómo manejar esas situaciones de mierda con facilidad.

—Ba-dum-tss —Hice sonar un redoble de tambores y un golpe de címbalo.

—Dios, extrañaba esto.

—Yo también —dije, y era cierto. Habíamos pasado tanto tiempo juntos creciendo, que se había convertido en una constante en mi vida, hasta que un día ya no estaba ahí para mí en absoluto. Siempre habíamos sido los mejores amigos o los peores enemigos, excepto ahora. Ahora, estábamos en este extraño lugar intermedio, y no podía entender lo que eso significaba.

—Tu madre llamó para recoger la pizza. Mencionó algo sobre... ¿un repartidor?

—Sí, no le gusta el tipo que entrega nuestra pizza. Sospecha que nos roba el pepperoni de la parte superior, así que va hasta la tienda y observa cómo la hacen cada vez que la pedimos. La apoyo por completo. Ella siempre trae más pizza porque mira fijamente al tipo del mostrador y lo hace con tanta fuerza que siempre le ofrece pizza gratis. Creo que podría estar enamorado de

ella.

—Tu mamá es increíble —dijo y entró en la habitación correctamente. Se acercó a mi viejo escritorio y se sentó, sonriendo. —Las dos son increíbles.

Traté de no concentrarme en lo guapo que era, demasiado grande para mi silla, con sus anchos hombros, sus músculos comiéndose las mangas de la camiseta. Su olor empapaba mi habitación, me atrapaba su colonia hipnotizante, y sabía que me perseguiría esta noche mientras dormía.— Tienes suerte de tenerla —dijo Lionel.

—Lo sé. Ella lo es todo para mí, mi mamá. Ha sido mi apoyo siempre, pase lo que pase. Ella y tu abuela, por supuesto.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto —hice una inclinación casual sobre mi escritorio. — ¿Alguna vez encontraste a tu padre?

Él era el único que podía preguntarme eso, aparte de mi madre, que no me haría sentir vulnerable en mi respuesta. Porque Lionel siempre se había preocupado genuinamente por ese tipo de cosas. Él también lidiaba con un pesado equipaje respecto a esto.

—No —dije. —Eso nunca fue parte de mi modus operandi.

—Eras muy joven.

—Sí, pero cambié de opinión cuando crecí. Supongo que mi madre siempre ha sido la única persona que yo necesitaba, y él era... bueno, yo sabía que lo era. El tipo que la abandonó cuando más necesitaba su ayuda. No estoy diciendo que debió haberse casado con ella o lo que sea, pero pudo haber estado allí. De alguna manera. Financieramente al menos.

—Lo entiendo.

Nos quedamos en silencio otra vez, y esa tensión se acumuló. Busqué una distracción. —¿Qué hay de ti? ¿Tus padres?

—¿Qué pasa con ellos?

—Quiero decir, ¿has lidiado con lo que pasó?

—Depende de lo que quieras decir con lidiar con ello —Tampoco los encontré, a ninguno de los dos. Mi abuela me dijo que mi padre había muerto, pero nunca supo nada sobre mi madre.

—¿Qué? —Me quedé sin aliento. Era información nueva.

Lionel había sido criado por sus abuelos desde que era un bebé, y luego Nana Hamilton lo había adoptado. Ella era básicamente su madre. Ella lo había criado, junto con el abuelo Hamilton, pero su figura había sido la más

importante para él.

—Sí, ella guardó esa información hasta que estuvo en su lecho de muerte, básicamente. No quería molestarme o algo así. Murió cuando yo tenía diez años. Sobredosis.

—Jesús.

—Sí.

—Lo siento, Lionel. Sé que querías encontrarlos.

—Aunque sólo fuera para preguntarles cómo pensaban que abandonar a un niño era una buena idea —contestó Lionel.

—Tal vez por eso teníamos tanta conexión entre nosotros. De niños, quiero decir. Nos llevábamos bien porque teníamos esta extraña historia compartida. Tus padres eran unos imbéciles, y mi padre también lo era —Arrastré mis dientes sobre mi labio inferior. —Nunca he sido una persona vengativa, pero tal vez debería averiguar quién es y decirle lo que pienso. Por mi madre —Pero incluso cuando lo dije, me sentí mal. Yo nunca haría eso. Mis ojos estaban dirigidos hacia el futuro, no hacia el pasado.

—Tienes que hacer lo que te parezca correcto. En todos los sentidos. Para mí, no sé, nada de eso importa ahora. Todo está en el pasado. Mis abuelos eran los únicos que me importaban.

—He querido ir a verla.

—¿Su tumba?

—Sí. La echo de menos. Era una mujer increíble.

—Con un puño de hierro —dijo Lionel, sonriéndome. —Pero eso era lo que la hacía tan especial. Eres la única mujer que conozco que es tan fuerte como ella.

Fue un gran cumplido. Me sonrojé, aclaré mi garganta. —Lionel. Eso es..

—¡Hola! —Mi madre llamó desde el frente de la casa y la puerta se cerró de golpe. —Oof, ¿cómo se prepara esta cosa? —Hubo un parpadeo de sonidos que venían del teclado recién instalado en la puerta principal. —¿Adivina quién ha vuelto?

—¿Slim Shady? —Dije en respuesta.

—¡Ja-ja! Bien hecho. Una buena, pero gastada —se rió mi mamá. —¿Dónde están ustedes dos? Vamos, pongamos este espectáculo en marcha. Estoy lista para llenarme la cara de pizza y gritarle a la pantalla del TV.

Lionel se levantó y caminó hacia mí. Se paró cerca, demasiado cerca, y se inclinó hacia mí. —Tienes que creer eso —susurró.

—¿Qué? —Le pregunté.

—Que eres fuerte, que lo eres todo, porque lo eres. Cualquier duda que puedas tener sobre ti misma, especialmente con respecto a tu negocio, debes desecharla y creer firmemente que lo lograrás.

Mi corazón se apretó en mi pecho. —Sí, —dije, levantando la barbilla. — Yo creo en eso.

—Bien —dijo y mostró una sonrisa que fue una recompensa por sí sola. Salió de mi dormitorio, dejándome con el calor de sus palabras en el centro de mi ser.

DIECIOCHO

Lionel

La mañana siguiente fue un sueño. Me desperté con el olor del café, la charla de las mujeres en la cocina. Me encantó, carajo. Esta casa, por pequeña que fuera, se sentía como un verdadero hogar, y la voz de Madeline, a la deriva, era la cereza en la crema.

La luz del sol se esparcía por la alfombra de la sala de estar, iluminando los restos de la cita televisiva de anoche. Cajas de cartón y vasos vacíos, y el estuche de El resplandor. Aparentemente, a la madre de Maddy le seguía gustando el Blu-Ray.

Anoche le habíamos tomado el pelo. ¿No hay Netflix?

Sonreí y me senté en el sofá, la manta me caía de la cintura. La sonrisa se desvaneció de mi rostro lentamente. Hoy tenía que ocuparme de una mierda importante. Dejé pasar la oportunidad de hablar con Madeline sobre la propuesta de trabajo por mucho tiempo.

Mierda, la reunión era esta noche, y después de eso, ¿cuánto tiempo más podría permanecer en esta esperanza vacía sin levantar sus sospechas? Necesitaba llevarla de vuelta a Nueva York, ponerla bajo mi protección allí.

—Buenos días —cantaba Lora, entrando en el salón con una taza de café en la mano. —Aquí tienes.

—Gracias —dije y acepté la taza que me ofrecía. Sorbí el café y sonreí. —Esto está bueno.

—Venden fabulosos granos en Misty's. ¿Lo olvidaste? —Nunca he comprado esos.

—Definitivamente te lo estás perdiendo —Lora apiló las cajas de pizza vacías. —Déjame hacer eso —dije. —Es lo menos que puedo hacer para ayudar aquí.

—¿Qué? ¿Estás bromeando? Hiciste que esos tipos vinieran a instalar la alarma. Y tú has estado ayudando a Maddy.

—¿Lo he hecho? —Eso sonaba interesante.

—Bueno, parece más feliz ahora que cuando llegó a la ciudad. Sabes, se

tomó muy mal el haber perdido ese hotel.

Mis abdominales se tensaron. Lo tomaría aún peor cuando descubriera la verdad al respecto, pero tendría que buscar el sentido de la misma. Todo había sido por ella, para ayudarla y protegerla. —Sí.

—Sí, estaba todo el tiempo encima de mí cuando llegó aquí —se detuvo Lora, inclinando la cabeza de un lado a otro, —como si no supiera qué hacer consigo misma. Me estaba microadministrando, supongo que era un hábito que tenía por su trabajo.

—¡Mamá! —Maddy entró en la habitación, se veía muy linda usando una falda y una blusa sencilla, con el pelo atado en un moño desordenado y un poco de maquillaje en los labios y los ojos. —No puedo dejarte a solas con Lionel ni un segundo sin que me avergüences.

—Oh, oh no, me atrapó, y yo que estaba a punto de sacar sus fotos de bebé —Lora hizo un gesto gracioso. —Supongo que tendremos que sacarlas más tarde.

—Mamá, esconderé tu rímel, lo juro por Dios.

—Vale, joder, dices unas cosas... —Lora levantó las cajas de pizza y salió corriendo de la sala de estar, sonriendo de oreja a oreja.

—Ella es incorregible —dijo Maddy, cruzando los brazos sobre su pecho.

Me las arreglé para no mirar sus senos apretados, o examinarla mucho a ella en su totalidad. Estaba impecable, como de costumbre, y aparentemente lista para el día, cuando yo todavía estaba bebiendo mi café, sentado sin camisa en su sofá. Había dormido en un par de pantalones de pijama con olor a humo que había rescatado de mi habitación en la mansión. Todo el lugar olía a leña.

—¿Qué tienes planeado para hoy? —Le pregunté. —Oh, sólo una cita de vestidos.

—¿Qué demonios significa eso?

—Voy a ver a Raquel para ir a comprar un vestido y a tomar un café. El café primero. Insistió en que nos reuniéramos.

No mostré mi frustración por tener que oír hablar de mi ex. Ella era parte del pasado, pero todavía me molestaba que me hubiera enamorado de su mierda, y que ahora estuviera hablando en el oído de Maddy. Maddy, que no tenía ni idea de lo que había pasado entre nosotros.

—¿Te vas a disfrazar? —Le pregunté.

—Bueno, el evento de esta noche es un baile. El primer evento del fin de

semana —suspiró Maddy. —No es que esté particularmente emocionada por nada de esto. Voy a tener que saludar a todos los viejos conocidos y mantener la cara seria.

—¿Por qué es un problema? —Pregunté, y me levanté del sofá, caminé hacia la ventana y la abrí, dejando entrar algo de aire fresco del exterior. La brisa me acarició la piel, y me di vuelta hacia ella, la vi estudiando mis tatuajes y músculos. —¿Maddy?

—¿Eh? Lo siento, ¿cuál era la pregunta?

No me reí, aunque quise hacerlo. —¿Por qué es un problema que tengas que ver a gente del instituto?

—Ellos querrán saber cómo estoy, cómo va el trabajo, y voy a tener que decirles que, pues sí, estoy de vuelta en Hope's Hollow porque perdí mi hotel por culpa de mi ex-novio imbécil. O por mi culpa, o lo que sea.

—Eso no es verdad —dije. —Está en la junta, pero no puede haber sido sólo su decisión.

—Lo que sea —Ella agitó una mano y el brazalete de su brazo se deslizó hacia atrás a lo largo del mismo. —Él fue el único que lo sugirió a los demás en la junta, y ellos aceptaron. Porque Edgar tiene esa clase de influencia. Me hace enojar tanto.

—No hemos tenido la oportunidad de hablar de esto —dije y bebí más de mi café. —Sobre cuáles son tus planes.

—Eso es porque no estábamos exactamente hablando de nada hasta hace unos días. —Maddy suspiró y se sentó en el sofá.

Mantuve mi espacio, me quedé en la ventana, escuchando el canto de los pájaros de la reserva que estaba junto a la propiedad, la taza de café calentaba mi mano. —Cierto. Entonces, ¿cuál es el plan?

—Quiero recuperarlo. El hotel. Tengo que encontrar el capital. Me pondré en contacto con esta nueva compañía y se los compraré de vuelta —Revisó el reloj de su pulsera. —Tengo suficiente dinero ahorrado para empezar algo nuevo.

—¿Por qué ese hotel? —Pregunté, por curiosidad, ahora. Estábamos al borde de alcanzar la conversación que había estado planeando. Este era el momento adecuado para ofrecerle el trabajo, mostrarle que tenía otras opciones. Podría trabajar para mí, y luego, una vez que tuviera el capital, podría comprar mi parte. Diablos, si no fuera por la junta de Maddan, le habría dado el maldito hotel.

—¿Qué quieres decir? —Maddy no entendió bien la pregunta. Como si no se le hubiera ocurrido nunca comprar otro lugar. —Puse mi vida en el Royal Rutherford. Hice todo lo que pude para que fuera un éxito. Mi hotel era el mejor de toda la franquicia, y nuestra competencia directa era Dubái. Así de lejos había llegado. No voy a renunciar a todo eso.

—Ya veo —dije. —Bueno, en ese caso, tal vez tú y yo deberíamos hablar sobre el futuro.

—¿Qué quieres decir? —Maddy inclinó su cabeza hacia un lado. —Sé lo que me depara el futuro. Voy a trabajar en esto hasta que lo logre. Eso es todo lo que hay que hacer.

—Admiro eso de ti, pero podría haber una manera más fácil.

—¿Como qué? —preguntó Maddy. —¿Un préstamo? No voy a pedir dinero prestado a un banco —Se detuvo, y sus ojos se abrieron de par en par. —de ti. Deberte a ti sería mi peor pesadilla.

—Jesús —hice un gran esfuerzo para no voltear los ojos al escuchar el final de su discurso.

—No, no estoy tratando de insultarte —dijo Maddy. —Es sólo que, ya lo he hecho antes. He hecho todo el trabajo confiando en alguien más que dice que me apoyará, confiando en alguien más para llevar las cosas a cabo. Quiero hacerlo por mi cuenta de ahora en adelante.

—No puedes ser una isla —respondí con firmeza. —Lo sé por experiencia.

—Bueno, tus experiencias son diferentes a las mías —Ella era igual de firme. —Voy a hacer lo que tengo que hacer.

—Madeline —empecé, pero Lora entró.

—¿Estás lista para irnos? —preguntó ella, vistiendo su uniforme de enfermera. —Tengo que irme, cariño.

—Claro, sí. Estoy lista.

Las dos me miraron.

—Yo también saldré de aquí —dije y puse la taza de café en el alféizar de la ventana.

—No —respondió Lora, —por favor, quédate todo el tiempo que quieras. Mi casa es tu casa y todas esas cosas.

—No hay problema. Tengo un montón de cosas que resolver hoy. La mansión, el inspector, los negocios.

—Por supuesto. Bueno, que tengas un buen día —dijo Lora y salió de la

habitación con un saludo amistoso. Madeline se demoró un momento más en salir, con la mirada fija en mis abdominales y pendiente de no perderse ninguno de mis tatuajes.

Sus mejillas se pusieron rosadas, y luego se aclaró la garganta. —Hasta luego, Lionel.

—Nos vemos —La charla, una vez más, tendría que esperar. Parecía que el mundo estaba conspirando contra mí en este asunto, pero en realidad, aunque Maddy hubiera rechazado la oferta cuando se la hice, eso sólo significaba que tendría que encargarme de que aceptara, por su protección. Para mi tranquilidad. Y por las promesas que había hecho.

Definitivamente no porque esté enamorado de ella.

DIECINUEVE

Madeline

El café con Raquel había sido un infierno. Era obvio que esta “amiga” mía no estaba ni cerca de la persona que yo creía que era, o había cambiado por completo. Tal vez, estar con Lionel la había cambiado. No había hecho más que hablar de ellos dos, juntos o separados, desde el principio.

Incluso había hecho un chiste sobre el medio ambiente, que nunca llegó a ser gracioso, pero estaba desesperada por conseguir que ella prestara atención a algo más que a sí misma. Apenas había respondido ante mi intento.

Ahora, Raquel estaba en el vestuario de la Boutique de Belleza en Main Street, tarareando mientras se cambiaba para meterse en el vestido número veinte. —Ooh, creo que éste es genial —dijo Raquel y volvió a deslizar las cortinas plateadas. Apareció con un minivestido negro apretado y un par de tacones altos de tiras. Se giró en círculo, hizo un gesto señalando su trasero y se movió un poco. —¿Qué te parece? Totalmente un vestido de locura, ¿cierto?

—Te ves increíble —le dije, —aunque no estoy segura de que grite 'twerking', si sabes a lo que me refiero.

—¿Estás bromeando, chica? Con este bebé puedo adaptarme incluso a la música clásica —Ella movió su trasero hacia arriba y hacia abajo para mostrar su destreza meneándolo.

—Muy impresionante —dije y saqué un vestido rojo que se aferraba a mis curvas. No tenía tirantes y se alargaba hasta el suelo. No demasiado brillante o exagerado. Y tenía la sensación de que también le quedaría bien a mi complexión. —Me gusta este. Voy a probarlo.

—Adelante —dijo Raquel y se colocó frente a uno de los espejos. Continuó con sus gestos, mientras el dueño de la boutique la miraba con horror.

Me reí en voz baja y entré en el segundo vestuario, cerrando las cortinas detrás de mí. Me cambié de ropa, me estudié en el espejo y me sorprendí de lo horrible que era la iluminación aquí. ¿Qué pasa con este tipo de lugares

que siempre tienen la peor iluminación de la historia? Era como si estuviera diseñada para hacerte sentir mal contigo misma.

—¿Ya casi terminas ahí dentro? —Raquel gritó. —Quiero ver.

—Espacio, chica —le repliqué. —Ya casi salgo.

—Estoy muy emocionada por lo de esta noche.

—¿Por qué? —Volví a responder mientras me bajaba la cremallera del vestido y me lo ponía. El material del que estaba hecho era hermoso, suave, y se sentía muy bien contra mi piel.

—Porque es la reunión —La emoción de Raquel era destellante. — Quiero decir, no puedo esperar a entrar ahí esta noche y ver cómo se les caen las mandíbulas a los hijos de puta. Y las chicas van a odiarlo. Me encanta eso. Amo, amo, amo, amo eso.

Otra vez, todo sobre ella, pero tal vez este era el método de Raquel para lidiar con la vida. ¿Quién era yo para juzgar? —Eso es genial —me las arreglé, así que tenía una respuesta para ella y no se asustaría por mi silencio. —Sí, y adivina quién más va a estar allí.

—¿El Papa?

—¿Eh? No. Lionel. Lionel va a estar allí, y yo voy a tener otra oportunidad de recuperarlo. Una vez que me vea metida en esto, no podrá rechazarme —dijo Raquel.

Mis entrañas se hicieron nudos, torciéndose en mi interior. —Raquel, quizá no sea una buena idea —Tiré de mi vestido y lo puse en su lugar, pasé una mano sobre la espalda y me subí la cremallera, contorsionándome, así la llevé hasta alcanzar la parte superior. Un truco que mi madre me había enseñado porque una mujer debe hacer las cosas por sí misma.

—¿Por qué no? —preguntó afuera, y golpeó el suelo del parquet con el talón. —Quiero decir, ¿por qué demonios él no? Probablemente todavía esté enamorado de mí. Estuvimos comprometidos.

—Es la reunión —dije. —no sé, Lionel tiene muchas cosas que procesar ahora.

—¿Qué cosas? ¿Y cómo lo sabes?

Dios, esto era como caminar por una cuerda floja. Si le dijera algo que no estuviera de acuerdo con su retorcida visión del mundo, se volvería loca. — Lo sé porque hablamos. Somos amigos, recuerda.

—Amigos.

—Sí, amigos. Tú y yo tuvimos esta conversación, Raquel. Lionel y yo

éramos amigos antes de que hablaras con él por primera vez —Y aquí estábamos otra vez, hablando de él, cuando hablar de él era lo último que quería hacer. —¿Cuál es el problema?

—Te dije cuál es el gran problema —dijo Raquel. —Te dije cómo me siento al respecto y por qué. Yo sólo... ¿tienes que estar cerca de él de esa manera? ¿Es absolutamente necesario? Quiero decir, ¿nuestra amistad no cuenta para nada?

Era una lucha pensar en otra cosa que no fuera la palabra —no —en el hombre, lo que me hacía sentir como una completa canalla. Pero, para ser justos, había sido una mierda desde que nos volvimos a ver. —Raquel —dije y corrí la cortina. —¿Podemos dejar de hablar de Lionel? ¿Qué te parece este vestido? —Fue un intento desesperado de pasar a otra cosa que no fuera hablar más de él.

Y pensando un poco más en él. Hasta ahora, no habíamos incumplido nuestro acuerdo de una sola noche, pero cuanto más tiempo pasaba con él, más difícil se hacía.

Me miró fijamente, y su mandíbula se apretó. —Oh. El vestido rojo. ¿Crees que se ajusta a tu, eh, complexión?

Ignoré su titubeo y salí a la tienda, me di vuelta hacia el espejo de la pared de enfrente. Mi corazón se atravesó en la garganta, y mis pensamientos estaban fijos en Lionel y en lo que él podría pensar de mí. Cómo podría ponerse al verme así en la reunión.

Basta de esa mierda. Eso no tiene que suceder. No quieres que suceda.

—Bueno, lo que sea, si quieres parecer un poco floja, ¿qué hay de malo en eso, verdad? —¿Disculpa? —Aceptaría sus comentarios desagradables, pero sólo hasta cierto punto.

—Oh, vamos —dijo Raquel y acarició el aire como si eso fuera a calmarme. —Sabes que estoy bromeando —Pero apretó los dientes al terminar la frase y volvió a escudriñarme. Estaba enojada, pero yo no iba a bajar mi brillo para que se sintiera mejor con su propia pequeña llama.

—Correcto —Me quité del espejo y me di media vuelta. —Me gusta este. Creo que lo encontré.

—¿Así de fácil? —preguntó Raquel. —Claramente, no tienes a nadie a quien impresionar.

—¿Qué se supone que significa eso?

Raquel dio una risa que podría calificarse como auto-despreciativa. En

este punto, no podía decirlo con certeza, ni me importaba identificar si lo era o no. —Quiero decir, es bonito. ¿Sabes? No tienes que preocuparte por recuperar a tu ex-novio.

—Eso es porque mi ex-novio es un imbécil.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y no planeo ganar el corazón de ningún hombre en un futuro cercano —Volví a entrar en el vestuario, cerré la cortina y me cambié apresuradamente el vestido, colocándolo cuidadosamente en su percha una vez más. Me vestí con mis jeans y blusa y luego volví a salir a la tienda, el vestido iba colgando de mi brazo.

—Bien por ti. Puedes darte el lujo de no preocuparte por recuperar a un hombre —dijo Raquel y se colocó de nuevo frente al espejo. Aún no se había cambiado el vestido que le pellizcaba el borde de las nalgas. Sus labios se volvieron hacia abajo en las esquinas. —Tal vez si tuviera un trabajo como el tuyo..

—¿Un trabajo como el mío? —No se había molestado en preguntarme sobre mí desde que empezamos a hablar de nuevo. Ella no tenía idea de que yo estaba actualmente desempleada gracias a mi ex.

—Sí, ya sabes, algo estable y a tiempo completo. Yo sólo... el modelaje fue genial al principio, pero no funcionó, y ahora soy demasiado vieja —Ella suspiró y se cepilló el cabello hacia atrás desde la frente. —Así que, supongo que eso no me deja con muchas opciones.

—Estoy segura de que te estás subestimando —Me senté en una de las sillas fuera de los vestuarios. —Eres una persona sociable, apuesto a que serías genial en el negocio de la hospitalidad —Había entrevistado a personas que solicitaban empleo en el Royal Rutherford y no todos habían tenido lo que se necesitaba, que se resumía básicamente en: tener la capacidad de sonreír para salir de una situación de mierda y mantener la calma.

—Sí, tal vez. No lo sé —Se encogió de hombros. —Supongo que está el trabajo duro y luego están... otras formas de hacer las cosas.

—¿Qué quieres decir? —Levanté mi bolso del suelo y lo puse en mi regazo, rebusqué por dentro y revisé mi teléfono para ver si tenía llamadas perdidas. Con el incendio provocado y el ladrillo extraño a través de la ventana, necesitaba estar pendiente de mi mamá. ¿Y si me necesitaba? ¿Y si Lionel trataba de comunicarse conmigo?

No estaba sucediendo.

—Quiero decir que... bueno, no sé si quiero decírtelo —contestó Raquel.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Estoy segura de que me juzgarás por ello. Eres del tipo que toma el terreno moral más alto.

—¿Es algo de lo que avergonzarse? —Le pregunté y volví a meter el teléfono en el bolso.

—No es eso lo que estoy diciendo. Sólo que a algunas de nosotras nos gusta que nos traten como princesas. Nos gusta que nos malcríen. Quiero decir, ¿acaso es eso tan malo? Tal vez no quiero tener que molerme el trasero veinticuatro horas trabajando y luego tener que hacer todo eso del matrimonio y los hijos. ¿Y si simplemente quiero la seguridad de tener un marido rico?

La miré fijamente.

No era un concepto terrible. Era... extraño para mí. Y de ella, resultaba sonar un poco egoísta. ¿Era eso lo único que le gustaba de Lionel? ¿Que era rico? Porque no podía soportarlo. Eso sólo lo lastimaría. Probablemente a ella también, porque Lionel tenía un radar de mierda que siempre funcionaba, y se dispararía en el instante en el que detectara cualquier cosa sospechosa de ella.

Tal vez por eso rompieron en primer lugar.

No necesitaba saberlo. Nada de esto era asunto mío, pero aquí estaba yo, escuchándola hablar de ello de nuevo. —Así que, sí, eso es lo que quiero. Quiero a mi hombre de vuelta.

¿No te refieres a tu cheque de pago?

—No lo sé, Raquel. Esto depende de ti, pero yo... como amiga, te aconsejo que no lo hagas. Un ex es un ex por una razón, como dice el refrán.

—Al carajo con el dicho. Voy por él —Raquel hizo una seña con la cabeza. —Sólo espera. Lionel será mío antes de que acabe la noche, te lo garantizo.

No si yo tengo algo que ver con esto.

VEINTE

Lionel

Escuela secundaria, último año...

Deslicé el trapo sobre el manillar de mi motocicleta, puliendo incluso donde no necesitaba ser pulido. Era lo que hacía por las tardes, me quitaba de la cabeza la mierda que había estado pasando en la escuela y en casa. No es que fuera una perra quejona por nada de eso. Yo estaba bien. Tenía mis planes de dejar Hope's Hollow detrás de mí. Un movimiento me llamó la atención y levanté la cabeza, la vi caminando por el jardín hacia su laberinto.

Comencé a pensar en ese término desde que mi abuela había erigido la red de setos que conducía a un banco en su centro. A Maddy le encantaba estar ahí.

Y yo la amo.

No, carajo, eso tenía que parar.

Las cosas eran mucho más sencillas cuando éramos niños. Nunca había pensado en ella como otra cosa que no fuera la chica de al lado a la que le encantaba fingir ser un Power Ranger tanto como a mí. Discutíamos por quién iba a ser el rojo cada vez que jugábamos.

Caminó por la entrada del laberinto y desapareció de la vista, pero su imagen se quemó en mis retinas como si fuera un polaroid.

Dios, era preciosa. La forma debajo de su blusa y su falda, su cabello rubio destellando como hilos dorados bajo el sol, su piel pálida y sus pechos llenos. Se había convertido en todo lo que yo quería, y eso no estaba pasando.

Éramos amigos. Los amigos no se juntaban entre ellos. Si lo hacían, terminaba mal, y no estaba listo para perder a una de las pocas personas que estaban siempre para apoyarme.

Mierda, ¿qué eres, un azotado?

Me froté las manos con el trapo, limpiando lo que quedaba del producto, luego le di la espalda al laberinto de setos y subí los escalones hacia las puertas principales de la mansión.

Estaban abiertas, y mi abuela estaba de pie en el umbral, con sus delgados

brazos en las caderas. Estaba más pálida de lo normal, aunque tenía la piel de olivo de forma natural, y sus mejillas se inclinaban hacia dentro. —Ahí estás —dijo ella. —¿Y dónde está Madeline?

—Hola Nans —Le di un abrazo. —Sólo estaba puliendo mi motocicleta.

—Oh, sé lo que estabas haciendo —El olor de las galletas horneadas flotaba en el aire detrás de ella. —Pero no me preocupa mucho tu moto, querido.

—Bueno, debería. Es una increíble pieza de maquinaria.

—He hecho galletas y me encantaría que tú y Madeline se sentaran a comerlas —dijo. —Como en los viejos tiempos.

—Comimos galletas la semana pasada.

—Viejo es un término relativo, querido —La abuela Hamilton me dio una palmadita en la mejilla. Sus manos eran suaves como el cuero desgastado. —Ahora, ¿por qué no la buscas y la invitas a entrar?

La salud de mi abuela había estado fallando rápidamente últimamente, y a menudo nos quería en la casa con ella. Le encantaba la calidez de la gente que hablaba y reía, y siempre lo había hecho. Era parte de la razón por la que muchos de los habitantes de la ciudad venían a las reuniones del club de lectura y a otros eventos. Si ocurría en Hope's Hollow, lo más probable es que mi abuela estuviera a cargo.

—No sé dónde está —dije, porque no quería salir y sentarme con Madeline. Ella era mi mejor amiga, pero cuanto más nos acercábamos, más difícil se ponía para mí, y yo odiaba eso. Mejor era alejarme, darme un respiro para que fuera más fácil salir corriendo cuando llegara el momento.

—Entonces encuéntrala, cariño. Estas galletas de chocolate no se van a comer solas —Me guiñó un ojo y se fue por el pasillo hacia la cocina.

Apreté los dientes, pero no podía negarle a mi abuela algo que realmente la hiciera feliz. Ella amaba a Maddy y también a su madre, ¿y qué demonios se supone que tenía que hacer? ¿Decir que no? ¿Fingir que no podía encontrar a Madeline? Ese no era yo.

Salí de la casa y volví a bajar los escalones, dejando atrás la frustración. Caminé por el jardín y luego entré en el laberinto, tomando las vueltas que había hecho docenas de veces antes, hasta que encontré el centro y a Maddy, sentada en el banco.

Me acerqué en silencio.

Sus ojos estaban cerrados, su cara inclinada hacia atrás para que la luz del

sol bailara sobre su piel. Una sonrisa calentó sus labios.

Tan hermosa.

Mierda. ¿Qué era lo que me pasaba?

—La abuela quiere que entres y comas unas galletas —le dije.

Soltó un chillido de sorpresa y saltó en el acto, su espalda se estrelló contra las tablillas del banco. Sus ojos azules y afilados me atravesaron. — ¿Qué demonios, Lionel? ¿Intentas asustarme?

—Tal vez —dije, antes de poder detenerme. Parpadeó. —¿Eh?

—Nada. ¿Vienes o qué?

—¿Qué pasa? —preguntó Maddy, inclinándose hacia adelante, intercalando sus manos entre la parte posterior de sus muslos y el banco. — Pareces tenso.

—No lo estoy. Ahora, vamos —Le di la espalda. —Espera un minuto — dijo ella, en voz baja.

Era una obvia señal de lo mucho que me preocupaba por ella que me detuve en el acto. Cualquiera se habría quedado atrás, pero ella.... Relájate, amigo, no es como si la dejaras sola en una isla. —¿Qué? —Le pregunté.

—Vaya, cielos. ¿Qué se te metió por el culo? —Esnifé. —Nada, espero.

—Bien, porque tienes que tener cuidado con eso —contestó Maddy, moviendo su dedo en el aire hacia la mansión. —Casas viejas como la tuya están llenas de escarabajos.

—¿Escarabajos que excavan traseros?

—Oye, hombre, nunca se sabe. Hay virus carnívoros en el Amazonas. Y pirañas también —Su sonrisa era tan pura y enigmática que se la devolví.

A pesar de mis reservas, me acerqué al banco y me senté a su lado. — Gracias —dije, lentamente, —Me aseguraré de cancelar mi viaje exploratorio al Amazonas.

—Bromeas, pero ese lugar está prácticamente intacto. Apuesto a que si fueras lo suficientemente lejos, encontrarías un santuario o algún tipo de zombi o... lo que sea —Maddy se rió de la idea. —No hemos hablado hoy. En realidad, no. Ni siquiera hemos hablado por una semana, creo.

—¿Eso te molesta? —Le guiñé el ojo, tratando de no resultar afectado por el olor floral, pero con un trasfondo de coco. Dulce, pero no demasiado.

—Por supuesto que me molesta, amigo. Hemos sido los mejores amigos desde que desarrollamos suficiente materia gris para discutir sobre quién era el Power Ranger rojo.

—Sigo pensando que debí haber sido yo. Quiero decir, eras una chica. Sólo tenías dos opciones, la rosa o la amarilla.

—¿Era una chica? —Maddy se inclinó hacia mí. —¿Qué demonios significa eso? La última vez que lo comprobé, todavía era mujer.

—No es lo que quise decir.

—¿Entonces a qué te referías? —Su frente se arrugó, y apareció la imagen de mis dedos alisando su cabello y trabajando en un recorrido por sus mejillas.

—Nada.

Me dio un puñetazo en la parte superior del brazo. —Lo que sea, sólo dímelo. ¿Qué, tienes miedo? —La burla estaba tan desgastada que apenas salió bien. De ninguna manera ella no había sentido la tensión entre nosotros. Jodidamente imposible.

—No tengo miedo —dije. —¿Entonces qué?

—Mierda, no sé, Maddy. He perdido la pista de lo que estábamos hablando —Me enfrenté a ella y su expresión se alteró, un destello en sus ojos, una profundidad que me mostró lo que esperaba ver, lo que estaba seguro de que vería. Deseo. Necesidad.

Quería llevar las cosas un paso más allá. No podía dejar que eso pasara. —Me decías que no soy una chica.

—Ya no lo eres —le contesté. —Ahora eres una mujer. Una mujer hermosa e inteligente. Dieciocho años, lista para enfrentarse al mundo.

Madeline no se movió ni un centímetro. —¿Qué esperabas que dijera?—

—No lo sé.

—¿Qué esperas que haga? ¿Sabes cómo me he sentido? —Me levanté abruptamente. —Esto es una estupidez. Vamos a comer unas galletas.

Me cogió de la mano y me pasó las yemas de los dedos por la palma de la mano. —Espera, Lionel. Las cosas han sido diferentes entre nosotros últimamente, y no me gusta.

—No lo sabes, ¿eh? —Cerré mi mano alrededor de la suya y la levanté del banco.

Ella dio otro de esos chillidos cuando nos enfrentamos cara a cara. Sus pechos estaban presionados contra mi torso, tan flexibles y llenos. Nunca antes había tenido una mujer, nunca pensé que fuera un gran problema, pero maldita sea, la quería ahora mismo.

—Lionel —dijo ella.

No le había soltado la mano. La saqué y la puse sobre mi pecho, la sostuve allí con la mía. —¿Quieres saber qué es diferente entre nosotros? Podría mostrártelo, pero dudo que termine bien para nosotros. ¿Es eso lo que quieres? ¿La verdad?

—Siempre quiero la verdad —Sus labios temblaban, y la punta de su lengua se asomaba y los mojaba. —La verdad es que hemos sido amigos durante demasiado tiempo.

—¿Qué?

—No puedo dejar de pensar en ti.

—¿Qué?

—Ya me has oído. No puedo dejar de pensar en ti, de una manera que no debería estar pensando sobre mi mejor amiga. ¿Me oyes ahora? ¿Entiendes lo que digo?

Se puso rígida ante el leve golpe. —Por supuesto que entiendo lo que dices. No soy estúpida, Lionel.

—En absoluto. Ni siquiera un poquito —Le acaricié la mejilla con una mano. Era casi evidente la necesidad que me hacía sentir con sólo rozar su piel. Mi pene estaba rígido, presionando urgentemente contra mis jeans y contra ella. —Lo eres todo, Maddy, y ese es el problema. Te quiero a ti.

Ella emitió un pequeño ruido, no un chillido esta vez, sino un medio gemido. —¿Qué estás diciendo?

—Mierda, no sé qué estamos diciendo en este momento. Maldita sea, no es como si hubiéramos hecho esto antes.

—Bésame —susurró ella.

Parpadeé. Fue repentino. —Si hacemos eso, terminaremos haciendo otras cosas también. Nuestra amistad...

—No tiene por qué ser un gran problema —dijo, con los ojos fijos. — Puede ser sencillo. Una cosa de una vez. Ambos vamos a dejar Hope's Hollow, ¿verdad? Hay que pensar en la universidad, no queremos irnos sin haber... experimentado algunas cosas primero. Podríamos ser los primeros del otro, y después de eso, continuaremos siendo amigos. Eso es todo.

—Amigos —dije.

Pero esa mierda me hizo nudos. No tenía ni idea de lo profundo que había llegado esto. Para ella, sería físico, para mí, sería una destrucción emocional.

—Quiero decir, si quieres —continuó. —No tenemos que hacer nada de eso, pero pensé que si me acostaría con alguien serías tú. Confío en ti.

La idea de que se acostara con otra persona era detestable. Una furia celosa amenazó con estallar, y yo la aplasté, impaciente. —¿Estás segura de eso, Madeline? ¿Estás segura de que quieres que hagamos esto? Nuestra mierda podría cambiar. Podría ponerse raro.

—Por favor, nuestra amistad ha sobrevivido a cosas peores.

—¿Como qué? —Le pregunté.

—Me cagué en tu piscina accidentalmente.

—Tenías siete años.

—Aún así.

Le acaricié la mejilla nuevamente. —¿Quieres hacer esto, Madeline, estás segura?

—Bésame —repitió.

Nuestros labios se encontraron, y el último vestigio de mi determinación se rompió. Estábamos en un lío ahora, y no había vuelta atrás. Ella era la indicada para mí. Y la que nunca podría tener. La había perdido para cuando terminó el beso.

VEINTIUNO

Madeline

El salón de la escuela había sido transformado por el comité organizador: luces centelleantes colgaban del techo en medio de una telaraña de algodón, como si fuera algo de un video de Ariana Grande, y habían mesas colocadas debajo de él, decoradas con centros de lirio arum y manteles blancos.

La pista de baile central estaba repleta, había una cabina de DJ en el extremo opuesto y las parejas se esparcían, hasta llegar a los últimos éxitos del pop. De vez en cuando, el DJ, que era demasiado entusiasta y llevaba un par de gafas de sol de neón, movía su puño en el aire y gritaba algo ininteligible pero que parecía muy amistoso.

Me senté en la mesa más cercana a las puertas que daban al pasillo, por si acaso necesitaba escapar rápidamente. Hasta ahora, no hay señales de Lionel, gracias a Dios, y Raquel estaba en la pista con Carl Rode, el capitán del equipo de fútbol de nuestro último año.

Se acercaron el uno al otro, Raquel susurrándole al oído, y luego retrocediendo para sacudir su trasero y reírse. Tenía una puta cara de Imma. Me hizo enfermar un poco.

No recordaba mucho de Carl Rode, pero lo que sí recordaba era que había sido un imbécil, y que había engañado a su novia con casi todo el equipo de animadoras. Pero qué demonios importaba, por lo que yo sabía, eso había sido un rumor.

Nunca había sido parte de la multitud.

Raquel salió de la pista de baile, sacudiendo el culo y muy consciente de que Carl estaba obsesionado con ella. Se metió en el asiento vacío al lado mío, levantó su copa de champán de la mesa y sorbió un poco de líquido espumoso.—Oh, Dios mío —dijo ella. —Eso fue pan comido.

—¿Quién, Carl? —No podía ocultar mi incredulidad. Carl era guapo, seguro, pero seguía siendo... Carl. —Claro que sí —contestó Raquel. — ¿Tienes idea de cuánto tiempo hace que no me siento deseada? Hace como, ¡malditos años!.

—Rompiste con Lionel..

—Sí, lo sé. Dije lo que dije. Lionel era genial y todo eso, pero no era sexy conmigo. No hacía hervir mi sangre ni me hacía sentir que en verdad quería mi coño —La música se detuvo y la palabra coño retumbó en la sala.

Carl Rogers se reajustó los pantalones y miró a Raquel con impaciencia.

—De acuerdo —Le hice un gesto señalando su copa de champán vacía.
—Quizá sea hora de frenar un poco el champán.

—Lo que sea. Por fin me estoy divirtiendo. Como decía, Lionel era como... era el indicado para mí, pero no me hacía sentir cosquillas en los lugares correctos —Giró los ojos, balanceándose en su silla. —Siempre pensé que era porque él te quería. Como si te quisiera a ti en vez de a mí.

—Raquel.

Me hizo un gesto con las manos. —No, no, no es tu culpa. Es por cómo era todo antes.

—Entonces, ¿tu plan para recuperarlo está olvidado? —Pregunté, y no pude evitar que los lazos de la tranquilidad envolvieran mi corazón.

—¿Qué? No, por supuesto que no —dijo, agitando las pestañas postizas hacia mí. —¿Pero lo ves aquí? Como no está aquí, ¿por qué no puedo divertirme un poco y bailar con Carl mientras espero?

—Creo que a Carl le interesa algo más que bailar, Raquel —le dije, asintiendo con la cabeza. —menos que haya empezado un negocio de contrabando de plátanos, si sabes a lo que me refiero.

Raquel resopló. —Oh, Dios mío —dijo y me tocó el brazo. —Olvidé lo graciosa que eras.

—Gracias —dije.

—No, en serio —Agarró la botella de champán de la hielera en el centro de la mesa y recargó su copa, llenándola hasta el borde. —Al principio, cuando nos hicimos amigas, yo estaba como... eh, tal vez no, pero luego fuiste tan graciosa, y eso me hizo cambiar de opinión.

—Me alegra saber que te ayudé a tomar esa decisión —¿Qué carajo...? Fue una completa mierda que dijera eso.

—Lo sé, ¿verdad? Si no lo hubieras hecho, no nos estaríamos divirtiendo tanto ahora —Raquel dejó la botella en la mesa, tragó todo el champán en su copa, y luego se levantó de su asiento, el dobladillo de su vestido se había subido hasta la comisura de su trasero.

—¿Divertirnos juntas? —Dije, pero ella ya se había ido, tambaleándose

por la pista de baile hacia Carl, que estaba al borde de masturbarse públicamente. El hombre estaba bizco en ese momento.

Me senté de espaldas, moviendo la cabeza. No me interesaba el show que estaba haciendo. La única razón por la que realmente había disfrutado de cualquiera de las actividades de la secundaria había sido por Lionel. La gente nos miraba y bromeaba. Bailábamos de vez en cuando.

Y entonces, arruinamos nuestra amistad.

Excepto que ahora la teníamos de vuelta. Estábamos intentando de nuevo lo que habíamos fallado antes. Logramos ser amigos después de haber tenido sexo. ¿Verdad? ¿Eso era todo?

No era como si lo hubiera extrañado, en este mismo instante. O como si hubiera estado pensando en ir a casa y lanzarme en el sofá sobre él, a horcajadas, y...

Una mano agarró mi hombro. Los nudillos eran varoniles. Fui siguiendo el rastro por el brazo hasta su cara.

Lionel me mostró su sonrisa comemierda. —¿Te importa si me uno a ti?

—Claro —dije. —Tendrás una vista privilegiada de... —Hice un gesto señalando a Raquel y a Carl, que ahora estaban casi inconscientes, moliéndose el uno al otro como dos animales en celo.

—Santo Dios —Lionel permaneció de pie, con su mano sobre mi hombro, cálida y pesada. —Sí, salgamos juntos al pasillo y hablemos de esto. Tal vez podemos dar un paseo por el viejo patio. ¿Qué dices?

—¿Hablar de qué? —Le pregunté.

—Mierda, de lo que he estado tratando de hablarte desde que volví a la ciudad. Parece que cada vez que me propongo hacerlo, algo se interpone en el camino. Me imagino que Raquel probablemente intentará hacer lo mismo si me ve aquí.

—No me digas —respondí, sarcásticamente. —Últimamente ha estado muy cuerda. Para nada obsesionada con volver a estar contigo.

Puso una mueca de dolor. —¿De verdad?

—Sí, está obsesionada, amigo. Te lo digo por tu propio bien.

—Siento que tuvieras que oírlo todo de ella. Eso debe haber sido muy incómodo.

—No, ha sido muy divertido. Entretenimiento de primera clase. Me gustó especialmente que me dijera que me visto como una zorra floja mientras ella se perdía en el espejo de un vestidor.

—Jesús.

—Te preguntaría por qué te gustaba, pero oye, ella también era mi amiga —Suspiré. —Ella es... diferente. Por decirlo suavemente.

—Basta de hablar de ella —Lionel me quitó la mano del hombro y la mantuvo baja para que yo la tomara. —Vamos a hablar.

Dudé, mi pulso se aceleró una vez más. Era el efecto Lionel. Muchas mujeres lo habrán experimentado pero yo siempre sería la primera.

—Vamos —dijo y me guiñó un ojo. —Prometo no morder esta vez.

—¿Estás seguro de que estás haciendo una promesa que puedes cumplir? —Acepté su mano y me ayudó a levantarme de la silla. Recogí mi bolso, salí del salón con él y avanzamos por el pasillo junto a los casilleros y carteles.

—Esto es una locura —dije. —Explosión total de vuelta al pasado.

—Sí —contestó, dejó caer una mano y la colocó en la parte baja de mi espalda, guiándome con facilidad.

Siempre detesté que Edgar hiciera eso, pero con Lionel era diferente. No me sentía forzada a ir en cierta dirección, fuera más como una guía, y me hacía sentir... amada.

Oh Dios, estaba tan, pero tan jodida si esa era la emoción que me venía de primero a la mente. ¿Amor? Eso nunca me pasaría a mí. Lo acepté después de lo de Edgar. Demonios, incluso mientras estaba con Edgar, sabía que algo no estaba bien. Algo faltaba. La parte que debía hacerme sentir mariposas en el estómago y hacer girar mi cabeza. Nunca estuvo allí.

—Aquí —dijo Lionel y abrió una de las puertas laterales. Llevaba al viejo patio donde muchos de los antiguos estudiantes solían reunirse para pasar el rato.

Extrañamente, el lugar olía exactamente igual. El viejo árbol que recordaba seguía allí, con raíces que rompían los adoquines que habían colocado a su alrededor para contener el lecho. Había mesas y bancos enfrente, y nos sentamos en uno de ellos, juntos.

Nuestros muslos se tocaban. La luz de las estrellas y la luz de la luna se esparcían sobre nuestras cabezas. —Así que —dije.

—Así que —Los labios de Lionel se separaron formando una sonrisa, esta vez mucho menos comemierda, era genuina. Como si estuviera feliz de estar aquí conmigo. —Joder, este sitio es una locura.

—¿Cómo?

—Supongo que no es el lugar, sólo la mierda que pasó aquí.

—¿Locura de mierda, aquí?

Lionel se rió. —No me estoy expresando correctamente. El instituto fue un momento raro y de mierda en general. Te deseaba tanto que apenas podía pensar con claridad, Maddy. A pesar de que estaba aterrorizado y no sabía cómo manejarlo.

—Sí, no estoy segura de que lo de quiero quedarme con mis amigos para romper nuestra amistad tenga mucho sentido realmente —le contesté. —Me lo he estado preguntando.

—Te lo dije, preciosa. Fui un idiota. Estaba muerto de miedo. Porque sabía que eras la única que podías importarme aún más de lo que hubiese querido. Y sabía que no seguiría siendo tu amigo después de esa noche.

—No estuvo bien.

—No estaba listo para lidiar con el hecho amarte.

Mi corazón saltó hasta mi garganta y se quedó allí. —Jesús, Lionel, ¿qué demonios significa eso? ¿Cómo se supone que debo tomar eso?

—Tómalo como quieras —contestó, encogiéndose de hombros, pero deslizándolo un brazo alrededor de mi cintura, me acercó. —¿Has estado pensando en la otra noche?

—Uh... no. Eso fue... lo que sea. Totalmente normal. Estoy acostumbrada a venirme como cinco veces en una noche.

—¿Cinco veces? —Lionel levantó su mano y sus dedos recorrieron desde mi clavícula hasta la garganta. —Esos son números de novatos. Si tan sólo pudiéramos tener una noche más.

Había algo de lo que quería hablar conmigo, pero ahora que estábamos aquí, bajo las estrellas, en nuestro antiguo instituto, el riesgo de que nos descubrieran a la vuelta de la esquina era demasiado alto.

—Pero no podemos —le dije. —Aunque quisiéramos. ¿Te acuerdas? Tenemos un pacto.

—Correcto. Claro. Tienes toda la razón —Aún así, no se alejó de mí. —No sé en qué estaba pensando.

—¿Que tal vez querías que algunas de esas fantasías adolescentes se hicieran realidad? —Fue una locura para mí saber que me había deseado todo este tiempo. Estaba tan segura de que no estaba interesado en mí en ese entonces. Todo el tiempo que fantaseé estar con él.

—Oh, sin duda. Hiciste que mis fantasías se hicieran realidad la otra noche.

—¿Sí? —Me moví, rozando mis muslos contra los suyos. Se veía tan guapo vistiendo de traje, bien afeitado, con esos ojos oscuros que me devoraban con sólo posarse sobre mí. Una suave brisa me sacudía el cabello y me ponía la piel de gallina.

—Bueno, podría pensar en unas cuantas más. Pero también te involucrarán a ti. ¿Qué puedo decir? Eso es lo que me haces, Maddy. Ha sido así desde mi primer sueño húmedo.

—Yo diría que es demasiada información, pero somos nosotros.

—Correcto.

Arrastré mis dientes sobre mi labio inferior, mirando su boca, obsesionada por completo con ella. —No creo que podamos hacerlo de nuevo —dije.

—Definitivamente no —Pero él me acercó, mirándome fijamente sin siquiera pestañear y yo moví mi cuerpo girándolo hacia el suyo.

Cualquier culpa o temor que pudiera haber sentido, cualquier duda, había quedado desestimada aquella noche con él. Había valido la pena. Pero aún así, tienes que proteger tu corazón. No puedes dejarlo entrar. No puedes.

—Definitivamente no podemos —repitió, llevando mi cabello detrás de mi oreja. —¿Mencioné lo hermosa que estás esta noche?

—No, no lo has mencionado —dije, y me quedé sin aliento. Dios, ¿por qué me quedé sin aliento? Ese era el asunto acá. Si tan sólo pudiera mantener un poco de cordura a su alrededor...

—Ahora sí —contestó Lionel, y sus labios se acercaban, se acercaban, se acercaban, se acercaban.

Inhalé su olor, como si pudiera vivir tan sólo de su colonia. Como si ese fuera el único sustento que necesitaba. —Bésame —susurré.

—Me encanta cuando dices eso —Y luego sus labios rozaron los míos, estaba completamente perdida en el momento, disfrutando de aquello que tanto quería. Cuando de pronto se escuchó la explosión del cerrar de una puerta muy cerca de donde estábamos. Acto reflejo, nos separamos.

—¿Qué carajo? —Apareció una Raquel muy achispada que intentaba recostarse en la puerta que daba al patio, agarrándose del filo de la puerta, tambaleándose en los tacones altos que llevaba. —¿Estás bromeando?

VEINTIDÓS

Lionel

—Oh, mierda —susurró Maddy.

Mi ex-novia levantó los puños, los posó a sus costados y nos miró fijamente. Se tambaleó un par de veces a la izquierda y luego a la derecha. —Lo sabía —siseó ella. —Lo sabía, carajo. Sabía que había algo entre ustedes dos, desde el principio.

Mi irritación iba aumentando con los segundos que pasaban. Esto le importaría a Maddy. A mí no me importaba. Después de lo que Raquel había hecho, nada de lo que dijera importaría en ese momento.

—Raquel, relájate —Madeline se puso de pie y se llevó la calidez que transmitía con ella. Su olor. Mierda, probablemente esto no fuera algo bueno. Cuánto quisiera que ella estuviera a salvo de todo esto. Pero no llegaría a ninguna parte pronto y, una vez más, había desperdiciado la oportunidad de hablar con ella sobre la oferta de trabajo.

O es que no quieres hacerlo. Ya sabes cómo va a reaccionar.

Descarté ese pensamiento. Ella estaría feliz. Yo estaría ayudando.

Raquel se precipitó por los dos escalones hacia el patio pavimentado y corrió hacia nosotros. —Perra —gritó, señalando con el dedo hacia Maddy. —¿Realmente pensaste que podrías robármelo?

—Para —gruñí. Yo no estaba en esto. ¿Mujeres peleando por mí? —Raquel.

Mi ex movió la cabeza en mi dirección, las lágrimas corrían de sus ojos. —¿Por qué, Lionel? ¿Por qué harías esto? Es como... es ella. Es Madeline. Como, nunca entendí lo que tú...

—Déjenme dejarles algo muy claro —les dije, uniformemente, parándome frente a Maddy para protegerla de la fealdad de esto. —Lo que teníamos ya se acabó. No tengo ningún interés en estar contigo. Dejarás a Madeline en paz.

—Lionel, no necesitas hablar por mí —dijo Maddy, parada justo detrás de mí. —Puedo manejar esto por mi cuenta.

—No debería haber nada que manejar —Raquel se veía descuidada ahora, su maquillaje estaba arruinado, su vestido había subido hasta donde el otro tipo la había acariciado. Me recordaba a las noches en que volvía a casa después de un día de trabajo. La encontraba desmayada o borracha y nunca pude obtener una respuesta de ella. Una respuesta directa, a dónde había estado y con quién.

—Deja a Madeline en paz —le dije.

—No estoy aquí por Madeline —respondió Raquel. —Estoy aquí por ti. Porque quiero que seas feliz, Danny, y sé que sólo serás feliz conmigo —Rozó sus dedos recorriendo el vestido. —Quiero decir, mírame. Mírame a mí en comparación con ella. Mira en..

—Al carajo con esto. He terminado —Madeline caminó a mi alrededor y hacia la salida. —Maddy —dije.

—No, en serio. Esto es una idiotez. Todos tenemos nuestros problemas aquí —dijo Maddy, haciendo una pausa en la puerta, señalando a Raquel. —Pero no voy a ser parte de esto. Tengo suficiente para digerir en mi plato.

—Madeline —solté.

Pero ya ella estaba al final del pasillo y fuera de mi vista.

—¿Ves? No puede manejar al hombre que eres. Ella no te merece, cariño. Siempre estuve ahí para ti —dijo Raquel y se hizo camino hacia mí, con su mirada codiciosa. —Ella no es...

—Aléjate de Madeline —dije con firmeza, luego pasé junto a Raquel y me dirigí hacia la salida.

Si me apresuraba, aún podría atrapar a Maddy. Tengo que detenerla antes de que se vaya sin mí. No era seguro para ella andar a la deriva por Hope's Hollow, mucho menos de noche, en un auto sola. Sin mí. Tenía que detenerla.

Corrí por el pasillo y salí por el frente del edificio, hacia el estacionamiento. Maddy ya estaba junto al Volvo de su madre, abriéndolo. Ella me miró y su expresión era seca. —No lo hagas —dijo ella. —Lionel. Retrocede y déjame ir.

—No voy a dejar que te vayas sola —le dije. —No después del incendio y el robo, Maddy.

—Lo que sea. Entonces sígueme. No me importa, sólo dame un poco de espacio, ¿de acuerdo? No quiero pensar en lo que pasó, y tampoco quiero pensar en ti —Se metió en el coche y lo puso en marcha.

Yo estaba al otro lado del estacionamiento en mi BMW, antes de que ella saliera de su espacio. Me abroché el cinturón de seguridad, encendí el motor y la seguí hasta su casa, su silueta dentro del coche era mi enfoque. Sacudía la cabeza cada pocos minutos, sus hombros se inclinaban y luego se enderezaban.

Llegamos a las puertas de la mansión. Se abrieron y entramos.

Aplacé la reserva de la habitación de hotel por esta noche. El investigador había venido hoy y dictaminó que se trataba de un incendio provocado, pero el hecho es que no había mucho que pudieran hacer. Habían recogido pruebas, y yo tenía luz verde para renovar la mansión. Las mujeres podían regresar a la propiedad, y la policía no podía hacer nada más que responder al llamado en caso de que hubiera otro problema.

Nada de eso me ayudaba. O a Madeline.

Tienes que hacerla entender que Raquel es el pasado. Que fue un error.

Maddy se detuvo frente a la cerca, apagó el Volvo y se bajó. Tenía que hacerle ver que lo que había pasado no era su culpa.

Salí del BMW, lo cerré y la seguí hasta la casa. Madeline tenía las llaves en la mano, a tientas hacia la cerradura.

Extendí mi mano la cerré alrededor de la suya, y ella se puso rígida. — Lionel, ¿qué estás haciendo?

—Raquel fue un error —dije en voz baja.

Ella emitió un ruido infinitesimal, uno que no pude identificar como bueno o malo.

—Quería intentarlo con alguien. Quería demostrar que estaba completo y que no necesitaba desechar las emociones, y ella era la única que estaba allí. Me había seguido durante años, y se había quedado como mi amiga, y pensé que había cambiado. Creí que no era la misma persona que había sido en la secundaria. Quiero decir, mierda, ¿quién es, verdad?

—No me importa esto —dijo ella, pero su voz tembló.

—Sí te importa. Sé que te importa.

—No.

—Sé que piensas que debiste haber sido tú, en ese entonces. Debiste haber sido tú con quien lo intentara, pero no pude hacerlo. No hubiese podido soportar si de alguna forma lo hubiese arruinado y te hubiese herido.

—Eso no tiene sentido —susurró ella.

—Para mí sí lo tiene. La idea de lastimarte es como... la antítesis de lo

que soy. Quiero lo mejor para ti, Maddy. Quiero que seas feliz y saludable y..

—Que me enamore de otra persona.

—¿Qué? Eso no es lo que estaba diciendo.

Abrió la puerta principal debajo de mi mano, dio un paso hacia adentro y se giró para mirarme, había lágrimas brotando de sus ojos. —eso se reduce todo, ¿no? Quieres que sea feliz, pero no contigo. No te importa con quién sea, pero no contigo.

—No. Eso no es lo que quiero.

—Entonces, ¿cómo puedes pensar que yo sería feliz sin... —Se separó y miró a un lado, rompiendo el contacto visual conmigo. Una sola lágrima se escapó y corrió por su mejilla. —Olvídalo —La limpió de su rostro. —Olvida todo. Esto es jodidamente tonto. Me voy a la cama. Siéntete libre de acampar en el sofá otra vez.

—No es tonto —le dije, entré y cerré detrás de mí, coloqué las llaves en la mesa del vestíbulo, y luego me acerqué a ella.

—Lo es. Nada de esto importa. Tú siempre serás tú, y yo siempre seré yo. Y nunca me querrás de la manera en que... no quiero hablar más de ello.

—¿La forma en que qué? —Le pregunté. —¿De qué manera, Maddy? Dilo.

—Tú dilo —contestó ella. —Tienes miedo.

Nunca había tenido miedo de nada excepto de ella. Ella tenía el poder de aplastarme. —Madeline.

—¿Qué? —Una segunda lágrima se escapó, seguida inmediatamente de la tercera. —¿Qué? ¿Qué significa esto? ¿Qué quieres que diga, Lionel? ¿Que estoy celosa de que estuvieras con Raquel? Bien, sí, estoy celosa, ahí lo tienes. Estoy tan jodidamente celosa de que hayas estado con ella cuando deberías haber estado conmigo desde el principio.

El miedo que sentía se duplicó. —Maddy.

—Así que, ahí lo tienes. Pensé que íbamos a ser algo, incluso cuando era joven e ingenua, y eso me mordió el trasero cuando tú también acabaste con nuestra amistad. No había esperanza, y todavía no hay esperanza. ¿Qué somos? —Su voz se elevó. —Dime lo que somos, porque no somos amigos. Eso no es todo. Somos algo... no, no somos nada —Se dio vuelta para alejarse de mí.

La tomé del brazo y la tiré hacia atrás, girándola hacia mi pecho, agarrándola, sosteniéndola. —Nada no —gruñí.

Sus pupilas se habían dilatado, sus labios se habían abierto. —Nada no — repetí.

—¿Entonces qué?

Sólo podía enseñárselo.

Mis labios se conectaron con los suyos, los separaron, mi lengua buscó la suya, y nos perdimos en el beso. Al principio mantuve el ritmo lento y luego lo aumenté hasta que ambos nos quedamos sin aliento, gimiendo contra los labios del otro, desesperados el uno por el otro.

Sus dedos tiraron de mi chaqueta de traje.

La acompañé hacia atrás por el pasillo y en un instante ya habíamos llegado a su habitación. Cerré la puerta con una patada. Nos arrojamos sobre su cama. Corrí su vestido hacia abajo, liberando sus pechos a la luz de la luna, que entraba por las ventanas.

—Por favor —susurró ella.

Regresé a sus labios, besándola tan profundamente como pude, tratando de mostrarle la verdad que no quería admitir y que probablemente nunca le diría. Lo nuestro no puede durar, no importa cuánto lo deseemos.

—Lionel.

Alcancé sus senos con mis manos, alisé su piel masajeándolos con los dedos, la volví a probar, chupando un pezón con los labios, mordisqueándola con la punta de mis dientes. Sus dedos me atravesaron el pelo y me tiraron fuerte.

—Ahora —dijo ella. —No quiero nada más que tú dentro de mí, por favor.

Yo estaba fuera de mis pantalones, mi pene palpitaba, con la punta mojada para ella, y ella estaba completamente desnuda, su piel aterciopelada se barría contra la mía.

Entré rápidamente en ella, agarrándola de una pierna y levantándola para ubicarla junto a mi cuerpo. Me moví dentro de ella, mi ritmo coincidía con el suyo. Sus brazos colgaban de mi cuello, y sus labios se abrían, atrapados en un gemido, sus senos rebotaban con cada empuje.

—Maddy —susurré, incliné mi cabeza hacia adelante y me perdí en su olor. La agarré por el cabello, presionando su cabeza contra la mía mientras la sostenía firmemente. Le besé la mejilla, los párpados, la punta de la nariz y, finalmente, la boca.

Me ahogué en ella. En su sabor, su aroma, su presencia.

Yo la quiero.

Pero eso no podía ser cierto. No dejaría que fuera cierto, y si lo fuera, nunca dejaría que saliera a la luz. Sería un secreto que me llevaría a la tumba. Nada podría lastimarla a ella o a mí.

—Voy a llegar —susurró ella.

Me puse tenso contra ella, abracé el calor de su agarre a mi alrededor, masajeándome una y otra vez. Navegué hasta alcanzar los límites de mi climax con ella, besándola, perdiéndome en el placer en lugar de enfrentarme a la verdad.

Nada de esto terminaría bien.

Estaríamos rotos de nuevo, y esta vez sería mi culpa.

VEINTITRÉS

Madeline

Me vestí rápido. Esto había sido una mala idea. Habíamos jurado que lo mantendríamos sólo por una noche, y aquí estaba yo haciéndolo de todos modos, porque Dios sabe cuánto lo quería. Y ya no era sólo físicamente. Había caído en el viejo hábito de cuidar de él cuando obviamente él no podía hacer lo mismo por mí.

En resumen, era una maldita idiota.

—Maddy —dijo, detrás de mí. Se había vuelto a poner los pantalones. —
¿Sí?

—Habla conmigo.

Lo que habíamos hecho era diferente de nuestra última noche juntos. Esto había sido emocional, conectado, y yo detestaba eso. Ahora me sentía vulnerable.

Rápidamente, me vestí con un par de pijamas y una bata. Me ducharía una vez que él estuviera fuera de la habitación, de vuelta en el sofá o en un hotel, o lo que sea que él eligiera. Me obligué a no preocuparme por la respuesta.

—¿Hmm?

Hizo clic en la luz de mi habitación y luego se dirigió hacia la ventana y cerró las cortinas. —Hablemos —dijo.

—¿Sobre qué?

—Mierda, no lo sé. Lo que sea. Lo que sea para saber que estás bien. Que nuestra amistad está bien.

—Por supuesto que está bien —dije y traté de ser jovial, aunque la presión me aplastaba internamente. —¿Por qué no iba a estarlo? Quiero decir, tuvimos sexo de nuevo, y eso es todo lo que hay que entender. Hay mucha gente en el mundo que hace estas de cosas.

—¿Ah, sí?

—Sí, ya sabes, amigos con beneficios. Eso es lo que hace la gente. Todo el tiempo. ¿Por qué no podríamos hacer eso? —Le pregunté.

No importaba todo el asunto de Raquel, o el hecho de que hasta el principio de esta semana lo había odiado hasta los huesos, o que me estaba enamorando silenciosamente de él y despreciándome a mí misma por eso. Esto era todo lo que podía hacer. Ocultar mis sentimientos hasta no tener que preocuparme más por ellos.

El fin de semana de la reunión terminaría pronto, y nos iríamos de Hope's Hollow justo después. Todavía tenía que concentrarme en recuperar el hotel, y esa sería una tarea más fácil una vez que él estuviera fuera de la foto.

—Muy bien —dijo Lionel, pero no salió de mi habitación.

Dios, necesitaba que se fuera. ¿Cómo se supone que iba a pensar con él aquí, tomando el aire y llenándolo de colonia y sexo y piel...? ¡Ugh!

Nos miramos fijamente.

—Entonces, ¿cuáles son tus planes para después del fin de semana de la reunión? —Le pregunté. —Te irás, ¿verdad? —¿Por qué mi voz sonaba una octava más alta? Me molestaba.

—Claro —dijo. —Pero no antes de que hayamos tenido una conversación sincera.

—¿Sobre qué?

—Bueno, mierda —dijo y se apoyó contra la pared. —De lo que he estado tratando de hablarte desde la semana pasada. Cada vez que surge... no importa ahora. Tenemos la oportunidad.

—¿OK? No estoy segura de que te esté siguiendo.

—¿Por qué no te sientas? —Señaló a la silla que estaba frente a mi escritorio.

—Estoy bien, gracias. ¿De qué quieres hablarme?

—Sobre trabajo, en realidad.

—¿Trabajo? ¿Tu trabajo o el mío?

—De ambos, de hecho.

—Sigo sin entender.

—Quiero que trabajes como gerente en el Royal Rutherford —dijo. —Mi compañía, Maddan, lo compró recientemente, y me gustaría que fueras tú quien dirigiera la sucursal en Nueva York. Me aseguraré de que esté bien equipado para que puedas manejar la tarea, dada la experiencia que tienes en el hotel.

Mis entrañas se hicieron una bola de confusión que me revolvía todo por dentro. —¿Eh? ¿Tú fuiste quién compró el Rutherford?

—Sí.

—De Edgar....

No contestó. Un músculo se movió en su mandíbula, apretándola.

—Compraste mi hotel a través de una empresa —le dije. —eliges decirme esto justo después de tener sexo conmigo. ¿Es correcto?

—Madeline.

—me estás ofreciendo un puesto en mi propio hotel. El hotel que voy a comprar de nuevo. ¿Es correcto? ¿Me estoy acercando a la verdad? —La confusión se convirtió en una furia candente, del tipo que se escurriría a través de mis entrañas y se esparciría en mi torrente sanguíneo.

Parecía ser la broma más pesada del mundo, pero la expresión en la cara de Lionel me dijo todo lo que necesitaba saber. No era broma. Era real. Él había comprado mi hotel, y aunque no podía estar enojada con un comprador por aceptar una oferta de un vendedor, podía estar furiosa con él por haberme hecho esto. Por ocultármelo.

—Sabes lo mucho que ese lugar significa para mí. Te dije lo que pasó. ¿No pensaste en decirme que fuiste tú quien lo compró, ni siquiera cuando me abrí a ti? —Mi sangre hervía. —¿No pensaste que, oh, no sé, tal vez eso sería información importante para compartir?

—Quería asegurarme de que estuvieras en el estado de ánimo correcto para discutir esto —dijo Lionel, con firmeza, sin enfadarse en absoluto, y eso sólo me enfureció más.

—Oh, ya veo. Así que por eso tuvimos sexo. Oh Dios, oh Jesús, ¿Lo hiciste para obtener cosas de mí a cambio?

—No, Maddy.

—No me llames así —le dije bruscamente y lo señalé. Caminé de un lado a otro detrás de la cama en la que habíamos hecho el amor. —¿Por qué no me contaste nada de esto? ¿Y quién te crees que eres? ¿Quién demonios crees que eres para ofrecerme un trabajo en mi propio hotel?

—No es tu hotel.

—¡Sí, porque me lo arrebataste!

—Lo hice para ayudarte —dijo Lionel, más o menos.

Me congelé, las implicaciones de esas palabras se sintieron rápidamente. —¿Perdón? ¿Qué quieres decir con ayudarme? ¿Estás sugiriendo que sabías de esto antes que yo? Que yo... ¿estás diciendo que tú...?

—Cuando me enteré de que tu ex había convencido a la junta para que

vendiera, entré y le quité el hotel de las manos —dijo Lionel, con facilidad.
—Lo hice por ti.

Los vellos en mi piel se volvieron espinas que se levantaban desde la base de mi columna vertebral. Me froté los brazos para aplacar la sensación. —
¿Estás...?, ¿Cómo demonios pudiste saberlo?

—Te he estado vigilando —dijo Lionel.

Mis ojos se abrieron de par en par. —Lo siento —Tragué saliva, audiblemente. —Lo siento, ¿podrías repetirlo? Porque creo que mi mente me engañó. No puedes haber dicho que me estabas vigilando. Porque eso es asquerosamente espeluznante. Eso es exagerado.

—Lo hacía por tu propio bien —dijo Lionel. —No te he estado acosando, Madeline, si eso es lo que estás pensando. Sólo he querido asegurarme de que no sufras ningún daño.

—¿Qué?

—Hice una promesa.

—Déjame decirlo de otra manera. ¿Qué? —Lo miré fijamente, pausé mis pasos. —Por favor, dime que estás bromeando.

—Después de volver a Hope's Hollow para ver a mi abuela, cuando estaba... a punto de morir,

me pidió que te protegiera. Me hizo prometerlo.

—Oh, oh, OK, —me reí. —Eso hace que todo esto esté bien entonces. Sólo te preocupabas por mí porque tu abuela te lo pidió, y en vez de alcanzarme como un ser humano normal, me seguiste y compraste mi hotel.

—Sí, para que pudieras trabajar allí.

—¡Vete a la mierda!.

—Maddy. No lo hice únicamente por Nana. Todo esto me importa, mucho.

—Oh, bueno, gracias, eso es muy dulce —Escupí cada palabra. —Me reconforta tanto saber que has estado encima de mí, observándome todo este tiempo, como una especie de espía invisible.

—¿Qué más se supone que debía hacer? —Su voz tronó en la habitación, y fue tan dominante que me sorprendió. —No querías hablar conmigo.

—Si hubieras llamado..

—No me mientas, Madeline. Me odiabas hasta hace algunos días. Si hubiera llamado, me habrías colgado. Me importaba lo suficiente como para comprar ese hotel para que tuvieras lo que querías, para que no salieras

lastimada.

Agité la cabeza. El hecho de que lo hubiera hecho a mis espaldas, de que hubiera estado planeando, observando y esperando, era abominable para mí. —Vete, Lionel.

—Sólo estaba tratando de protegerte.

—No necesito tu protección —respondí.

—Sí, lo haces. No entiendes lo que está pasando aquí, Madeline.

—Vete. No te quiero en mi casa. No quiero volver a verte. Sólo vete de aquí —Ni siquiera podía ver bien, mucho menos pensar.

—Hay cosas que no sabes..

—¡Fuera! —Me quebré y apunté a la puerta. —Vete de esta casa y no vuelvas nunca más. No quiero volver a verte.

Lionel dudó un segundo más, pero finalmente se dirigió a la salida. Me puse rígida cuando pasó frente a mí. —Madeline, quiero lo mejor para ti.

—No necesito tu ayuda —dije, sin darme vuelta para presenciar su salida.

Sus pasos se escuchaban cada vez menos a medida que se alejaba de la habitación. —Sí, la necesitas —dijo. —Sólo que aún no lo sabes —Y luego se fue.

Me derrumbé, llevé las manos a mi frente, sujetándola como si mi cabeza estuviera a punto de soltarse de su eje. Alcancé llegar hasta la cama, me senté en ella y sentí la repulsión de lo que había sucedido aquí. En esta habitación. Detesté haberle permitido volver a entrar, a pesar de lo que me decían mis instintos.

—La has sacado del parque con esto, Madeline —murmuré y cerré los ojos.

Las lágrimas llegaron. Lágrimas que estaban liberando los sentimientos que él me producía, más allá de la ira que sentía por lo que había hecho.

VEINTICUATRO

Lionel

Envié mi solicitud a los miembros de la junta para el momento en que estaba llegando a mi BMW. Una serie de mensajes de texto a mi asistente con una oferta fue todo lo que se necesitó. Tendría la propiedad exclusiva del Royal Rutherford de Nueva York por la mañana si todo salía según lo planeado, y entonces podría resolver esta mierda.

Cubriría los errores que cometí con Madeline dándole el maldito hotel. Nunca se trató de emplearla, sino de mantenerla a salvo.

Si tuviera el hotel para ella, podría hacer lo que quisiera, vivir su vida en Nueva York y la promesa que le hice a Nans se cumpliría.

Me quedé paralizado al lado de mi auto, consideré volver a entrar y tratar de hacerle ver que había hecho esto por ella y por nadie más.

Pero la puerta probablemente estaba cerrada y la alarma activada.

Me metí en mi BMW, enfadado por la cadena de eventos y el hecho de que ella tenía razón. Debí decírselo desde el principio, pero me había quedado tan privado al verla de nuevo, necesitaba protegerla sin asustarla...

Eran excusas.

Me gustaba demasiado. Eso era todo lo que me sucedía. Me gustaba, y quería pasar más y más tiempo con ella.

—Joder —murmuré.

Nada haría eso posible ahora. Tengo que irme. El ala oeste de la mansión era lo suficientemente segura como para habitarla, y había una habitación de huéspedes en la esquina. Dormiría allí por la noche y luego organizaría todo mañana.

Puse en marcha el BMW, me alejé de la casa de bloques y llegué hasta los escalones principales de la mansión. El daño no había sido ni la mitad de malo de lo que pensé que sería, pero aún así, a pesar de los miles de dólares que me costaría este desastre, no me importaba más que resolver los problemas de Madeline.

Estaba estacionado en el carro, a pocos minutos de la habitación de

huéspedes. Mi mandíbula se apretó mientras revisaba el teléfono. Quise marcar el número de Zael, pero ¿qué lograría llamándolo? Si tuviera alguna noticia sobre los movimientos del acosador, ya lo habría sabido.

No había pasado nada.

Bajé la ventana del carro que daba a la casa de Madeline y me incliné, observé su ventana, la habitación estaba iluminada, pero las cortinas estaban cerradas. Su silueta se movía por ahí, dando vueltas de un lado a otro sin detenerse.

Ella no entendía, y yo no podía obligarla.

¿Qué se supone que tenía que decir? Sí, Madeline, te he estado vigilando, pero es porque me importa. En secreto, me preocupo demasiado. Y no, nunca hubiese podido hacerlo sin correr el riesgo. Me quité el traje, entré al baño y me duché. Me puse el pantalón de pijama rápidamente, pero no me molesté en meterme en la cama. Sabía que el sueño no llegaría pronto.

La había cagado. Ninguna cantidad de disculpas lograría que Maddy confiara en mí ahora. Yo la había defraudado ya una vez, y su confianza había estado frágil desde un principio.

Un mensaje apareció en mi teléfono.

Lo levanté de mi mesita de noche y encendí la pantalla. —No hay movimiento, jefe —El mensaje era de Zael.

Fue un alivio. Pero de muy corta duración. Estaba claro que Rufus no trabajaba solo. Y que Edgar podría hacer algo drástico para conseguir el dinero que necesitaba para pagarle a Rufus. Miré por la ventana otra vez, observando la casa, sintiendo la preocupación en mis entrañas.

Hablar con la policía sobre esto tampoco ayudaría. Eran tipos de pueblo y trabajadores, pero no entendían lo profundo que era esto y no veían la necesidad de poner gente fuera de los terrenos de la mansión. O para cuidar a las personas que la habitaban.

Joder, no eran guardaespaldas personales, y yo no tenía acceso a una compañía de seguridad local. Había traído a Zael conmigo desde Nueva York antes de darme cuenta de la magnitud del peligro o de quién estaba involucrado.

Arrastré un sillón, lo coloqué delante de la ventana y me senté en él, poniendo los pies en el alféizar de la ventana y mirando hacia afuera.

Si no podía contratar a alguien para vigilar la casa, lo haría yo mismo.

La luz estaba encendida en el dormitorio de Maddy, pero el movimiento

había cesado. Un coche solitario se detuvo en la entrada de la casa. La madre de Maddy salió haciendo gestos de saludos al conductor, luego cruzó el jardín y caminó hasta la puerta del cerco.

Una vez más, otro alivio. Madeline no estaría sola.

Un fuerte ruido se escuchó abajo y me hizo bajar las piernas del alféizar. La adrenalina se apoderó de mí.

Habían regresado a la escena del crimen. Quizás pensaron que Maddy aún estaba en la casa. Me levanté del sillón y me dirigí hacia la puerta del dormitorio, escuchando atentamente. Otro ruido vino de abajo.

—Maldita sea —la voz de una mujer.

Por un breve instante, me imaginé que era ella. Madeline. Pero no había ninguna posibilidad de que volviera.

—¡Lionel! —El tono chillón de Raquel subió las escaleras. —Lionel, ¿dónde estás? Será mejor que no estés aquí con ella. ¿Es eso lo que estás haciendo? ¿Estás con ella?

Caminé hacia el pasillo y agarré la baranda, la miré fijamente, manteniendo mi irritación al margen. Estaba completamente borracha. El mismo tipo de borracha que había visto en los últimos meses de nuestra relación. Tenía los ojos perdidos, el vestido colgado de un lado, la correa suelta. —Lionel —dijo ella.

—Raquel, ¿qué haces aquí? —Le pregunté.

Se movía, se balanceaba. —Bebé —gritó, abriendo los brazos. —Ahí estás. No estás aquí con ella, ¿verdad?

—Tienes que irte, Raquel —Mi frente se arrugó. —¿Cómo llegaste aquí? ¿Condujiste tú?

—No, caminé. Pero eso no importa. Estoy aquí ahora, y podemos resolver esto. No tenemos que preocuparnos por..

—¿Cómo entraste en la propiedad?

—La puerta principal estaba abierta —dijo y arrugó la nariz. —Cariño, por favor. Te deseo tanto. Te extraño tanto —Había ramitas atrapadas en su pelo, y una mordedura de rastros de amor sobresalía fuertemente contra la palidez de su cuello. Había estado con otro hombre esta noche.

No sentí más que lástima por ella. Ella había destrozado su propia vida, se había abierto a mí hace mucho tiempo, pero ahora todo había terminado, y ella tenía problemas para dejarlo ir. Era irónico.

—Por favor —dijo Raquel y se tambaleó hacia adelante unos pasos más.

—Te extraño tanto.

—Raquel, he sido claro contigo. Nunca volveremos a estar juntos. Nuestra relación fue un error, y el hecho de que pienses que hay alguna posibilidad de que nos volvamos a ver después de lo que hiciste es más que ridícula. Es hora de que te vayas —Bajé las escaleras hacia ella.

Raquel colocó sus palmas juntas delante de ella. —Bebé..

Llegué a la base de las escaleras y la tomé por el codo, la acompañé con firmeza hasta la puerta principal y la abrí. Ella había roto una de las placas de vidrio de colores para entrar en la casa. —Ven. Te llevaré a casa.

—¿Me vas a llevar a casa? —Raquel me parpadeó. —Sí, y ahí es donde te vas a quedar. Sola.

—Pero, Lionel, ¿cómo puedes hacer esto? Espera un minuto —Me arrancó el brazo de las manos. —¿Por qué estás haciendo esto? Pensé que me amabas.

—Eso ya no existe —dije y endurecí las palabras tanto como pude. Tenía que llevarla a casa. —Eso fue hace mucho, Raquel. Sabes lo que pasó y por qué. Se acabó. Se acabó. Encuentra a alguien más.

—Pero no hay nadie más. Sólo tú.

—¿Y qué hay de Madeline? —Le pregunté, mientras abría la puerta y la acompañaba fuera de la casa. —¿No te importa un carajo tu amiga? Sólo has pensado en ti misma. ¿Qué hay de cómo ella se siente?

—Ella está tratando de alejarte de mí —dijo Raquel en medio de un ataque de hipo.

—Raquel, me perdiste hace mucho tiempo. Maddy no está interesada en robar nada. Ella es una buena persona, y tú... francamente, estás actuando como una imbécil.

—¡Hey!.

—Es cierto. Ahora, estoy tratando de apelar a cualquier pequeña porción de nuestra amistad para lidiar con esto, pero qué carajo, no funcionará. Ya déjalo ir —le dije y la acompañé hasta mi BMW. Abrí la puerta del pasajero y la ayudé a entrar, le ajusté el cinturón de seguridad, con cuidado de no rozar ninguna parte de ella con el dorso de mis dedos. —Se acabó, Raquel.

—Entonces es su culpa.

—No.

—Sé que es su culpa —dijo Raquel bostezando, inclinando la cabeza a un lado, en sentido opuesto a mi dirección. —Siempre supe que estabas

enamorado de ella. Lo sentí desde el principio, aunque deseaba que no fuera cierto.

¿Qué coño podía decir a eso? Yo había sido fiel a Raquel durante nuestra relación. Había hecho todo lo posible para ser una pareja comprometida.

—Nunca me gustó, sabes —dijo Raquel, en voz baja. —Tuve que forzarme a ser su amiga, y apestó, pero lo hice —Lágrimas cayeron de sus ojos, y su rímel se corrió. —Siempre quise estar contigo, y la usé para llegar a ti, pero y qué. Todo estaba saliendo bien, o al menos eso pensaba. No lo sé.

—Es hora de que te vayas —Cerré la puerta del coche, di la vuelta al lado del conductor y entré.

Afortunadamente, no dijo ni una palabra, sino que miró por la ventana en silencio. Tal vez finalmente se había hundido. Mierda, eso o estaba demasiado borracha para hablar en este momento. Salí de la entrada y me fui, pasando por la casa de los Griffin. La puerta y las cortinas estaban cerradas, sin embargo las luces en su mayoría estaban encendidas. No había nadie a la vista. Fue un alivio.

Todo lo que quería ahora mismo era entrar ahí y hablar con Madeline, hacerle ver que nada de esto era parte del plan. Que todo lo que quería era protegerla, aunque probablemente ya lo había hecho mal. Pero eso tendría que esperar hasta la mañana.

Ella necesitaba el espacio, y yo necesitaba el Royal Rutherford de Nueva York en mi bolsillo antes de poder hacer mi próxima jugada.

¿Y luego qué? ¿Volver a mirar desde lejos?

Eventualmente, hará su vida con otro hombre. Y entonces todo el asunto de la protección habrá terminado. Ya no sería mi promesa y no tendría nada que cumplir.

—Ella te ama —susurró Raquel. —la odio por eso.

Salí a la oscura calle, con las palabras resonando en mi mente.

VEINTICINCO

Madeline

Abrí los cajones de mi cómoda y agarré un montón de ropa interior. Lo llevé al bolso que tenía abierto en mi cama y lo tiré todo adentro. Por supuesto, no podía dejarlo así. Yo era impecable a la hora de empacar, y era catártico tirar todo por la borda sólo para tener mi pequeño berrinche de damisela herida sobre esta mierda.

Me había mentido. No sólo mintió, sino que ocultó cosas, siempre. Habíamos sido los mejores amigos y se suponía que siempre seríamos honestos el uno con el otro. Pero ya no, aparentemente. No éramos ni amigos ni enemigos, definitivamente tampoco éramos amantes, así que, ¿qué demonios, verdad?

Lo dejaría ir, era el castigo que merecía por todo esto.

—¿Cariño? —La voz de mi madre llamó desde el frente de la casa. — Cariño, ¿eres tú?

—No, es Santa Claus —le dije.

—Oh, vaya, alguien recibió su período esta mañana.

—¡Mamá!

—Estoy bromeando, estoy bromeando —Mi madre apareció en la puerta y su amplia sonrisa se desvaneció rápidamente. —Madeline, ¿qué estás haciendo?

—Estoy envolviendo regalos.

—Sigues con el tema de Santa, ¿eh? —Me encogí de hombros.

—Bueno, es gracioso, pero basta de tonterías. ¿Por qué estás empacando, cariño? —Porque tengo que irme —dije y me aclaré la garganta. No lloraría por nada de esto. Yo tenía que mantener mi posición, y era hora de salir de este pueblo. Eso era todo lo que había que hacer. —Ya terminé aquí, mamá. Quiero decir, la reunión básicamente ha terminado, y es hora de que me vaya.

—Oh, oh. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué? Nada.

—Tus bragas están todas en un nudo —dijo ella. —No, no lo están,

mamá. Estoy bien.

—No, me refiero a las que llevas puestas —Entró en la habitación y sacó un montón de ropa interior de la maleta. —Sabes, tienes que doblarlas bien cuando las empacas, no sólo cuando las desempacas.

—Veo lo que estás intentando hacer.

—Hmm —La ignoré y seguí empacando. No tenía sentido discutirlo con ella. —Cariño.

—Mamá, ¿qué? Estoy tratando de hacer las maletas.

—¿Dónde está Lionel?

Me paralicé al escuchar su nombre. —No lo sé. Fuera, probablemente. Quizá esté durmiendo en la mansión o en un hotel.

—Pensé que quería quedarse aquí con nosotras. Le ofrecimos un lugar donde quedarse, ¿recuerdas? Sería descortés echarlo.

Gruñí.

—Madeline. No te crié para que me ocultaras secretos.

—Lástima que no criaras a Lionel entonces —Pero eso sería... ¿incestuoso? Qué idiota me había convertido todo esto. No podía mantener la compostura.

—De nuevo, hay algo que no me estás contando. ¿Por qué no te tomas un descanso y vienes a la cocina? Todavía tengo un montón de galletas sobrantes. Y podemos tomar un café. Sé lo mucho que te gusta el café.

—todo el mundo le encanta el café.

—No seas ridícula. A algunas personas les gusta el té.

—Blegh.

—Eso es discriminatorio —dijo mamá y tiró suavemente de la parte de atrás de mi bata. —Vamos, cariño. Sentémonos un rato y conversemos de lo que sea que esté pasando. Como en los viejos tiempos.

Me sentía demasiado tentada como para dejar brillar mi lado testarudo. No quería poner toda esta mierda sobre los hombros de mi madre. Ella había hecho tanto por mí. Me había llevado a través de la vida, básicamente. Me dio las mejores oportunidades posibles y lo hizo por pura fuerza de voluntad, todo porque mi donante de ADN de padre la había abandonado.

—Vamos —dijo mamá y tiró una vez más.

Suspiré, me di la vuelta y la seguí hasta el pasillo. Nos dirigimos a la cocina y me senté en la mesa de madera. Mi mamá sacó las galletas y las puso en un plato en el centro y luego se puso a hacer el café.

—Así que —dijo ella, mientras preparaba la cafetera.

Levanté una galleta y la mordí, disfrutando de la dulce difusión del sabor en mi lengua. —Vaya, son aún mejores unos días después.

—Ya lo sabías.

—Sí, lo sé. Mamá, no sé qué decir.

—Bueno, averígualo, cariño —Ella colocó las tazas sobre el mesón, se giró hacia mí y apoyó sus palmas junto a las tazas. —Es Lionel otra vez.

—Sí —dije. —Es Lionel otra vez, y es mi culpa por ilusionarme con él otra vez. Ser su amiga nunca fue una opción después de lo que pasó entre nosotros en el pasado, y ahora es mucho peor.

—¿Ustedes dos hicieron el mono travieso?

—Mamá, no creo que se llame así, y Dios mío, no vamos a discutir eso.

—Estoy tratando de evaluar el daño.

—Hay mucho de eso —le dije. —Dejémoslo así. Mis emociones sufrieron mucho, con respecto a mi confianza en él, en todo.

—¿Por qué?

—No respeté mis límites —Cada vez que hablaba el sabor de las palabras se hacía más amargo en mi lengua. —Así que, puedes entender por qué me siento un poco frustrada.

—Vaya —dijo mamá y sirvió el café en las tazas. —Eso es algo —Las cargó y luego las puso sobre la mesa. —Entiendo por qué lo echaste de la casa, ¿pero era absolutamente necesario?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, nos ayudó cuando estábamos en una situación difícil.

—Mamá, no creo que entiendas la gravedad de la situación —dije. —No es que haya mentido, es que... me lo creí. Él. OK. Cielos, lo diré. Lo diré, ¿de acuerdo? Me gusta más que un amigo, y es difícil para mí lidiar con eso.

—Oh —Mi madre se sentó y levantó una de las galletas. La mordió y masticó, pensativamente. —Bueno, esa es una situación difícil. Cariño, siempre estoy de tu lado en estas cosas, te guste o no lo que eso signifique. No voy a meter las narices donde no me corresponde.

—Eso me hace sospechar —le dije.

Mamá se rió. —Esta vez no, no lo haré. Entiendo que lo que está pasando entre tú y Lionel no es algo de lo que quieras hablarme, pero las otras cosas..

—¿Qué otras cosas?

—Irte sin estar lista, todo el asunto del hotel, deberíamos hablar de eso.

—¿Qué piensas al respecto, mamá?

Exhaló, lentamente, y juntó los dedos sobre su plato, rociando las migas sobre la porcelana. —No creo que debas dejar Hope's Hollow porque la reunión haya terminado, o por Lionel.

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que dije. Si te vas porque estás enojada con Lionel, ¿cuál es el punto? Probablemente se vaya pronto de todos modos. Y si se va pronto, no estará por aquí para molestarte o disgustarte. Y en cuanto a la reunión, ¿qué importa si se acabó? ¿Por qué eso tiene que significar que debes marcharte?

—Mamá, no puedo quedarme aquí. Estoy demasiado vieja para vivir contigo.

Mi madre me miró con los ojos entrecerrados. —Estás en un período de transición en tu vida. Tienes que saber que puedes quedarte conmigo todo el tiempo que necesites.

—No quiero presionarte. Tienes suficiente en tu plato.

—¿Como qué?

—Como el trabajo. Tus deudas, compromisos, y la casa no está en el mejor estado. Quiero decir, vas a querer retirarte algún día.

—Cariño, vamos —dijo mamá. —Todas esas son excusas. No tienes que sentirte mal por el hecho de que vivas conmigo por ahora. Todo va a estar bien, Maddy, tú y yo lo sabemos. Escucha, he estado preguntando por la ciudad, y Betty podría tener algo para ti.

Parpadeé. —No te sigo.

—Tal vez el azúcar se te fue directo al cerebro. Debería racionarte con estas galletas —Intentó quitarme el plato pero fui más rápida y lo sujeté.

—Nuh-uh. Mis galletas.

—Está bien, está bien —dijo mamá. —Betty es la dueña del Holloway Inn. En las afueras de la ciudad. ¿Recuerdas?

—¡Oh! Oh, ese es un lindo lugarcito. Sí lo recuerdo. ¿No asististe a una función allí una vez?

—Así es —contestó ella. —De todos modos, hablé con Betty, y me dijo que le encantaría un poco de ayuda aunque sólo sean unas cuantas noches a la semana. Quiere a alguien que tenga experiencia en dirigir un lugar así para ella poder tomar un descanso, ¿sabes? Lleva años dirigiendo ese hotel ella sola. ¿Qué te parece?

—Vaya. Ni siquiera pensé en eso. Quiero decir, no esperaba tenerlo todo en orden en las pocas semanas que estaría aquí, pero eso es... con la nueva información que he recibido..

—Frasas completas, cariño —Mi madre me dio una palmadita en el brazo.

—Correcto. Quiero decir, sí, eso sería genial.

—Bien. Así que, te quedarás por un tiempo. No te irás corriendo porque tienes miedo de Lionel.

—No, no lo haré —Pero las dudas aún me acosaban. Había más en esto que Lionel. Cosas extrañas habían estado sucediendo a nuestro alrededor, y yo estaba bastante segura de que mi ex estaba involucrado. Y si Edgar hubiera causado toda la locura, bueno... no había nada que pudiera hacer hasta que la verdad saliera a la luz.

—Bien. Te quiero, cariño. Quiero lo mejor para ti siempre.

—Lo sé, mamá —Me levanté, rodeé la mesa y la abracé. —Gracias.

—Siempre estaré aquí para ti, cariño —Me acarició la mejilla y me abrazó.

Soporté el abrazo a pesar de todo el dolor que había dentro de mí, pero sólo por un momento. El resto pasaría pronto a la historia. Porque, maldita sea, no había ninguna posibilidad de que algo me impidiera alcanzar mis metas. En verdad, esta cosa con Lionel sólo me había empujado de regreso a mi meta.

Había estado a la deriva, involucrándome demasiado con él, y esta fue la llamada perfecta para despertarme de esa ilusión. Ninguna cantidad de cariño por él cambiaría el hecho de que yo estaba por mi cuenta. Igual que mi madre lo había hecho cuando se quedó sola.

Las mujeres Griffin saben cómo manejar su mierda. Yo no iba a romper esa regla.

No más Lionel.

Aunque es más fácil decirlo que hacerlo.

VEINTISÉIS.

Lionel

—Ella me matará por esto —dijo Lora, de pie con los puños en las caderas y estudiando la manta de picnic y los vasos que me ayudaría a instalar en su patio trasero. Era un espacio pequeño, pero era perfecto para lo que quería hacer esta noche. —Me matará hasta quedar bien muerta.

—Agradezco la ayuda —dije. —Le diré que entré por la fuerza. Encajará en la foto que tiene de mí.

—Hmm —Lora suspiró y revisó su reloj. —Bueno, hazme un favor, Lionel. No te acuestes con mi hija aquí en el césped, ¿de acuerdo? Acabo de conseguir que este lugar se vea aceptable. ¿Ves los parterres? Me llevó meses trabajarlos correctamente. Así que por favor.

—Me guardaré las manos para mí, señora.

—Lo dudo mucho —Lora puso los ojos en blanco. —Pero... no la cagues esta vez.

—Planeo hacerlo —Me detuve, frunciendo el ceño al ver cómo había salido eso. —Planeo no arruinarlo, quiero decir.

—Oh bien. Porque no soy lo suficientemente sabia para criticarte —dijo Lora, señalándome. —Pero aún así... Inténtalo.

—Lo haré.

Se dirigió a la parte de atrás de la casa, dejándome con la canasta de picnic, la manta y el sol poniente. Yo mismo me encargaba de todo, incluso de las luces de hadas que atravesaban algunos de los árboles en el borde del jardín. Estaban encendidas, lanzando su chispa sobre la hierba.

Con suerte, a Madeline le gustaría.

Maldita sea, no sabía qué le gustaría en este momento, y eso me ponía tan nervioso. Ninguna otra cosa me ponía así, a menos que estuviera relacionada con ella. Este era el gesto más dulce que se me había ocurrido, y era tan contrario a todo lo que ella conocía de mí que, con suerte, la sorprendería y se daría cuenta de lo serio que era mi arrepentimiento.

Más o menos.

Había hecho lo que tenía que hacer. Para protegerla. Y siempre continuaría protegiéndola.

¿Y lo de no decirle lo cabrón que es su ex, o el hecho de no dejarle saber que los problemas más serios están en camino?

¿Cómo podría decírselo? Cuando al fin se enteró de que tenía un investigador privado en la ciudad, se volvió completamente loca, y a fin de cuentas mi prioridad era mantenerla cerca. Mantenerla a salvo. Asegurarme de que sin importar lo que pasara, yo estaría cerca para prevenir cualquier problema importante.

A eso se reducía todo. No me sentía bien al respecto, pero era lo que tenía que hacer.

Mierda, mis pensamientos eran un desastre después de lo que sucedió anoche. Drama, seguido de más drama. Dejar a Raquel en su casa ayer, y hoy ver a la madre de Madeline ahí parada con el ceño fruncido sabiendo que no importaba lo que yo quisiera, las probabilidades de que su hija me aceptara de vuelta eran casi nulas. No sabía cómo hablar con ella sin enfurecerla más.

Esta era mi última oportunidad.

La puerta trasera se abrió y Maddy salió al porche trasero. —¿Qué demonios?

—Entré por la fuerza.

—No mientas. Se involucró mi madre, ¿verdad?

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —Le sonreí, debía usar mi encanto para ganar aquí. Pero Maddy no se movió ni un paso. —Me encargaré de ella más tarde.

—Espero que eso signifique que te las verás conmigo ahora —Le mostré otra sonrisa.

—No, eso significa que te vayas de mi césped.

—Suenas como un personaje de Scooby-Doo —le dije.

—No eres lo que llamaría un bienvenido huésped.

—Ahora, estás rimando.

Los labios de Maddy se mantuvieron en una delgada línea. No se movió de su sitio delante de la puerta. —Hablo en serio, Lionel. No estoy interesada en discutir nada contigo.

—No tenemos que hablar —Hice un gesto a la canasta de picnic. — Podemos comer y relajarnos. Tengo champán. Tu madre me dijo que tienes un nuevo trabajo. Pensé que te gustaría desahogarte un poco.

—Cristo —dijo Maddy y dio un paso fuera del porche. —¿También te dio mi número de seguridad social? —Se detuvo de nuevo sobre la hierba, entrecerrando los ojos. —¿Acaso te cayó mal algo que comiste?

—Ah, ¿tenemos hambre?

—No voy a ir allí.

—Por favor, hazlo —dije. —Como dije, no tenemos que hablar. Quiero que nos relajemos juntos, ¿de acuerdo?

—Lionel, lo que hiciste...

—Hice lo que hice, y lo siento. Lo hice mal, pero el por qué vino de un buen lugar, y no voy a poner excusas.

—Wow. OK. Sorprendentemente sin disculpas.

—Sí, he oído eso sobre la palabra disculpa —Abrí la tapa de la cesta y liberé los deliciosos olores de adentro.

—Sentirlo no resuelve nada.

—¿Pero las alitas de pollo tipo búfalo podrían? —Pregunté y levanté un Tupperware de la canasta. Lo puse en la manta, lo revisé, por supuesto, y luego saqué dos copas de champán de plástico. No gritaban en clase, pero qué demonios. Sería un perfecto rompehielos.

—¿Tienes pan de ajo?

Saqué un segundo Tupperware. —Lo mejor que hace el restaurante.

—Muy bien, ahora estamos hablando —Dio dos pasos hacia mí y luego se detuvo, levantando una mano. —Pero esto no significa nada. Tengo hambre, Lionel. Y no te perdono por nada. Lo que pasó fue que... compraste mi negocio.

—¿Hubieras sido más feliz si alguien más lo hubiera comprado, Maddy? —Abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Lo hice para que no perdieras nunca la oportunidad de recuperarlo. Eso era todo lo que quería. Para mantenerte feliz y...

—No más charlas, por favor —Estranguló la conversación. Caminó hasta la manta de picnic y se sentó, cruzando las piernas y acomodando sus jeans, presionando las palmas contra sus rodillas.

Me senté frente a ella y saqué los platos del juego de picnic que había comprado en la Tienda General. Gerald había sido inquisitivo, pero yo me había callado. No por mí, sino por ella. Si todo salía según lo planeado, no importaba que pasáramos mucho o poco tiempo juntos. Las cosas estarían bien.

Nos quedamos en silencio, sumergiendo las alitas de pollo en un delicioso aderezo y dándonos un festín con ellas.

Maddy estaba pulcra como siempre, pero esta noche comió como si estuviera enojada con la comida. El pan de ajo fue devorado en segundos, y le sucedió lo mismo al champán. Ella continuó comiendo, echando miradas eventuales a la luna creciente, las estrellas y las luces brillantes.

—¿Por qué hiciste esto? —Preguntó alcanzando una servilleta. Se frotó los labios con ella y se limpió los dedos.

—Pensé que no estábamos hablando.

—Sí, bueno, ahora sí. ¿Cuál es el objetivo de esto?

—Ya veo —dije y dejé mi copa de champán a un lado. —Creo que es bastante obvio por qué estamos aquí, Madeline —Cada centímetro de mí quería ser un imbécil. Defender mi estúpido orgullo. Pero tenía que poner toda mi atención en hacer las cosas bien. Lo necesitaba. Para estar seguro.

—En realidad no. Te dije que no quería volver a verte, pero aquí estás. Charlando con mi mamá para que te deje entrar al jardín trasero y prepararte, ¿qué es esto, una escena de —The Bachelor—?

—Ouch. Cortaste muy profundo.

—Quiero decir, con la manta a cuadros y las luces de hadas y toda esa mierda.

—Pensé que era dulce —Y puede que lo haya visto o no en la televisión. Pero, ¿qué carajo, verdad? —Pensé que era la intención lo que contaba.

—Es bonito —dijo y se puso el pelo detrás de la oreja. —Eso es lo que estoy diciendo, Lionel. Es dulce, y no estoy acostumbrada a los tratos dulces de nadie, y mucho menos de ti.

—las puñaladas continúan.

—Siempre hay plan oculto. Incluso lo que tuvimos esta semana fue impulsado por tu plan.

—Mi único plan es cuidarte —le dije.

—¿Controlándome? No lo sé, es raro, amigo. Me dices estas cosas y me dices que quieres ayudar, pero ¿cómo puedo confiar en ti? ¿Después de todo?

—Mi intención era que tú dirigieras el hotel —le dije. —¿Cómo puede ser eso algo malo?

—eso demuestra que no me conoces en absoluto. ¿Ves? —Levantó una mano y me hizo un gesto. —¿Cómo pudiste llegar a pensar que yo querría eso? Acabo de salir de una relación con un tipo que me vendió y ahora

quieres que trabaje para ti.

—No tenemos una relación —le dije.

—Oh, ya lo sé. Confía en mí, lo sé. No hay necesidad de aclarar ese punto.

—Jesús, Madeline, no lo estás haciendo fácil.

—¿No estoy haciendo esto fácil? —Arqueó una ceja. Dios, era hermosa. No importaba lo que hiciera, incluso cuando estaba furiosa conmigo, era preciosa. —Sí, soy yo, ese es el problema.

—No es lo que quise decir.

—¿Entonces qué?

—Madeline. Compré el hotel —dije.

—Sí, me lo dijiste.

—No, me refiero a mí, personalmente. Se lo compré a Maddan. Porque no quiero que trabajes para mí ni que estés en deuda conmigo.

Se mordió el labio inferior. —No te estoy siguiendo. ¿Por qué?

Esto era todo. Si ella no quería el maldito hotel así, ¿qué demonios se supone que tenía que hacer? No podía seguir besando culos en mis negocios, y no iba a dejar de fruncir el ceño esta vez. Aunque su trasero fuera glorioso.

—Lo compré para ti —La mandíbula de Maddy se cayó.

—Quería que supieras que iba en serio cuando dije que tenías lo que se necesitaba.

—Así que me compraste un hotel —le dije. —¿Qué sentido tiene eso?

—Quiero que lo tengas.

—Tenerlo. Y para pagarte con un préstamo. Estaré en deuda contigo a pesar de tus buenas intenciones.

—No —dije, con firmeza, y me incliné hacia atrás, estudiándola. Estaba a la defensiva, pero maldita sea, dispararía mis palabras sin importar qué. —Quiero que lo tengas. Nada más.

—No... espera, ¿qué? ¿No hay pagos? ¿Sin contratos?

—Correcto. Te lo cederé a ti. Puedes quedártelo —le dije.

Era lo opuesto de cómo había conducido mis negocios durante toda mi vida, pero este era un gasto que yo estaba dispuesto a asumir.

—Estás loco —dijo ella, moviendo la cabeza. —¿Por qué harías eso? No lo entiendo.

Presioné mi lengua contra la parte posterior de mis dientes y me obligué a no responder. Se volvería loca si se enterara de lo de Rufus o Edgar. Perdería

por completo su confianza. —Quiero que seas feliz.

Dejó salir una carcajada. —Sí, quiero.

—Yo... y por eso es por lo que viniste aquí esta noche, y trajiste el pan de ajo, y Dios, ¿sabes lo mucho que me gusta el pan de ajo, sólo para darme un hotel?

—Correcto —dije.

Presionó la lengua contra su labio superior y la sostuvo allí. —¿Qué carajo?—

—Es tuyo, Maddy. Quiero que seas feliz.

—¿Por qué?

—Porque me importas.

—¿Por qué?

—Dejé claro por qué.

—Porque tu abuela te hizo prometerlo —dijo Maddy y me miró fijamente. —Quieres protegerme y mantenerme como una especie de rareza en un museo. No hemos hablado en años, y ahora descubro que has estado... qué, vigilándome, ¿no?

Si tan sólo supiera lo profundo que llegaba todo el asunto. Lo mucho que la extrañaba. Cómo la había estado observando desde lejos, en parte por esa promesa, y en parte porque no podía evitar lo mucho que la extrañaba. Hablar con ella. —No era nada espeluznante.

—No creo que eso lo juzgues tú, Lionel.

—No te seguí ni hice ninguna mierda parecida. Me registraba de vez en cuando. Preguntaba por ahí para ver cómo iban las cosas —Y, en consecuencia, había descubierto lo escoria que era tu novio y que necesitabas estar bien protegida de algunos de sus planes más oscuros.

—No necesito que hagas eso. Estoy bien por mi cuenta.

—Claramente, no. No estás muy contenta ahora, ¿verdad?

—No tienes ningún derecho —dijo ella, y se levantó de la manta. —No tienes derecho a juzgar cómo va mi vida de acuerdo a tus estándares. No todos somos multimillonarios. No todos estamos preparados para el éxito o los privilegios financieros.

—¿Crees que no lo sé? Estoy tratando de ayudarte —Yo también me puse de pie, tirando mi copa de champán en el proceso, el contenido se derramaba y empapaba la manta.

—Por supuesto, no lo entenderías. Lionel, aprecio el gesto, pero puedes

tomarlo y metértelo por donde gustes. No necesito que me den nada en bandeja de plata. Puedo ganármelo yo misma. ¿Lo has entendido? Así que gracias, pero no, gracias —Se giró para alejarse, y yo le agarré el brazo.

—Madeline, esto no es ninguna caridad.

—¿Entonces cómo es que se siente así? —Ella se liberó, atravesándome como una lanza con esos hermosos ojos azules. —Olvídalo, Lionel. Olvídate de mí. Puedo manejar mi propia mierda, ¿de acuerdo?

—No quiero —dije, todavía sosteniendo su brazo. Mierda, odiaba tener que escupir toda la mierda que se había estado gestando dentro de mí, pero no encontraba cómo detenerme ahora. Se me había aflojado en el pecho y quería salir.

—¿Qué? —Madeline vaciló.

—No quiero olvidarme de ti, y no podría aunque lo intentara, Madeline.

—¿Ves? Ya estás otra vez, confundiendo todos mis sentimientos —Se rió amargamente. —Lionel, me voy a ir ahora, y tú también. Puedes limpiar tu mierda más tarde o... No lo sé, realmente no me importa —Se giró sobre su talón y se marchó, su culo balanceándose, su pelo suelto alrededor de los hombros, dejando ese olor a coco en su estela.

La puerta trasera se cerró tras ella. —Bueno, eso estuvo bien —murmuré.

VEINTISIETE

Madeline

Me senté en la mesa de la esquina en Misty's Coffee Shop y sorbí de mi capuchino como si fuera la sangre vital que necesitaba para poder funcionar. Ahora mismo, eso es exactamente lo que era. Apenas había dormido anoche después de que Lionel tratara de regalarme mi sueño, y tenía un turno en la posada en unos.... treinta minutos.

Un largo turno por cierto.

—¿Quieres otro, cariño? —Cassie, una de las camareras que llevaba su pelo gris en un moño y aparte una copiosa cantidad de perfume, me guiñó un ojo. —Parece que lo necesitas.

—Claro que sí, los necesito —dije.

—Que sigan viniendo, entonces .

—Que sigan —Cassie tomó mi taza vacía de la mesa y se fue hacia el mostrador.

El mismo donde me senté con Lionel demasiadas veces para haber llevado la cuenta. Dios, la había cagado al enamorarme de él otra vez. Era un idiota de proporciones gigantescas. Y me había estado vigilando. Como si fuera un niño. La abuela Hamilton era un encanto, pero ¿por qué demonios le había pedido que lo hiciera?

¿Fue porque me subestimaron? ¿Lo harían sólo los Hamilton o era Hope's Hollow en general?

Como sea. Tenían razón. Estás aquí, ¿verdad?

Bueno, al carajo con eso. Estaba aquí por circunstancias extrañas, y volvería a subir a la cima. —Aquí tienes, cariño —Cassie entregó el segundo capuchino, y yo lo levanté de inmediato.

—Eres un ángel —le dije. —Me encanta ese tono rosa, por cierto.

—tú eres un amor —Me dio unas palmaditas en el brazo y se alejó de nuevo, enderezando su delantal a medida que avanzaba.

El interior de la tienda estaba bastante tranquilo, algunos de los clientes habituales estaban allí. Por otra parte, todos en Hope's Hollow eran clientes

habituales en este y cualquier otro lugar. Habíamos estado viniendo aquí desde que se abrió, y eso había sido hace ya mucho tiempo.

Tomé un poco de capuchino y lo disfruté. No podía manejar los tragos amargos y directos de un espresso, pero este sabor era perfecto para mí. Me ayudaría a pasar la mañana, y después de eso, tendría un descanso para almorzar y podría volver a entrar a la tienda y tomar un poco más.

Este era el plan: trabajaría en la posada, me pondría de pie, aumentaría mis ahorros y elaboraría un plan de negocios. Entonces, iría al banco, pediría un préstamo para empezar mi negocio, y... no compraría el Royal Rutherford.

Tendría que empezar de nuevo. Eso en sí mismo era aplastante, pero no dejé que la terrible imagen se apoderara de mí. Yo quería ser la dueña del Rutherford, pero si eso hubiera cambiado, yo también lo haría. Me adaptaría y vencería, como los Bear Grylls.

Terminé el café en tiempo récord y levanté la mano para que viniera alguien a recargarlo. Cassie estaba ocupada en otra mesa, así que me senté a esperar, dando golpecitos con los dedos sobre la mesa. No con impaciencia, sino por la satisfacción de hacerlo.

Mis pensamientos volvieron a girar hacia Lionel. Tenía que seguir cortándolo, pero cada vez que pasaba, mis entrañas se revolvían como remolinos potenciados con esteroides.

El timbre sobre la puerta sonó y otro cliente entró. Me puse fría.

Edgar se paró justo al pasar la puerta, me miraba fijamente. No podía entender lo que había visto en él. Claro, era guapo a su manera, rubio, fornido, bajito, pero de complexión gruesa. No dejaba de pensar sobre las mentiras que me había dicho y que habían sido expuestas. La atracción que tenía hacia él se había agriado tan rápido que era difícil verlo sin sentirme mal del estómago.

Se acercó a mi mesa antes de que pudiera reaccionar.

—Madeline —dijo y se dio asiento en la silla que estaba frente a la mía.
—He querido ponerme al día contigo.

—¿Qué haces aquí, Edgar? ¿Por qué me seguiste a mi ciudad natal, y por qué sigues aquí? —Si no lo hubiera conocido mejor, lo habría acusado de causar problemas, el incendio provocado en la mansión para empezar, pero ese no era Edgar. No tenía las agallas suficientes para cometer un crimen, de hecho le faltaban tantas que era capaz de engañar.

—Te dije por qué estoy aquí, Madeline. Quiero arreglar las cosas entre

nosotros.

—No hay nada que arreglar entre nosotros. Y si no te vas, iré a la policía y pediré una orden de restricción.

—¿En serio? —Edgar agitó la cabeza. —Soy tu ex-novio. Nunca he hecho nada que justifique algo tan severo.

—¿Seguirme, acorralarme y confrontarme no es suficiente para justificarlo? —No sé si disparé o respondí. No estaba de humor para esto.

En el momento justo, Cassie regresó con la recarga para mi capuchino y lo dejó sobre la mesa. —¿Necesitas algo más, cariño?

—No, estoy bien.

—En realidad, —dijo Edgar, —Me gustaría un...

—Nada. En absoluto —Dibujé mi mano a través del aire.

Cassie frunció los labios a Edgar, probablemente identificándolo como un imbécil - o tal vez ella había oído hablar de nuestro encuentro anterior, lo cual era probable desde que Hope's Hollow era un enjambre de chismes - y luego regresó al mostrador.

Agarré un sobre de edulcorante, lo agité y lo vacié en mi capuchino antes de revolverlo, rompiendo la espuma y el contacto visual con mi ex. Tenía que saber que las cosas nunca funcionarían entre nosotros, así que ¿por qué volver? ¿Por qué nos hace pasar por esta mierda?

—Madeline, te extraño. Demasiado. Necesito que vuelvas. Y sé que has estado pasando el rato con él.

—¿Quién?

—Ese imbécil alto que se interpuso entre nosotros la última vez que hablamos.

—Estás hablando de mi amigo —le dije.

Una gran y gorda mentira. Ya no éramos amigos, pero aún así, había una patada defensiva en mis entrañas al pensar que Lionel había sido insultado, particularmente por mi ex.

—Tu amigo —contestó Edgar, sin rodeos. —No me pareció un amigo. Parecía que le gustabas, y a ti te gustaba él. Espero que ese no sea el caso.

—No es asunto tuyo lo que yo haga. Ahora, ¿puedes dejarme en paz, por favor? Me gustaría terminar mi café sola.

—No —dijo Edgar.

Giré mi taza sobre la mesa, un círculo completo en el lugar, e incliné mi cabeza hacia un lado, mirándolo fijamente. —¿Perdón?

—No puedo irme sin mostrarte primero con quién te estás involucrando —Edgar metió la mano en el bolsillo de la chaqueta de su traje: siempre usaba trajes, sin importar lo que pasara. Pensaba que ganaba puntos en un juego imaginario de poder. Cuanto más pensaba al respecto, más me molestaba. Puso el teléfono sobre la mesa, abrió la pantalla y luego la giró hacia mí. —¿Sabes algo de esto?

Ignoré el teléfono y tomé otro sorbo de café. —No tengo ningún interés en nada de lo que tengas que decir.

—Mira, Madeline. Es importante.

Me moví en mi asiento y le eché un vistazo rápido a la pantalla. Mi corazón cayó como si hubiese saltado desde el borde de un rascacielos. —¿Qué...? —Me detuve y chasqueé los dientes. No quería que viera mi debilidad.

—Hay más fotos como estas —Se deslizó hacia la izquierda y continuó, pasando imagen tras imagen delante de mis ojos.

Cada una era de Lionel. Con Raquel.

Lionel sacando a Raquel de su BMW y llevándola hacia su casa. La casa en la que había pasado las noches durante las fiestas de pijamas. Sus brazos estaban alrededor de su cuello, agarrados con fuerza, la cara de ella apretada contra su traje. El mismo que había usado la noche de la reunión.

¿Se había acostado con ella?

Si hubiera estado conmigo y luego...

No. Lionel no haría eso. ¿Pero cómo coño voy a saberlo? Habíamos perdido contacto después de la secundaria. Me había ocultado secretos la semana pasada. Era posible. Era más que posible. Le aplaudí mentalmente a Edgar y volví a hojear las imágenes.

Eran del carro estacionado con Raquel dentro. No podía distinguir su cara. Raquel estaba borracha en la fiesta. Probablemente haya una explicación para esto.

Pero la explicación no importaba, ¿verdad? Lo había empujado lejos. No quería ni su ayuda ni su interferencia en ningún aspecto de mi vida. Aún así, ¿de verdad había hecho esto? Me engañó, se acostó conmigo y luego volvió con Raquel.

—¿Lo ves, ahora? A este tipo no le gustas. Te está usando. Yo soy el que siempre va a estar aquí para ti, Madeline —El tono de Edgar era pomposo.

—Aquí tienes —Le devolví el teléfono. —Ya puedes irte.

—¿Qué?

—Vete —dije. —Estoy cansada de esto. No quiero tener nada que ver contigo. Olvídate de mí, Edgar. Olvídate de nosotros. Dios, juro que he tenido esta conversación como cincuenta veces esta semana. Adiós.

Edgar se quedó sentado y me miró fijamente. —¿Quién te crees que eres para hablarme así?

Terminé el último de mis capuchinos y lo deslicé hacia un lado, luego me levanté de la cabina y saqué unos cuantos billetes. Los puse sobre la mesa. — Soy Madeline Griffin —dije, mirándolo por encima del hombro. —Eso es lo que soy.

Había salido con un poder que yo no sentía, pero hombre, era refrescante hablar de mí misma de esa manera. Me despedí de Cassie con un gesto y luego caminé para salir de la cafetería, mis entrañas se retorcían desde lo profundo. Me llevó todo mi esfuerzo contener la tristeza que sentía por lo que Edgar me había mostrado.

Lionel y Raquel juntos.

Raquel había conseguido lo que quería después de todo. Y si ese no era el caso, bueno, no importaba.

¿Él?

Ya era parte del pasado.

VEINTIOCHO

Lionel

—¿Estás seguro de eso? —le dije, hablando por teléfono.

—Sí, jefe. Estoy seguro. Es contraintuitivo que yo lo diga, pero parece que eso es lo que está pasando —dijo Zael. —Rufus se fue, yo mismo lo seguí fuera de la ciudad. Está en camino de regreso a Nueva York. Se ha ido, hombre.

—¿Y Edgar?

—También se fue. Esta mañana —dijo Zael.

—Jesús. OK. ¿Eso es todo? —El asunto me hacía sospechar. Pero Zael era bueno en lo que hacía. Si todavía hubiera peligro, me habría enterado por él. Era lo mejor en este negocio que el dinero puede comprar. —Eso no tiene sentido. ¿Por qué Rufus habría seguido a Edgar hasta aquí, y luego ambos se marcharían así, sin más?

—No sé qué decirte, jefe. Se fueron. No puedo decirte la razón sin acercarme un poco más y hacer una verdadera investigación —contestó Zael. —¿Quieres que lo haga?

Exhalé, lentamente. —No, no te pongas en peligro, pero sigue a Rufus. No puedo creer que haya venido a Hope's Hollow para irse de nuevo sin conseguir lo que quería.

—Mi experiencia me dice que probablemente ya lo resolvieron. Pero, puedo mantener un ojo en la situación si lo desea.

—Sí, me gustaría —Sin embargo, la duda no me dejaba. Si la amenaza se había ido, no había razón para quedarse, pero ¿cómo podía haberse ido? Mierda, esto no tenía sentido para mí. —Debes decirme de inmediato si algo cambia.

—Por supuesto. Pero me parece que está resuelto —Zael nunca fue optimista, pero lo estaba siendo ahora.

Él tenía una actitud positiva sobre el resultado de esta investigación.

Edgar le debía dinero a Rufus, y Rufus lo había seguido a Hope's Hollow, lo que significaba que Maddy estaba en peligro por partida doble, y ahora

simplemente la amenaza de peligro se había ido.

—Muy bien —dije, al fin. —Mantente en contacto.

—Seguro, jefe.

Colgué, me metí el teléfono en el bolsillo y salí del carro. Estaba de nuevo frente a la mansión, que tenía las reparaciones en curso. El martillo y el golpeteo de la construcción eran sonidos reconfortantes, como si la reconstrucción del ala este de la mansión fuera a arreglar el resto de las cosas que se habían ido a la mierda.

Apoyé un brazo en la parte superior del auto y los vi trabajar, odiando cada segundo del día sin que nadie se diera cuenta.

Madeline no quería tener nada que ver conmigo, y si el peligro se había ido, no había razón para quedarme por aquí. Ella ya no necesitaba mi ayuda, al fin me libraría de la promesa. Eso debería ser suficiente para hacerme feliz. Estoy libre para irme a Nueva York y hacer las cosas como siempre.

Pero no era así.

—Joder —murmuré y cerré la puerta de mi coche.

Me volví hacia la casa de los Griffin y le eché un vistazo al frente. Ya era tarde, el sol comenzaba a ponerse, los trabajadores estaban a punto de terminar el día laboral y parecía que no había nadie en casa. El coche de Lora no estaba en la entrada, pero las luces estaban encendidas en la sala con las cortinas cerradas. El parpadeo de azul de un televisor también se reflejaba detrás de ellas.

Ella estaba en casa.

Caminé por el sendero de la entrada hacia la casa, atraído por la idea de volver a verla. La verdad es que tenía que alejarme ahora. Aplacé el trabajo para volver a tener esta maldita reunión, ya pronto se acabaría.

Hora de irse al carajo.

Tenía que dejarla atrás otra vez, aunque yo no quisiera. Odio pensar en ello. Y es exactamente por eso que tengo que irme.

Caminé hasta el frente de la casa y llamé a su puerta, con firmeza.

Hubo un ruido, y luego se abrió la puerta para revelar a Madeline, vestida con un bonito uniforme, una blusa marcada con una insignia y una falda de lápiz. Había ojeras bajo sus ojos. —¿Qué quieres, Lionel? Te dije que no quiero tu caridad.

—Me voy a ir —le dije.

—Oh.

—Pronto. Probablemente en los próximos días. Eso es lo que quieres, Maddy. Te daré lo que quieres.

—No tienes que darme nada —dijo ella, rígidamente, pero su corazón no se sentía presente en sus palabras. Me estudió de pies a cabeza, moviendo la cabeza, lentamente. —Pensé que sabía quién eras, pero me equivoqué.

—Todo lo que hice fue por ti.

—¿Y Raquel? —preguntó.

—¿Qué hay de Raquel? —Yo respondí. ¿Qué coño tiene que ver ella con todo esto?

—Estuviste con ella la otra noche después de la reunión. Vi... imágenes de eso, y no es que lo quisiera.

—¿Eh?

—Edgar vino a mí con fotos de ustedes dos juntos —dijo. —Después de la reunión. Ella en tus brazos. No es que me importe. Quiero que seas... honesto. ¿Crees que eso sea posible?

—Raquel apareció borracha en mi casa. La llevé a su casa. Eso fue todo. Raquel es parte del pasado, Maddy. Deberías saberlo.

—Sí, bueno, yo también soy parte del pasado. Tal vez ese ha sido el problema todo este tiempo. Nunca debimos haber jugado con algo que debíamos dejar tranquilo —dijo lentamente. —Creo que deberíamos..

—Me voy a ir, Maddy —le dije.

—Te oí la primera vez.

Lo entendí. Me hipnotizó el pelo rubio que caía alrededor de su cara en forma de corazón, su piel pálida, la ligera curva de su nariz, la suavidad de sus labios. —Vine a despedirme, Madeline. No sé cuándo volveré a verte.

—¿No es algo bueno? —preguntó, pero sin ninguno de los tonos irónicos que había usado sólo unos momentos antes. —Estaremos separados.

—¿Cómo podría ser algo bueno? Quiero estar cerca de ti —Me detuve. —Somos amigos.

—Amigos. Por supuesto. Estoy segura de que sobrevivirás bien sin verme, y puedes confiar en que sobreviviré sin estar cerca de ti.

—Sí, Maddy, lo entiendo.

—¿Entonces por qué sigues aquí?

—Porque me voy —dije y di un solo paso adelante, cerrando efectivamente la distancia entre nosotros. —si me voy a ir, quiero que sepas...

—¿Quieres que sepa qué? —Maddy me frunció el ceño. —Sabes qué, no

me lo digas. No me digas nada. No necesito preocuparme por esto, Lionel — Se detuvo, su boca temblaba. —Estoy tan cansada. Tan cansada. Estoy harta de pensar en ti y de preguntarme qué es lo que pasa entre nosotros. Pero no es como que algo esté pasando realmente. Estoy buscando algo que nunca estará ahí.

Las palabras no me llegaban. Se entrecruzaron en mi mente.

Yo te quiero. Te quiero a ti. Quiero estar contigo. Pero no puedo. No puedo.

¿Qué estaba en juego si permitía que esto ocurriera? No el dinero ni otras cosas, sino a mí mismo, y eso iba en contra de mi instinto.

Quererla sería mi perdición, y nadie me había hecho caer así antes. —No tienes nada que decir —dijo ella.

Le puse la palma de la mano en la mejilla y la acaricié con el pulgar. — Lionel —dijo ella.

—Madeline.

Respiró hondo y se mojó los labios. Su respiración se había acelerado y salía de su boca. —Creo que deberías irte.

Separé mi mano de su mejilla, y la conexión entre nosotros se rompió. — Está bien —dije. —Si eso es lo que quieres —Lo haría. Lo que ella quisiera. Sólo que yo no. Nosotros no. No arruinaría el muro que construí con tanto esfuerzo alrededor de mí mismo.

—Sí, es lo que quiero —dijo Madeline, como si hubiera elegido cada palabra con cuidado antes de pronunciarlas.

No había nada más que decir.

Me di la vuelta y me fui, regresando a la mansión, sentado en el BMW, mirando al futuro.

VEINTINUEVE

Madeline

Decimoctavo cumpleaños de la señorita...

—Ma, no tenías que hacer esto —dije, pero la emoción se apoderó de mí enseguida. —Es demasiado.

—Tonterías —dijo mamá. —Es exactamente lo que te mereces. Resulta que eres la mejor hija que una mujer podría pedir en el mundo entero, ya sabes. ¿Cómo podría no mimarte en tu cumpleaños? —Sostuvo el estuche de cuero, lo suficientemente pequeño como para sostener el collar que yo estaba segura que había dentro. —Tómalo, cariño.

—Gracias —Acepté el regalo, lo puse en la mesa de madera desgastada en la cocina, junto al pastel que ella me había hecho desde cero. El número rosa —18 —se sentaba encima de la torta, aterciopelado y blanco, glaseado debajo. —¿Esto significa que tendré pastel para desayunar?

—Si lo quieres, lo tienes, chica —dijo mamá.

—Eres la mejor —Abrí el estuche de cuero, lentamente, y jadeé. Un brazalete de encanto se sentaba en la almohada negra mate que había dentro. —Dios mío, mamá. Esto es... es plata esterlina —Levanté el brazalete de la caja y lo sostuve, admirando los eslabones y los dos amuletos unidos. Uno era un “18” y el otro un corazón, grabado con “ma” en el dorso.

—¿Te gusta?

—Mamá, esto es lo mejor que me han dado en la vida —dije, y las lágrimas se desbordaron sobre mis mejillas. —Ya sabes, excepto por, la vida. También me diste eso.

—Digamos que soy una dadora de regalos experimentada —Me besó en la cabeza y me abrazó. —Eres mi mundo, eres una estrella brillante.

—Maldición, nos estamos poniendo cursi.

—Ja —Mamá me enredó el pelo sacudiéndolo, estaba tirando a la basura la hora completa de mi vida que le había dedicado a secarlo esta mañana. Estaba lacio, colgaba alrededor de mi cara, había unas cuantas hebras estratégicamente metidas hacia atrás. También llevaba puesto un poco de

maquillaje. Era una práctica normal para mí embellecerme en mi cumpleaños, sólo por diversión, pero hoy había una razón diferente.

—¿Cuáles son tus planes para hoy? —preguntó mamá, mientras traía un cortador de pasteles y platos a la mesa. Estaba vestida y lista para trabajar, con su uniforme de enfermera y los cómodos zapatos de enfermera que eran un elemento básico en su guardarropa.

—Bueno, me quedaré en casa a ver la tele y a comer pastel, y luego quizá vaya a dar un paseo o a ver a Raquel.

—¿Segura que no quieres hacer una fiesta? —Mamá preguntó.

—No me gustan mucho las fiestas, mamá, ya lo sabes.

—Claro, claro, pero es tu decimoctavo cumpleaños —Me sirvió una rebanada de pastel y luego lo colocó frente a mí, colocando un tenedor junto a él. —No te juzgaría si quisieras hacer un fiestón.

—¿Un... fiestón?

—Qué, sé hablar como un adolescente —contestó mamá y se rió.

—Puede que necesites trabajar en eso un poco.

Me puso los ojos en blanco, me dio un último beso en la frente y luego se despidió con un dulce gesto. —Bueno, estaré en casa esta noche para celebrar. ¿Película y palomitas de maíz?

—¡Eso suena genial!.

—Nos vemos entonces, cariño —Sus pasos se alejaron, y la puerta principal se cerró un momento después.

El sudor se había acumulado en la base de mi columna vertebral. No tenía nada que ver con el calor del verano. Me levanté de la mesa, dejando el pastel intacto, apreciando el brazalete que ahora llevaba puesto.

—Necesitas relajarte —susurré. —Todo va a estar bien. Estarás bien. No es nada. No, no es nada. Realmente, es algo muy importante, pero funcionará. Estarás bien —Lo repetí una y otra vez mientras caminaba hacia el baño de la parte de atrás de la casa. Cerré la puerta y observé mi reflejo en el espejo.

Estaba usando una falda corta, más corta de lo habitual, y una blusa de tiras que se aferraba a mis pechos. Había elegido ir con poco maquillaje. Tomé mi peine del borde del lavabo y cepillé mi cabello unas cuantas veces, acomodándolo. No me había puesto ningún brillo esta vez, por el bien de... la logística.

—Bien. Todo bien —susurré y luego salí del baño.

Caminé hacia la puerta principal y miré por la ventana que estaba a un

lado de ella. El frente de la mansión estaba despejado. Nada de carros, las puertas cerradas. Nadie en las escaleras. ¿Dónde estaba él? Me dijo que vendría justo después de que mi madre se fuera al trabajo.

Su bicicleta no estaba delante de la casa. ¿Se habría acobardado?

—¿Buscabas algo? —La voz de Lionel sonó como un ronroneo por el aire detrás de mí. Inhalé bruscamente y me di la vuelta en el acto.

Se paró en el pasillo, lo llenó con su presencia, su colonia. Llevaba la chaqueta de cuero, la camisa de algodón que se ajustaba a sus abdominales, unos vaqueros y una mirada que me decía que estaba a punto de cambiar mi vida. Cómeme viva.

—Tienes que dejar de acercarte sigilosamente a mí de esa manera.

—¿O qué? —preguntó y se acercó a mí.

Me quedé sin aliento. —Yo... ya sabes. Um.

—Elocuente.

—Lionel, esto es.... ¿estamos locos por hacer esto? Nuestras primeras veces. ¿Qué pasa si... no va bien?

—Estoy a punto de acobardarme, Maddy —contestó bruscamente. —No presiones.

Abrí la boca para discutir, pero me contuve. Quería que se quedara, no que huyera antes de que tuviéramos la oportunidad de hacer esto. Habíamos dicho que lo haríamos para no tener que preocuparnos por no tener experiencia con otras personas. ¿Verdad? Eso era todo.

No hay conexión emocional.

Pero sus ojos marrones me decían cosas que yo quería creer.

Si hubieran sido susurros o palabras, me habría inclinado más cerca para distinguirlos. —Así que, —me las arreglé,—¿Dónde quieres hacer esto?

—Quiero hacer otra cosa primero —dijo y me apretó contra la puerta, clavándome entre su duro cuerpo y la madera. Sus dedos se atascaron en mi pelo y viajaron sobre mi garganta, hasta mis mejillas.

—Joder, eres preciosa.

Temblaba, necesitaba ayuda entre mis piernas. En parte, había sentido las hormonas en ocasiones anteriores, pero nunca algo así. Dios, ni siquiera había tenido novio. ¿Cómo se supone que una chica sin experiencia iba a manejar todo esto?

Pero ya no eres una chica. Y él no es un niño. Los dos tienen dieciocho años. Y vas a... hacer esto.

—Estoy nerviosa.

—Déjame ayudarte con eso —dijo, y llevó sus labios a los míos. Me besó, separó mis labios, deslizó su lengua contra la mía y desechó todos mis temores.

Me apoyé en él, agarré su chaqueta y le devolví el beso tan fuerte como pude. Estaba abrumada por el deseo, nos dimos vuelta y tropezamos con el pasillo. Él me levantó, y mis pies se arrastraban ligeramente sobre las tablas de madera, medio caminaba, medio me dejaba llevar de vuelta al dormitorio.

Los latidos de mi corazón se atoraban en mi garganta. —Lionel —dije, contra sus labios. —¿Tienes un...?

—Sí —dijo, —en mi bolsillo.

Me acostó con cuidado, me besó, se quitó la chaqueta y se disparó la presión. Todo lo que quería y esperaba estaba justo delante de mí, y ahora que lo tenía, sabía que esto no terminaría bien. ¿Cómo podría hacerlo? Estaríamos juntos y entonces Lionel sería más que mi amigo. Él siempre sería el tipo con el que habría perdido mi virginidad.

Todo saldrá bien.

Me aferré al pensamiento mientras nos besábamos, mientras él me desnudaba y yo a él, mientras nuestros cuerpos se movían unos contra otros y nos perdíamos en el tacto, el sabor y la novedad de todo lo demás.

Hice un sonido desde lo más profundo de mi centro, tomé mi falda y la camisa que estaba en el piso cerca de la cama y salí corriendo del dormitorio, lejos de Lionel que aún estaba acostado, respirando pesadamente, con una mano descansando sobre su frente.

Oh, Dios mío, oh, Dios mío, oh, Dios mío.

Lo habíamos hecho. Lo que hablaban en los libros. Ahora lo que a otros adolescentes les gustaba hacer ya no significaba nada. ¿Cómo? ¿Cómo diablos hicimos eso? Me hizo tener un orgasmo. Eso era... una primicia. Al menos con un tipo, obviamente.

Me lavé en la ducha, apresuradamente, luego me sequé y me vestí otra vez, mirándome en el espejo. Yo era la misma, aparte del hecho de que mi pelo estaba arruinado. Lo cepillé para arreglarlo y puse mi peine en su lugar.

Pero no, yo no era la misma. Había algo diferente.

Sí, te acostaste con tu mejor amigo y saliste corriendo al baño como una velocista olímpica.

Abrí la puerta y regresé a mi habitación.

Lionel estaba vestido, tirando de su chaqueta de cuero. Me miró a los ojos, y el deseo que había estado allí había desaparecido. Su mirada era pétrea. —Ahí estás —dijo, sin calidez.

—Aquí estoy —dije y me encogí de hombros. —Así que, eso fue raro.

—¿Raro?

—Sí, bueno, pero raro. Probablemente no deberíamos hacer eso de nuevo. ¿Estás bien? —Pregunté, y era una locura que fuera yo quien tuviera que hacer esa pregunta. Pero, para ser justos, nos habíamos entregado el uno al otro. —Te pareces a ti, bueno, como si no hubieras tenido sexo —Me reí, pero salió un poco agudo.

—Feliz cumpleaños —dijo. —Me tengo que ir.

—¿Qué? ¿No quieres, ya sabes, pasar el rato? —Pregunté, odiando que el contexto entre nosotros hubiera cambiado, ahora. Parecía algo extraño y desesperado, mientras que hace media hora habríamos sido dos amigos descansando juntos. —Quiero decir, tengo algo de pastel.

—No, estoy bien.

—OK —Me abracé, juntando mis dedos contra la parte superior de mis brazos. —¿Y ahora qué?—

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿ahora qué? ¿Vas a salir o nos vamos a quedar aquí incómodos?—

—Deberíamos hablar —dijo abruptamente.

—OK —Dios, sabía que era una mala idea, pero mi atracción hacia él era demasiado fuerte. Fuimos un par de idiotas por haber hecho esto. Pero podíamos solucionarlo. Nunca lo volveríamos a hacer, seguiríamos siendo amigos, y dejaríamos que esto quedara en el pasado. Eso era todo.

Pero mientras se movía por la habitación, no pude evitar contener mis pensamientos. Imaginarnos juntos, no sólo sexualmente. Sentados lado a lado en el sofá, tomados de la mano, bromeando, con mi cabeza apoyada en su pecho, durmiendo. No, no, no, no. Estos eran pensamientos que había estado teniendo durante un tiempo, pero los había superado.

Lionel se apoyó en mi escritorio, doblando sus brazos, el crujido de su chaqueta rompió el silencio entre nosotros.

—Vale, ¿entonces estamos hablando de...? —Le pregunté.

—Hoy me voy de la ciudad —dijo. —no voy a volver. Y no creo que debamos volver a ponernos en contacto, Madeline.

Mi mundo se vino abajo.

—¿De qué demonios estás hablando, Lionel?

—Que no deberíamos hablar más —dijo bruscamente. —Deberíamos tomar caminos separados.

—¿Y el hecho de que hayamos sido amigos durante años no significa nada? Quiero decir, ¿qué demonios? No puedes hablar en serio.

—Es en serio —dijo, y no había sonrisas, ni emociones. Era como si alguien hubiera reemplazado a Lionel con un impostor.

La confusión se apoderó de mí. Abrí la boca, exhalé, traté de encontrarle sentido en mi cabeza. Pero no había ningún razonamiento para esto. —¿Estás...? No lo entiendo.

—No tienes que entenderlo, Madeline —dijo. —Sólo que lo que hicimos fue un error. Tenía que suceder esto para que me diera cuenta. Pero ya se acabó, y es hora de que cada quien tome su propio camino. Así que gracias por todo. Me voy —Se alejó del escritorio y pasó junto a mí.

La conmoción que se había apoderado de mí se transformó en ira. Me giré sobre mi talón y lo seguí hasta el pasillo. —¡Oye! —Le grité. —¿Estás bromeando?

Lionel no paraba de caminar.

—Haces eso minutos después de que... ¿sabes? Joder, ¿qué te pasa?—

—Nada —Lionel abrió la puerta y salió.

Sostuve la puerta por el mango, temblando de la ira. —¡Eres un imbécil! —Le grité. Mi mejor amigo, el que yo creía que siempre estaría ahí para mí, se había ido.

TREINTA

Lionel

En la actualidad. Ciudad de Nueva York

—Entonces, me gustaría que cancelaras mi cita de las cinco en punto — dije, mientras apagaba la computadora de mi oficina. Las ventanas ofrecían una vista del centro de la ciudad, se apreciaban las luces brillantes ahora que el sol se había puesto y el arco de tráfico que viajaba por la carretera. —la conferencia telefónica a las siete del miércoles también.

—Muy bien, lo tengo, y lo tengo —dijo Jemima, anotándolo todo en su iPad. —Tengo algunos mensajes para usted también, señor.

—Mensajes —dije, frunciendo el ceño. —Estuve en mi escritorio todo el día.

—Sí, pero mencionó que no lo molestara durante su hora de almuerzo, señor.

—Oh, por supuesto. Claro. ¿Cuáles son los mensajes?

—Había uno de tu... bueno, tu ex-prometida. ¿Raquel?—

—Estoy familiarizado con ella, sí —respondí.

—Pidió que la llamas. Dijo que era urgente.

Me había estado dejando mensajes así toda la semana, y no le había devuelto ninguno de ellos. La única persona de la que quería oír hablar era Madeline, pero no había señales de ella. Supongo que era lo que me merecía después de la mierda por la que la hice pasar.

La semana pasada había estado... vacía. Mi apartamento era diferente, se sentía diferente. El negocio era menos satisfactorio, y cada minuto que pasaba en vela estaba lleno de pensamientos sobre Madeline. Extrañarla, necesitarla. ¿Podría estar más angustiado?

—¿Señor?

—Sí, gracias —dije. —¿Eso es todo?

—Jeff también llamó y mencionó que la invitación a su boda sigue en pie si quiere asistir, pero tendrá que confirmar su asistencia al final del día.

Eran las 8:00 p.m., y Jemima ya tenía muchas horas extras. Se había

dedicado a llevar la vida de una asistente personal de alto perfil, así que mis niveles de culpabilidad eran mínimos. Si yo trabajaba hasta tarde, ella trabajaba hasta tarde. Si yo salía temprano, ella también. Traté de ser el tipo de jefe que me hubiera gustado tener cuando empecé.

—Entonces, ¿debería decirle que asistirás?—

—Claro. Iré solo.

—Bien, entonces... el último mensaje es de un tipo llamado Zael. No me dio su número, pero dijo que sabrías de qué se trataba y cómo localizarlo.

Me quedé paralizado, me abstuve de balancearme de lado a lado en la silla. —Zael —dije.

—Mm-hmm, sólo Zael, sin apellido.

—Gracias —dije. —Eso es todo por esta noche, Jemima. Eres libre de irte.

—Muy bien, señor. Gracias. Que tenga una buena noche.

—tú también —le contesté.

Salió de la oficina con su entusiasmo habitual y cerró la puerta de cristal al salir. Levanté el teléfono de la oficina y marqué el número de Zael de inmediato. Sonó dos veces antes de que respondiera.

—¿Quién es? —preguntó, y casi pude sentir sus ojos entrecerrarse.

—Lionel.

—Oh, jefe, me alegra saber de ti.

—¿Tienes alguna novedad para mí? —Había pasado la última semana suspirando por Madeline como un maldito idiota, y la idea de volver a Hope's Hollow me atraía.

—Sí, sí, y una muy interesante.

—Cuéntame.

—Edgar no regresó a Nueva York después de todo —dijo Zael.

—¿Qué? —Me enderecé detrás de mi escritorio. —¿De qué estás hablando, Zael? Me dijiste que había regresado.

—Estaba equivocado. Seguí a Rufus de vuelta a la ciudad, pero luego lo perdí. Así que decidí seguir a Edgar, y sí, no está aquí —Zael sonaba demasiado casual. Como si esto no le importara, como si no le pagara lo suficiente para hacerlo. —Así que, supongo que probablemente está de vuelta en Hope's Hollow. ¿Quieres que lo compruebe?

El enojo se apoderó de mi sistema. —No —dije, con firmeza. —Estás despedido.

—¿Qué?

—Te dije que me llamas con las actualizaciones a medida que las recibieras. Me estás llamando una semana después de lo que deberías, diciéndome que perdiste la marca y que el otro individuo al que seguías se ha ido. Ya no necesito tus servicios. Te pagaré una indemnización a tu cuenta bancaria. Gracias por tu tiempo, Zael —Colgué, mi dedo no paraba de temblar mientras lo deslizaba por la pantalla.

Esto era una patada en mis pelotas.

Zael había sido un profesional consumado, ¿y ahora simplemente cambió de opinión? ¿Se volvió laxo? Había regresado la sensación que había perdido hace una semana, de que algo no estaba del todo bien en Hope's Hollow, pero mi mente estaba enturbiada por los pensamientos sobre Maddy.

Ella probablemente estaba en grave peligro gracias a mi falta de atención. Me levanté del escritorio, caminé detrás de él. No me ayudó a calmarme.

Edgar todavía estaba en Hope's Hollow y probablemente lo había estado durante toda la semana que estuve fuera. En cuanto a Rufus Steele, que sólo quería el dinero de Edgar, ¿cómo iba a saber yo si él tampoco se había ido? Zael me había defraudado.

O están juntos.

El pensamiento me provocó pánico, pero no me importó. Solo tenía que asegurarme de que ella estuviera bien.

Dejé de dar vueltas y levanté mi teléfono, lo desbloqueé y busqué entre mis contactos hasta que encontré el número de Maddy. Mis entrañas se retorcieron. Presioné el dial y lo coloqué contra mi oído.

Tres timbres, sin respuesta.

Volví a marcar. El mismo resultado. O no estaba cerca de su teléfono o había visto la llamada y la había ignorado. Por supuesto, la segunda era tan probable como la primera. Estaba enojada conmigo. O no quería volver a saber de mí.

—Vamos, Maddy. Esto es serio —Pero la persuasión no ayudó. El teléfono sonó de nuevo, fue directo al buzón de voz.

—Hola, soy Madeline. Deja tu nombre y número después de la señal, y te llamaré —Sonó un pitido bajo y un clic, pero colgué sin dejar un mensaje.

Apreté los dientes y pasé a la siguiente mejor opción. El número de su madre. Lo había conseguido para coordinar con la compañía de alarmas en Hope's Hollow. Presioné el dial, mi impaciencia crecía con cada milisegundo.

—¿Hola? —La voz de Lora se escuchó. —Hola, Sra. Griffin, es Lionel.

—Lionel —dijo ella, y un ruido clamó al fondo. ¿Un anuncio de TV? —
¿Cómo te puedo ayudar?

—Siento llamar tan tarde, me preguntaba si estabas cerca de Madeline. Necesito hablar con ella.

—Bueno, para ser sincera, Lionel, no estoy segura de que quiera hablar contigo.

—Lo entiendo, pero esto es excepcionalmente importante —dije.

—Muy bien, ¿de qué se trata?

Dudé. —Su ex-novio está en Hope's Hollow. Me temo que puede ser un peligro para ella.

—Lionel, es muy dulce que te preocupes por ella, pero sabemos que Edgar está en la ciudad. Él es un total imbécil pero es inofensivo. A menos que cuentes todo el asunto del traje como un crimen de moda. Entonces, sí, es un peligro, pero aparte de eso... —se calló y otro anuncio resonó en el fondo. —Mira, cariño, estoy en el trabajo. No estoy cerca de Maddy, desafortunadamente, pero lo estaré en media hora.

—Ya veo. ¿Podría darle un mensaje de mi parte, por favor?

—Supongo que sí. Pero podrías llamarla al teléfono y dejarle un mensaje, cariño. No es como si viviéramos en la Edad Media. Ahora hay correo electrónico. Y Snapchat. ¿Has probado el Gram?

—Dile que se mantenga a salvo, por favor —dije, incapaz de encontrar el humor en sus palabras. —Dile que tenga cuidado.

—Hmm, de acuerdo. Pero tengo la sensación de que hará lo contrario de lo que le digas que haga. Tengo que irme, Lionel. Pórtate bien, ¿de acuerdo? Espero que nos volvamos a ver algún día. Cuando Madeline no tenga ganas de arrancarte los ojos. Es una broma, por supuesto. Adiós, cariño.

—Adiós —Colgué y puse el teléfono en mi escritorio.

Maddy estaba ahí fuera, y sólo Dios sabía en qué clase de peligro estaba. Fui un idiota. Debí haber ido a verla antes. Nunca debí haber tomado a Zael en serio cuando me dijo que Rufus y Edgar estaban fuera de Hope's Hollow.

Jesús, esto era algo que sobrepasaba mis peores pesadillas, pero, y ¿si ella volviera con él y cedía a lo que tenía para ofrecerle?

Era el peor pensamiento imaginable.

Imaginarla con cualquiera me ponía furioso. Parado aquí, impotente, sin hacer nada.

—Al carajo con esto —Agarré mi teléfono, lo guardé, y tomé la chaqueta de mi traje de la parte trasera de la silla. Al salir de la oficina mi meta estaba clara, Madeline era mi prioridad. Las promesas ya no importaban. Ella sí. Lástima que haya sido tan tonto como para no haberlo visto cuando tuve la oportunidad.

TREINTA Y UNO

Madeline

Mi turno en el Holloway Inn estaba casi terminado, pero revisé mi teléfono para verificar la hora, de todos modos. Me estaba mintiendo a mí misma, fingiendo que lo que importaba era el tiempo que restaba para irme a casa. Cuando en realidad, era la llamada perdida en mi pantalla. No había mensajes de voz.

Lionel me había llamado. Hace apenas unos cuarenta minutos, mi teléfono había zumbado detrás del escritorio, y mi corazón había saltado en mi garganta al ver su nombre parpadeando en la pantalla.

¿Qué es lo que quiere?

Joder mi mente aún más. Ese era su modus operandi, o así parecía últimamente. —Olvídalo —murmuré.

Llamaron a la puerta de la oficina, me levanté, recogí mi bolso y mi abrigo y fui a abrir.

La dueña, Betty, estaba de pie sonriéndome. —Hola, cariño. Muchas gracias por vigilar el lugar tan tarde. Estoy aquí para quedarme, así que puedes fichar la salida.

—No hay problema, Betty. Muchas gracias.

—Voy a ordenar aquí y luego me iré a la cama. Que tengas una buena noche, cariño —Betty era de mediana edad, siempre vistiendo trajes de pantalón y acentuándolos con una sombra de ojos oscura para hacer el atuendo más dramático. Posiblemente era la persona más amable en Hope's Hollow, y eso decía mucho de ella.

—Muy bien. Bueno, que duermas bien.

—Oh, y Raquel te está esperando en la recepción —Me detuve a mitad de camino.

—¿Qué?

—Oh. Oh Dios, pensé que te alegrarías de verla, querida. Ustedes dos eran buenas amigas en el instituto.

Aparentemente, sólo las noticias que quería ocultar se difundieron en el

Hope's Hollow. El hecho de que Raquel y yo hayamos tenido una pelea no.

—Está bien —le dije. —Gracias por decírmelo.

—¿Estás segura, querida? Podría pedirle que se vaya.

—No, no, está bien, Betty. Me encargaré de ello.

—Está bien, entonces —Pero no sonaba segura.

Salí de la oficina y caminé por el pasillo corto hacia el frente de la posada. Era un lugar pintoresco, de sólo dos pisos y decorado según la estética de la ciudad: imágenes de la ciudad a lo largo de las paredes, pisos de madera, muebles antiguos.

Entré en el área de recepción, le hice un gesto a Henry que estaba detrás del escritorio y luego caminé hacia la puerta. Una figura apareció levantándose de una de las sillas de la entrada. Era Raquel.

Me mostró una sonrisa aguda. Hoy había elegido usar una falda y una blusa modesta que no se parecía en nada al vestido que usó para la reunión. Su maquillaje era ligero y su pelo estaba recogido hacia atrás.

—Hola —dijo ella. —¿Te importa si hablo contigo?

—Algo así, sí —respondí, optando por la honestidad. —Raquel, tú y yo tenemos muy poco de qué hablar.

—Oh, de hecho, no. Tengo mucho de qué hablar. Yo... bueno, tengo algunas noticias.

Luché para que me importara. Pero no me importaba en lo absoluto.

—Podemos hablar afuera —dijo Raquel, mirando a Henry con recelo. —Para que no nos escuchen. No es que quiera ocultar nada, quise decir..

—Lo que sea —Abrí la puerta principal y salí, con el sonido de sus tacones siguiéndome afuera. Me dirigí al coche de mi madre. Ella ya debía estar en casa, compartiría el viaje con otra de las enfermeras de Hope's Hollow. Me detuve y saqué las llaves del auto de mi bolso.

—Muy bien, entonces, las noticias.

Cerré los ojos y exhalé, lentamente. Tenía que lidiar con esto. Al igual que tendría que lidiar con mis sentimientos por Lionel y su clara falta de amor por mí. Su necesidad equivocada de protegerme no se traducía exactamente en amor. Tampoco la lujuria que compartimos.

Me enfrenté a Raquel. Sus labios se retorcieron en una sonrisa, y levantó su mano izquierda. —Estoy comprometida —dijo.

—Uh —¿Lionel? Jesús, ¿podría ser? —Vale. Eso es... No sé cómo responder a eso. ¿Quién es el tipo? —No podía forzarme a poner el

afortunado ahí dentro.

—Es Brendan. Brendan Park.

—Yo... no lo conozco.

—Fue a la escuela con nosotros, era una especie de nerd, cursaba un año por debajo del nuestro. De todos modos, es enorme en todos los sentidos. Es dueño de una gran compañía de informática en Silicon Valley. Volvió a la ciudad para encontrarse con su hermana, y nos encontramos y todo encajó perfectamente.

—Oh. Eso es genial, Raquel. Eso es realmente genial —Y era difícil de creer.

—No pareces muy contenta —contestó Raquel, bajando lentamente la mano.

—Estoy confundida. Pensé que estabas decidida a recuperar a Lionel. Y... maldita sea, Raquel, ¿te volviste loca la otra noche en la reunión cuando Lionel y yo estábamos juntos, y ahora te apareces en mi lugar de trabajo para hablar de tu compromiso? Eres tan egoísta.

Raquel me hizo una ojeada. —¿Hablas en serio? Vine aquí para ser amable contigo. Para decirte que puedes tener a Lionel. Encontré a mi hombre.

—No quiero a Lionel. No eres la persona que pensé que eras —Dije, había desatado mi ira ahora. —En todo este tiempo no me has preguntado cómo me va ni una maldita vez. Se trata de ti y sólo de ti. Al carajo con eso y contigo por hacerme sentir mal por lo de Lionel y sobre mi amistad contigo.

—Whoa. ¿Qué?

—No te hagas la idiota —dije. —Sabes lo que estás haciendo y los sentimientos de quién estás hiriendo, Raquel. No creo que hayas sido nunca una amiga de verdad. No querías estar conmigo, sino con él. Se acabó —Hice un intento para abrir la puerta del coche.

Raquel empujó su mano contra el carro. —Espera, espera, espera un segundo.

—¿Para qué? —Le pregunté.

El momento catártico había sido genial, pero estaba cansada. Cansada de ella y del drama también. Necesitaba un tiempo a solas, maldita sea.

—Tienes razón —dijo Raquel.

—¿Sobre qué ?

—Acerca de que no quería ser tu amiga al principio. Siempre quise

acercarme a Lionel, pero me di cuenta de que... no me quería en absoluto. Siempre te quiso a ti. Desde el principio. Creo que te amaba cuando estábamos en el instituto, pero luego se dejaron de hablar, y se dio mi oportunidad de hacer lo que yo quería, por fin.

—¿Quieres quitar tu mano de mi auto? Quiero decir, gracias por decírmelo, pero....

—Lionel te amaba. Él intentó hacer las cosas bien conmigo, pero yo no pude soportarlo. Mi corazón ni siquiera se rompió cuando me dejó, no tanto como pudo haber sido, así que no deberías sentirte culpable por permitirte que estén juntos.

La miré fijamente, sin palabras.

—Lo engañé —dijo ella. —Tres veces. Se enteró después de la última vez, y en el instante él supo que yo estaba fuera de su vida. Metí la pata porque sabía... que no era feliz. No podía soportar la idea de que quisiera a alguien más. Especialmente a ti —Levantó la mano del auto. —Así que, ahí lo tienes. ¿Es esa la verdad que querías?

Él no me había contado sobre la infidelidad. Por otra parte, Raquel no había sido exactamente nuestro tema del momento. De hecho, habíamos estado evitándola.

—Sí, eso es lo que pensé. Así que, no puedo estar feliz por ti y tú no puedes estar feliz por mí, ¿verdad? —preguntó Raquel, retrocediendo. —Supongo que eso es todo.

—Sí, eso es todo —Abrí la puerta del coche y entré. La cerré enseguida, ignorándola.

Puse las llaves en el encendido, arranqué el motor y salí del estacionamiento. ¿Qué demonios se supone que tenía que hacer con todo esto? Engañó a Lionel. Lionel nunca volvería con ella, no es como que eso hiciera alguna diferencia.

¿No es así? Todavía lo quieres.

Pero él no me quiere de vuelta.

¡Para! Me regañé. *Deja de pensar en él. Se acabó.* Pero mi instinto me dijo que esto estaba lejos de haber terminado, aunque yo quisiera que fuera así.

Estaba hambrienta, pero no había nada abierto a esta hora de la noche, excepto el bar. No era una mala idea. Servían una gran pizza, y definitivamente necesitaba desahogarme un poco. Podría enviarle un mensaje

de texto a mi mamá y decirle que llevaría una a casa y que no se preocupara porque llegaría tarde.

Me detuve fuera del bar y estacioné el carro. Un letrero destellaba contra el costado del edificio, pero casi no podía notarlo, incluso estando justo enfrente de mí.

Esto era absurdo.

Entré al bar, me dirigí al mostrador y ordené una de las pizzas especiales de la casa para llevar, luego saqué el teléfono y le envié un mensaje de texto a mi mamá. Fruncí el ceño. Eran más de las 10:00 p.m., y ella no me había mandado un mensaje de texto para regañarme por llegar tarde a casa.

Normalmente lo hacía, lo que me demostraba que le importaba. Una mano me sujetó por el brazo.

Asfixié un gemido de susto. Edgar. Otra vez. ¿Todavía estaba en la ciudad? ¿Por qué? ¿Por qué hacía esto? Había sido tan clara con él.

Me sonrió, intentando usar el encanto que al principio me había atraído hacia él. Posiblemente porque, en ese momento, me había recordado a la fanfarronería de Lionel.

—Te dije que me dejaras en paz —Ya estaba harta de esto. Mañana, iría a la estación local y pediría una orden de restricción. Ya había tenido suficiente del tema. —Vete antes de que llame a la policía.

—Madeline, no estoy tratando de recuperarte. Necesito tu ayuda.

—¿Qué? —Parpadeé. La música de los altavoces y las risas que venían de la mesa de billar hacían el ruido de fondo.

Me soltó el brazo. —Debe haber alguna parte de ti que aún se preocupe por mí.

Mordí el interior de mi mejilla. ¿Una parte de mí? Tal vez. No románticamente, pero a nivel humano, claro. Todavía me quedaba algo de compasión, a pesar de que él me había engañado y me había jodido. —No realmente —dije, sin embargo, fría como el hielo.

¿Qué pasa esta noche? ¿Todos quieren meterse conmigo o...?

—Madeline —continuó Edgar, y levantó una silla. —Hablo en serio. Esto no tiene nada que ver con las emociones, sino con los negocios.

—La última interacción de negocios en la que estuviste involucrado terminó dejándome sin trabajo —Se aseguró de que me despidieran antes de que se hiciera la venta. El mismo día de la venta, así que no tendría más remedio que aceptar mi destino. No podía demandarlo por despido ilegal. La

junta había estipulado que era justificado y me había dado una indemnización por despido. —Madeline, nunca quise hacerte daño.

—Esa es una mentira descarada, y no me trago ni un poco de ella —Me rompí el cuello buscando al tipo que había tomado mi pedido de pizza. Se había ido, probablemente a fumar un cigarrillo en la parte de atrás, eso no me ayudaba.

—Por favor, tienes que creerme. Sólo vendí el hotel porque estaba... herido.

—Oh, bueno, siento que acostarte con otra persona haya sido tan doloroso —le contesté.

—No me estás escuchando, Madeline.

—Eso es porque no quiero —Me levanté, me incliné hacia adelante en la barra y saludé al tipo que había aparecido en el otro extremo. —¿Dónde está mi pizza? —Levantó una mano, indicando cinco minutos, y yo gruñí internamente.

—Esto no tiene nada que ver con nuestro pasado juntos, no en el sentido que estás pensando. Estoy en un lío y creo que eres la única que puede ayudarme —Su voz se había vuelto mansa, pasiva, lo que no era propio de él.

Mi frente se arrugó. —¿Ayudar con qué? —Le pregunté, por fin.

No lo ayudaría, pero me intrigaba saber lo que quería. ¿Qué era lo que pensaba que obtendría de mí? Estaba delirando si realmente creía que lo ayudaría.

—Estoy en un aprieto financiero —dijo Edgar. —Hay un tipo que... bueno, le debo dinero y no me deja en paz.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Tienes ese, uh, amigo. El que compró el Royal Rutherford.

—¿Lionel?

—Sí. Él. Tal vez él pueda darte el dinero. Podrías decirle que sería para ayudarte a establecerte con otro negocio. Y luego me darías ese dinero a mí. Algo de eso. Podrías pedirle más de lo que necesito y mantener el equilibrio.

Me enfermó. ¿Qué carajo había visto en este hombre? Toda la normalidad y la pretensión habían sido exterminadas por completo, como una máscara arrancada de la piel dejándola roja y en carne viva.

—¿Qué dices? Ambos podríamos hacer algo de dinero con ello.

—Me das asco —le contesté.

El camarero con el que hablé apareció detrás de la barra, trayendo una

caja blanca de pizza. La dejó en la barra, y yo dejé algunos billetes sin decir una palabra. Levanté la caja y salí del bar, echando humo.

¿Cómo había terminado en esta situación?

El incendio, la ventana rota y ahora esto. Había descartado los incidentes pasados porque podría haberse tratado de unos niños idiotas de la ciudad. Algunos adolescentes se atreverían con facilidad a hacer bromas así, ¿pero ahora? No estaba tan segura. ¿Y si fue Edgar? ¿Y si fue su intento de...? No, eso no tenía sentido. Edgar necesitaba dinero, y destrozar la mansión de Lionel no le daría nada.

Llegué hasta el carro, lo abrí y deslicé la caja de pizza sobre el asiento del pasajero.

—¡Espera! —Edgar gritó. —Por favor, Madeline. Estoy desesperado — Respiró mientras se movía hasta mi costado del carro, pero no puso su mano en la puerta, gracias a Dios. —Por favor.

—Dime algo, Edgar —le dije, girándome hacia él, las llaves de mi auto tintineaban contra mi palma. —¿Has venido a Hope's Hollow para esto? ¿Fue para esto que viniste? ¿Para rogarme por dinero porque sabías que era amiga de Lionel?

—¡No! No, no lo sabía. Al principio, se trataba de encontrarte y estar contigo de nuevo —dijo.

—Conocías a Lionel desde el principio. Sabías que era un buen amigo mío —Habíamos pasado años juntos. Por supuesto que sabía de mis años de preparatoria, de mi madre, de mi historia. —Sabías quién era cuando compró el hotel.

Cuanto más hablaba, más se descolgaban los hombros de Edgar. Fue como si su cara se derritiera, los labios se inclinaban hacia abajo en las esquinas. —Tienes que entender, esta gente que quiere el dinero, son...

—¿Cómo terminaste en esta posición? —Le pregunté. —¿Cuánto tiempo ha estado pasando esto? —¿Y cómo no me había enterado? Esa era una pregunta tonta. Por supuesto que yo no iba a enterarme. El hombre me había ocultado cantidades incontables de cosas a lo largo de nuestra relación.

Edgar no me dio una respuesta. Me miró con los ojos perdidos, aparentemente atrapado entre la verdad y admitir que era un completo idiota. Agité la cabeza. —No voy a ayudarte, Edgar. Has hecho tu cama, ahora acuéstate a dormir.

Entré en el coche y cerré la puerta rápidamente.

Edgar se adelantó y golpeó una mano contra la ventana. —Perra —gritó, su patética expresión se había transformado en una de ira santurróna. — ¿Crees que eres mejor que yo? Tú no eres nada. No eres nada, y no te quedarás nada. Siempre fuiste nada sin mí.

Me fui sin decir una palabra, pero miré por el espejo retrovisor de forma intermitente, en caso de que decidiera seguirme.

Una sensación de ligero temor había comenzado en mis entrañas.

Edgar está aquí para pedirme un dinero que yo no tengo. Recordé la sensación de ser observada. El incendio. El allanamiento.

Descarté los miedos y me enfoqué en mantener los ojos en el camino, sólo quería llegar a casa con mamá y dejar atrás toda esta noche.

TREINTA Y DOS

Madeline

Cuando me detuve frente a la casa, estaba exhausta. El viaje desde el bar había sido corto, pero ver a Raquel y a Edgar esta noche me había agotado. El olor a queso derretido y pepperoni de la pizza era el único punto culminante en este momento.

Estacioné el carro, tomé la caja y salí de él, bostezando. —Dios — murmuré. —Qué noche.

El frente de la casa era cálido y acogedor, las luces estaban encendidas en la sala de estar y la televisión también, a juzgar por los destellos de luz azul contra las cortinas. Mamá probablemente se había aburrido de esperar a que yo llegara a casa. Teníamos un ritual de comer y ver una película juntas cada noche.

Era nuestro tiempo de unión madre e hija ahora que estaba de vuelta en Hope's Hollow, y lo anticipaba venir al final de un día duro como este. No es que trabajar en la posada fuera difícil. Era muy gratificante, pero también era un duro recordatorio de que ya no era una mujer de negocios.

Me dirigí a la puerta principal, empujando los pensamientos negativos fuera de mi mente. Saqué las llaves, la abrí y entré.

Las conversaciones de la tele resonaban por toda la casa. Una mujer hablando del fin del mundo. Probablemente una de las películas de terror que a mamá le encantaba ver cuando yo no estaba.

—Estoy en casa, mamá —avisé y caminé por el pasillo, haciendo una pausa en la entrada de la sala de estar. Estaba vacía, una solitaria botella de cerveza había quedado olvidada en la mesita de café. Los cojines estaban dispuestos de la manera típica en que mamá los apilaba, todos apiñados a un lado del sofá. Sonreí y seguí avanzando por el pasillo.

—Mamá, ¿dónde estás? Traje pizza. ¿Recibiste mi mensaje? — Obviamente, tenía que haberlo recibido, o si no hubiera llamado a la caballería de rescate del restaurante de comida china. Llevé la pizza a la cocina, la puse sobre la mesa, saqué algunos platos y empecé a servirla. —No

creerías el día que tuve —Probablemente estaba en el baño.

Mi teléfono sonó y lo saqué de mi bolso, dejándolo sobre la mesa junto a la pizza.

El nombre de Lionel apareció en la pantalla.

Presioné mis labios y lo miré fijamente, tratando de salir del tren de pensamiento de que él era lo que yo quería.

—Estoy demasiado cansada para esto —murmuré, pero aún así mi dedo viajó hasta el botón del teléfono. Para responderle, sin decidirlo a tiempo. — No me interesa.

La llamada telefónica había sido dirigida al buzón, pero otra llegó casi inmediatamente después. Tenía muchas ganas de hablar conmigo.

Golpeé el ícono verde del teléfono peleando contra mis mejores instintos. —¿Hola?

—Maddie —dijo Lionel.

Su voz se sentía como agua fresca después de estar muriendo de sed. — Has estado tratando de llamarme —le dije.

—Lo he hecho. Llamé a tu madre, pero me dijo que estabas en el trabajo.

—De acuerdo. ¿Y?

—Voy a ir a verte —dijo.

—¿Qué? —Se me resbaló el agarre del teléfono. Le di la espalda a la pizza, me dirigí a la puerta de la cocina y luego volví a girar hacia la mesa. — ¿Por qué?

—Porque tengo que asegurarme... porque necesitas estar a salvo.

—Otra vez esto no —dije. —Estoy bien, Lionel.

—No es lo mismo que antes, Maddie. Esto es diferente. Creo que podrías estar en peligro. Esto no tiene nada que ver con el hotel o la promesa. Esto es real.

—Real —Suspiré. —Amigo, no estoy de humor para esto ahora mismo. He tenido que lidiar con... mucho. Muchas cosas con las que no quisiera tener que lidiar. Podemos hablar de esto en otro momento.

—Maddie. Soy tu amigo. Estoy aquí para..

—No, Lionel, ya no eres mi amigo. Sólo olvídate de mí. No necesito protección o...

—Es tu ex-novio —dijo. —Se ha topado con gente muy mala.

¿Cómo demonios sabía eso? Entonces, recordé que él me había estado observando, así que supongo que también había estado vigilando a Edgar. —

Puedo arreglármelas sola —Colgué y guardé mi teléfono en el bolso, rechinando los dientes.

Apenas ahora había empezado a olvidar el hecho de que Lionel me había mentido, con o sin buenas intenciones. —Déjalo ir —murmuré.

No dejaría que esta noche fuera más sobre él de lo que ya había sido.

—Hora de la pizza —Levanté algunos pedazos más y los llevé a los platos, comiendo algunos bocados. —Así está mejor. Mamá, date prisa, te estás perdiendo la cena. Voy a comerme todo esto yo sola.

Mi mirada viajó desde la pizza hasta las ventanas de la cocina. Los escalofríos me corrieron por la columna vertebral. Los cristales rotos se esparcían sobre el mesón y en el fregadero. Las cortinas de encaje estaban rasgadas y colgaban de su barandilla.

—Mamá —dije con voz ronca, aunque probablemente era demasiado tarde para eso.

El pánico se cerró alrededor de mi garganta. Alguien había entrado por la fuerza. ¿Por qué no había sonado la alarma?

Me di la vuelta y me moví a través de la cocina, acolchando mis pasos a través de ella, tan suavemente como mis zapatos me lo permitían. Me detuve en la puerta y miré por el pasillo. —¿Mamá? —Llamé, en voz baja. La puerta del baño estaba cerrada, la luz salía de la grieta debajo de ella.

¿Y si se hubiera atrincherado en su interior por miedo a quienquiera que hubiera entrado? O tal vez, nadie había entrado, y había sido otra roca lanzada a través de la ventana. Entonces, habría llamado a la policía o a mí o...

Podría haber alguien en la casa.

Pero, ¿quién? ¿Y por qué? ¿Edgar?

No, no habría tenido tiempo de llegar antes que yo y romper la ventana o asustar a mi madre. Presioné mi espalda contra la pared y me fui deslizando hacia el baño, mirando a diestra y siniestra, buscando cualquier otra señal de disturbio. Por favor, Dios, que esté bien. Cerré la mano alrededor de la manija de la puerta del baño y exhalé lentamente.

—¿Mamá? —Llamé a la puerta. —¿Estás ahí dentro? —Giré la perilla, con el sudor corriéndome en la frente. La puerta se abrió y respiré un poco.

La habitación estaba vacía. No había nadie dentro, todo estaba intacto.

Un ruido fuerte se escuchó desde la sala de estar, y me saltó el corazón hasta la garganta. Alguien estaba aquí. —¿Mamá? —Llamé, por última vez.

Sin respuesta, corrí para activar el botón de pánico en el dormitorio de mi madre. La alarma sonaría y entonces, yo estaría a salvo. Relativamente hablando.

—Mamá, si eres tú, por favor, contéstame. Necesito..

Un hombre salió de la sala de estar. Llevaba una máscara de esquí negra y guantes de cuero. Tenía una cuerda en una mano y una porra en la otra.

Mis rodillas se debilitaron. La idea de razonar con esta persona no se me cruzó en ningún momento. Ojos oscuros miraban por los huecos de la máscara, concentrados directamente en mí.

Corre, idiota. Ve por el botón de pánico. ¡Rápido!

Corrí hacia el dormitorio de mi madre, un montón de gritos se habían atorado bajo en mi garganta, frenados sólo por la urgencia de salir de ahí, de escapar rápido antes de que él hiciera lo que fuera que había planeado para mí. ¿Dónde estaba mi madre?

Alcancé llegar corriendo a su habitación y fui directo hacia la cama, tropecé con ella en la oscuridad. El botón de pánico estaba justo detrás de la cabecera en el lado derecho. Fácil de alcanzar por la noche. Me costaba un poco atravesar el colchón, el ruido de las pisadas del intruso retumbaba en mis oídos.

Se me escapó un pequeño grito. Mis dedos rodearon el borde de la cabecera y tocaron la almohadilla del botón de pánico. Lo presioné.

No sucedió nada.

No hay ninguna explosión de la sirena de la alarma. Nada. Lo presioné de nuevo. —Vamos, vamos —grité, frenética ahora.

Las manos del hombre se cerraron alrededor de mis tobillos y tiraron fuerte. Me deslizó hacia atrás pero tuve tiempo de agarrarme de la cabecera engancharme en ella.

—Ya suéltate, chica —dijo el hombre con voz arenosa y profunda. —No tiene sentido que te resistas.

—Vete a la mierda —gruñí, y lancé patadas con ambas piernas. No me liberé. Mi pánico había llegado a su punto máximo. ¿Qué coño se supone que tenía que hacer ahora? El botón no funcionaba. ¿El sistema de alarma estaba desconectado?

El tipo apretó el agarre y volvió a tirar de mí, tan fuerte que mis dedos amenazaron con deslizarse y perder el agarre contra la cabecera.

—Por favor —dije, sin aliento, aún pateando sin detenerme, forzándome

a subir a la cama lejos de él. —Por favor, déjame ir. Yo....

—Tú vienes conmigo —Se burló de mí otra vez.

—¡Por favor!

—Silencio. No lo hagas más difícil de lo necesario.

—¿Por qué estás haciendo esto?

Otro tirón, y mis dedos se soltaron. Me tiró por la cama hacia él y yo grité tanto como pude.

Escuché un estremecedor crujido, un segundo de dolor cegador en la parte de atrás de mi cabeza, y de pronto mi visión se volvió negra. Mi intento por conseguir aliento era todo lo que podía oír.

El dormitorio se desvaneció.

TREINTA Y TRES

Lionel

Encontraré a Edgar y lo destruiré.

Mis manos sujetaban el volante, mis nudillos estaban blancos por la presión en el agarre y mi concentración enfocada en el camino. Iba de vuelta a Hope's Hollow, directamente hacia la casa de los Griffin.

Técnicamente, todo estaba bien. Ella había contestado su teléfono, habíamos hablado. Ella estaba a salvo. Pero mi instinto me decía lo contrario.

Era la sospecha combinada del mal trabajo de Zael y el hecho de saber que Edgar seguía en la ciudad. Él no había pagado sus deudas. La investigación que había hecho sobre él estos últimos meses me había dicho todo lo que necesitaba saber.

Estaba quebrado, endeudado y le debía dinero a las peores personas. Ninguna cantidad de hoteles vendidos cubriría los millones que debía, y eso significaba que estaba aquí por el dinero.

Dinero que sólo podía conseguir de sus contactos y uno de ellos era Madeline. Y el contacto de ella era yo.

Transité el camino entre las puertas abiertas y aparqué mi coche detrás del Volvo de Lora en la entrada. Mi respiración se ralentizó. Ella estaba en casa. Las luces estaban encendidas en la sala de estar, la televisión también. Ella había respondido mi llamada.

Estaba enojada, pero Madeline estaba bien.

No podía sentarme aquí y fingir que sólo había venido a protegerla. Esto era sobre nosotros. El nosotros que había intentado negar durante tanto tiempo. Nada me había detenido en el proceso de aceptar mis sentimientos por ella, pero me había tomado demasiado tiempo el darme cuenta de que no podría hacer esto sin ella.

Así es la vida en general. La necesitaba.

—Pon tu cabeza en el juego —Solté el volante, abrí la puerta del auto y salí.

La noche me cubrió, la luz de la luna se desvanecía iluminando los bordes

de la casa, las estrellas me miraban fijamente. Juzgando. El mundo podría juzgarme por las decisiones que había tomado, pero todas fueron pensando en ella. En cada paso del camino.

Caminé hasta la puerta del cerco, la abrí y me dirigí por el camino a la puerta principal. Mis pasos se estancaron.

La puerta estaba abierta.

—Madeline —llamé y entré en la casa. Me incorporé a la sala, pero estaba vacía, intacta. En la cocina había una pizza, enfriándose sobre la mesa, y vidrios rotos. Alguien había entrado. Mierda, sabía que pasaría. Lo sabía, y aún así la dejé aquí, desprotegida.

—Madeline —rugí, y corrí por el pasillo. Revisé el dormitorio principal, vacío, y luego corrí al de Madeline.

Un hombre estaba en el centro, mirando hacia la puerta. Edgar, con los ojos bien abiertos, sosteniendo las palmas de sus manos frente a él. —No fui yo —dijo. —Vine a ver cómo estaba. No fui yo, lo juro.

—Hijo de puta —Me abalancé hacia él y lo agarré por las solapas de su camisa. Lo levanté en el aire y lo arrojé hacia atrás. —¿Dónde está ella?

Se estrelló contra la pared y cayó al suelo, aterrizando hecho un nudo. —No —gritó Edgar. —Por favor, no fui yo.

Me obligué a no cerrar un puño, llevárselo a la cara y romperle la nariz. Deseaba herirlo, golpearlo y forzarlo a decir la verdad.

—No sé dónde está, lo juro. No fui yo. No entré por la fuerza. Encontré la puerta principal abierta. Vine a verla, para comprobar que estuviera bien —dijo Edgar. —Parecía disgustada cuando hablamos en el bar.

Mi mente se tambaleó. ¿El bar? ¿Ella había estado en un bar con él? —Mentiroso —gruñí.

—Lo juro, no tengo ni idea de dónde está. Tiene que ser Rufus. Rufus se la llevó.

Mi cabeza sintió el golpe, mi presión sanguínea se disparó al tenerlo aquí, hablando tan claramente de esto. Él fue quien la puso en peligro. Fue su culpa.

—¿Dónde? ¿Dónde está él?

—No lo sé. Él no me dice nada. Él sólo... no lo sé. No lo sé. Ha estado trabajando con alguien.

—¿De qué estás hablando?

—Rufus. Me dijo que quería dinero, pero cuando le respondí no lo tenía,

me dijo que me lo sacaría. Dijo que... que conocía a alguien que podía conseguir el dinero que yo le debía. Que se lo llevarían, me matara o no.

Abrí la boca para responderle al maldito, pero mi celular se estremeció en el bolsillo de mis jeans. Lo saqué. Un número que no reconocí apareció en la pantalla.

—Habla Hamilton —respondí.

Edgar se quedó donde estaba en el suelo, mirándome con los ojos entrecerrados y con la respiración entrecortada. Tembloroso, se limpió el sudor de la frente con una mano.

—¿Hola? —Insistí.

—Sr. Hamilton —Un hombre, con acento de Brooklyn. —Encantado de hablar contigo. Esperaba que nos encontráramos, pero no tuvimos tanta suerte.

—¿Quién habla? —Tenía una corazonada, pero era mejor estar seguro.

—Me llamo Rufus. Rufus Steele. Pero tú ya lo sabías, ¿no? Me has estado vigilando, y yo también te he vigilado a ti.

—¿Qué es lo que quieres?

Rufus liberó una carcajada. Edgar se movió en el suelo, y le eché un vistazo. —No se trata de lo que quiero —dijo Rufus. —Se trata de lo que quieres, amigo mío.

No dije ni una palabra, pero me cayó como hielo por la espalda. Él la tenía.

—Tengo a tu chica. Una mujer guapa con el pelo rubio y los ojos azules. Parece que probablemente tenga un dulce sabor. No lo sé, todavía, pero podría averiguarlo.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Qué quiere cualquier hombre? —preguntó Rufus. —Riqueza, poder y coño —Detestable.

—Tengo un buen coño justo aquí conmigo —continuó, —pero no, no lo haré. Quiero decir, hay muchas mujeres en el mundo, ¿verdad? Mucho de eso. Y puedo tener el que quiera cuando se trata de eso.

—¿Es por eso que llamaste? —Le pregunté, bruscamente. —¿Para hablarme de tu apetito sexual?

—¡Ja! Inteligente. Pero no, amigo, te llamo porque quiero el dinero y el poder. Tienes el dinero, me lo darás y con él vendrá el poder.

—¿Cuánto? —Le pregunté.

—¿Cuánto vale ella para ti?

Todo. Ella valía mi maldita vida. —¿Dónde quieres que nos encontremos?

—Eso es lo que me gusta oír. Te enviaré las coordenadas. Dame el dinero, trae a ese hijo de puta de Edgar contigo y mantén a la policía lejos de esto o la mataré. Él va a pagar por lo que pasó. Esta operación me ha costado demasiado dinero. ¿Entiendes?

Mi mandíbula se apretó. —¿Me la darás si sigo estas instrucciones?

—Oye, oye, oye, soy un hombre de palabra. Si haces lo que te pido, los dos saldremos de este asunto como hombres felices. Tú tienes el coño, yo tengo el dinero y el poder —La línea se cortó.

Bajé el teléfono celular y miré a Edgar. —Levántate —dije. —¿Qué está pasando? ¿Era él? ¿Era Rufus?

—Levántate, carajo. Nos vamos.

—¿Dónde?

—Vamos a recuperarla.

Edgar palideció. —¿Por qué tengo que ir? No tengo el dinero.

—Este es tu problema, imbécil, y vas a ayudarme a resolverlo —Me agaché y lo agarré, lo ayudé a ponerse de pie. —Vamos —Lo saqué de la casa y lo metí en la parte trasera del auto y lo encerré dentro, sin las llaves.

¿Qué coño se supone que tenía que hacer en esta situación? No tenía contactos en el FBI que me ayudaran. Podría llamar a la policía, pero es probable que ya estén en la nómina de Rufus. Había estado en Hope's Hollow por un tiempo, y no confiaba en que no fuera así. Llamar a la policía también rompería las reglas.

Si estuvieran en su nómina, se lo dirían, y él me traicionaría. Tenía que seguir las reglas de Steele.

Edgar golpeó el interior de la ventana trasera del BMW. —Oye, hombre, hace calor aquí. ¿Qué estamos haciendo? ¿Adónde vamos?

—Silencio —Dije, mientras mi teléfono sonaba con un mensaje.

Lo abrí y encontré las coordenadas esperándome. Estaban fuera de Hope's Hollow, en la reserva que se extendía desde mi propiedad hasta las afueras de la ciudad. No habría que conducir, sólo caminar hasta el área de reunión.

Me quedaba una opción, y no estaba seguro de si debía tomarla. Levanté el teléfono, encontré el número e hice la llamada.

TREINTA Y CUATRO

Madeline

—Estarán aquí pronto —dijo Rufus, inclinándose hacia mí.

Olía fuertemente a colonia barata y llevaba una gorra sencilla sobre su cabello oscuro y graso. Su sonrisa era blanca, su mirada aguda y llena de una intención que me daba mala espina.

Estaba sentada en medio de un claro, con árboles alrededor y mi madre a mi lado. Ella estaba desmayada, con las manos atadas detrás de la cabeza, un hilo de sangre corriendo por su frente cerca del nacimiento del cabello. Una mezcla de pánico y rabia se había apoderado de mí.

Pero no había nada que pudiera hacer. Mis manos también estaban atadas, con soga, a mis espaldas, aunque no estaban tan apretadas como debieron estarlo. Si pudiera estar un minuto sin sus ojos sobre mí, podría tener la oportunidad de liberarme.

—No parece tener miedo —dijo Rufus. —¿Sabes quién soy?

—Me dijiste tu nombre.

—Sí, ¿pero sabes quién soy?

Un fuerte dolor de cabeza golpeó la parte trasera de mis ojos, y luchaba por mantenerme concentrada en él.

—No, no lo sabes —Rufus se rió como si yo fuera un especial de comedia. —Eso es muy gracioso, chica. Muy gracioso. Mira, yo soy el que va a decidir si vives o mueres.

—¿De verdad vas a hacer esto? —pregunté, lamiendo mis labios secos. —¿Todo el discurso del villano? ¿Vas a decirme exactamente quién eres y por qué estoy aquí? Eso es un poco cursi.

La sonrisa de Rufus goteaba de su cara en el agudo resplandor de litio de las linternas alrededor del claro. Había otros dos hombres. El que me había secuestrado, ahora sin pasamontañas, un tipo normal, de pelo castaño y no poco atractivo, y otro hombre gordo, bajito, que caminaba de un lado a otro y fumaba cigarrillos sin parar.

—Zael, ¿estás seguro de que viene? —preguntó Rufus, arrojando la

pregunta sobre su hombro al otro hombre. —Le envié las coordenadas, jefe —contestó Zael. —Está en camino. Él la ama.

—Oh, qué dulce —Rufus se volvió hacia mí y me dio una palmadita en la mejilla. —Tienes suerte de tener a alguien que se preocupa por ti de esa manera pero que tragedia que tu ex sea un miserable pedazo de mierda.

—Lo sé, estoy consciente —dije y cerré los ojos. Me dolían. Me dolía por todas partes, y no había nada que pudiera hacer más que soportarlo hasta que este tipo aceitoso decidiera lo que quería hacer conmigo.

El crujido de los pasos que se acercaban me trajo de vuelta al presente. Abrí los ojos.

Rufus se había levantado y había caminado hacia Zael. Se encontraron delante de mí y se giraron para mirar a los intrusos. Dos hombres se acercaron. Uno de ellos hizo que mi corazón saltara en latidos fuertes y rápidos. Lionel, tan guapo como siempre. Y Edgar, despeinado como si hubiera sido arrastrado hacia atrás a través de un bosque de setos.

El hombre bajito y gordo no había dejado de fumar, aunque sí dejó de caminar por la hierba para ver el proceso.

—Hamilton —dijo Rufus. —Me alegro de que pudieras venir —Abrió los brazos. —Bienvenido a mi humilde cabaña en el bosque. Ja —No había ninguna choza. Aparentemente, esa era la broma.

La mirada de Lionel pasó por encima de Rufus y luego hacia mí y hacia mi madre.

Me mordí el labio inferior, resistiéndome a la necesidad de llamarlo. Las lágrimas se acumularon en las esquinas de mis ojos. Odiaba que me asustara esto. Que me encontrara metida en esta situación.

Debiste haberle hecho caso. Él quería ayudar, y tú no escuchaste.

Pero ese no era el problema ahora. Tenía que salir de esto. Lionel estaba aquí. Distraería a Rufus y a sus lacayos. Si pudiera liberarme de mis ataduras, podría correr lejos.

—Zael —dijo Lionel, asintiendo al hombre que me había golpeado en la cabeza. —Me alegro de verte aquí también.

—Por supuesto que está aquí —dijo Rufus. —No pensarías que dejaría que alguien me vigilara, ¿verdad? —Se rió. —Gasté demasiado tiempo y dinero aquí, y todo para llegar a ti.

Edgar hizo un suave ruido en su garganta, y los hombres le miraron. Me meneé, lentamente, rozando mis muñecas contra las cuerdas.

—Tienes lo que quieres —dijo Edgar, con una voz que parecía un quejido. —Tienes el dinero. Ahora te lo dará.

—Sí, lo hará —dijo Rufus. —Pero me costó dinero venir aquí. Es un gran riesgo para mí tener que comprar a Zael, a los policías y a cualquiera que venga a hacer preguntas sobre estas damas y sobre el mismo Lionel. Así que, tú también vas a pagar, amigo. Sólo que de una manera diferente.

—No, por favor —dijo Edgar y levantó sus manos en posición de oración. —He hecho todo lo que me has pedido. Me aseguré de que se quedara fuera de la casa el tiempo suficiente para que te prepararas. La observé. Hice de todo.

Lionel agarró la parte de atrás del cuello de Edgar. —Te vas a arrepentir de eso.

—Suéltalo —dijo Rufus, sacando un arma de la cintura de sus jeans. —Es mío, no tuyo.

Lionel lo soltó y bajó las manos, pero su rostro era pura ira. Lo conocía de toda la vida, y nunca lo había visto tan enojado.

Continué trabajando en la sogá, deslizando mis dedos cubiertos de sudor contra ella. La cuerda permanecía inmóvil.

—Zael —dijo Rufus, —ve a buscar a las mujeres. Mostrémosle al Sr. Hamilton exactamente por lo que está pagando. No les des una paliza, todavía.

—Seguro, jefe —Zael se dio la vuelta y caminó, su linterna se movió sobre su cuerpo y luego sobre el césped frente a él. Se agachó delante de mí, y me quedé inmóvil. Me dolía todo el cuerpo.

Rufus continuó hablando con Lionel y Edgar, burlándose de ellos mientras el asociado gordo fumaba y se quedaba cerca, estudiando la escena.

—¿Puedes oírme? —Zael dijo muy cerca de mi oído. Apenas fue un susurro. Su cara estaba junto a la mía. —Si puedes, asiente.

Asentí lentamente.

—No hables, no hagas nada estúpido. Voy a cortar tus ataduras. Mantén las manos detrás de la espalda y finge que aún están en su lugar. Voy a hacer lo mismo con tu madre. Cuando empiece el tiroteo, agáchate, luego llévatela y corre. ¿Lo tienes?

Volví a asentir con la cabeza, aunque no sabía cómo iba a salvar a mi madre cuando apenas podía caminar.

—Muy bien. Y, uh, lamento haberte noqueado —Zael se separó un poco,

las cuerdas de mis muñecas se aflojaron y cayeron.

Se marchó e hizo lo mismo con mi madre y luego hizo perder de vista la navaja que había usado. —¿Por qué tardas tanto? —Rufus preguntó.

—La madre está noqueada.

—Entonces trae a la hija sola. Date prisa.

—Seguro, jefe —dijo Zael y regresó a mí. Me agarró por el brazo, bruscamente, y me levantó. Presioné mis muñecas para mantenerlas juntas y fingí estar atada. Me adelantó y me puso en la fila junto a Rufus y su amigo fumador.

—Bien, ¿ves? Aquí está ella. Viva y contenta, por ahora —Rufus levantó un dedo y lo arrastró por un lado de mi cara.

—No la toques —dijo Lionel, adelantándose. —No te atrevas, carajo.

—Zael, asegúrate de que nuestros invitados no tengan armas, ¿quieres?

Zael me soltó, y la impaciencia por correr se apoderó de mí. No lo hice. Mi mirada estaba fija en Lionel, y la suya en mí. Estaba dispuesta a morder o a golpear a uno, pero ¿qué más podría hacer? Podría... recibir un disparo.

Edgar estaba de rodillas, con las manos entrelazadas y las mejillas mojadas. —Por favor, no me hagas daño. Por favor.

—Cállate —dijo Rufus.

Zael estaba frente a Lionel, buscándole armas. Luego se dirigió a Edgar, pero el hombre gritó y retrocedió, arrastrándose entre la hierba y las hojas.

—Así es como van a ir las cosas —dijo Rufus y apuntó con su pistola a la cabeza de Edgar. —Voy a matarlo, sólo por no valer una mierda. Demonios, sólo para librar al mundo de su asqueroso trasero. Y tú, amigo mío, te darás cuenta de lo serio que soy cuando se trata de dinero y tiempo.

Lionel no habló, pero hubo un pequeño cambio en su conducta, un parpadeo de una expresión diferente cuando Zael regresó a su posición a mi lado.

—Entonces entenderás que estoy dispuesto a matar a esta tipa y a su madre para conseguir lo que quiero. Te mataré a ti también si es necesario. Lo que sea necesario para conseguir lo que quiero —Cargó el arma.

—Ahora —dijo Zael, a mi lado, y me dio un codazo en el brazo. —¿Ahora qué? —preguntó Rufus, girando la cabeza.

Me di vuelta y corrí hacia la oscuridad. Las balas salpicaban detrás de mí, escuché el estallido enfermizo de alguien que estaba siendo golpeado, seguido de un grito agudo.

—¡Idiota! —Rufus gritó.

Los sonidos se fundían entre sí. Me detuve al lado de mamá. Tenía los ojos abiertos, pero estaba atontada, luchando por sentarse erguida. —Mamá —dije.

—¿Cariño? ¿Qué está pasando?

—Tenemos que correr, mamá. Ahora —Apenas pude sacar las palabras. La humedad interrumpía mi visión. La tensión y el miedo habían llegado a un punto máximo. Otra ronda de disparos sonó detrás de nosotras, y me abalancé encima de mi madre, cubriéndola con mi cuerpo.

Ambas gritamos, y enseguida me giré hacia la pelea, buscando a Lionel.

Por favor, que siga vivo. Que esté bien.

Hombres con la palabra FBI en su pecho rodearon y llenaron el claro. Habían puesto a todos de rodillas. Rufus estaba boca abajo, y Edgar estaba en el suelo, rodando de lado a lado, agarrándose del hombro, la sangre goteaba entre sus dedos.

—¡Lionel! —Grité.

Estaba inmóvil, pero no podía ver su cara. No sabía si le habían disparado. El tipo, Zael, estaba de pie, dirigiendo a los otros hombres del FBI.

—¡Lionel!.

—Agáchate —me gritó un hombre de uniforme. —Abajo, las manos detrás de la espalda.

—Por favor —dije, mientras caía sobre mi estómago y ponía las manos detrás de mí. —Por favor. Mi amigo. Necesita ayuda.

—Quédese quieta, señora —Una mano descansaba en la parte superior de mi espalda. —¡Necesitamos un médico aquí! ¡Rápido! —¿Un médico? Parpadeé, el césped frente a mí se balanceaba dentro y fuera de mi vista.

—Cariño, ¿estás bien? ¡Ayúdala! ¡Que alguien la ayude! —La voz de mi madre era clara ahora y sentí su pánico.

—¿Qué pasa? —Pregunté, pero las palabras apenas habían salido de mis labios antes de que mis ojos se cerraran, y me sumergiera en la oscuridad.

TREINTA Y CINCO

Madeline

Me senté en la cama del hospital, la bandeja de comida frente a mí era más atractiva que cualquier cantidad de pizza. No había comido desde la mañana, y me dolía el brazo intensamente. Aparentemente, una bala en el hombro me había causado un serio caso de hambre.

Levanté la taza de pudín con el brazo derecho y luego usé el izquierdo, con cuidado, para meter una cuchara y llevarme a la boca un poco de la bondad del chocolate. Mamá estaba bien, tenía una leve conmoción y había regresado a casa para descansar con la promesa de volver más tarde.

¿Y Lionel?

No había venido a verme. Por supuesto que no lo había hecho. ¿Por qué vendría después de la forma en la que lo traté? La policía había venido a tomarme una declaración, y Zael, el agente que había organizado todo el encuentro, también había venido a verme esta mañana.

Me comí la taza de pudín, mi mente corría a través de lo que había pasado una y otra vez.

Edgar había resultado herido pero aparentemente estaba bajo vigilancia ahora. Lo llevarían a prisión. Me dijeron que después del hecho Rufus también había sido arrestado, ileso. Me habría aliviado la noticia, pero no podía dejar de pensar en nada de eso.

Cómo se había desarrollado. Qué estúpida había sido todo este tiempo. No escuché nunca las advertencias de Lionel.

La puerta de la habitación privada se abrió y Lionel entró. Mi corazón hizo dos piruetas que probablemente rompieron alguna marca olímpica.

Se quedó quieto, mirándome fijamente. —Hola —dijo al fin.

Sentía la tensión entre nosotros. Debería estar enfadada con él, todavía, porque no me había contado los problemas de Edgar en detalle. Pero no podía concentrarme en eso ahora.

Estaba tan guapo como siempre, vestido con una camisa de algodón blanco aferrado a sus músculos y un par de vaqueros. Su pelo estaba limpio y

lavado, y su fuerte mandíbula perfectamente afeitada.

Me levanté la mano hasta el cabello y lo alisé lo mejor que pude. —Hola —dijo Lionel otra vez.

—Hola —le contesté.

Nos volvimos a callar y él se acercó a mi cama. Cada paso enviaba mi pulso a un ritmo cada vez más elevado. Lionel me sonrió, con la misma sonrisa encantadora de siempre.

—¿Cómo estás? —preguntó. —Estaba preocupado. No me dejaban entrar.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Policías, FBI, las enfermeras. Todo el mundo se interpuso en el camino, pero al carajo, ahora estoy dentro.

—Bien. Quiero decir, estoy... contenta de verte.

—¿Lo estás? —Los ojos oscuros de Lionel me hipnotizaron, una vez más.

—Sí. Lo estoy. Yo he sido una idiota.

—Yo... no estoy seguro de cómo responder a eso —dijo, riendo.

—Debí haberme dado cuenta de que estabas tratando de ayudar. Si te hubiera escuchado nada de esto habría pasado.

—No es verdad. Rufus y Edgar estaban en esto desde el principio. Estaba equivocado, Maddy. Debí haberte dicho que sabía que algo pasaba, y no debí haber comprado tu hotel sin hablar contigo primero. Estaba tratando de hacer lo correcto pero de todas las maneras equivocadas.

Arrastré mis dientes sobre mi labio inferior. —Creo que ambos estábamos equivocados tratando de hacer lo correcto, no lo sé. Yo sólo... quiero que..

—Espera —dijo y tomó mi mano. —Déjame hablar primero, Maddy. Es importante. Te dije que hice esta mierda por una promesa, pero no es toda la verdad. Lo hice porque me preocupo por ti. He tenido miedo de reconocer que lo hago por demasiado tiempo.

—Tú. Miedo —Era difícil de entender. De niño, tal vez, pero Lionel siempre había sido el valiente entre nosotros dos. Él era el que contaba las historias espeluznantes o el que dirigía el grupo cuando salíamos a altas horas de la noche. Había sido el valiente protector desde el principio.

Lionel levantó mi mano y apretó sus labios contra ella. —¿De ti? Aterrorizado. Y me ha llevado demasiado tiempo admitirlo.

—¿Por qué? —El hormigueo corría desde el tacto de sus labios hasta mi brazo.

—Porque eres la única mujer que tiene el poder de aplastarme. Siempre has tenido mi corazón, Maddy. Desde el principio. Y no podía soportar la idea de ser lo suficientemente débil para dejar que eso pasara. No después de que mis padres... ya sabes.

—Lo sé —dije, en voz baja. —Ojalá las cosas pudieran ser diferentes.

—Pueden serlo. Ya me cansé de ser un maldito idiota. Así que, este es el asunto, Maddy. Me equivoqué en todo, y fui un imbécil contigo cuando era adolescente. Y fui un imbécil contigo la semana pasada. Joder, si no quisieras estar más cerca de mí, lo entendería.

—No, eso no es lo que quiero.

—Bien. Porque te amo.

Respiré torpemente. —Lionel, no digas algo que no quieras decir. No digas eso porque...

—¿Por qué? Es verdad. Siempre te he amado. Siempre te he querido, y nada lo cambiará —Agitó la cabeza. —Fui lo suficientemente tonto como para pensar que cuidarte desde lejos, protegerte desde lejos, funcionaría. Traté de tener una vida normal sin ti, pero siempre me has atraído.

—Oh, Dios —dije, y las lágrimas comenzaron a brotar. Nunca había estado tan emocional, pero las últimas dos semanas han sido una montaña rusa. —¿Hablas en serio? Tú me amas. ¿Me amas?

—Te amo. Y quiero estar contigo. No sólo como un amigo. Definitivamente no como un enemigo. Pero como tu hombre.

—Lionel —dije, respirando.

—Esto ha tardado mucho en llegar —dijo. —Pero quiero estar contigo, Maddy. Para siempre. No tengo un anillo, pero lo conseguiré. ¿Quieres casarte conmigo?

Las lágrimas corrían por mis mejillas. —¿Hablas en serio?

—Sí. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí. Sí, lo haré —No había ninguna duda. Se sentía bien, y el hecho de que él me hubiera admitido su miedo me hizo más fácil descartar el mío. Lionel me deseaba, y yo siempre lo había deseado, aunque yo había tratado de aislarme de esos sentimientos.

Me abrazó, cuidando de no lastimarme el brazo. Nuestros labios se encontraron, y yo me disolví en el beso y en la maravillosa verdad de que estaríamos juntos. Como esperaba en secreto que estuviéramos desde el principio.

Nos separamos, y Lionel puso mis mejillas en sus manos, las acarició. — Hace tanto tiempo que quiero esto, Maddy.

—Yo también.

Él rozó su nariz contra la mía, y yo cerré los ojos, inhalé el olor de su piel. —No puedo esperar a sacarte de aquí —dijo.

Me mordí el labio inferior, mi cuerpo se iluminó al pensar que volvería a estar con él, y sin trabas por mis bloqueos mentales en contra de amarlo.

—Yo tampoco. Pero el médico dice que tengo que quedarme aquí esta noche..

—Joder —gruñó Lionel y apretó su frente contra la mía.

Me besó la frente, luego tomó una silla y la arrastró hasta el costado de mi cama. Se sentó, agarró mi mano y la sostuvo en la suya, como si no pudiera dejar de tocarme por más de un minuto.

Me moví un poco para mantener a raya el creciente deseo. Dios, si no me relajaba terminaría lanzándome hacia él.

—He estado pensando —dijo Lionel, acariciando con sus pulgares el dorso de mi mano. —Entiendo que no quieres que te entreguen nada, pero ¿podrías, potencialmente, pedir un préstamo y comprarme tu hotel de nuevo?

Le sonreí. —Aprecio esa oferta, Lionel, pero eso no es lo que quiero. Creo... creo que quiero quedarme aquí.

—¿Aquí?

—Bueno, no en el hospital —le dije. —Pero en Hope's Hollow. En todo caso, me gustaría vivir aquí, empezar un negocio . Dirigir mi propia posada o comprarle el Holloway a Betty. Quiero estar cerca de mamá.

—Entiendo.

—¿Cómo influirá eso en todo el asunto del matrimonio? —Le pregunté.

—Haremos que funcione, preciosa —Lionel me volvió a besar la mano y le toqué la mejilla con los dedos. —No voy a dejarte ir, ni ahora ni nunca lo haré. No después de lo que hemos pasado.

—Dios, eso fue muy intenso. Me dispararon. Estoy como 50 Cent ahora.

—Creo que necesitas que te disparen... ¿ocho veces más?

—Sí, creo que prefiero saltarme esa parte —Me recosté contra los cojines, mi brazo me palpitaba del dolor y la fatiga me cansaba mucho.

Llamaron a la puerta de la habitación y se abrió sin que ninguno de los dos tuviéramos que decir nada. Zael, el agente, entró en la habitación. Llevaba un par de vaqueros y una camiseta lisa y tenía una expresión de

disculpa.

—¿Interrumpo?

—Espero que sea por una buena razón —dijo Lionel.

—Esperaba encontrarte aquí, Hamilton —respondió. —Nos contactamos con tu asistente, pero no sabía dónde estabas.

—¿Qué es lo que quieres?

—En primer lugar, disculparme por el subterfugio. Era necesario que me acercara a ti para trabajar en mi caso, y que trajera a Rufus Steele en segundo lugar. Estoy seguro de que entiendes que su historial criminal justificaba una investigación y que no podía confiar en que estuvieras al tanto de lo que estaba sucediendo —dijo Zael, sin problemas. —Por último, voy a necesitar una declaración.

Lionel lo miró fijamente.

—También devolveré el dinero que me pagaste.

—Espera, ¿qué? —Fruncí el ceño, mirando entre ellos. —¿Ustedes se conocen?

—Zael era el que se suponía que iba a seguir a Rufus y Edgar. Mi investigador privado resulta que no lo era en absoluto.

Zael hizo otra de esas sonrisas de disculpa. —Tuve que mantener mi fachada —dijo. —eso significaba hacer cosas de las que ahora me arrepiento. Pero al final, la operación fue un éxito. Me vi obligado a decirle las cosas que necesitaba que oyera para evitar el peligro .

—Pusiste a Madeline en peligro.

—Sí, me noqueaste —le contesté.

—Era necesario, y responderé por ello ante el FBI —dijo Zael. —¿Puedes acompañarme, Hamilton?

—Un segundo —dijo Lionel, se levantó de la silla. Se inclinó y me plantó un beso en la mejilla. —Enseguida vuelvo. No vayas a ninguna parte.

—Ugh, estaba planeando escalar el Monte Everest apenas salieras.

Salieron de la habitación y me quedé sola. Pero no me sentía así realmente. Por primera vez en años, me sentía a gusto conmigo misma, con el futuro, y con todo lo que esto nos depararía a mí y a Lionel.

La vida tenía sentido. Y todo fue gracias a nosotros.

EPÍLOGO

LIONEL

Cinco años después...

—No importa lo que hagas, no se lo digas —le dije, agachado en nuestra sala de estar. Estábamos arriba en la mansión de mi abuela, nuestra mansión ahora, esperando que Maddy terminara de acomodar a los invitados en el primer piso.

Ella había convertido la mitad inferior de nuestra casa en una posada, la había llenado con todas las rarezas que Nana Hamilton había guardado en el almacén, y había hecho un éxito de sí misma.

—Papá, ¿por qué? —preguntó Ruth, metiendo su húmeda mano de cuatro años en la mía. —¿Ella estará feliz?

—Sí, lo estará, amor. Y queremos que sea una gran y divertida sorpresa.

El interior de la sala de estar estaba lleno de globos, sueltos a la deriva tocando el techo. Una de las paredes había sido decorada con un enorme letrero - Mamá Feliz Cumpleaños - y las cortinas estaban abiertas para permitir la vista de los árboles de la parte de atrás.

Un golpe sacudió la puerta cerrada de la sala de estar, me levanté y me acerqué a ella. Ruth se había tirado al sofá en un ataque de sobreexcitación. Hizo unos cuantos ruidos de dinosaurios, luego maulló, y luego se calmó, sonriendo.

Era la mezcla perfecta de los dos. Tenía los brillantes ojos azules de Madeline y mi cabello oscuro, y era hermosa. Mi hermosa niña.

La llamada se repitió y abrí la puerta para encontrarme la gran sonrisa de Lora. —¡Abuela! —Ruth gritó.

—Hola, cariño —dijo Lora y entró, llevando la caja con agujeros en la parte superior y un lazo pegado en el centro. —¿Estás lista? ¿Estamos listos, Lionel?

—Más listos que nunca.

Lora estornudó con intensidad. —Oh mi señor, más vale que esto valga la pena. No tengo idea de cómo voy a visitarte después de esto.

—La mantendremos en un área especial de la casa —le dije, aceptando la caja que me ofrecía, y luego colocándola en el sofá.

Ruth se meneó en el acto, desesperada por arrancarle la tapa, pero una mirada de mi parte mantuvo sus manos lejos del presente.

—No seas ridículo —dijo Lora.

—No tienes que hacer eso —Estornudó de nuevo, con los ojos rojos y llorosos ahora. —Pero tendrás que venir a mi casa a cenar más a menudo de lo que yo vendré aquí.

—Trato hecho —Revisé mi reloj. —Ya debería haber terminado —Saqué mi teléfono y escribí el texto, rápidamente, y luego lo envié.

—¿Va a venir mamá? —preguntó Ruth desde el sofá.

Fui a reunirme con mi hija y la subí a mi regazo, le di un abrazo en forma de apretón. —¡Ya viene! Va a estar muy emocionada.

—Sí, cuanto antes llegue, mejor —Lora se frotó los ojos con un pañuelo de papel. —Porque eso significa que podré irme.

—Pero es la fiesta de cumpleaños de mamá —dijo Ruth.

—Vamos a hacer la fiesta en casa de la abuela, Ruth —le recordé.

Mi hija me plantó un beso en la mejilla como respuesta. Cada día que pasaba con mi familia era precioso para mí. Durante mucho tiempo, había enterrado mi enojo y frustración por cómo se habían comportado mis padres, cómo me habían abandonado, y ahora... todo había desaparecido. Yo era el padre.

Metí el cabello de Ruth detrás de su pequeña oreja y me maravillé del hecho de que ella era mi pequeña. ¿Cómo diablos me dejaron mis padres? ¿Cómo es que el padre de Madeline la abandonó? No podía imaginar mi vida sin esta niña, y aunque siempre había circunstancias excepcionales, luchaba por entender lo que había sucedido.

—Oigo pasos —dijo Lora, bloqueando otro estornudo y alejándose de la puerta. La manija se giró y Madeline entró en la habitación.

—¡Sorpresa! —Ruth gritó, y saltó del sofá. Corrió hacia su encuentro y la abrazó, envolviendo las piernas de su madre con sus pequeños brazos. — ¡Feliz cumpleaños, mami!

—Sorpresa —Lora y yo nos las arreglamos, justo después.

—Dios mío, ¿qué es esto? —Maddy levantó a nuestra hija en sus brazos y la abrazó con fuerza. —¿Una fiesta sorpresa para mí?

—No pensaste que te dejaríamos ir sin una, ¿verdad? —Le pregunté y

rodeé la mesa de café, me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla.

Madeline se inclinó sobre mi hombro, sonriendo. Su mirada se centró en su madre. —¿Ma? ¿Estás bien? ¿Te estás enfermando?

Lora se rió.

—Hay una especie de regalo al que soy sensible que está esperándote, cariño. Creo que tienes que abrirlo ahora, antes de que comamos pastel o cualquier otra cosa.

—¿Ahh?

—¡Ahí, mami, en el sofá! —Ruth se retorció para que la bajara. Maddy la puso de pie y corrió hacia el sofá, subiendo a él y sentándose junto a la caja. —¡Rápido!.

Madeline se acercó y se sentó al otro lado. Levantó la tapa, y la confusa sonrisa se transformó en una expresión de asombro. Un gatito blanco puro maullaba desde dentro de la caja, llevaba un collar azul y un bonito moño.

—Oh, Dios... ¿es para mí?

—Sí, mami. ¡Es tu gatito! —Ruth aplaudió.

La sonrisa de Madeline iluminó toda la habitación. Metió la mano en la caja y levantó al gatito, se lo acercó al pecho y le acarició la cabecita. —Lo amo. No puedo creerlo y... no, ¡mamá! ¿Estás bien?

—¡Bien! —Lora le hizo señas con un pañuelo de papel, un ojo cerrado y el otro llorando. —Me saltaré algunas cosas hasta la parte del pastel, ¿de acuerdo?

—Iremos a tu casa en un momento para celebrar —dije y abrí la puerta de la sala de estar.—Claro, sólo, uh, dúchate primero, ¿de acuerdo? —Lora se escabulló por las escaleras, estornudando todo el camino. —¿Cómo deberíamos llamarlo? —preguntó Maddy.

—¡Nilo! —Ruth anunció.

—Ja, eso es lo suficientemente raro como para ser perfecto —dijo Madeline y besó al gatito. Ronroneó y se frotó contra su cara. —Este es el mejor regalo que jamás he recibido —Nuestros ojos se encontraron, y le guiñé el ojo. —Gracias, a los dos.

—Sí, mamá —dijo Ruth y le dio a su madre un beso descuidado. — ¿Podemos comer pastel ahora?

—Déjame traer comida y agua para el gatito y luego llevaremos el pastel a la casa de la abuela. ¿Qué opinas, Ruth?

—Sí.

—Muy bien, ve a buscar tus zapatos.

Ruth pasó corriendo por delante de mí y bajó corriendo por el pasillo hasta su habitación, estaba tan feliz como podía estarlo.

Maddy se acercó a mí y la abracé, el gatito ronroneaba y maullaba, frotándose contra sus manos y, sin duda, interponiéndose en nuestro camino.

—No puedo creerlo. Siempre quise un gato.

—Lo sé —Y era verdad, porque yo lo sabía todo sobre ella. Era mi mejor amiga, siempre lo había sido, y ahora era la mujer con la que pasaría el resto de mi vida. Teníamos nuestro futuro por delante, una curva ascendente hacia la felicidad. —Te amo.

—Te quiero tanto —dijo y me besó.

El gatito maullaba y se quejaba, y nos separamos, Madeline comenzó a reír. —¿Qué? —pregunté, frunciendo el ceño. —¿Pasa algo malo? ¿Fue demasiado?

—No, esto es perfecto, Lionel. Yo sólo... bueno, he estado queriendo hablar contigo sobre algo. No estaba segura hasta esta mañana, pero... estoy embarazada.

La mandíbula se me desplomó y mis ojos se abrieron de par en par. —¿Qué?

—Estoy embarazada. Sí, unas seis semanas.

—Wow. Wow, mierda, eso es maravilloso. ¿Estás segura?

—¡Por supuesto! —La besé de nuevo, con cuidado de no ser demasiado entusiasta por el bien del gatito.

—¿Estás bromeando? Otro bebé suena como..

—¿Horas sin dormir y una nueva personita corriendo por ahí dejando desastres pegajosos por todas partes?

—Exactamente. Perfecto.

Madeline apoyó su cabeza contra mi pecho. —Bien. Me alegro de que estés contento.

—Mientras esté contigo, seré un hombre muy feliz.

Y eso era todo lo que importaba. Habíamos sido desgarrados por mi estupidez, forzados a reencontrarnos por la de otra persona, y casi morimos en el intento, por si fuera poco. A pesar de todo, siempre había sido ella la indicada. Sólo necesitaba amarla y estar con ella.

Eso nunca cambiaría. Había encontrado el para siempre de mi historia, y estaba aquí, en Hope's Hollow, con Madeline, nuestra hija, nuestro bebé por

nacer, y ahora.... Nilo el gato.

—Te amo —dijo ella.

Mis labios se apretaron contra su mejilla, mi aliento rozaba su piel. —
Siempre te amaré más.

EL FIN.